

Los Venados



*Impresionado
de niño del canto
del verso,
de los que sabían narrar,
he seguido buscando
ese cuento,
aprendiendo a silbar
con el viento
sin poder dejar de soñar.*

G. Mots.

El canto
de las aves me llama
esta mañana.

Entre la neblina,
en la casa vecina
-llanto del niño

Entre la niebla
y la lluvia canta
el ollero.

El guardacaminos
entre el musgo
-rama seca del guayabo.

Como gorrión
canto en una rama
del campo.

El ollero besa
el barro construyendo
el nido.

Deja en el aire
su huella
-la mariposa.

Una mariposa
y otra
-amor al vuelo.

Es un pajarito
diminuto...
con un silbo gordo.

Linda
-la seguían
las abejas.

¡Cómo canta
la tierra
en ese pájaro!

Gorrión, préstame
tu silbo,
y tu montaña...

Salta el grillo
-caen gotitas.

Piar
es la fe
de los gorriones.

El titibirí
recuerda con su canto
que fui niño

Trato de distinguir
los cantos, en la algarabía.
¡Alegría de vivir!

En ese trino se nota
que el pequeño ruiseñor
aprende a cantar.

Un beso
de libélulas –amor
en el aire.

El viento trae
olores de mandúl,
de la montaña.

Ventea
¡ah! el olor
de la guayaba.

Ver a los pajaritos hacer
sus nidos con raicillas
de catleyas y alelís.

Primeras canciones
que escuché –bambucos
inolvidables...

De niño en el columpio
de la antigua casona
balanceaba mis sueños.

¿Qué sucede?
-el viento viene
y pasa, silencioso.

Un claro de luz
en el bosque
-juegan mariposas.

En la rama
parece llamarme
cuando silba.

Cascarón de cigarra
- ¿el tripulante
dónde andará ?

En el suelo
leíamos cuentos,
visitando mundos.

El perro cazador
ladra
tocando fagot.

Pasos
en la hojarasca...
-camina el viento.

La voz interior habla
y la escucho
-le digo mis cosas.

Con los nidos
que he recogido, podría
fundar una aldea.

Los caballos mean largo
- aún los escucho,
desde mi infancia.

Hasta la tierra
siente miedo
- pasa la culebra.

Una leyenda
vive en los montes...
-nerviosos los venados.

No hay oro mas bello,
ni de brillos mejores
-los granos de maíz.

Lejos del ruido
tengo un templo
-la montaña.

Largos caminos,
amigos campesinos,
-otros tiempos.

La mujer trilla maíz
en el pilón,
-late el corazón de la casa.

Corrí al seminario,
la iglesia olía a cera
y a incienso.

En vano busqué
a mi madre,
a mi hermano.

No me despertaron...
Ansiaba
ir a la finca.

Ya no existe El Amparo,
y aunque mi padre
murió, aún parece
que quiero encontrarlo,
e ir a la finca.

El mangón adornado,
florece rosadas y rocío
-la adormidera.

La monja tiró
mi pelota al río
-aun le guardo rencor.

Extensiones quemándose.
¡Ay! pájaros, culebras,
plantas...
¡cuánta vida destruida.

La luna salta
en el bosque
-celeste gacela.

Grata memoria
que me deja ver
los gorrioncillos.

El despeñadero;
cementerio de caballos
-¿tendrán un paraíso?

Sobre el añoso
aguacate
-la bromelia florecida.

Abro la puerta
de mis recuerdos
que da al campo:
ensillo mi caballo
siendo niño y galopo
por potreros y lomas
de la hacienda paterna,
hasta el atardecer.

Se me cayeron las canicas;
sus colores saltaban
por el aula...
-no perdono al profesor
que las retuvo.

Naranjas, bananos,
uvas, granadillas, piñas...
- tomo la granadilla.

Juntos, caballo
y jinete bebiendo
del mismo arroyo.

En el bosque
lluvioso
-una orquídea.

Nervioso el pellar
daba la voz de alarma
en el potrero.

CASIDA DEL GALOPE

Velóz era
el caballo "Moro",
y grande
el orgullo
de su dueño.

Pequeño era
el castaño;
yo lo llamaba
"Pajarito".

Entre los dos
fuimos una apuesta:
de San Antonio
a Puerta Azul....

Rápido partió
ganando el vaquero
y yo seguía,
alcanzándolo.

Veo su rostro
contrariado
al ver volar
el "Pajarito"
con su menudo jinete
y llegar primero
a Puerta Azul
convertida en cielo.

Los viejos troncos
sobre el potrero, ¡Ay!
Los árboles vencidos.

Las luciérnagas
amándose
-fecundación de la luz.

Aroma el guásimo
¡ah! los olores del patio
de la infancia.

Al ver la gacela
supo el secreto de la luz
que aman las flores.

Junto al ñire,
retamos, y lupinos
- paraje de amor.

Sentado en mi casa...
- corro de niño y me caigo
en la acequia, pescando.

En el silencio
del monte,
todo se escucha.

Con trece años
en la rama del guayabo
-el mundo era un mangón.

Toda una alharaca
la de los gansos
-los dejan pastar.

Sin poesía, sin alas...
seríamos
crisálidas sin sueño.

Disputo
con el azulejo
una guayaba.

Versos de cigarra
- cantos
en el tronco del libro.

-¿A qué me atengo?
-Mi fe, mi devoción
están en el río.

Anoche llovió
sin embargo la quebrada
baja clara...

Fue bosque de niebla
-ahora,
loma quemada.

Canta a media altura
-zumba un abejorro.

De niño, en la finca,
tuve niguas
y caminé patojo.

Al atardecer cabalgando
en los potreros
miraba crecer la sombra.

¡Con qué celo
forraba y encuadernaba
los libros, mi padre!

En el paisaje
planea
el gallinazo.

Por la rama,
naranja y negra
-salta la azoma.

El niño aprende
a lanzar al viento
las hojas de mandúl.

Viejos tiempos
-aguapanela
con limoncillo.

El que fui,
el que soy,
el que seré;
vamos juntos, dialogamos.

Con mi padre a caballo,
bajando a Dagua,
por el camino
de El Zapote
-canto de las cigarras.

-¿A dónde fueron los
pastos que crecían
al lado de los andenes
de las casas de antes?

Soñaba construir
una casa entre el monte
que caminaba...,
pero entorno
a la cabaña
sembré el bosque.

-Allí cogía grillos;
y hoy me refugio,
entre el recuerdo
y el olvido.

Aceptar el destino
-el camino de la poesía,
variable como el viento.

De niño
con los compañeritos,
a jugar entre los tubos
del puente,
a la hora del recreo
nos escapábamos,
por un campo vecino.

Con lápiz y manija
el duende le enseñó
a trenzar las letras.

Conocía bien
esa montaña;
me pregunto, cuándo volveré
a caminar
esos senderos.

Pájaros
-huellas
en el viento.

Ya no se ven
las aves
- baten sus alas.

La perra sale
de la acequia, se sacude
y me moja la cara.

Los duendes,
cuando envejecen,
se mueren solos,
en los caminos.

Blanca y anónima
-la azucena florece
en el peñasco.

Correteamos potros...
Atravesamos los ríos
-a caballo...

Bajo el arco iris
los niños temen la salida
de los espantos.

Por los caminos
reencuentro
el muchacho que fui.

Contando
golondrinas recuerda
al ábaco.

El guayabo
partido por el rayo
-reverdece.

Como piedras
en el potrero
- sesteá el ganado.

Aquel señor de Duenderías,
cuando cae la noche
sale al corredor y grita:
¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nadie!

Mi perro
y yo
- de nuevo, alegres.

El niño juega
-hace cerrar sus hojas
a la adormidera.

Gotas de rocío
sobre las adormideras
-alba de los días.

Los niños al soltar
su barquito de papel
le dicen ¡adiós!

Aquella florecilla
de azafrán
- en la memoria.

En el largo camino,
-iba solo
conversando conmigo.

Suman y restan
- las golondrinas
en el ábaco del campo.

Salta la piedra
en la superficie del río
-la piedrita plana
que tira el niño.

La primera vez
que vi la luna,
tal vez no la recuerde;
pero sí recuerdo
aquella noche
en la ventana.

Torceduras
del árbol –meandros
de la savia.

Hace tiempo que pasó
la infancia..., pero aun cojo
moras para mi hermana.

Cabalgando
entre el bosque
-zarabanda de colores.

Las ranas en el charco
compiten cantando;
las luciérnagas luciendo
-vida del bosque.

Sentados en la hierba
preguntan por el mundo
-no encuentran respuesta

¡Inesperado!
El seco mandarino,
volvió a cargar.

Los ojos del niño
se agrandaron
vieron el fantasma
del cuento.

No sabiendo
que lo veo
roba la pitahaya.

Las cosas siguen
el curso de la naturaleza
como los ríos y los vientos.

Písamo alto y florido
-hoy palo podrido
en la era de anturios.

Con hilo de telaraña
-el colibrí
hace su nido.

El guayabo, columpios.
¡Ah!, escenas
de la infancia.

¡Uuuh! ¡Uuuuuh!
Murió Nadie, mi perro.
Aúllo a su memoria.

La hoja aprendió
la canción del bosque
-cae, cantando.

Llueve, llueve y llueve;
llueve, noche y lluvia.
Lluvia, lluvia, lluvia.

El viento
camina
en la hojarasca.

Una persona
camina
borrándose.

Lo dejaban solo
en el solar
-llegaba el miedo.

Los paseos al río;
íbamos todos en familia
-la gran cabalgata.

Mi madre me llevaba
de la mano
-yo soy ese niño.

Glup, glup, glup
-el estanque
se traga las piedras.

Garzas, murciélagos
y ladrones, atisban
el lago del vecino.

De pronto, entre flores,
tres máscaras blancas
se me quedan mirando.

Senderillos enmalezados
-sólo las lluvias y el tiempo
los transitan.

Al lado de la cerca,
los ollares y los belfos
-la yegua y el caballo.

Noche de luna
-contra todo pronóstico,
pare la mula.

Vieja casa de bahareque
-en la cocina vacas lamen
sal, entre las ruinas.

Abrían carretera
entre montañas
-en un camioncito
mi hermano y yo.

Por entre el tubo pasaba
-esta era, sin duda,
la gran hazaña.

El niño me enseña
lo que sabe
-salta en un solo pie.

En ese viejo cuadro
sigo entrando a la niñez
-lo habito.

La algazara
de los gansos
en la noche sobrecoge
-¿A qué viene el ladrón?

La última fumada
del tabaco de la abuela
-el niño al escondido.

Entre las cuerdas
de la energía
calcinada la chucha.

Nos bajamos del bus
del colegio para pelearnos
- así éramos mi primo y yo.

Bananas
en un botellón
-a la tienda
llega un niño.

Inesperada algarabía
-la perra persigue
al gallo
en el gallinero...

Corre el conejo;
más el perro
-lo trae en la boca.

De niño dejé
escapar un cerdito
-afligido, prendía
cabos a Santa Lucía.

En la noche silenciosa
nos alarma
el graznido de los gansos.

¡Qué verano!
El calor evapora
la luna del charco.

Al tiempo
reverdeció la madera
del ataúd.

En la montaña
-espanto de la noche,
historias de miedo.

A la venada
le destrozaron la ubre,
arrasaron los árboles.

Teme cansarse
en la copa del árbol
-gruñe el perro.

Como cabra corrí,
salté entre riscos, caí
en tumbas ancestrales.

Roto el cuadro familiar
-por la abertura
se escapan los espíritus.

A la hora de la siesta
un ruido rojo y negro
repta en el soberado.

¡Chack!
-el perro se traga
la avispa.

Me escondo
en el bosque de duendes
de la niñez.

En la misma rama,
botones abriéndose,
y flores cayendo.

No es un espía
-observa los pasos
de la lagartija.

Ese hombre
no tiene tiempo
-es un fantasma.

Esa lechuza ulula,
silba en la noche,
¿o es La Llorona?

El ciervo blanco
huyó en el sueño
-en el día se escondió.

La comadreja
¡zaz ¡
- caza la rata.

Tan pesado,
el sapo
-salta como conejo.

Alguien recogió
esas palabras que el río
dejó en la playa.

En la escasa corriente
del charco
-juego de canoítas.

Su nombre
es inefable pero
lo dice el río.

Después de bañar
los caballos, se echan
y revuelcan a gusto.

Un rayo de luz
llega iluminando
el patio de la infancia.

El silencio
del cuadro es aparente
-se animan los recuerdos.

Dicha de tener
mi libreta
de versos.

Cuando veo
a los vecinos del campo,
añoro la neblina,
el mandul, el yaraguá.

Los olleros, los pellares,
los caballos; si vivieras
iríamos al campo.

La yegua «Caretá»,
como un mimo...
¡Que descubrimiento!

Aquella florecilla
de azafrán, enraizada
en mi memoria.

Zarabanda de colores
-un día de luz
en el estanque.

La niña chiquita,
bonita,
con un moco largo.

La tormentosa
crin
de los caballos.

Vestido de monaguillo
aprendió a cantar
el nombre de Dios.

De regreso soltábamos
las riendas
y los caballos apuraban.

En la barca, en el lago,
junto al bambú meditaba,
cuando niño.

Mientras camino,
hago un ramillete
de tonterías.

Llevábamos a los vaqueros,
agua limón
-una pausa en el verano.

¡Mu! ¡Muu! ¡Muuu!
-muge la vaca
llenando el silencio.

Señas misteriosas
anota cuando pasa
-caligrafía del viento.

Una jaula,
en un bonsái
-canta una sílaba.

De espaldas
sobre la hierba
-pasan nubes.

Sin nombre,
en tierra sin nombre
-cruza una nube.

Aquella florecita
malva
en el vasito.

De tantas hojas
escritas –ya sería
árbol de otoño.

Padre que conocí
-mi niñez, y las tareas
-¡qué impronta!

Por una ventana
la luna, por la otra, el sol
-canta el ruiseñor.

Amo recogerla
-tomo la luna en el cubo
con agua.

Primeras pruebas...
-amarrarse los cordones
de los zapatos.

Entra la sombra,
se alarga toda
-entra la noche.

En los potreros
¡Ah! Guayabas, zapotes,
las pomarrosas...

Cagan los caballos
y el ganado en el corral
-olor de la majada.

A veces,
tendido en el potrero
-mirando las nubes.

Allí, tendido
en el potrero, oliendo
el pasto yaraguá.

Chillidos en el bambú
-al atardecer
pelean los olleros.

Volver a la montaña
a la neblina, a las cañadas,
volver a la quebrada.

Neblina y verde.
¡Amanece!
Contemplo la montaña.

Hago la palabra
día; la oscurezco
-le pinto estrellas.

El guayacán florecido
parece reflejarse
¡tantas flores han caído!

La fuerza que impulsa
al río es la misma
que hace la pendiente.

Medalla;
bendición de la madre
-mano protectora.

Algunos niños creen
en hadas y en los dioses
-los adultos también.

Canta el pellar
-alguien
ha de pasar.

Cui, cui,cui
-los cuyes al piso,
bajo el fogón.

Dicha las guamas,
zapotes y pomarrosas
-silvestres en los potreros.

Los que juegan,
en el columpio;
los que saltan
el lazo;
los que se tiran
al agua;
los que van
de rama en rama;
todos vuelven
al piso
jugando rayuela...

Esa puerta de mi niñez,
la cruzo y la cierro
-¡que no se entren
los terneros!

Camino en el recuerdo
por la lejana cabaña
-el campo y la neblina.

Al crepúsculo,
rosario en el corredor
-intención de ser mejor...

¿De qué te sirven tus
cuadros, sino entras
a recorrer sus paisajes?

Camino de la vereda
-lavanderas, pelo largo,
húmedos colores.

En aquel cafetal,
el carbonero hace la quema
-un niño no comprende.

El viento,
en la veleta,
termina por dormir.

Barandas de madera,
verde paisaje de agua
-croar de los recuerdos.

Me duele no encontrar
el amado perro
-pero, pero, pero...

¿Qué gozo más animal,
que ver comenzar el día?
¿Qué temor más animal,
que una tormenta?
¿Qué pasión más animal
que la ternura?
¿Qué placidez más animal
que un suave ocaso?

Feliz deslizada
-en la tabla
encerada.

Llevábamos
a los jornaleros
fresca "agua de limón".
Acompañábamos
a los trabajadores: sudaban;
yo, imitándolos...
-nada sabía del duro
cansancio.

Cuando al acostarnos
cada uno, en su nochero,
tenía su vela.
Esos días...

Vaqueros y caballos
cruzan nadando
el caudaloso río.

La frase
-paleta
del escritor.

El corral queda vacío,
berrean los terneros.
¡Esos tiempos!

Bendición de los padres,
cobijas y ruanas
que abrigan el alma.

Tierra en el cuello,
en las uñas, en las orejas
¡qué niños eramos!

Encadeno versos
como el tiempo
encadena las hojas.

¿Cuántas generaciones
de ruiseñores?
¡Ah! Dicha de escucharlos.

El padre en el Duque,
la madre en el Cisne
-imágenes de la niñez.

¡Qué alegría!
-deslizarse en tabla
por la colina.

Amables campesinas
cultivaban plantas
en los viejos trastos.

Del corral a casa
-llevo una postrera
de su vaca preferida.

Bautizo de agua,
bautizo de tierra -¡hijo
de los elementos!

Árbol seco
-dulce refugio
de cucarrones.

El pánton
-¡Ah! Primer arcoiris
de la infancia.

Ese canario
silabea
su canción.

Conocí la excitación,
de niño
-una culebra.

En el columpio
el chico y la chica
-el sol en el paisaje.

Grandes esfuerzos
del diminuto insecto
-vivir en este mundo.

El roce de la mina
del lápiz al escribir
dice sus cosas.

Sin agujero
echo por la ventana
la mariposa negra.

Tras la lluvia,
poesía gota a gota
-los reflejos.

Sentados en las bancas
del corredor los hermanos
evocan viejos tiempos...

En un poema
-la huella
de la herradura.

Ya recé ...
-esa otra oración,
que es el poema.

Paisaje cordillerano
-mis pupilas se suavizan
mirando al valle.

A gusto como
mi arroz blanco
-mesa de la casa.

Sembrado
en los enigmas
-nacer en el cosmos.

Como un insecto
a la luz
-no cierro el libro.

Sombra sin sombra
en la oscuridad
-el alacrán muerto.

Nube que llegó,
lluvia por la que bajó,
río por el que corre.

Canarios ciegos
como hombres ciegos,
tocan la flauta.

La tierra se hace hoja;
la hoja se hace tierra
-venir, ir y volver.

Días de estudiante
-para mi
todos los días.

Me sacudo las plumas
-yo, gorrión, dejo la rama
y salto al patio casero.

Veo todos los días
la montaña y no me canso
-mis ojos abren caminos.

La flor, sin libro
alguno, cumple
su ciclo.

La mesa sobre el suelo;
sobre la mesa, el cuaderno
-en el cuaderno, mis versos.

¡Ay! Claros recuerdos
de la infancia, y puros
-la quebrada corría...

Aun en la oscuridad,
el canto del titiribí.
En el corral, berrido
de los terneros.

No es un solitario
-camina dialogando
con la naturaleza.

¿Quién me dijera
cuándo florece el mandúl
en aquella montaña?

No barría el césped
-amaba
las hojas caídas.

En las ruinas
de la escuela sesteaba
el ganado.

Bosque seco,
loma árida, -la tuna
con su frutilla.

A gusto hacia trapalear
a mi caballo por la calle
pavimentada del pueblo.

Potrero de Micay,
lo que fuera el bosque...
-En el camino, un limonero.

Sobre la mesa
de madera grabado
el trique
-los campesinos,
en la jugada...

Al volver a la vereda
pregunto por uno y otro;
por una cosa y por otra.

Curas, monjas,
los altares
-¡el patio de recreo!

En la suave corriente
la lavandera lava
su vestido, ¡que bella!

Café en la botella,
un pedazo de arepa
-¡qué pausa, en la loma!

Como venado
herido se queja
-escucho sus bramidos.

Aun me duelo
de los pelados lomos
de los caballos.

Con resignación medito
en el jardín sagrado
a la sombra del ciprés.

Cocina campesina
de piso de tierra
¡Cuánto te extraño!

Si el río crece, subo;
cuando baja,
regreso a la orilla.

Cerca de la casa
del campesino, dos cruces
-primera noticia.

Ahora lo se; el duende
es el olvido; el que nos
esconde las cosas...

Dos golondrinas
-un piquito,
al vuelo.

Cuadro querido,
no existes en el lienzo
-vives en el alma.

Los ojos tristes
de mi perro, fijos
ante el horizonte.

Vida simple
-dicha de tener abundancia
en el corazón.

Punta de flecha
que al guerrero daba valor
-el mismo que invoco.

Con tinajas de estaño
íbamos por agua,
a la quebrada
-las traíamos a caballo.

Flores de guayacán,
promesas de amores
-llegan y se van.

Decenas a caballo, a pie,
de la vereda al pueblo
-los domingos, a mercar.

Algún caballo solo,
el jinete rezagado
-en la cantina.

En el potrero,
las torcazas... ¡Pum!
Disparaba sin piedad.

Viejos bambucos
traen gratos recuerdos
y nostalgias.

Mala dentadura
-gusto de muchacho
por el dulce.

La campesina
aun es una niña
-en la memoria.

Fiesta de los difuntos
-si al menos pudiera
hablar con los amigos.

Los amigos de mi padre,
la panadería, los caballos...
-estos son otros tiempos.

Ven, vamos a ver
a Dios fluir
por la quebrada.

Recolectores de bejucos,
artistas del mimbre
en la urdimbre vegetal.

Hombre, los hombres;
un mosquito, los mosquitos
-varios mundos.

El templo estaba en el
monte,
en la oquedad,
donde aromaba
el humus primigenio.

Relata cuerpo
-danza tus cuentos
infantiles.

Jugar con granos
-maíz, frijol, semillas de vida
¡trique! ¡trique!

Al ocaso,
la sombra larga...
-regreso a casa.

Los adolescentes
se sacan dientes y muelas
para no ir al ejército.

Asunción de límites
-la carrera a caballo,
el silbo, la cauchera...

Antiguas costumbres
-hoja de plátano
para el tamal.

Antistrofa

Las del maíz,
para el choclo,
el cuenco del mate,
para el dulce
-¡las cosas han cambiado!

Antistrofa

Y en la vieja casa
de la finca,
o montando a caballo;
en escenas mil...

Uno adivinaba
quien iba a caballo
por ese camino.

Piel de mi tierra

*Me llamo barro
aunque Miguel me llame.*

M. Hernández

Te descubro leve.
Te descubro verde
-leve verde de luz.

Los ecos
de otras horas
-el tiempo regresa.

Llega el viento
a mi habitación
y levantando la cortina
impulsa el velero
de mis sueños.

Una hoja cayó
en mi cuarto, traída
por el viento que se lleva
a septiembre.

Vamos
de viaje espacial
a lomo de tierra...

Extenso y uno
-integrado al todo.

Somos
pero vivimos
construyéndonos.

Camino
-huella humana,
rastros peregrinos.

Cerebro
-huella digital
del viejo artista
del destino.

Ese nosotros
-que somos tú y yo-,
otros no lo podrían
jamás conjugar.

Compañera presente
donde mi piel se roza
de buena gente.

Ventana abierta
el ave de la fantasía
-que canta,
que se escapa.

Mis palabras
-un sonido, no más,
de la eterna canción
que rueda en los siglos.

Ha venido desatada
desde siempre
a ser capullo
y reventar en rosa.

Salta un gorrión
-lluvia de flores.

Cuando me acerco,
mi sombra se aleja
-es difícil...

Somos el invento
de manos y de bocas
que se amaron.

Conejos, mis ojos,
siguiendo al conejo,
en el jardín.

Somos así,
malos y cariñosos,
como todos los
animales de la tierra.

¿Hacia dónde vamos,
estas piernas y yo,
vadeando instantes?

¡Plin! ¡plin! ¡plin!
Gotear de la lluvia
-llueve en el poema.

Hoy no puedo
ni con la vida,
ni con la muerte,
ni con nada.

Un esfuerzo más
para no dejar caer el día
aunque me sigan
doliendo las espaldas.

Se me está
quebrando el día;
he estado empacando
ropa, mirando fotos...

Llevo la mirada
vacía para darle
cabida al mundo.

Lo mejor de la vida,
lo mejor de la muerte,
es que están hechas
de nosotros mismos.

Un recuerdo
de maizales,
de duraznos
y de bosques,
crece en la memoria.

-¿Conoces algo
que valga la pena?
-Conozco la pena;
no sé si valga algo...

Constante el tiempo,
da su lección
a la gota.

Limonero de mi niñez,
vuelvo a pasar
por tu lado
-ligero, en el recuerdo.

Portugal
busca lugar
en estas letras.

Aquel que pasa
cantando al amanecer,
no soy yo, pero quisiera.

En una playa
de Francia,
noche de fogata,
-sensación de Cromagnon.

Hoy la vida
me sabe a arena
– y no quiero probarla.

Pequeña hoja
-pellejito de naturaleza
abandonado.

Un pastor, un perro,
el rebaño.
¡Qué poética manera
de conducir las ovejas
a la muerte!

La vida
la sentimos allí
-donde nos duele.

Al reposarse la tristeza
sabemos cuánto queda
- de arena –
en el corazón.

Ocarina

*Siete aberturas
-somos ocarinas,
barro que canta.*

Parteso.

La torcacita bebe
en la caja de betún
del lustrabotas.

En la plaza, la fuente;
contraste de luz
-surtidor de sombras.

Cuerpos, burbujas
-frágil escafandra-,
pompas, corto vuelo.

¿He de ser
golondrina
alguna vez?

Amaina la lluvia,
la neblina se suspende
-grises enfrían el paisaje.

Las niñas salen saltando
-dos ranitas
llevan el río en sus botas.

-¿Qué puede emocionarme
todavía?
-barquitos de papel
en la pileta del colegio.

Tras el viento
cae la fruta
levemente advertida.

-¿Las chicharras?
-No las escucho bien;
mi ruido las opaca.

Las cosas tienen
su tiempo
-lo inconcluso es,
a veces,
lo que mejor termina.

Mujer nube
vende burbujas
embarazada de viento.

En la esquina
del medio día, el canario
-su trino en el corazón
de la ciudad.

Te encuentro,
mariposa, a la sombra
de la luna.

Las golondrinas
sobre los altos edificios
-subsiste la mirada.

¡No hacerse ilusiones!
-las nubes no necesitan
decirse adiós.

Vuela la torcacita,
pajita al pico
-¿qué preocupaciones
volarán mañana?

Al bajar del avión
¡La luna!
-también yo vengo
del cielo.

Pasajero
-el hombre-
que pasa ligero.

-Fugaz la sesión de la vida;
no ha empezado y ya termina
-como cualquier sesión
vespertina.

La florecilla blanca
en la mesa del restaurante,
es hermosa.

¡Tanta muerte
en cada despedida!

La tierra
ha sentido su caída
-se oscurece mi alma.

Ha estado por aquí,
estrecho
-¡Míralo dejando huellas!

El mayo florido
-lágrima de colores.

Esta rama,
de semilla agradecida
-me ofrece la flor.

El viento policía
barre las cositerías
del vendedor callejero.

Junto al basurero,
un ruiseñor
-los desperdicios,
dioses olvidados.

No han sentido
ser rama
y ser quebrada.

Lirio del campo
que ahora abres
-afortunadamente
puedo verte.

La juventud pasa,
pero no quedarás vacío
-como abril es,
pródiga, fecunda.

Cae el polvo,
cae la vida
-casi sin ruido.

Encontró una rosa,
deambuló con ella.
-hoy la recuerda.

La perla por dentro
no tiene nada,
lo tiene todo.

De pronto
uno recuerda
¡y somos niños
de nuevo!

Chontaduros iluminados
por la sonrisa
-el platón en la cabeza.

Vende trocitos de luz
-el aguamanil
cruzando el puente.

En la raqueta la niña
lleva la gatica
-¡inquieta bolita juguetona!

Los guayacanes
florecidos, enseñan
delicadeza a la ciudad.

Metamorfosis
-dientes de leche
¡granitos de arena!

¿Recuerdas
la última caricia?
-esas manos te esperan.

Del cascarón al estanque
ganó el gansito –bulliciosos
aplauden sus padres.

Dando vueltas,
como flores en el río,
las niñas juegan
en el patio.

Alondra cautiva
-en tus brazos
canta mi corazón.

Tiene la fortuna
de hacer difusos
nuestros límites.

Un mensajero
lleva un ramo
de claveles rojos.

Pegué el oído
y al interior mi corazón
estaba en fiesta
-lo que menos esperaba...

Corazón
surtidor de palabras.

Descubrir el amor
-¡Ah! Gozo
de las primicias
que atormentarán
el alma.

Taller de palabras,
arcilla de ilusiones
-orfebre de sueños.

¡Ay! Se deshacen
las palabras...
¡Ay! Que se borran...

Tú eres mi poder
y mi riqueza,
mi felicidad y mi dicha
-¡Nunca me abandones,
fantasía!

Trajo distancia,
soltó brazos,
aquietó besos.

Caprichosa
-pícaro felicidad.

Melancolía
en el piano
de las letras.

Alegres reconocían
sus pasos
-hoy no sonríen.

El tiempo
hurgando
pesares.

Ludovico... -el ruido
de las ametralladoras,
no era el de tus partituras.

Los pies amaban
su recorrido
-extraño amor,
celeste y luminoso.

Un sonido
-estalla
de bellos tonos.

Hoy, el yo
de mí identidad:
-me derruyo...

Algunas veces apenas
somos el deseo de ser
-lo demás se nos escapa...

Alguien
ha lastimado
al día.

Los delegados tenían
un clavel –de sangre-
en la solapa.

Estrellan buques,
aviones,
instituciones, países.

Le cerraron
la puerta...
-¡afila palabras!

¡Libertad!
Ayer te asesinaron
varias veces.

Si lloras se descubre
quién eres
-luego llorarían por ti.

Parece que nada
sucediera
-aparente tregua.

Miedo social
-el tiempo
que lastima.

De un tajo
cortaron las amarras
del llanto.

También el caracol
quiere la paz
en su morada.

Cultiva el dolor;
todo un hombre
-mataron a su padre.

Pitos, ofensas, frenadas
¡interjecciones!
- yo recordando la montaña.

Llueve, calmadamente,
sobre el cementerio
campesino
-nadie está de luto,
no hay pena en este llanto.

El muerto
guía al enterrador.

Nunca
estamos al día
en la nostalgia.

Si camino, me muevo
-y si me muevo,
te alcanzo...

¿Cuántos días
tiene una
espina?

No saldré,
tampoco tocaré la puerta
-llamo a la memoria.

Tengo enredos
de palabras
- la vida con nudos.

¿...y quién
se echa a andar
por andar
a ver dónde llega?

Mi sombra está hecha
de preguntas, de inquietas
miradas y recuerdos.

De todo lo que fue
-¡Oh gran visión del mundo!-
en rotos fragmentos me
miro.

Tristeza aventurera
que te creías ilusión
-¿qué fue de tu entusiasmo?

¿Por qué al mirarnos
las manos
-hacedoras de todo- dan
esa sensación de vacío?

Temo una esquina
en la memoria
-me escondo de mí.

Sorda, sorda
-se hunde en el abismo
del silencio.

Sueño –vigilia
-a cada lado el inútil
asombro, persistente.

-¿Quién me empuja?
-¿Las olas? ¿El tiempo?

Estoy fuera
-reboto tratando
de entrar al día.

Ir por uno mismo
-regresar
sin encontrarse.

El disco gira,
liberando en azul,
la cinta del recuerdo.

Preguntas
convertidas
en respuestas.

Quedarán mis versos,
a la orilla –yo, el río,
seguiré cantando.

Espuma de los días
-movimiento
ilusorio y real..

Aljibe de la memoria
-pozo
de los recuerdos.

Cantinelas

*...Simplemente confía,
¿no revolotean así
también los pétalos?*

Issa

Llueve. Arrecia.
No obstante vendrá.

Debe sufrir muchísimo
-la fuente,
para ser inagotable.

Lágrima,
gota de rocío
para la redondez
de la tierra.

Brisa
en el alma.

¡Reconfortante!
-ver en la ciudad
las golondrinas.

De pronto la luz,
en la habitación
-jarabescos de cestería!

El viento de las hojas
arrastra la vida
-descuaja el árbol.

Tanto ha revoloteado
en la ventana la alegre
mariposa, que ha entrado
a posarse en mi cuaderno.

Con la constancia
de las nubes
seríamos siempre adiós,
si no fuera por el mar
de cada día
que nos regresa
al sueño.

¿Qué voces
cantan
en los pájaros?

La marcha es otra
cuando pían
los gorriones.

¡Qué aire tan casero
tienen las torcazas
abuelitas!

Vino a cantar
la palomita guarumera
sobre su tumba.

La ciudad es una
y es otra; afuera, transita
-para adentro, llora.

De la cofa de mesana
se divisa el rubio
caparazón de una cigarra.

Con el alba salí.
El camino no tiene huella.
De regreso leeré mis pasos.

Luz y sombra
continúan amarradas
a la piedra ancestral
donde el inca las halló.

Sencilla flor,
-silvestre ofrenda
al eterno luto de la tierra.

Pongo niebla
en la cabaña
-paseo en el recuerdo.

El campesino no está...
-las perdices confiadas
rondan la trampa.

Solo,
inmerso en mí,
paseo contigo.

La tarde se despide
con el rayo de sol
de la cigarra.

Las calles platean
-las habita la lluvia,
amablemente.

Gotea y rezuma
-la oscuridad
se congela.

La puerta abierta,
la luz encendida.
¡Es grato encontrar
al Maestro!

Llegué tarde;
la azucena
floreció ayer.

Juntos,
todo distinto
-era la vida misma.

No doblaron las campanas
sino nuestras voces
obligadas al adiós.

Sueño entre el sueño
-la garza,
en el algodonal.

La visita del amigo
-saludable como sol
de la mañana.

Escribo
-soy un pájaro
cantando en la noche.

Ni antes ni después
-puntual,
abre la orquídea.

Queriendo un verso triste,
el pulso lleva la mano
-lejos de su pena.

He escrito de mi dolor
-sólo ahora pienso
en el duro golpe
que recibió la yegua...

Pedaleando
bajo el aguacero
impulsa el padre
la bicicleta
-en la parrilla,
la niña sonriendo.

Grillo trasnochador
-persistes en tu canto
al amanecer.

Dura realidad,
no te seques alma mía
-reverdece.

De la ansiedad silenciosa
quería desprenderse un grito
-en su pecho se ahoga.

La flor de la pitahaya
-sin duda la más hermosa de
las novias.

¡Carros! ¡Carros!
Ruidosa época.
-detrás del silencio
piensa el preso,
recuerda, sueña.

El ciego aprende
a mover las fichas
en el tablero de ajedrez.

Triste aliento
-al día gris le pones
una nota alegre,
en lejanía.

No fundes
esperanzas perdurables
-todo está por suceder.

Una canción,
¿qué sucede?
-la trae la nostalgia.

Menuditas, las hojas
del sauce,
sobre la avenida
-sin duda,
un tapiz funerario.

Calcio –trasunto
de esperanzas caídas.

Fue sin mí;
será sin mí
-¿Eso es todo?

Fortuna, en fin,
cesar los pasos...
-sería triste ser eterno.

Hermosa luz
-tesoro de los días
que se desvanecerá mañana.

Su corazón
tenía nudos
en las manos.

Todos se fueron.
Aúllo.

Ansioso esperé
al amanecer
- las campanillas
de la enredadera.

Desmembrado, despellejado
-el viejo sapo cantor
agoniza al sol.

Templó el arco
de sus nervios;
cuerpo – flecha, surcando
la libertad en los abismos.

Y si fuera ayudado
por otro,
¿entonces qué?

En su huella,
un peso de más: el fusil.
¡Triste verlos partir así!

¡Disparos!
-¿Acaso el llanto
no es el mismo?

¿Nada sucede?
Balas, mosquitos...

Esperanza de campos
abiertos...
-la incertidumbre
corroyendo.

Oyó el llanto
de su amado
-flores negras
de la guerra.

El pájaro que parloteaba
-muerto,
en la huerta.

Cuando la Patria
se desangra
hasta la belleza duele.

Su sonrisa asesinada;
los libros
-pozo de los tiempos-
parecen murmurar.

Cuando quiso
escribir el recuerdo
-otro caía.

Si ante el dolor siempre
tuviésemos que llorar
-¿podríamos reír?

Alegra cantar los pasos
mientras llegamos
a la región del misterio.

El Dorado
lo ve el hijo del indio
en la vitrina, descalzo.

Como llanto de estrella
-el mar guarda el polvo
de las aladas ilusiones.

Aquello
que amé, hoy
grato recuerdo.

Izaki

*Aparente obviedad;
gozo y tormento de nombrar...
el paso del viento.*

Sacha Juan.

Entre florecidas
mimosas se humedecen
mis pies de niño.

La lluvia
-todo el mundo
habla de ella.

¡Ah! La ciénaga
-mi amigo al verla
llora emocionado.

Más brillos en el mar
que en la estrellada noche
-el barco a la deriva...

La luna, marinera
-viaja
en aguas de estrellas.

Las ramas se mueven.
¡Fría mañana!
-tiritito, me estremezco.

Tarde de lluvia
-la neblina vela el verde
de la montaña.

La lluvia en el techo
de zinc, la neblina...
-aún llueve en el granero.

La niña teje
- capullo
de ilusiones.

Cayó una hoja
y siguió cantando
-el ruiseñor.

De donde vienen
las voces de los niños
-el paletero.

Papel blanco
- espuma
en la que escribo.

Principio a ver mal
y es cuando
mejor veo las cosas.

Imposible defender
las palabras, las nubes,
los contornos del sueño.

–Ilusionada
eleva la cometa,
recorre el cielo.

El sol secó el rocío
-hay una gota transparente
en esta lluvia de luz.

Fantaseo
-recorro
el universo.

Se oyen los pellares
-es el “todavía” lo que
aflige de su canto.

Lazos, nudos,
palabras, entretejen
el tapiz de la vida.

La queja,
inaudible golpecito
-la flor que cae.

Las luces
de la ciudad ocultan
las estrellas.

Gracia del arte
-no se marchitará
la hortensia.

Cigarras, olleros,
la tarde azul
-también mi pluma.

Siete de diciembre
las estrellas se cogen
con la mano.

Siete de diciembre
– los árboles,
nidos de luciérnagas.

Celebrar el día
-esperar el canto
en la arboleda.

Adiós, no es tristeza
-principio de la danza
de la nave en el mar.

Alguien recorrerá
este surco
-para esa época
mis palabras habrán crecido.

Coro de las hierbas
– grillos e insectos
por todas partes.

Grito de muchacho,
chirrido de cigarra
-poemas del solitario.

Estamos en febrero,
comienzan a cantar...
-anidan los olleros.

Con ojos claros regaló
la orquídea –se diría
que en azul florecía.

Entrado el verano,
canta el ollero
-aun las lluvias.

La flor naranja
-tulipán africano
da la bienvenida.

Escribo o hablo solo
-¿No es este un oficio
de locos?

Hay quienes narran
sus creencias: el río,
la brisa, la luna.

Duelmo con papel
y tinta, al lado
-atrapo sueños, ideas.

Aquí, en los poemas
-estremecimientos-,
centro de mis enigmas.

La abeja negra
en el blanco papel
-gota de tinta.

Ojos escudriñadores...
-ir dejando nota
de esto y de aquello.

1
Rápido vuela
-pasa con una
lombriz al pico.

2
Ahora canta
el ruiñeñor...
-me lo explico.

En la puerta...
-primer rayo
del amanecer.

Cuántas veces canté
a la imaginación...
No menos a los recuerdos.

No le importa
estar bajo la lluvia
-salta y canta.

Escribir me ayuda
a vivir
-escrivivo ¡escrivivo!

Gracias a la palabra
podemos
asumir el destino.

Estrellas,
granitos de luz
-puñado de tiempo.

Diminuto insecto,
maravilla infinitesimal
-vida que bulle.

Al llegar a la orilla
– siendo joven – manso
sentía el río del tiempo.

El sacerdote descreo,
sufre sin decidirse
-ansía otro camino.

Una espada
sobre el reloj parece
cortar al tiempo.

El que se queja,
lo mejor se deja;
escribirlo no es posible
-el verdadero mal
es indecible.

Dudas y vacilaciones
me atormentan
-la poesía, mi sosiego.

Sin memoria,
sin imaginación
-¿qué fuera?

De todas las filosofías
me olvido
ante un bello amanecer.

Desconfianzas
-no hay palabra ni gesto
que no lleven
al diccionario de tramas.

Pequeños ruidos
-la vida sencilla,
habla en el camino.

Los versos me hacen,
como el alimento
-estamos confundidos.

Madre es un libro
-cada palabra
cuenta la historia.

Viéndolo bien,
mis poemas son
-bitácora del viaje.

Pipelier holgazaneaba,
y el hindú –buscando
el verso –decían.

Una hoja, un trino,
una mirada, algo, alguien,
alguna vez en algún sitio.

No es valentía
-temo perder
el camino de letras.

Tantos olleros
-parecía
que la tierra cantara.

¿Por que voy rápido?
¿Por que me demoro?
¡Un libro de poemas!

Cierro los ojos:
¡Todo claro!
Así son las cosas.

Al presente se habla
de mañana;
en la guerra de la paz
-todo se camufla.

Después de años
vuelvo a ver
jazmines florecidos.

El calor me atonta
-afuera la brisa barre
las cenizas del día.

En la cuerda
una golondrina me mira
y yo la miro...

Desde aquí
veo las estrellas.
Voy subiendo:
peldaño a peldaño.

Ir con el tiempo
en una barca
-surcando los días.

Caminar por la cuerda
de los pasos – infaltable
el riesgo – a lo desconocido.

¿Cómo no he de ser
supersticioso,
si de repente
veo florecer esta mata?

En el silencio,
¿qué dialogan el estanque
y las estrellas?

Este atardecer
es el viento –podría
agregar dos pajarillos.

Tres versos cantan
el paso de agua
-el curso de la vida.

Ventea
-el aroma del café
envuelve la casa.

Un ramillete esperado
florece color naranja
-el tango, a la entrada.

Moroso enciendo la luz
-espero
que tiña la noche.

El campesino deja notas
escritas con carbón
cuando va a la quebrada.

Alma del bosque
-vivir dentro del árbol
brotado de hojas.

En el cuadro,
se adivina en el paral
-la cruz de mayo.

El viento en las
cuerdas de energía
-arpegios rurales.

Abre la mañana,
entra la luz
-alegra el corazón.

Como notas de colores
suben y bajan
los pájaros en el jardín.

La niña adorna el arcón
sobre el que escribo
con su elefante
-lo cambia por flores
que coge en el jardín.

Balbucesos, gritos
-¿Cuántos labios hoy,
hablan la vida?

Congestionada ciudad
-una mariposilla
se posa en la camisa.

Él dice “versar”;
yo escribo: «versar
es conversar».

Entre sus trastos
juega y se distrae
con dos gaticos.

Sólo la fábula
ilumina
el sueño del reloj.

Ver
el rostro del ser
en esta peña.

Irse, terminar
-disolver la sombra
de la arena.

Entre las nubes,
una ventana iluminada,
-el libro abierto.

A las doce la sombra
se enrosca bajo el jazmín
– ¡Ah!, el gato.

Algo, cuando el sol
se pone, golpea la arena
-nos hace estremecer.

Herida manecilla
-transparente y dolorida
suma de los días.

En el dolor
busca salir por un grito
a la esperanza.

Jugar con una larga
cinta de colores en el cielo...
¡Cosas de niños!

La ilusión
– flor de fuego en el cuenco
de la noche.

Noche de anoche
¡que horas mejores!
-estas de luna...

En los versos,
sentimientos
-botella en el mar.

La lluvia disuade
a los clientes
-tiempo para escribir.

Guardo un trébol
de cuatro hojas
-no es un agujero...

Lluvia mansa
y suave que lava
la tristeza.

No dan la espalda
-nosotros cambiamos
de sentido.

El silencio del ancla
se parece a la soledad
-aunque sea de hierro.

No he escuchado
el grito del náufrago
pero existe –lo sé.

No ha terminado uno
de nombrar los meses
y ya termina el año.

La nota dice
que pasó cual ráfaga
antes del atardecer.

¿Qué quedó del heroísmo
sino las vanas, triviales
discusiones cotidianas?

He amanecido
inventariando la vida
-de pronto, llovía.

No he realizado
ninguna hazaña, salvo
ver algún amanecer.

Alegres los gansos
tocan su bocina
camino al estanque.

Al escribir
en el taller de palabras
-olor a tinta.

Braille, solfeo
-la poesía, tiene su cifra
y su misterio.

Leve ruido
-tijeras laboriosas
cortan moldes.

Extrañas formas
-en los sueños vivimos
otros argumentos.

Aún es posible
ver a Nils Holgersson pasar
entre las ocas.

Tal vez quedará
un verso del viajero
-de pocas letras.

Busca el libro
-apacigua corazón
con la lectura.

Luis Braile.
– Nunca hubo dominó
mejor jugado.

Versos del maestro,
siempre nuevos
-¡y tienen siglos!

El viento frío;
todo puede suceder
-primeras gotas.

En torno al árbol
de mayo
-corona de flores.

La casa ardiendo
-la mujer quita la ropa
de los alambres.

Fin de la jornada
unos se apresuran;
otros se retardan...

Trota como leopardo.
-el ralo césped,
jungla para el pajarillo.

Sangre verde, deshojada...
-un clavel
pisoteado en la calle.

Miles de llantas
no impiden la hierba
en la ranura.

En la carretera
-el niño y veinte vacas
de ordeño.

Llevo semillas
-nuevo afán tendrá
el campesino.

Una huella de caballo
con herradura
-seguro ayer, el alazán.

No es mi oficio;
la poesía es mi consuelo
-acomodo del dolor.

Camino y camino
-si alargara los pasos llegaría
al punto de partida.

De los viajeros prefiero
a la raíz
-nunca pierde su sitio.

Se secó el río,
se extinguió la caza,
-de todas maneras
debemos llevar
lo necesario.

En las vueltas
de la carretera,
el condiscípulo
en su camioneta
¡Peor que un extraño!

Por la finca cogiendo
guayabas –comparto
el gusto de los pájaros.

Atarraya en el cielorraso
-galaxia
de nudos delicados.

La creí una florecilla
-la roja
cresta de una gallina.

Caballitos trotones
-jamás he conocido
mejores torneos.

¡Ah! La orquídea
su aroma matinal
-montes del valle.

La ciudad crece,
se rehace y transforma
-cuerpo creciente.

Una hoja sobre otra;
polvo sobre el polvo
-ola tras ola.

Por un senderillo,
planta un pomarroso
– vivirá-, dice, sonriente.

Las gotas
acumuladas desgajan
las ramas del pino.

Al borde del lecho
del anciano padre
-sentir su exhalación.

Un pájaro
desconocido... -la selva
no está lejos.

Llega, se asoma
a la ventana
– la perra husmea.

Conoce el manantial
del pecho, sus espigas
-tierra madre .

El caballo va
a cumplir treinta años
-¿enciendo una vela?

Pena a la medida;
aurículas, ventrículos
-ocupa el cráneo.

Andaba en sus
cuatro extremidades
–«La araña», le decían.

Tanta basura humana;
en la tierra, en el agua,
en el aire. ¡Tanta!
-¿pero qué, si tenemos
siete orificios?

Río Henares
-melón en el camino
del verano.

Mata de plátano
-a gusto con las aves
comparto el alimento.

Ta – ta, ta – ta
-el niño juega pelota
contra la pared.

Último taller
-extrañaré a los amigos
de la poesía.

Entre dos llantos
una posible alegría
-esa es la vida.

El perro se atraviesa,
el niño mendiga
entre los carros.

“Si humo, hay alimento”
-recordaba mi madre
el dicho de mi padre.

El gato ronronea,
contra mi bota, agradecido
-amaneció en la cocina.

La casa de mi amigo
rodeada de libros
por todas partes.
¡Ah! El paraíso.

Saludo a mi madre,
pregunta por cada uno
-pasa revista a la familia.

Escucho las campanas de esa
iglesia
-las regaló mi padre.

Cangrejos ermitaños
-buscamos
alguien que nos acoja.

El amigo
enfermo bromeaba
-incluso se reía.

Le escuché
con voz débil y agitada
-me aflige su mal.

Frente a la fragilidad
de la vida
-resignada aceptación.

¡Ay! Momentos
en que me pido
el favor de llorar.

Mi amigo silencioso
solitario – el bordón
en las caminatas.

Algarabía en el gallinero
– entra el mayordomo
con un tazón de maíz.

El amigo llegó
como cada diciembre
-dulce de casabe.

Los cuatro amigos
– todos
cabezas blancas.

Trapo –tras-trapo
se amarra el loco en el pie
¡qué raquetas!

Las casas habitadas
parecen vivir
de quien las habita.

No se por que
-camino vanidoso
esta mañana.

Poder apaciguar
la melancolía ¿qué es,
sino la felicidad?

La niña alegre
-su sonrisa convoca
la mañana.

Sencillamente
dejo mis apachetas
-mis devociones.

En torno a la mesa
festejan su llegada
-grato regreso.

Pequeños ruidos
-el de la tapa de la olla
nos invita a almorzar.

Pinta un hermoso
paisaje con la boca.
-¡beso por la vida!

Tener algo
-¡Ah!, alcanzar
la luna...

Ante la sencilla
flor de amor ardiente
me detengo.

Dulce posesión
de las cosas
que han de pasar;
manos, besos,
este taciturno caminar...

Desolación
- boca hablándose
a sí misma.

-Riiinnng...
- ¿Quién podrá ser?
- «La abuela se cayó»
-¡Ay! ¡qué noticia!

Penas y silencios
se cruzan
a la salida del trabajo.

El hijo trata de consolar
a su anciano padre
que mandan a la cárcel.

La fotografía
del amigo muerto
-aran la tierra.

Ninguno de los sentidos
la encuentra,
pero se afirma que existió
-el ave del paraíso.

Un sombrero de paja
lo recuerda
-contentos conversábamos.

Reforman la casa
– las palomas del alero
pierden sus nidos.

La vecina enfermó
y murió
-se veía rozagante.

La certeza de morir
que sobrecoge
-hoy me roza sin daño.

Repaso las aventuras
de aquel,
que tramaron los dioses.

Dibujos de mis hijos
cuando chiquillos
-¡Quisiera tener los míos!

Amiga de infancia;
el retrato en el periódico
–obituario.

Oh! Dulce pasado;
siquiera un instante
te puedo retener...

-¿En qué distraerme?
-Pasearé por la memoria;
algo encontraré...

Miro mis sandalias
-echo de menos a aquel con
quien caminaba.

Calles y lugares
recordados, olvidados
– geografía de la memoria.

La pena cae
sobre la fría piedra
-gotea el dolor.

Humanidad
– ¡Sangrienta palabra!

Gotas de sangre
-gotas de alcohol
¡lágrimas!

Es presumido
-el recuento de sus logros
me fastidia.

Guerra en Sarajevo.
Dos hombres jóvenes
entierran a su madre...

Guerra en Sarajevo.

Una madre
entierra a sus dos niños...

Guerra en Sarajevo.

La vida entierra
a la muerte...

Guerra en Sarajevo.

El ingenio, pedante;
la historia llena
de crímenes
e intrigas...
-no he visto mentir
a un árbol.

<<Hablar, reír,
dar besos...>>
-dice el niño.

Suspende la lectura
dispuesto a matar...
al zancudo
-permanece alerta.

A su adiós
sembré un arrayán;
ni el alazán, ni las hormigas
lo dejan crecer
-¿acaso alargan mi pena?

La muerte entierra
a la vida.

Guerra en Sarajevo.

La tierra abre la boca
y se traga el tiempo.

Tengo miedo y estoy
triste. Guerra en Sarajevo.
Este es un clavel.

Inmenso el silencio
de la muerte
-voz de lo infinito.

Saber que todo
desaparece
-el paisaje, la mirada.

No tengo fuerza
para el crisantemo
-¡Ay! Desespero.

El Hombre está solo
-misterio indescifrable,
sin respuestas.

En la noche azul
y velas blancas –surcan
la luna.

Entre documentos,
sin querer, la partida
de una voz querida.

Quería morir,
dejar el escenario
-la vida cansa.

Cada que abro el cajón
algo ha envejecido.
¡Cómo pasa el tiempo!

Asubio

*Yo creo en Buda
y el verde de la espiga
es la verdad.*

Otsuyuu.

Los dedos de la lluvia
tocan
el arpa de las hojas.

Tras el naufragio
asciende una burbuja
-exhalación del navío.

Ser como piedra de río
que en cada golpe canta
se hace y se deshace.

-¿Alegría?
-una lágrima
que brilla.

Pasadas las lluvias
sobre su pecho de hierba
-una florecilla silvestre.

Jazmín
-vara de incienso
aromando en la noche.

Toc – toc, toc – toc
-me ha despertado
el pájaro carpintero.

¡Ilumina la casa,
todo objeto, cada rincón
-¡Mañana de verano!

En el pechiamarillo
canta –presumida-,
la mañana de sol.

La niña se desliza
por el arco iris
-tobogán de mi jardín.

Flores de agosto
-cometas
en el viento.

La vida
en alas de mariposa
-leve de universo.

Pasadas horas
- iluso oficio de creer
que fueron ciertas.

No se me reclame
la llorada despedida,
la mariposa, el trino,
el paso de las nubes...

Revolotea la mañana
-mariposa amarilla-,
entre el verde follaje.

Gaviota
-blanco instante
sobre el mar.

La campana del colegio...
-las nueve de la mañana
hace algún tiempo.

En la rama cortada
alcanza
a abrir el capullo.

Se agitan las hojas
-también se emociona
el recio tronco del árbol.

Varios días sin barrer
las hojas
-¡nostalgia de otoño!

La tarde se despide
con el rayo de sol
de la cigarra.

Tilín – tilín
-al vendedor de paletas
le cantan las manos.

He arreglado la casa
-mi amigo ciego
vendrá a visitarme.

No nos alegra fácilmente;
-más trabajo tiene el trino
que logra conmovernos.

En cada hoja
que cae enseña
el otoño.

No sucedió ayer...
-siempre
es hoy para la pena.

Días aciagos
-frente a la orquídea
restaño mis heridas.

He seguido sigiloso
la sombra del tiempo
-reloj de sol.

Guardan linternas;
sigilosos ladrones...
-luna llena.

En la vocecita
tintinean las palabras
-llaves de mi corazón.

En las lágrimas
de la guerra se nubla
el camino de la paz.

La amada

¿De qué hermosa realidad
me separa
la penumbra de mis ojos?

La panza de ese
hombre crece y crece
-rompe los ojales.

*Converso contigo,
con frecuencia, Poesía.
Acudo a ti que eres mi novia
y mi refugio.
Aunque hay días
en que no pregunto
por ti, estás tan cerca.
¡Ah, mi amada!
Nada de fugarme a otros amores;
vienes conmigo
en el viaje de la savia,
de las olas, de las aves;
allí donde la memoria
descansa apoyada
en los sueños y extiende su beso
de río y el temporal de los deseos.
Ves, converso, contigo, Poesía;
eres mi novia
y llego todo, a mi refugio.*

J.T.G.

Un día hace años...
¡que calor! Pero, también...
¡qué piña!

Allí, en el sueño
¡que paraíso
de amor y poesía!

El caracol levanta
sus ojos y estudia
la cartografía del jardín.

Desnuda,
leve y suelta
-la brizna.

Este rayo de sol
no es el mismo, los dos
hemos envejecido.

Un saludo a los poetas
dejó Jacobus Sentinus,
leo en un incunable, 1240.
En este, mi tiempo,
año de 1995
también yo, Izaki,
dejo un saludo
a mis amables lectores
y agradezco
que descifren estas letras.

Esa primera huella
en la luna no fue hecha
solo por el peso
de una vida.

Te plagio,
te copio a ti,
-Naturaleza.

El río crecido alegraba
a San Agustín.
También a mi
-¿es palabra de Dios?

Rivales
-la abeja
y el colibrí.

Las reglas para escribir
se me cayeron al río
cruzando el puente.

Con el tic-tac
de la lluvia, confundí
las gotas del reloj.

Iba a cortar la flor
y me dije como Herrigel:
¿Soy su propietario?

Rendija de la puerta
de la cárcel –en una charca-
se refleja la luz.

El viejo juega
con la rama; la impulsa
y balancea.

Flores de María;
el tiempo no las marchita
-Ojos de poeta.

La misma noche,
la misma aurora
-distantes las dos.

Palabras, palabras
y, al fin...
un poco de alma.

Perdida la certeza,
olvidado el camino
-¿qué queda, peregrino?

El agua que corre
va haciendo su cauce
en el corazón.

Duele el verso
lo tacho en cruz
-lo entierro.

Los moquitos
de los niños, ruedan
sobre sus labios.

Conocí la riqueza
con el goce
del primer poema.

Tengo cólico
pero tengo un libro
-¡resisto con el libro!

Participo
en esta manifestación
-olleros al amanecer.

-¿Para qué versos?
-Cantar, cantar, silbar,
ser en el viento.

-¿De qué amor se trata?
-De las palabras,
de la poesía.

¿Por qué en medio
de tanta crepitación
insiste el grillo?

Levedad, menos
que el peso del músculo
y la sangre.

Paso el abismo
-ríos de tinta, puentes
de canciones.

Los poemas
hacen su propio cauce
-fluye la vida.

A lo lejos pían...
-¿pichones en sus nidos;
las golondrinas?

Prestar, devolver
-tesoros de lectura se
extrañan en la memoria.

El amigo sugiere
brindar por la segura
muerte futura.

Memoria del aire
-tiene el árbol
deseando a la brisa.

Esto de envejecer...
-un instante de nostalgia
guarda la memoria.

Esquina en la que orina
-alguien más, se nota,
lo había hecho.

Cebollas, rábanos,
zapallos, aromáticas, pájaros,
naranjos, hombres, carretas.

La hierba espera
crecer, ser manta verde
sobre la tumba.

El campesino
solivia la sandía, contento
de su peso.

Junto a mi sombra
sentí el impulso vital
de la naturaleza.

Dalia hermosa
-sus pétalos parecen
lágrimas de colores.

Nos lavamos la cara...
-allí donde el gran Cauca
parece un arroyuelo.

En la humilde hoja
de hierba, la gota de rocío
que luego desaparece.

Sabe mirar
-tomar
con la mirada.

Ni mayores ni menores...
-nadie pidió que lo trajeran
a este mundo.

El discapacitado
se sienta, pone su prótesis
al lado, y conversa.

La planta crece
-responde
a la caricia.

La mano fatal
-arrepentida, acompaña
una oración.

-¿Cómo va?
-"jodido pero contento"-
dice el coter.

Voy al campo,
como a un retiro, pero hago
ruido con los campesinos.

La naranja lima,
preferida de mi madre
-baste esta razón
a su dulzura.

Ninguna autoridad
para poner mi vida de
modelo,
pero vivo a gusto.

Ay! Energía
portentosa que transformas
y te apagas.

Sola se pasea
y mis deseos la siguen
-Ah, la luna.

Allí, la flor
-flor, flor, flor-
La flor, allí.

No importa
su tamaño, sabe que cabe
entre sus manos.

Colorido anzuelo
-certidumbre
de las burbujas.

Silencio de fruta
-la semilla se siente árbol,
llanura azul.

Entender sin pena
-todo pasa; aun así
la vida es buena.

Quita los musgos.
Sufro, aunque quiere
ayudar al naranjo.

Miles de hojas
de guayabos trabajan
en la fábrica de dulce.

Maravillosa...
en la penumbra
- amanece: las flores.

Subió a la estatua
y como Efraín dio un beso
a María.

El sabio añora
la juventud ¿Entonces
cuál es su sabiduría?

A la tienda se asoma
una muchacha sonrío
tímida y se va.

Ozotrop, luchando
el amor
pierde su tiempo.

Leve la llovizna,
me torna
melancólico.

Aquel que entierra
a los dioses ¿acaso los
habría encontrado?

El anacoreta duda
-descreo
del mundanal ruido.

El bosque de alambres
no oculta las lágrimas
de la madre presa.

-¿Quién censura?
-Milenios, milenios,
milenios!
-la cultura...

El elogio del trópico

*Torturas de mi alma
dejémoslas ir al compás
de los movimientos del sauce.*

Basho.

Peñas entre nubes
-como Gigantes de Pascua,
oteando el Universo.

No es un chaparrón
-en el techo anda el albañil
cogiendo goteras.

Intenso verano
-el ollero
encuentra su charco.

El violín lo tocan
los azulejos –notas altas
entre el celaje.

¿Por qué no registrar
la sombra móvil del colibrí
sobre la orquídea?

El palomo mensajero
se escapó
-mensaje de libertad.

El cadáver del zancudo
me hace olvidar
la enemistad de la noche.

Rezagada la pluma
del palomo
-suspendida, en el aire.

Ya que no oigo a la rana
escucho a Albinoni
que lo hace muy bien.

Cordón umbilical
-saber que somos
fruto planetario.

Algo de luna
amaneció
en las frutas.

Suave nido
del colibrí
-lana de balso.

¿Qué caminos
recorrerá la mente
de mi caballo viejo?.

Una flor
con el polvo del camino
dibujan en mi carro.

Florecillas
silvestres, detienen
mi paso.

Compañeros
-los trastos
de la cocina.

Ni en una plaza
me distraigo más
-corredor de la finca.

Cortan un limón
-siento
melancolía.

En el corredor, todo el día:
mariposas, flores, aves,
hojas y hojas que caen.

¿Es la hora?
-los gansos graznan
reclamando maíz.

¡Qué búsqueda
de caminos!
-caracolito.

Quiche o bromelia ¿epífita?
Qué más da el nombre...
-la flor es bella.

La rama de alelí
que se quebró
ha echado raíces.

Un solo de arpa...
-cucarachero
de la montaña.

Libero a una oruga nocturna
¡Aunque mañana
no te reconozca, mariposa!

Baja, literalmente...,
un río de sangre
-arriba, un matadero.

El sardinel
-proeza
para la anciana.

Del lado izquierdo
recibo a la aurora
-primer poema.

No son gotas de rocío
-huevos
de la rana cristal...

La mariposa
sobre la deposición
de un perro...

Tiene mal carácter
la palma de corozos
-¡tan espinosa!

El araguaney;
todo oro
-¡joya del llano.

Con patitas de caucho
salta la rana
en el corredor.

El violín se remonta
como un ave
-se eleva, cantando.

Basho diría hoy
-los ruidos de los carros
perforan la mente.

Después del terremoto,
por entre las grietas,
el jardín entró a la sala.

El camino de Cieneguetas,
¿Cómo estará?
¿Cómo el del Moral,
el de las Huacas?

Detengo el campero
-¡florecedo el yaraguá,
llega noviembre!

Vuelvo a detenerme
-espiga
el pasto puntero.

Escritorio de madera;
papel -¡tanta muerte
vegetal en un poema!

Espero florezca
el guayacán
¡Ah! Mis paisajes.

El borde de la montaña
insinúa
los contornos infinitos.

Algarabía en el bambú
-hora de esperar
la llegada de la luna.

Soy de los que dicen
cuando alguien estornuda
¡suerte!, sin saber por qué.

Fotos que veló el olvido,
que aparecen a la luz
de la inconciencia.

La madre pide
que hablemos más fuerte
-¿Estará perdiendo el oído?

¿Un gato? ¿Un niño?
Ah, si, cerca al cafetal...
-una bebida, con su madre.

Por lo que veo
-esos dos asientos,
dialogan.

Entre los restos
de la perrita atropellada
-el colorido collar...

Juventud! ¡Juventud!
¿Por qué tan rápido
habría de invocarte?

El vehículo varado
y los jóvenes
sonriendo, empujando.

¡Qué ternura!
Una mano en el horizonte
queriendo acariciarlo.

Escribir cada verso,
como el último, lo sé
-hoy, con esperanza.

Como caparazón
de cigarra
-el viejo calendario.

¿Por qué ya
para reír y jugar
tengo que soñar?

El vigilante
ronda la casa de la chica
que lo atrae.

Restañan heridas
-el deseado beso,
la caricia.

La corona
del muerto caída
en la calle.

Ricos y pobres
-todos contando
sus pesares.

Balance ingrato
-un año sin visitar
la tumba de mi padre.

A la hora del amor
canta el titiribí
pero estoy solo.

Azul de luna llena
que alivia las penas
-parpadea una estrella.

La luna;
el jazmin...
¡Ah! La noche.

Paréntesis
(misterio de la humanidad)
de la vida.

Varios meses sin ir
a un templo; ¿para qué
bajo este cielo?

¿Soy el perro?
-cuido el sueño
de mi cachorro.

Cada gota
en el coro
de la lluvia.

-¿De verdad, el agua
es experta en irse?
Y ¿la melancolía?
-en aferrarse.

En la charca
se baña alegre,
-el ollero.

Oyendo a la rana
no pregunto a quién
le gusta la lluvia.

Día caluroso
-a la orquídea doy
un vaso de agua.

Manos llenas
de conchas
y sonidos.

Aún en el sucio caño
canta el arroyo.

La lluvia
dice un nombre
delicado y leve.

Junto a la tumba
un cuenco, con agua,
-llegan los pájaros.

Dos días lloviendo
-el arroyuelo se envaletona,
bajando.

En la puerta
-un perro se escampa
de la lluvia.

Bajo la lluvia
y el gris de la neblina,
hermosa encuentro
la flor de la vainilla.

Junto al cerco,
lloviendo ¡hermoso!
-el lirio rojo.

Lluvia de cantos
-en abril no escanpan
los olleros.

La mirada en el mar
acorta el horizonte
-grises brumas.

La saqué del agua
y volvió a meterse
-la avispa.

Menos que flor
-la nube deshaciéndose
en brisa.

El vago
convalece bajo el alero
de la iglesia.

No en la ventana
-esa gota rueda
en la mejilla.

Aun al amanecer
canta, la rana.

Los pájaros al amanecer
juegan con las sílabas
ordenando sus cantos.

Ardilla, gorrión,
torcaza, viento y palomas
-mediodía rural.

Un pajarito canta
en la luz de la tarde
-eso es todo.

Al medio día el canto
del pájaro da dulce
sombra musical.

Esperar todo un día
y al atardecer
escuchar al titiribí.

Un beso cajonero
-dos pájaros
carpinteros.

La paja en el pico
enhebra la pajarita
haciendo su nido.

El viento balancea
y arrulla, al nido,
en la rama.

En la barba
se me enreda
una abeja.

Cuando sueño
la dicha, la alcanzo.

Dejo al aire
tu nombre para que se
convierta en viento.

Hojas, viento,
acequia cantan,
tu ausencia.

Una abeja molesta
al perro que duerme
-se la espanto.

¿Dónde quedan?
Las partituras que entonan
los pájaros.

Mariposa negra y amarilla
-en alas de la noche
vuelan las luces del día.

Con su rojo copete
despelucado, me mira
-el pájaro carpintero.

Saltan y saltan,
pero hoy no cantan
-los olleros.

De blancas plumas,
un pajarillo hace su nido,
en lo alto del pino.

El colibrí y la abeja
se disputan la flor.

Agudo –grave
-entre las ramas dialogan
las azomas junto
a un gajo maduro.

Sencillez
-serenidad
de gorrión.

Frente a su nido,
ella y yo; cada uno
sin moverse...

Entre un mar
de hojas verdes
-la flauta del ollero.

Ventea; las puertas
se mueven; no solo
vuelan los pájaros.

De rama en rama
la ardilla asusta
a los pájaros.

Pidiendo auxilio
llega en el viento
una hojita quemada.

Entre los altos
arboles
-alegría de verla.

Alguien silba
respondiéndole al hornero
-salta la niña.

A la caricia
del viento, la flor
se deshace.

Como una lluvia
sobre los tejados llega
el canto del canario.

Ruidos caseros
-se superponen rumores
de vecindario.

No solo cantan
los pájaros
y los que están alegres;
aquí, desde mi ansiedad,
juego con el viento.

Cantar, bailar...
¿no lo hemos hecho
desde antiguo?
Alivia la fatiga,
espanta el tedio,
anima
¡Aviva la vida!
Y la poesía,
viento del corazón,
por la garganta.

Treinta y dos rumbos
y un pétalo de la rosa
vagando en cada viento.

Recuerdo el canto
de un pajarillo;
apenas empezaba
el barrio,
y en los lotes,
entre las espigas,
del pasto de Guinea,
cantaba desgranando
sus trinos.
Otros, revoloteaban.
Yo lo atendía
a pesar de mis juegos.

El viento trae
otro viento
-lejano estornudo.

Desconozco sus nombres
pero aprendo
sus colores, sus cantos.

Clarea la arboleda,
corren los niños;
alzan vuelo...

No distingo el silbo
del muchacho, del canto
del ollero.

Tocan a mi puerta,
abro y vuela
-el pájaro carpintero.

Como sueltas
castañuelas
cantan las ramas.

¿Cómo pasó la voz
del simio al hombre?
¿Antes cantaba el ruiseñor?

El tendero se queda
sordo; no oye
el carro repartidor.

Salta, salta, salta
-de tronco, en tronco-,
salta la ardilla, salta.

Entre las matas,
orino; creo servir
de abono..., en vida.

El ciego ignora la ruta
de las aves; sabe que
emigran y vuelven.

CANTOS DEL SALADO

Antes de que cante
el primer pájaro
me levanto sigiloso,
salgo al corredor
y con mi grabadora
registro esta canción
de amanecer.

Al atardecer,
cuando ollereros
y chamonos
disputan un espacio
en el bambú,
me acerco con mi perro
a grabarlos,
mientras bajitos
cantan los grillos
y las ranas.

A la noche,
escucho al mayordomo
acerca de la luna,
mientras ella se desliza,
velada por la neblina
de El Salado.

La acequia
no descansa.

De nuevo,
al amanecer,
distingo el canto
del titiribí
y se, cómo entran,
uno a uno

con sus trinos
los del coro
de las ranas.

Ah! Beber
a la sombra
de un árbol.

En el callejón,
cerca al río,
entre las plantas
silvestres
-florecida,
la valeriana.

Cae la cometa
en las cuerdas de la luz
-el niño llora y llora.

La mirla, temerosa
de sus polluelos, hostiga
a la ardilla en el samán.

El campesino
muestra ufano los brotes
de las sandías.

Tierra nutricia
-Madre naturaleza,
humus vivificador.

¿Qué tendrá la ardilla
en la patita que se lame
con tanto esmero?

Alto el sol;
guayabo, guayabo, guayabo
-y yo feliz.

LA OFRENDA

La ofrecida rosa,
ya marchita;
la cara,
también;
y las manos
que la dieron.

La ofrecida rosa
no es menos rosa
ni las manos...

Pero desasidas,
de todos, sueltan
pétalos y dedos.

Las ofrecidas manos
ya son rosas
que pasaron.

Entre las espinas
del písamo, sube, la ardilla,
¡como si nada!

Cielo azul.
Noche hermosa
-¡para todos!

En la huerta, trasplantados
rábanos,
remolachas y zanahorias.

Intrigada la paloma,
mira saltar, y saltar
a la ardilla.

Fuerte el sol
-la lagartija
recuerda la vida.

No he almorzado
pero como un colibrí
he visitado las flores.

Una lechuga creciendo
en la calle
¡quién lo creyera!

Durante el temblor
los caballos galopando
-cascos de incertidumbre.

Parecen de siempre
pero un día los conocimos
-¡Ah!, los grillos.

Temeroso, no iré
a la finca. Todavía
el mayordomo me espera.

Sonidos de la ciudad
-zumbidos
en la colmena.

Recuerdo aquellos
trayectos por los
caminos de herradura.

La abundante orquídea
-esta vez
solo tres flores.

Por miedo
los veía de lejos; -hoy subí
a los farallones.

La madera
-cual hombre artrítico-
teme al pájaro carpintero.

Se va la energía
y el ajíaco toma el rico sabor
del fogón de leña.

Tras su presa,
escondiéndose de mi...
avanza la lagartija.

Mal me sentí
al dejar caer el gatito
de la rama.

Pena me dio
-ardillas en la jaula.

Se acerca a la matera
y orgulloso me dice
-son clavelinas.

Dos olleros
persiguen y alejan
a la ardilla.

La ardilla
recorre el jardín
sobre la cerca.

Decepcionados
los gansos –no les dí
ración al atardecer.

Musa
-primera flor
del cultivo.

Ingenuo, rudo
-el cachorro
pisa la huerta...

Gallinas en el corral
-la finca tiene
sus vecinos naturales.

Niña mía, poesía,
no quiero la tarde
¡no te vayas!

La orquídea
tersa, ayer
-hoy, ajada.

Jugando se me cae
el gatico y preocupado
me mira el mayordomo.

Una sencilla flor,
en el transitado anden,
detiene mis pasos.

No temo a la noche
-amo al haikú.

Mi amigo
se hace parlanchin
bajo la luna.

Mi amigo y yo
contemplando la noche
¡Dos lunáticos!

Deseo desvelarme
-tengo un libro antiguo
que aleja mi sueño.

Fin del día –quisiera
empezar la noche
leyendo poesía.

Yo que aquieto
mis manos,
que aquieto
mis besos
-desearía tus manos,
tus besos,
y un río en el amor.

En un taxi
una chica con flores
-día de las secretarias.

Viejos amigos
se fueron, con quienes
hablaba de la brevedad
de la vida.

Escribo:
<<aniversario de Ana
Frank>>
-me entristezco.

Uno es el trabajo
de la raíz,
otro el de la flor
-ella se esmera
haciendo el florero.

Escribiendo un verso
sobre un beso...
-mi hija sonrío.

En la parrilla
-los hijitos que salen
del colegio.

Tanto nombre, tanto
y tanto, pero hay uno...
-amor, ¡es la palabra!

No saben los obreros
que cada uno de sus golpes
engaña a mi corazón
-me hacen creer
que tocas a mi puerta.

Redescubrirse
feliz; sólo por verla
¡alma del día!

Amor –prestidigitador-
déjame asistir a una sesión
de encantamiento.

La fuente es bella,
hermoso el manantial
-tu lágrima, ¡divina!

Duras palabras
-amo la voz
de tus pestañas.

Cómo quisiera
coger mi bordón y dar
un paseo por la finca.

Si me como la fruta mala...
-no es propiamente
porque sea un gusano.

Un deseo y le damos
fuerza al día; otro más para
mantener a tono
la esperanza.

Mis amigos ciegos
ven el mundo
-transparente poesía.

En vano mi mano
quiere copiar tu lágrima
y componer un verso.

Caballo, playa y mar.
Hasta allí, la dicha
-no va más.

Yauhura, no puso su nombre
en la carta,
Al-mu'tamid sufrió por eso.

Viudo de cariño
añoro mi juventud
-las azules ilusiones.

Recuerdo
-flor que abre
en el olvido.

Separación dolorosa
-¡Ah! El dulce encuentro
de los que se aman.

-Para alegrar mi corazón
entristecido
pienso en una rosa
encendida,
en una dalia,
en una hortensia,
en la infaltable reina,
así...
me consuelo,
descanso,
recobro la armonía.

Salgo al jardín
y mis penas
se apaciguan.

Con antiguos
poemas chinos, enfrento
la tristeza.

La palabra herida,
el corazón anhelante
al borde de las horas.

Tanta dulzura
¡para que el amor
se vaya...!

Colinas, surtidores
-jardín donde el amor
cultiva sus nostalgias.

Mi brazo
aun recuerda
tu criatura.

La poesía es la novia
-por ella celan, hieren
y laceran.

Un desencuentro
sopla en mi alma
el fuego interior.

Una mujer así,
no alegra el corazón
-lo espina.

Cultivo el olvido
-entresaco palabras
dolorosas.

Ni la frase de amor va,
ni el viento la lleva
-¡pero quisiera!

Es tan fácil penar
que parece imposible
la alegría.

La que mora
en el recuerdo, canta
en el viento.

Campanilla del ascensor
-cada que suena
se agita mi corazón.

Desnudo y vacío,
amando el silencio, la luz
-recordando el viento.

Dice que la barba
encanece
-el tiempo crece.

Como Yusuf*
en la mezquita, Fabiola**
en la iglesia.. ¡asesinados!

¿Sangre humana
o de un perro, o de alguna
avecilla?

Aquella mancha roja
no estaba en mis ojos
-estaba en la calle.

Sangre en la plaza.
-¿Quién fue? ¿y, por qué?
-Sangre en la plaza.

* Rey de Granada.

** Magistrada Colombiana

Valor en las guerras
-por la sangre
que nos hace llorar.

Aunque llegue
la muerte,
aquí estoy bien
¡esperándote!

Se fue la energía
-no importa
¡Noche de luna!

Temprano en la ciudad
camino a la oficina
-¡siquiera!, los grillos.

Caminando
en la noche me complazco
y entretengo.

¡Hojas de trébol!
Lucías con optimismo
esta mañana.

Versos instantes
que pasaron
que no leeré mañana.

Un río de sueños
-dolor es el torrente
de la vida.

Saber del tiempo
-la elaboración
de las canas.

Arrugas de la mano
-ondas en el lago
de las letras.

La luna
-lámpara tenue
de confiancias.

En la hojarasca
del gradual, los queridos
pasos de mi perro.

Geránios y anturios
-a gusto
entre ellos, paseo.

Dudo
-la libélula
me hace confiar.

Reunir mis hojas,
todos mis versos
-¡lanzarlos al azar!

Con palabras y versos
hago y curo mi vida.

Tomar un poco
de nada,
por un tiempo
-la flor, el atardecer,
otra mano...

Aún con la mano
herida el montallantas
prosigue su oficio.

Junto a mí, un rayo de sol
-llega la perra
y se echa a dormir.

Alguna voz me habló
al oído;
no sé si era caracol
o grillo..
-era rumorosa
como el mar.

Maravilloso olvido...
-uno encuentra
que todo fue posible.

Alud de los destinos
-todo se precipita
hacia la nada.

El niño demente
alegremente irresponsable
entre los carros.

He escrito poemas;
pienso,
debo cuidarlos...
Camino
vanamente preocupado
por el polvo
de estos versos.

¡Qué tristeza!
He matado
un gorgojo.

Se me caen los párpados,
me domina el sueño
-mañana azul.

No siempre
la palabra conviene
a la nostalgia.

Con los ejércitos,
¿cuántas
hormiguitas han muerto?

Entre desperdicios
encuentra un espejo,
y se mira –el basuriego.

Abro la página
-puerta al campo
y me siguen
las nostalgias.

Beber
una lágrima
seca.

Cielo azul
y blanca garza
-¡su belleza!

Unas he llorado
por mí; otras veces,
por la humanidad.

Las chicas se peinan
ansiosas como un perro
rascándose las pulgas.

Una amaba la rosa,
la otra el jazmin
-las dos llegaron,
como toda cosa,
a su fin...

Solo basta tu voz
-ni siquiera la palabra;
un sonido no más.

Ha pasado casi un año
y el cohete de navidad
aún sigue en la matera.

Pasado el tiempo
encuentro extraños
mis poemas.

Palabras y deseos
-no nubes-, por el cielo
de la página.

Pasados unos minutos
la niña se alegra
-me ha reconocido.

La bebita
ya corre
por la casa.

La espiga
canta su poema al sol
que la dora.

Lloro sobre mi
-tengo luto
de mis cenizas.

Mi amigo,
antes jovial, ahora
dura estatua.

En el pelo, una mariposa
de adorno, que se anima
y vuela, desde la moto.

Mi vida
en las letras de estos
versos.

Diminuta vida,
inmenso sufrimiento.

En mis manos
canta tu libro
como alondra.

Aun muerta
da sus destellos
-la luciérnaga.

Una flor
escribe con una sola
mano.

Entre hojas
que caen
-así me veo.

Los astros
¡Ah! Vastedad, soledad
del espacio.

Vivirás mientras
tus versos aleteen
en el viento.

Cortan samanes;
fuertes troncos
parecen débiles tallos
de delicadas flores
que se ofrecen
al futuro desierto
de la tierra.

Cuando hablan
de caballos viejos
me enternezco mirando
aquel que pasta
en el potrero.

Planto un esqueje
-confío en las flores
que vendrán mañana.

Luciérnaga,
errante destello
-noche solitaria.

Flauta de Jade
-el ruiseñor canta, lee
sobre mi hombro.

Silbo de perdíz,
siempre asustadizo
-hoy tan confiado.

Mañana de niebla,
-la viejita en la ventana, da
maíz a las torcazas.

Instantes de eternidad

*Una teja rota en el techo
y aparecen
cien estrellas.*

Humberto Senegal.

Dichoso aquel
que no teme
la Región del Misterio
-escucha el canto
del ollero sin nostalgias.

Pasa silbando
y alegra la noche
-el vigilante.

Vida –segundos
de eternidad-, vuelo
del aliento al epitafio.

Árbol seco
-el gallinazo
en la rama pelada.

Vuelve el verano
-el pie ya no resbala
en el camino.

Pala y tierra;
muerte y vida
-sale la luna.

Cambia sus brazos,
ensaya aquí, allí...
-busca delicados
Contornos, tiernos,
seguros para su bebé.

Tres perros,
atados a una anciana
-duermen en el andén.

La flauta del ciego
alivia el penar...
de los juzgados.

Habla claro
-el silencio
que dejaron.

La loquita,
bajo el árbol
-se pinta, se adorna.

Brote de esperanza
en el dolorido
tronco de la Patria.

La historia;
-la gloriosa historia
es triste.

Hablar, reír
y dar besos
pensamiento
positivo.

Amar este mundo
sin arraigos; esperar
el otro sin temor.

Otros pasos –dicen-
fueron livianos.
-a pesar del oleo sagrado
yerran los míos.

Un cuete dice adiós
al que ya no ve,
al que ya no oye.

Tiempos bíblicos
son éstos. ¡Babel!
-vivimos sin comprendernos.

¿El fusil?!
Tampoco yo lo quiero
-dijo el soldado.

Donde cayera
y la sangre regara, crecen
blancas margaritas.

El ruido relata
muchas penas vivas
-otra explosión...
Muerte sorda.

El joven soldado
se mira en el espejo
de un tanque de guerra...

Un loco dirige el tráfico;
el inválido se arrastra
en la avenida.

Funeraria:
¡servicio permanente!

El tiempo trabaja
dándole oficio
al sepulturero.

La mendiga recoge
la caja de comida, vacía
-la tira y sigue.

Ante el espejo
la calavera
de mañana.

La muerte
con más plomos,
con más dientes.. .

Fiesta de aniversario
pero, no vendrá
-murió en la guerra.

Pabellón nacional
-inmensa
sábana mortuoria...

He sobrevivido
-¿qué causas motivarán
mi espíritu?

¡Ay! Pena
-hay veces que algo
se nos queda
y hace pozo
de tristezas
y de arena.

El trino persistente

*Lejos un trino.
El ruiseñor no sabe
que te consuela.*

Jorge Luis Borges

La rueda
en la charca...
¡Ah!, el vestido.

Lejos del mar,
en las altas montañas
-pasa una gaviota.

Las torcazas abuelitas beben
en la caja de betún
del lustrabotas
-San Francisco del parque.

Olas en las nubes
-chapotean los patos
en el estanque.

Hay peces en el mar
que se tragan las estrellas
y hacen perder
a los marinos
las esperanzas de amor
que soñaron en la playa.

Voces ausentes
susurran
en el viento.

Golondrinas –las nietas-
en los balcones
y columpios de la tarde.

Estornuda el caballo
y vuelan las aves
-trueno en la manga.

En la cañada
las nubes
tocan trombón.

Recorriendo estos lugares,
me detuve a recordar
a la sombra del bambú.

Donde estés, luna
-las estrellas
también son tuyas.

Mira en el cielo
dos golondrinas
-en sus ojos
se refleja el vuelo.

Tímida flor
-me acerco
y se cae.

Mediodía
-a la sombra bosteza
el caballo.

La calle que camino
en el recuerdo
-aroma de cadmios.

El viejo caballo
echado en el potrero
-corren los años.

El viejo poeta chino
envía, con un espejo,
un haz de sol
a las flores en invierno.

Ahora, desde la catedral
del silencio, no dirás
que fueron vanas las horas
de la amada vida cumplida.

Tres son las estaciones:
la anterior, la del ser,
la del retorno
-el dolor no me obnubila.

Cae el polvo,
cae la vida
-casi sin ruido.

La gran verdad
se aprende
observando un día.

La mañana
revolotea entre
el verde follaje.

Florece los guayacanes,
cantan los hoyeros,
llegan las lluvias
-es fundada esta alegría.

En los hilos del tapiz,
-el azar
anuda un sueño.

En la banca, dos niñas
-vestido de colegio-
ríen ingenuas
y me devuelven la paz.

Corro la cortina
y recuerdo que vivo.
¡Maravilloso día!

Por la oca tumbada
-soy este atardecer
un animal triste.

Las colegialas sueñan
en voz alta
-el viento respeta aun
los pétalos de sus diademas.

Podemos estar juntos
aquí en la colina
-ven, sabré esperarte.

Venir, regresar
-¿Quién puede sustraerse
al comienzo y fin,
que se unifican?

En la algarabía,
inesperadamente
las campanas
-no celebran la mañana;
hubo riña y habrá entierro.

Un hilillo de sangre
al pincharse un dedo,
la hace estremecer
-las balas de la guerra.

Los lívidos labios
-de la herida-
expresan asombro.

Para quien cree
en el hombre
su causa requiere
fuerzas siderales
-para el asesino, gatillo.

En las lágrimas
de la guerra se nubla
el camino de la paz.

No hay tiempo ni lugar
-la patria
es una morgue.

No hablo ni de vencedores
ni de vencidos
sino de duros combates
y eternas ausencias.

Ganar
sin derrotar a nadie
¡Difícil pelea!

¿Cuál es la alquimia
de este turbio llanto
que no deja desfallecer?

Después de la última
palada de tierra,
extrañamente las estrellas...

¿Qué tenemos
-que sea nuestro-,
sino el dolor?

La mata florecida
me evoca al buen
amigo, fallecido.

Tengo mil asuntos
pero junto a la orquídea
olvido mis problemas.

Valhalla

*La luz – thing
de los días, no solo
para Skallagrimsson -,
convoca al combate
de los centauros;
la lucha puede no ser recogida
en runas ni cantada
en la drapa honrosa,
pero Odín lo manda
y mas tarde o mas temprano
la sentencia se profiere
en Valhalla, pues todo ser
combate por su nombre
- irremisiblemente.*

Valhalla

Anoche llovió
-primer aguacero
sobre su pecho.

Lleno de ansiedad
busco el río,
cojo piedritas, mientras
la corriente
se lleva mi inquietud.

El río se lleva las caras
de aquellos que
se miran en sus aguas.

Ingresa el marinero
a la nave,
desciende al mar
del tiempo
-la azucena bajo el simún.

Existió, fue,
tuvo aliento
-se hizo bruma.

¡Disolución!
- la cigarra
no se mortifica.

Ala quieta;
vuelo de ceniza
-sueño desterrado.

¿Cómo hacen
mis amigos, que hoy
pueden cantar?

Las voces del viento
dialogan
con las campanillas.

Aves migratorias...
-pienso en el misterio
al que llevan las alas.

La luna volvió
-hace un mes soltaron
los recuerdos.

Un saludo, una carta,
un telegrama, un detalle
te vienen a consolar.

Sueño que despertó
en el sueño
-arrebol que tiñó la tarde.

Mi hermana pinta
-no solo en el páramo
crecen los frailejones.

¡Gritar!
para poder seguir
siendo hombre.

Plegaria
- amor impotente.
El alba ya pasó.

Choque subterráneo
de bocas y silencios;
río de difuntos.

Cartero de Breha
-con queso, vino
y noticias de Heráclito.

La quijada aquella;
el uso de otros instrumentos
-la mano del hombre.

Todo viene de la fiera
desde la primera gota
de sangre
que bebió la especie.

Tuvo peso, nombre
y rostro...
Memoria del llanto.

Yo te quería,
un poco, cada día,
pero a tu ida,
todo el cariño quería
acompañarte
al mismo tiempo.

A la deriva de la mirada
busco los gualandayes
y encuentro su sonrisa.

Los hijos de Odín
caen pronto;
solo nos queda
admirar sus obras;
cuidar de tu memoria.

Me acerco reverente
al mártir cotidiano,
a condolerme del desangre
de la especie.

La dicha
- relámpago de luciérnaga
en noche oscura.

El trébol ha florecido
en malva. La suerte quiere
animarme en este día.

Entre las ayudas
para los damnificados
-una muñeca...

De los trajes de su padre
la hija hace sus vestidos.
Parece que van juntos.

Las dos hermanas
van por la calle
-el hermano observa.

Junto al hermano caído...,
aprende el misterio
-el amor es infinito.

Donde estés,
la luna y las estrellas,
también son tuyas.

Ni el dolor
logra impedir
los nuevos brotes.

Una voz
que creíamos
para siempre
anudada
a la costumbre
de encontrarnos
-no sabíamos
que decía adiós,
sin despedirse.

Naturaleza exuberante;
frutas de desdicha, fecunda
indiferencia del clima.

En el arreglo floral
del campo santo
algunos lirios secos.

Mármol
- candelabro
de la llama fría.

Lágrima de aceite
-mantener encendido
el recuerdo de la vida.

Sus canciones preferidas
siguen resonando
-salmos contra el olvido.

Una tórtola;
voces y ruidos lejanos
-irreparable ausencia.

El acero duerme el cuerpo
-sin sombra repasa
sus horas luminosas.

Vigilando en la almena
me da nostalgia
el paso de las nubes.

Día a día,
víspera de lutos...
- trópico de huesos.

¡Accidente! Un muerto...,
desconocido
-¿Quién recibirá la noticia?

El jinete de la yegua
metálica
piafa impaciente.

Dispara alevé y huye
-la mano humeante cierra,
luego, la fría moneda.

Vino amargo
- sangre –
bebe la tierra.

El siniestro
viaje de la bala
dejó quietos los libros
de la biblioteca,
la pausada mano
que les daba vida.

El pequeño niño no oye
los gritos de su madre
después de la explosión.

Horas hilvanando
tristes pensamientos
-otros ¡ay! recogen el cuerpo
de los suyos a pedazos.

Una explosión de cuerpos,
de encendidos llantos
-otro atentado.

Herida
- arena del reloj
que se desangra.

Nadie le disputa
a la muerte
lo que es suyo.

¿Cuál la alquimia
de este llanto
que no deja desfallecer?

No es un veterano;
no lo podría ser con 18 años,
pero ya perdió las piernas.

Veo, len/ta/men/te
el pie que va a pisar la mina
entre la hierba.

Encontrar a mi hermano
asesinado, en la camilla del
anfiteatro.

La diosa Letona
devolvió a Parmenisco
la alegría.
-¿Qué haré para reír?

¿Dónde, en qué lugar
las tumbas
de mis antepasados?

La luna se nos va en menguante

*¡Para qué candil!
-tu reflejo, luna,
en el nochero.*

Victoria Eugenia Gómez

Este nombre, este soplo
que me hace
-por el que me llaman.

Bien se que podría
amar, y debo morir
-la trama esta en las líneas
de la mano; en las que
escribo...

-Vive; todo cirio se quema.
-Espera; te veré alumbrar.

El bosque se acaba
-aunque cultivo la esperanza,
siento la herida.

Noche.
En el estrecho sendero
-el cocuyo.

Caen las hojas
-del árbol
del calendario.

La flor cae
-no querello a la brisa,
ni al tiempo.

Sombra de oro.
- flores de guayacán.

Creí que iba seguro
pero, aun sin despertar,
se que cruzo un abismo.

Enciendo palabras
para que no oscurezca
en la memoria.

La luna
se nos va
en menguante.

Vana palabra perdurar
-vanas las estrellas, vano ser,
soñar, llorar.

La risa me hiere,
me duele
-el irreparable daño.

Grita
el enamorado loco
¡grita la vida!

Si cada segundo es
una eternidad,
el dolor es infinito.

El boleto tomado lleva
a un destino conocido
salvo la sorpresa del viaje.

Una gota
de rocío en la lluvia
de luz.

El ollero aprendiz,
canta en el jardín
- sala de ensayos.

Llama blanca
- el viejo caminando
entre el viento.

Ser ese ininterrumpido
dolor que engaña
la vana esperanza.

Ser amigo de ese pájaro;
ir con él a sus ensayos...
¡Cómo envidio su canto!

Torcasas
- aplausos
en la tarde.

¡¿Cuántas veces nos
engañamos
creyendo alegre
el canto del ruiseñor?!

Una rosa,
junto al reloj
- aroma el tiempo.

Entre samanes,
luna negra
-todo noche.

El trazo de la mano
juega
contra el olvido.

En la pista
no vuelan los aviones
-juegan las golondrinas.

Fechas, lugares...
Vano fijar los sitios
que borra el olvido.

Brilla aquí, refleja allá
-una lluvia de luz
canta en la mañana.

Ser hoja, gorrión
o mariposa...
Me vuelvo panteísta
contemplando
el mundo en el jardín.

En la tarde
el ruiseñor canta
-yo escribo.

Los bellos paisajes
se hacen borrosos...
¡Ay! El paso de los días.

¿Cuál es mi fe,
que en tan delicados
momentos
me abandona?

Cae la madura
guayaba y se rompe
-no hay maldad en su caída.

Parecía muerta
-hoy luce
los nuevos brotes.

Esa mano que raspa
es la del minero
- entierra la uña a la tierra.

Conviene actualizar
el conocimiento
-¿ en qué luna vamos?

Años ha que la planta
abandonada en el patio
subsiste ¡y florece!

Un poco de amarillo
-aquí, una caléndula.

Cambiaron
los afiches; el bar
parece ajeno.

Oírte rezar me llena
de candor;
creo en todo,
vuelvo a empezar;
pero... tu no rezas...

La ironía hace sonreír
-Hamlet
no se ríe de si mismo.

Camisa nueva,
el cuello almidonado
- apúrate niño...

El viejo sastre,
con el pelo teñido
simulando juventud
-¡qué desastre!

Una cana más
me recuerda que debo
apresurarme.

Ha envejecido...
-usa la polvera del lado
de la lupa.

No me entristecen
las partidas
-veo la tarde.

Con un pichón
en la mano el pordiosero
pide limosna.

Para los animalitos
de Dios...
-mendiga el pordiosero.

El loco, dolorosa,
tiernamente, pule
sus palabras amarillas.

-¿Abre la noche?
-No; se va
la luna negra.

Junto a una cruz,
flores en la carretera
-alguien para alguien.

Flores negras,
al suelo del árbol
-la torcacita muerta.

La calle no está sola
- corre con un niño envuelta
entre las balas...

Maniatada, encadenada
grita en el manicomio
-penas de la guerra.

La última exhalación
-¿será que el alma
está llena de viento?

Tan común el llanto
que la más triste mueca
de dolor, parece comedia.

En la gramática
de la guerra, la muerte
no lleva admiración.

Rescoldo de dolor
en las cenizas
de los huesos.

La fotografía del niño
asesinado en la explosión
no me abandona.

Pasa la sirena
muere el conductor,
la víctima
-la esperanza.

No son pétalos
que flotan en el río
-párpados abiertos o
cerrados...

Cultivar el alma
¡Ay! Tanto hierbajo
que produzco.

He cuidado
las palabras, ahora
no puedo
desdecirme.

Tener la soga
al cuello; saltar,
buscando.

El cuchillo es hermoso;
el guerrillero se ve guapo,
pero el seno de la víctima...

Larga fila,
-no de los días-
exilados, muertos.

Triste averiguar
la verdadera ortografía
del exilio.

Buscar el fondo
-inacabables gradas
del laberinto.

Sobre la página
en blanco, un mosquito...
-trazos leves.

Detrás de la cortina,
blancas palomas volando,
y una larga cabellera.

El tiempo que cae
empaña la realidad.

Palabras, vano empeño
por trasladar un sentido.

Réquiem por una avecilla
-tinta negra
para el sentido verso.

Lloraba
-el llanto es otro
nacimiento.

El ollero traerá
las lluvias y con barro
hará su nido.

Luz de minero
que perfora las sombras
de la eternidad.

Que el 9 sea 6,
y el seis, nueve...
-puntos de vista.

No hace falta el viento
-de sí misma
se desprende la flor.

Me hago mayor
-tomo algo de confianza
con el mundo.

Lloré, probablemente
vuelva a ocurrir mañana
-estoy tranquilo.

No llegó a enero
-el viejo partió
llevándose al año.

Cansino, pelo teñido,
simulando juventud,
el viejo del barrio.

Sombras
-no cruces- indican
el cementerio.

Nombre,
nota suelta, canción, canción.

Esperar,
esperar ¿amar?
¡Amar!

Intero, tinta, empate,
hoja, trazo, anteojos;
y el corazón anhelante.

Capullos de luz,
rosas de día,
blancas para ti.

Tiempo de robos...
-se quisiera conservar
los sueños.

Tiempo de asesinos
-todo el mundo
escucha pisadas...

No tengo globos
qué soltar,
ni barcos que capitanear
-camino sereno.

La moya

*El canto apenas,
y después nada
-la alondra...*

Ampuu

Soy un pequeño
pozo donde
se reflejan los días.

Contentas bajo
la lluvia
juegan las niñas.

Bajo la lluvia
la niña recoge la ropa
del alambre.

Llueve y hay que oír
al que, desde arriba,
derrama su música.

Lava la fruta
bajo la lluvia
y se la come.

Al pasar por el puente
el caballo, y el joven,
caen al arroyo.

Gotas, gotas, gotas,
sobre las pequeñas
flores del Puracé.

Escribo este verso
y suena
la cascada por dentro.

A las cuatro
pasa el mochilero
-reloj del campesino.

¿A quien le importa
el canto del ave
en la espesura del monte?

Último vestigio
-la raíz;
hueso prehistórico.

Pellares, pellares, pellares,
pellares, pellares,
pellares, pellares.

Parlanchinas
bandadas de loros,
entre el azul
y, sobre el potrero,
y las palmeras.

Inesperadamente
a mi lado cantan insectos
desconocidos.

En la verde extensión
del potrero, una blanca
semilla lleva el viento.

Cuando está sola
el loro es su compañía
-ella le habla, el le silba.

Blancos, azules y grises
y el verde
¡Paisajes del Cauca!

El mochilero
con su canto de agua
en el pozo de luz.

En el páramo
-las llamitas*
calientan el paisaje.

Cuatro chicos
cabestreando
un caballo.

En el viejo zapato
abandonado crece
la vida silvestre.

Otra región
-desconozco el canto
de estas aves.

Un viejo tronco
en el potrero – escritorio
para el poeta.

Entre palmeras
y árboles frondosos
sestea el ganado.

La palma al morir
deja al pie
su propio vacío.

Al salir
de la cárcel
abrió la jaula.

No es un candelabro
en el monte
-las llamitas.

* Mata silvestre y de jardín, en forma de llama.

La perra vagabunda
-ya tres veces
en el camino.

Los detestan por feos
y no gustan de su canto
-me alegran los chamos.

La hamaca
-nidito
para el bebé.

Los dos niños
con el loro "Campeón"
-última foto.

Árbol poblado de mochilas
-hospitalario y seguro,
en la luz azul del paisaje.

Bajo las estrellas,
al niño se le deseó
la buena suerte.

Aún no tenía senos
y ya debía alimentar
a su criatura.

Simplemente éramos
dos hombres conversando
sobre el tronco.

El perro se alegra
-retorna el campesino
a su casa.

Tony, el perro
que creíamos que moriría
aun nos acompañó.

La tinta
dio su vida
a los versos.

Los mochileros van
y vienen; el nido
lo hacen entre todos.

Sudoroso, de un día
de trabajo, el campesino
acaricia a su hijo.

Entre besos y picos,
buscan el nombre
para su bebé.

Cuando le preguntaban
por su mal, al niño...
¡Dos lágrimas largas!

Las vacas miran
al que lleva al ternero
sobre la montura.

<<Vacas, como madres
sin corazón, dejan
a sus hijos>>
-dice el campesino.
<<El ternero lo tengo
entetado a otra>>.

Triste y ofendida
lleva al vecino,
el cadáver del chivo
que mató su perro.

Anoche entre la vida
y la muerte; hoy trota...
-el gozque envenenado.

El cerdito que salió
a la carretera...
-gallinazos no dialogan.

En el bosque,
cae, un rayo de luz
sobre la hoja de papel.

Solo, en el potrero,
orino, a gusto.

El silbo
nos vuelve
alados.

Duermen
en las sillas del corredor
-padre e hijo.

Los versos del shador

*Oyendo tu llamada
la dócil, la exánime chica
surgió del oscuro rincón...
¡Una mujer sin velo!*

*Es como el primer verso
que súbitamente brotó
del corazón de Valmiki,
¡y te subyugó!*

*Ella, no descenderá
de la sede de la canción.
Ella, entre las sombras
de melodías,
escribirá sus cartas...
Dónde ella vive,
nunca lo sabrás.
¡Oh flautista!
Haz que se mantenga
en la lejanía
de la melancolía
de tu flauta!*

Rabindranath Tagore

Ama el trópico,
la lluvia lo seduce
-le bastaría el rocío.

Cuando el mar visita
la concha
espuma agradecido.

Yéndose
- y volviendo – el mar
ama su playa.

La orilla acariciaba
sus pies
con su mano de arena.

La tormenta
ilumina
su propio miedo.

El viento andariego
camina suave el campo
donde florece.

Besito aquí, allá
-el colibrí conoce
las flores.

Pico, pico, pico,
ala, salto, ala,
pico, pico, pico.

Como ilusionista
-te me ofreces
y te esfumas.

Desnuda, sudorosa
-aroma
la primavera.

La falda abierta
-el encaje
blanco de la enagua.

A pasos largos y nerviosos,
cruza la plaza
despertando las miradas.

¡Atrevida!
-la vida la impulsa
a lucir sus atributos.

Las muchachas se bañan
- los campesinos
no pueden trabajar.

Más sensual
que una flor, aroma
esa muchacha.

Una rodaja de piña
en la boca
-incitante como ella.

Qué linda!
¡Qué ropa usa!
-Lástima que solo
ella conoce
sus prendas interiores.

¡Lo que cuenta!
-esa prenda
en el suelo.

Olor a mujer
-la flor
del paraíso.

La orquídea, la rosa
-mujer deseada
que aroma la mañana.

Indiscreciones
-flores que dejan ver
su intimidad.

Contigo evidencio
que los cuerpos se atraen
-ley natural.

Desnuda – la fruta...
La piel
del universo.

El cuarto de baño,
el vidrio, la ducha
- ¡bella y desnuda!

Torso, curva,
barro divino.
¡Llanto!

Al levantar la visera,
la chica del casco
-sonriendo.

Entre hierbas
y flores silvestres
-desnuda.

La chica compra un brasier
de rosas; el vendedor
gusta de las rosas llenas.

Paralela
geometría del deseo
-así está bien.

Una manchita
en sus ojos.
¡El pecado original!

A la orilla del beso
el viento envidioso
apartó tus labios.

Existir
¡Poder hallarte!
Hablar
¡Poder hablarte!
Decirte, escribirte, cantarte.
¡Existir: poder amarte!

Agua resbalando
-senos burbujeantes-,
frescos contornos.

Dibuja la cintura,
luego la mano
ansiosa de ceñirla.

Bonita
-la sonrisa insinúa
el dúctil seno.

Al lisiado de la silla
se le van los ojos
detrás de la muchacha.

Cuerpo de mujer
-el mar
lame la playa.

Ondea la falda,
ventea gratamente
-muslo encantador.

¡Con qué
coqueto descuido
cruza las piernas!

Corrían la falda
del maniquí
-verlo lo excitaba.

En la moto
-todo el tiempo-
arreglándose la falda.

Sensual
-verla
peinarse.

La chica se pega
la falda a los muslos
-viento de agosto.

Me gusta tu vestido;
-el motivo luce
tu luna creciente.

No sé si es fruta
o si es mujer; no sé
si es mujer o fruta.

La lluvia
humedece tu blusa
y revela tus senos.

La chica de la falda azul
-su traje
parece de cielo.

Cuerpo de uva
-tersa y dulce-
Embriagadora.

Las sirenas pasan
cantando, seduciendo
a los marineros.

¡Bella!
Apogeo del deseo
-pero casi del mármol.

Tan allí...
¡Ay!
pero inasible.

No hay diferencia
entre desear y sentir
¡Oh! Acariciada.

Tiernos, lozanos;
suave gravedad de fruta
-Ah, los senos.

Ella, desnuda,
el aire...
juego de mariposa.

Una hormiga
en tu nalga
¡alpinismo!

Almohada,
albornoz, alfeizar,
azul...
y adentro,
tú,
en la alfombra
¡Oh, Alá!

Llama de la vida
– hija del sol –,
relámpago de la carne.

En su
hoguera, todo
se quema.

Boca enloquecedora
donde se extravían
los que se atreven.

¿Qué es la intimidad?
¿La galaxia encendida,
o los callados ojos?

Desnuda
-reencuentro
con la dicha.

Encuentro de lenguas
-intimidad
de la palabra...

Los secretos
del beso están en el fuego
del magma.

Amor ciego
-labios que se reconocen
en el beso.

Que tengas siempre
el labio húmedo y el talle
que a mi mano llame.

Prueba de ti,
tus labios
-de los dos, el beso.

Bueno, el vino
-mejor
la compañía.

Las jóvenes manos
estrenan deseos
-florecidos pechos.

Asalto
a las trincheras
de la piel...

Prueba
la piel
-cata su cuerpo.

Se comió
la fruta
a besos.

Se oyen
ruidos
-¿Reconciliados?

Todo lo ve
-no hay intimidad
que resista...

Cuerpo con cuerpo
-¡la obra de Dios
relampaguea!.

¿Dime quién
te muerde las orejas
que a ti te gusta
y te dejas?

¿Cómo no celebrarte,
si puedo yo sentirte
si puedo yo tocarte?

Golondrinas rojas
-labios volando
entre los sueños.

El *braille* del amor
se aprende
en las caricias.

Allí llega
toda la fuerza,
-y se entrega...

¿A quién espero?
A dos labios
y un beso;

A diez dedos
y un abrazo.

Herido por el deseo;
delirante y preso.

Dijo Al-Mu'tamid:
“*La tertulia sería perfecta
si su saliva fuera mi vino*”.

Ansiedad
-fuego del deseo-
¡tú!

Aloja, cuerpo,
esta alma
que aun apetece.

Los besos
-torrentoso caudal
de los deseos.

Los tres botones
de la blusa no suenan
al salir de los ojales
- es el corazón que bate.

Desnuda,
-amenazante reencuentro
con la dicha.

Un perfume
-creo adivinar
los pasos...

Pasé
la tormenta
¡amando!

¿Qué fue sino
una sagrada comunión
de cuerpos y de almas?!

Fresca noche,
la cama como un nido
-abrazo de los esposos.

Ansiedad de amar,
de arder,
de consumirse.

Labios húmedos,
-el animal
habita la caverna.

Una prenda al vestirse;
la última al desvestirse...
- distinta la impaciencia.

En vez del sostén,
-cóncava la mano.

La mano en el seno,
la copa de vino levantada
- doble embriaguez
de los deseos.

Siempre queda
una gota en la botella,
y un último deseo
en los probados labios.

Nadie; sólo deseo.
No era nadie; recuerdo.
Recuerdo del deseo

Como entre nubes
la mujer
sale del camisón.

Cuerpo a cuerpo
se dicen
sus cosas deliciosas.

Esa sensación...
¡toca los dientes!
-piano del deseo.

La brisa,
mirada azul
- el alma serena.

La hora
en que el beso
demuestra la existencia.

Saliva amada
-savia de la vida.

Un lugar
del universo propicio
al beso y a la dicha.

La dama china,
desnuda, al transparente
claro de luna.

Cosas personales
y ¡bellas!
Aseo de mujer.

Sonriente, hablando
cosas sin importancia,
lo saca del paraíso.

La cordura llora
- la conciencia se fatiga
cargando su doble.

Poemas
-dulce manera de dar
la bienvenida.

Una copa de vino,
ya vacía, refleja de lleno
el cielo y de nuevo
bebe a su salud.

En el nuevo verano,
las voces no son las mismas
-otros dialogan.

La brisa,
mirada azul
- el alma serena.

-Toc -toc, toc-toc
-¿Quién es?
-Gente de paz.
-Sigán -y entran a la vez
el bien y la sonrisa.

Shador.
Correr el velo, ¡Ah!
-los hermosos ojos.

La vio
perdersse entre
la multitud.

Al primer
rayo de sol
-piquitos de agraz.

No es un crucigrama
-reconstruir
la mujer, su mundo.

El poema
-tejido
contra el olvido.

Abre caminos, cruceros,
encrucijadas, callejones
sin salida, precipicios.

Estas rosas
se abren cálidas
como abrazos.

Aroma
-insiste la orquídea
en dominar.

Te pelearé, compañera,
para compartir
los caminos de Machado.

Haces
bello el día.

Puedo abrir la puerta
-pero deseo encontrarte
desde el umbral.

Canto a todo cuanto sea
causa de ti
-causa de que te quiera.

De haber venido,
el camino
estaría florecido.

Ven, anclamos
en este instante
atados de las manos.

Mirada a mirada
-el silencioso canto
del amor.

Está bonita
-placer
de mirarla.

Palabra
llena
de mujer.

En la ventana del bus
-la linda
cara de una joven.

La dicha
son tus gestos
¡Tú!

Para amar;
me quedo en ti.

Yo soy
el terreno
que te quiere.

Donde
yo te alcanzo
mi querer te toca.. .

Si no me das el peine,
algo anda mal
entre las manos.

Según tu prisa, adivino
tu deseo y sé
como anda tu cariño...

Se muerden
como los animales
¡Ah!, el primer beso.

En la caricia
amorosa,
todos se acomodan.

Las plantas
se fecundan
-y no discuten.

“Vino de saliva”;
“Rosas de mejilla”
-así la gacelita atendía
a Al-mu'tamid;
por esto le envidio.

En mi nombre
pronunciado, descubro
el tono del amor.

La palabra: vida
-tu nombre; ¡el paraíso!

La riqueza de mi mirada
la envidian
mis manos, ¡mis manos!

Aun manda cartas
de amor con palomas
mensajeras.

Boquita sabrosa
y dulce eres, mi amor;
que te muerdo deliciosa,
como a rico alfajor.

Flores, pétalos, aromas
que dejan tus pasos
en mis días...

Al quitar la cáscara
a la mandarina desnuda
-una gota.

Un reclamo es,
a veces, un bello
acto de amor.

Besos
de la amada
-savia de la vida.

No es necesario
el Jardín Perfumado
-el amor sabe sus cosas.

Pretextos, excusas
-unas las palabras,
otros los motivos.

Obsedido por un rostro
todo es canción
volviendo a su mirada.

Beso relamido
-amor
de los caracoles.

Obsedido por un rostro
el día es una mujer
omnipresente y lejana.

Preludios –aún
en la distancia disfruta
con sus juegos.

Alinderados de espinas
tratan los labios
defender la fruta.

Un poco de infierno
-mantener la temperatura
de la vida.

Inventario de detalles
-el camino no es el mismo,
aunque al cielo invoca...

Orquídea
-flor
de monte amor.

Ahora sé por que
le gusta ir a llamar...
-la telefonista es su amiga.

Un leve giro
al amanecer
-quedan junticos.

Te ves linda
entre dibujos, graffitis
y poemas.

Con blancos lirios
y orquídeas hawaianas
-llega a casa.

Con la luz
en la cara
del amanecer;
no te dejaba
de querer.

Dulzura
del seno amado
-fuente de vida.

Ahora que las manos
cantan,
que los ojos
silban,
démonos un beso
de trinos.

Mañana de abril
- tu, entre el gorjeo.

Por ti nazco
- en tus manos
y en tu voz.

Amarte, amor
- resucitar en ti,
cada mañana.

Mi mano describe
un sueño
dibujando tu nombre.

La joven de la mesa
quitándose
y poniéndose, el zapato.

Mira a la joven
-recuerda
pasados veranos.

El pie
desnudo...
-es el detalle.

Ella en bicicleta
-muchachos la siguen
en el parque.

Sonríen y esperan
-se escriben noticas
en la cafetería.

Miradas y sonrisas
-tienen secretos
los jóvenes del coro.

Surge bella
-fugaz desaparece
entre la gente.

Revelación del sueño,
huidiza, borrosa
-linda en la tarde.

Tuerto de cuenca vacía,
pero en el ojo que le queda
-la mujer esta completa.

¿Vendedoras de flores?
-día del amor y la amistad,
pero estoy solo.

Hasta las plantas
sienten celos...
El amarilis se marchita
con la palma de la suerte.

Nada excepcional
¡y toda maravillosa eres!

El alma, la mano
-extrañas redes
de nubes, de palabras.

...Planeta tú
a dónde he llegado
en mi ronda yo...

Ando por aquí
dándole tiempo
a tu regreso.

Sé que donde
estás
me andas pensando.

Te escribiré mientras
me quede corazón
y tenga mano.

Paisajes bellos.
Brutal realidad.
Oportunidad del breve
amoroso encuentro
que nos hiere...

Ponedle collares
a la sombra y Venus
volverá a visitarte.

En tu párpado
bordeando el sol.

Miradas
-espejo del deseo-
coincidentes.

En los labios
apetitosa mandarina
saboreándole la boca.

Junto a la palmera
cambian
libros por besos.

Labios
¡Ah! Ambrosía
de los besos.

Me haces
el punto frágil
de la tarde.

Te vuelves geografía
-veo paisajes
que me llaman.

Sabré por tu vuelo
las playas
que tú habitas.

Míra
que me derriba
tu cariño...

La inmensidad,
¿para qué?
- mejor tu mano.

Kao/ to/ kao
-besito
robado.

Llegar a tus mejillas,
beber tus sentimientos
de nubes y de arcilla.

Saber que una
mirada hace armonioso
al mundo.

Descubrí la propia
ilusión
golpeando la puerta.

Este egoísmo de amar
y de encontrarse; este mar;
este volver el uno al otro.

La rana no sabía
si cantar o callar,
y tu vacilabas amar.

Distancia del cuerpo
-distancia del amor,
del cielo.

Delicada forma dura
-desnuda
escultura de mujer.

Juega con agua, sabe
de mis lágrimas y otras
secretas humedades.

Era tentación
y fue golondrina
-verla en el aire.

¿Soy yo, o es mi destino?
Si te gano, o si te pierdo,
¿eres tú, o es tu destino?

Este día, en el mundo
hubo
esas dos sonrisas.

Pregunto aquí, allá
-pareces
inalcanzable.

Pensil, pensil
-grato jardín
donde te hallaba.

Aquel mirarte
fue causa del crepúsculo
-encendías la tarde.

Sin ti
el universo
es triste.

Pensándote,
llamándote
- paso la tarde.

Contigo
se me alivia la herida
de existir.

Eres dulce
desde la espera;
bella cuando apareces.

Su mirada
- cálido rayo
sobre mi alma.

Dentro de esta extensión
infinita,
dentro del misterio
-espero una cara linda,
una sonrisa amable
que haga posible
la alegría en el universo.

Qué cortas mis manos;
qué largos mis sentimientos
- quisiera rozarte.

La ola llega
a morir plácidamente
en unos brazos.

Panteísta
-la encuentra
en todas partes.

El tiempo no es eternidad
sino espera; incertidumbre
de una frase
que funda el universo;

Rozar la fruta
antes de morderla
-manda abril.

así todo es inconmensurable,
desde la sencilla dicha
del jardín que aroma.

Centinela de la tarde
la ve fugarse
con los arreboles del día.

Al trino en la montaña,
rico de silencios.

Recuerda a Ponge:
“antes está el placer
de la puerta ”.

¿Por qué tanto afán?
¿No enamora lentamente
el viento con su roce?

Náufragos
que logran llegar –los
esperados brazos.

La yegua no quiere
escapar del potro
que la monta.

La botella se llenó
de ecos
-guarda sus voz.

Amor imposible
–la perra en calor oye ladrar,
pero está amarrada.

Tu y yo, al atardecer
-el viento
en los chiminangos.

La mirada que la sigue,
va con ella
-la alcanza y ciñe.

El rojo
de la tarde, en ti;
el azul de la luna;
el blanco de lino.

Piano a cuatro manos
-en el detalle
se rozan los meñiques.

Volver a casarse
ha decidido
-¿primavera en otoño?

Tocándote
estoy con Dios y siento,
pleno, el universo.

Mi vida
anda
por tus manos.

Dejo constancia
que ese beso me gustó
¡muchísimo!

Tu eres
mi horizonte
alcanzado.

Las caras iluminadas
por una luciérnaga
-hoy no sale la luna.

Yo, que no tengo ningún
control sobre el mundo
-me alegro de tu visita.

Alondra
- cantas
en el aire.

En la puerta miran
si están solos
-la despedida acerca.

En los trazos emerge
el rostro entre las sombras,
tocado por un destello.

Conozco
a que rama
llegas;

ahora estamos dos
en la
misma rama.

Cuánto miedo;
cuánta espera.
¡Así: más bella!

Tú y yo, somos nosotros
Y, ese nosotros, otros
no lo podrían jamás
conjuguar.

Te siento en medio
de las cosas.

Un paraguas va
y otro viene;
al encontrarse
se inclinan...
Un hombre,
una mujer,
al amparo
de la lluvia.

Encontrarse en el sueño
y al despertar seguir
unidos de las manos.

Las manos
no se desatan fácilmente
-no se despiden así no más.

Entre la neblina,
no tristes
- tú y yo.

Los esperados
pasos...
-¿Tocan?

Tenue luz
-¡nada mejor
para la pareja!

Aquí,
en mis signos
-para tenerte
cuando quiera.

Caprichoso, instante
veleidoso y terco,
obstinado con tus besos.

Palabras pecoreras
zumbando
en tus oídos.

Seguir a tus adentros,
conocer el secreto
-saber la intimidad.

Siluetas del deseo
-llegó en la noche,
y en el sueño se perdió.

Soy muy locuaz
-necesito tu boca
para no hablar...

La odiada luz, maravillosa.
La noche es generosa
-te acerca.

Para curar
esta gripa tendríamos
que encerrar
los besos.

La sola amarra
deberán
ser los sueños.

Gratos días de verano;
más los de invierno
-hace frío y te acercas.

Amor ciego:
palpar...
Tocar, tocar.

La oración de Almutamid
-“*¡Señor! Junta
velozmente sus dos
cuerpos*”.

Uno es el beso
de los labios;
otro el de los dientes
-¡De nuevo lo quisiera!

Pero ¿qué ocurre?
¿Lloras
por un detalle?

Mi mano recuerda
ahora, la suavidad
de tu cintura.

Si recuerda el cuerpo
-mi memoria principia
por tus labios.

Nombre que callo
-agua silenciosa
que me apaga.

Muy juntos no sabían
de quién eran
los ruidos del estómago.

Pensando
en ti
escribo haikus.

No pudiendo hablar,
no pudiendo verla
- escribo versos alados.

Las ventanas
tienen algo de corazón
- algo sucede adentro.

Llevo
un susurro anidado
al oído.

Sin ti
el universo
es triste.

Hasta el ave
del paraíso besa, después...
de haber amado.

Árbol de vida,
raíz de mis recuerdos
donde floreces.

Fantasmas, no solo
al desencarnar
-vagan buscándose.

Siendo soñada,
¿qué palabra?
Y ¿en cuál lengua?

Ni en un baile
de máscaras pasaría
desapercibida.

Desde el universo
vengo a decir
- ¡Te amo!

La barquichuela amarilla
navega su viaje celeste
- tu y yo, viéndola surcar.

Duermes
en mis brazos; abrazo
tus sueños.

El alma
se siente en los cuerpos
que se aman.

El universo se me hace
al alcance de las manos
- cuando te tocan.

Mi mano
pregunta por ti
-está triste.

En tus párpados
me nutro
de tus ojos.

Como los grillos
en la noche;
como colibríes
al amanecer
-besitos y chasquidos.

Paso de la luna
sobre los nudos
del tapiz.

Ay gacela celeste;
no la luna...
-¡tu mirada!

La luna en sus oficios
daba luz, regalaba
momentos propicios.

Tu que amas a la luna
te inventas
tu noche y tu palmera.

En la noche
su pendiente de luna
inconfundible.

La luna mira...
-sabe que pasea
por el jardín.

Sonrisa de luna
que cae
desde la peña.

Soy noche azul
esperando tu llegada
de luna.

El corazón
- transformado en pico –
canta a la luna
sus ternezas.

Estrella fugaz
¿Dónde sus ojos?

Buscando los cálidos
tesoros de la mina
desfallecen extasiados.

Como el arquero
con la cuerda templada
y alerta...
Así te busco,
entre las estrellas.

Párpados de los días
- en sus luces se extravía
Ulises y los más
expertos marineros.

Granitos de arena,
y miles de estrellas;
los dos...

A veces nos
Iluminan las estrellas
-¡Ay! Oscuridad.

Pasada la noche,
hay algo de estrella
en tus papilas.

Porque soy angustia
y seré olvido;
porque hoy tengo amor
y mañana
se deshacerán mis manos;
por eso juego
con el viento
y las palabras,
y busco en tu regazo,
la dulce estadía del amor.

Despilfarro
-cualquier disgusto
los separa.

Antes del llanto
dueles más.

Hay una línea
recta,
que todo lo tuerce.

Era llama,
de la tarde
-¡tristeza
del ocaso!

Se retrae abatido
- melancolía
del animal triste.

Vano el olvido
-la cruz del amor
siempre lo vence.

Sigue siendo bello
beber el rocío
-todavía sobrevive la flor.

Musgo, en la peña,
donde se abre
olorosa la flor.

Mujer de tierra
poblada de hierbas
inundada de lluvias.

Ahondarse
en el monte –el camino
se alarga.

Grato el bosque,
pasear levemente...
-suave musgo.

Entre la hojarasca
se insinúa la flor
-suave aroma.

Extendida,
dispuesta para la siembra,
recibe la lluvia.

La alta palmera
del mismo paisaje
se sorprende al ver...

La leña alimenta
la hoguera; árbol de llama,
fruto de luz.

Cálida caverna
en la que halla
refugio el primitivo.

Trayecto de arima

*Voy atando ramas de pinos
playeros
por Iwashiro,
pidiendo la suerte de volver a
verlos.*

Arima.

La ola del mar
vuelve por el alma
-lava el cuerpo, vacío.

Desde el alto
puente, Estocolmo
- todo nieve.

Chicos desnudos
- como delfines –
juegan en el mar.

Parpan los patos
- al mayordomo se le olvidó
entrarlos al corral.

El corazón a veces,
en vez de palpitar, grita,
se desgarrar, grita.

Ruidos vecinos
- soy notario
de pequeñeces.

Farolitos
-flores de fuego,
anaranjadas.

No es el tiempo
que cae el que oculta
el camino del amor.

Acaso los pájaros,
el estornudo de un caballo
o la sombra del guayabo.

Las agujas del tejido
sobre su vientre desnudo
-sentir los latidos...

Esta tarde
varias veces ahelando
estar en la finca.

A la hora del recreo
- entre gorriones –
canta la mañana.

La cometa deja traslucir
el arco iris
en la colina de los niños.

Camino de la montaña,
aliado del misterio,
esconde al horizonte.

Mientras pasta el ganado
los jóvenes conversan
echados sobre la hierba.

¡Ah! la tinta
-su bouquet, la fragancia de
perfume.

La roja pañoleta
-amapola ondulando
en la pradera.

¡Duro destino!
-sala de dementes.

Quietud – al atardecer
cae la noche
sobre el cementerio.

La mesa, la silla
-en la playa escribe
canciones a las olas.

El gato amarillo
parece un rayo de sol
a la entrada de la casa.

Tan cerca los escucho
que diría
me cantan en las manos.

Salta un gorrión
cerca del bastón
de la anciana.

Regreso a casa.
- en la noche
aroman los cadmios.

Callaba, callaba
- iba escuchando
al viento.

El titiribí
parece decir tus cosas,
-¿eres tú quién canta?

La hierba; no las sábanas;
la niebla; no las cortinas
-la noche y las estrellas.

No lo veo pero lo escucho
-el colibrí visita
las flores de la ventana.

De la paleta
del pintor
vuelan mariposas.

Lenta la mirada
planea siguiendo
alta, al gallinazo.

Heme aquí,
sentado, junto al atril
y el libro abierto.

Solo de percusión
- se rozan
dos guaduas.

Como muchachos
juegan los toretes
golpeando sus cuernos.

Cómo quiero
que salgas, grillo
-oírte cantar.

Tres manchas grises
roen la amarilla mazorca.
La vela, los grillos.

Los búhos cantan
-se enamoran en la espesura
del monte.

De la noche
- no del lobo –
sale ese aullido.

Mi hijo estornuda
fuerte y a gusto
- como caballo – le digo.

Un disco con sonidos
naturales – no desdeño
este paseo por el bosque.

La hoja de plátano
en que envuelven el tamal
- No hay mejor bandeja.

Riega disgustada...
-les da un chapuzón
a las plantas.

Veloz en el Gitano,
su rojo pañuelo al viento;
galopa en el Coral
cabestreando
al potro moro.

Muchos sus días
-hoy el trébol
morado se ha secado.

Almuerzo en la hierba
- las hormigas
se entretienen y disfrutan.

En la rama
cortada sigue viajando
la hormiga.

Viejas ollas
- materas en el campo.
¡Todo un vivero!

Una copa de vino
-del amor del sol
sobre las uvas.

Cada que llega
la temporada
de la pelusilla
de las ceibas
-nueva almohada.

Ceibas magníficas,
chiminangos...,
pero, ¡los samanes!

Aunque ya cantan
los grillos,
en la ciudad me olvido
que es de noche.

A aquellos lugares
vuelvo gustoso
- jardines del corazón.

La manta de cuadros
cubre al enfermo
-no le evita el frío.

Descansa en la roza;
a su lado, con los trastos,
la mujer cuida su sueño.

Los bracitos al cuello,
la hermana mayor lleva
a tun – tun, a la niña.

Bajo la pérgola,
esperando el té,
se abanica...,
la niña juega
mientras tanto.

Cálido cobijo
-bajo los árboles
del trópico.

El vino destella
en las copas levantadas
- brindis de los artistas.

La niña en el regazo
- la joven madre
resigna su libertad.

Margaritas, amapolas
-la niña corre tras su madre
con un ramo silvestre.

En el verde prado
que clarea el verano,
- juegan muchachos.

Alarga su sonrisa
- el enfermo – extiende
la mano y ríe.

Junto al arco de piedra,
tres chicas
-la foto que no se hizo.

Las maletas
-las lágrimas revelan
los sentimientos.

No es una amapola
-la cinta roja del sombrero
de la niña que corre.

Ahora que te vas
brinda con alegría,
por las cosas amadas,
por las horas vividas.

Cuando niño
tomé la flor y le pregunté
con ilusión...

Los ojos serenos,
silenciosa
-ellos se desafían.

Bellos recuerdos
que en un río de luz
se hacen sombras.

Como trigo y amapolas
- así van juntos sueños
y amores de juventud.

Cabello tan largo
-cubre a su esposo
y a su hijo.

Hay quienes
ciñen talles y quienes
nubes, nubes.

Amores frente
al mar –con su ejemplo
vuelven y van.

Ante el féretro del atleta
caído, un niño
aprende el dolor de patria.

La anciana mece recuerdos
-en la mesita de al lado,
un florero con pensamientos.

Mirando cartas,
las conserva igual –teme
desordenar recuerdos.

Con los años,
no es ausencia
-olvido.

La botella sobre la mesa,
los nudillos contra la mejilla;
apático y triste, el bebedor.

Dura semana,
salgo, camino lento
acompañando la luna.

Como Arima
camino hacia el final;
pero ¡cómo no describir este
paisaje!

¡Cuántas cosas en el cajón!
De cada flor un recuerdo...
¡Ay! este ramo del tiempo.

La colorida manta
casi oculta la miseria
del niño de la calle.

Mientras lustra los zapatos
cuenta mataron a su hijo:
«cinco balazos», dice.

Tema de muertos
y temores
-saludo de hombres.

El estadio que eufórico
cantaba, hoy de pie
-minuto de silencio.

El Dorado no en la tierra,
el Nirvana...
- las ilusiones de un cielo.

En el muro
-dos gatos
intimidándose.

Lindas chicas de antaño
desfilan...
por notas necrológicas.

Bajo el higuerón,
en su carreta
-duerme el basuriego.

- Dichoso el pintor,
le basta pintarla
para que emerja...

Entre excusas
se hace recatada
pero... calla.

- También el poeta
que la nombra y canta.

-El mago que la guarda
en el espejo...

- Más felices los dos,
cuando se encuentran.

un libro de poemas abandonado en la ventana

*Magnolia caída
¡nadie sabe
tu destino!*

Shuuooshi

El tiempo cambia
aún los paisajes
de los cuadros.

Algo ocurre
-indecisa y leve,
la llovizna.

Primer día del año.
Canta el gallo
y yo madrugo
a recibir el nuevo tiempo.

En la ladera
la niña corriendo
-mariposa azul.

Para muchos no es
gran cosa pero, soy
de aquellos que prefieren
el arroz blanco.

Sí, veo en el pan
el vaivén
de los trigales.

Dejar ir los sentimientos
en los versos
como una botella
en el mar.

El beso
más dulce,
¡Dos picaflores!

La tierra de un lado
al otro... —el niño jugando
con el mapamundi.

El escondite es más
pequeño que la niña,
pero sonrío, segura...

La empleada
del almacén
barre la entrada
- estornuda el peatón.

Siete de diciembre
- las estrellas juegan
en la tierra.

¿Mariposas sobre el carro?
- No, he estacionado
bajo el guayacan lila.

En vano se posa
la abeja
en la flor, de tela.

Tarde de enfermo
- toser y toser.

El agua que contamina
la ciudad
alguna vez fue rocío.

Qué caminos
recordará
mi caballo viejo.

Tanto callar, callar;
tanto decir, decir,
en el flotante
madero de la página.

Entre recuerdos
la anciana pasea
todo el día,
en la silla de su habitación.

Allá va el ave...
- a donde va
lleva su pena.

Viejo tronco
- anciano
a la intemperie.

Vida
- sombra iluminada
de la nada.

Sangre verde, deshojada...
Un clavel pisoteado
en la calle.

Sobre el muro
- entre cortantes vidrios –
una flor silvestre.

¿Y al pajarillo
caído en la avenida
quién lo llora?

Después del aguacero;
bajo el saman
- segunda lluvia.

Llega el aroma
de un lirio campesino
¡Ah! si, allí está.

El bramadero, orgullo
del corral, hoy palo
podrido, para el anturio.

La hoja al caer
y la sombra, exactas,
se encuentran.

Todo fue un segundo
-pero tuvo la dicha de cantar
desde la rama
de los huesos.

El ruiseñor pasa
con una lombriz en el pico
-comprendo su silencio.

Incendio en la loma,
el halcón puede volar
-no las alitas del nido.

¿ Qué pasa, grillo,
que esta noche
no vienes a cantar?

¿Qué búsqueda
de caminos!
- Caracolito.

El grillo
bajo el hongo
- ¡qué paraguas!

¿ En ese diálogo
del estanque, que
se dirán las ranas?

Zarabanda
de mariposas negras...
Ah, no; las sombras
-los colores bailan en el aire.

“Ya lo metí ” – dice el niño,
sonriente – y sale
con un gato enjaulado.

No es una mariposa;
entre la rama juega, leve
- un rayo de sol.

El joven tiene nueva
dentadura, pero su sonrisa no
es postiza.

A gritos el viejo
me cuenta que se está
quedando sordo.

No es amarga
la flor del limón
para el colibrí.

Esta inasible mañana,
creo, será más mía
si la nombra la palabra.

Ella, se le recuesta;
el, sonrío...
-los niños mongólicos.

Los dulces cuidados
¡el dolor
que dejan!

El lago
- todo luna.

Peldaño
a peldaño
voy subiendo:
desde aquí
veo las
estrellas.

Dura,
desenvainada
mirada.

Buscando al niño
ahogado; el charco
es una lágrima.

En la fresca mañana
busco la paz
-su luz me tranquiliza.

El gamín encuentra
las primeras letras
en los juguetes abandonados.

El que hoy reposa
en la tumba aún podía
correr otros partidos.

Ayudas
para damnificados
- una muñeca...

En la guerra
- encinta de ternura -,
no quisiera un vientre
blindado,
sino la mano del hombre
a quien daría
el nombre a su bebé
¡si llegare a vivir!

La bomba sobre el piano ...
- una postrera nota
da el *réquiem* entre ruinas.

No es una lágrima negra;
una mosca en el párpado
- Guerra en Angola.

¿Qué árbol
entierran, también,
en ese ataúd?

¿ Tanta sangre
no dará una cosecha
de paz?

Discusiones, pretextos
-el agua
busca la salida.

Las deseadas
horas futuras
pasaron entre sueños.

Canta el ollero;
el mundo
vuelve a su cauce.

Soy feliz
porque te amé
y aun quisiera...

Voltea el reloj de arena
-cambia la piel
al ciclo de la luna.

El alma, la mano
- extrañas redes
de nubes de palabras.

El reloj de la abuela
-¡cuántas horas amargas
habrá marcado!

Aquel que pasa
cantando, no soy yo
-pero quisiera.

Viéndote gorrión
no pregunto por el sentido
de la vida.

Almadía

*Una florista
camina por la calle
bajo el arco iris.*

Shimei

Leve, el jazmín,
perfuma a la luna.

En la tinta
se refugia
-como calamar.

El acontecimiento
es el viento
-podría agregar
dos pajarillos.

En las altas, frescas
nubes, gozosa
-juega la golondrina.

Avenidas universitarias
- Ah, el aroma
de mangos florecidos.

La noche fría
-los recuerdos,
también.

Al despertar,
¡tantos ollereros!
-la tierra cantaba.

No disimula su paso
por el corredor
- ¡el gorrión!

Orinaba
en el viejo portón
- el viento lo asustó.

Pasos y pasos caen
sobre la mariposita
-manada de bisontes.

El mendigo
despierta cubierto
de hojas.

Un guayacán lila
- Oh, bálsamo
del paisaje.

No es el sol del amanecer
- es la flor naranja
del resucitado en el balcón.

En ellos ya estaban
mi nombre, mis piernas
-los pasos que me siguen.

En el viaje final
de mi madre
- sus maletas guardadas.

A la mariposa muerta
en el piso, la llevo
a un prado de tréboles.

Un nuevo día,
un nuevo sol
sobre la ciudad
y la selva,
sobre el caparazón
de la tortuga.

Pasamos y pasamos,
los unos y los otros
-hasta el camino pasa.

Un galope de caballo
a media noche
alegra mi alma rural.

La pitahaya llena de luna
-ofrece a la noche
su alba dicha breve.

Sobrecogedora realidad
- sólo
nos protege la palabra.

Todos se van, quedo solo
- agradezco a los objetos
su callada amistad.

La raíz de la pluma
- allí el ave se siente
leve tierra en el aire.

Las niñas van
a la escuela
-los carros que pasan
maquillan de polvo
sus caritas ingenuas.

En el campo
-la puerta del corazón
de par en par.

En poesía espero,
desespero,
permanezco y muero.

El patico cayó
al hoyo de su suerte
- ¡lago de la eternidad!

La fábula que trae
el viento, la cuenta,
quedamente, al oído.

Quisiera morir
como Segalen,
con un libro abierto,
a la sombra de un árbol.

La luna llena
- verla; callar.

No es la tarde que cae
sino la tristeza que opaca
el color de las cosas.

Dreno estas páginas
-que no se empoce
la tristeza.

La puerta se abre
y se cierra, pero da
al patio de la cárcel.

Parece que desafina
en el jardín
- ¿qué pena canta?
¿qué alegría?

Tan pequeños
los gamines
¿o duendecillos?

El almanaque
indica luna llena
- para él la noche
larga y oscura.

La esperada
dicha es imposible
- ya la tuviste.

Sólo la fábula
ilumina
el sueño de la sombra.

Tiempo sin mirar al cielo;
agobian los problemas
-¿aún quedan estrellas?

En la distancia veo
- sin anteojos –
clara, mi infancia.

Voy a la tumba
de mi padre,
o me imagino allí.
-no se qué,
pero dialogamos.

¿Qué me hace
el tiempo?
¿Qué me hace?
¡Ay! mi Hacedor,
mi suerte.

Mi manso caballo
ya no corre
-antes que él
se detuvieron
mis recuerdos
infantiles.

¿Existe una última
morada?
- La memoria
no recuerda
la primera;
tampoco el polvo
ni la arena.

Un amigo
hecho estatua
- esta tarde
prefiero caminar
solo, a la orilla
del ayer.

Choque subterráneo
de bocas y silencios
-río de difuntos.

¿Qué dice el ruiseñor
cantando
entre las ruinas?

Apachetas

*Larga noche:
el sonido del agua
dice lo que pienso.*

Gochiku

No eran las seis
y ya cantaba
-el rui señor.

La iguaza
- una ola brilla
y se expande.

Pequeño nido
- una gota,
un aguacero...

La mariposa,
- aquí, allá...

¡Riqueza!
- dos arroyos riegan
este prado.

La torcacita,
en el charco
- como grulla.

El paraguas
- una vez más
lo he perdido.

Las hormigas
en el lavamanos
-¡que miedo!; el agua...

La mendiga
estornuda después
del aguacero.

A las siete el murciélago
aparece y bebe
rozando la quieta piscina.

Levantán las alas
para recibir el sol
- mañana de invierno.

El aguacero toca «gris»,
en la «verde»
marimba del monte.

Como pescados
en el estanque
-reflejo de las ramas.

La gota de rocío
más que brillo
-llama de sol.

La niña que coge guayabas
se escapa
un minuto para jugar
con la manguera.

Al primer rayo
- la cigarra.

Aguacero repentino
-cantan los olleros
en verano.

El búho
calló...
- la lluvia.

Blancas, amarillas,
azules, tornasoladas
- mariposas de agosto.

En la fría mañana,
se gritan
los pechiamarillos.

Cantan los pájaros
-yo, abrigado
leo un libro.

Conversando
- llega el viento
de la montaña.

En el corredor
de la casona
- una casita pajarera.

Señala al cucarachero,
pero sólo logro
escuchar su trino.

Dicha verla...
- aún sobrevive,
la mirla.

Canta y canta,
el ollero
- canta y canta.

Entre niebla
y lluvia
canta el ollero.

Entre las flores
de la sierra
- ¡el colibrí!

Dos dulces diminutos,
en el nido
- huevitos de colibrí.

El titiribí
canta
en el chagualo.

Un gorrión
canta
en el patio.

¡Ah!
El aroma
del pino.

Un tono rojo
contra el verde bambú
- el titiribí.

Entre la neblina,
subiendo
- dos gallinazos.

Busco el pájaro grillo,
en la copa del písamo
- miro, miro; sólo escucho.

La golondrina
revolotea y juega
- la cruz del precipicio.

Flor azul
en la neblina
- canta un gorrión.

La ropa extendida al sol
- en los alambres
ondea como flores.

El chillido del gavilán
cae inquietante
sobre el corral.

Garzas y chamones
al sol
de los venados.

Un canto en abril, y digo:
“un ollero”; pero es
un muchacho silbando.

Esa esmeralda
que vuela
- ¡Ah! El cucarrón.

Lo veo quieto,
esponjado y triste...
Me acerco y vuela
-el ollero.

Sereno el canto
de la nerviosa perdiz.

Alguien duerme
y suspira
- si; la vaca.

Llega el perro
oliendo a yerbabuena
- sin duda de la huerta.

Van a ser las siete
y aún escucho
cantar al titiribí.

Al regresar a casa,
aroma de cadmios,
aroma de mangos.

6 de la mañana,
últimos vuelos
-los murciélagos.

Vuela hierático
-chilla el halcón
sobre las azoteas.

Al octavo piso
llega visita
-un cucarrón.

Vuelven
los vientos
-primera cometa.

No es el viento
-como hojas suben
y bajan las torcazas.

Inesperadamente
-tintíneo de la
campanita china.

Agosto
-aroma de mangos
florecidos.

En la azotea
del alto edificio
chilla el halcón.

- ¿El titiribí?
- No, el pichafué.
Inesperado, el cucarachero...

Van con
sus cometas
-esperado agosto.

Pasto. Amanecer
entre campanas, perros,
cantos y gorriones.

Septiembre gris,
anticipado
- la última cometa.

No ha amanecido
y cantan insistentes
los canarios.

Canta el ollero
- la mañana
empieza sonriente.

Asomado a la ventana
- el día
parece un mundo nuevo.

Aunque retumba el tráfico
-se oye
el ruiseñor en el poste.

Mediodía
de melancolía
-el haikú animando.

Cualquier ruido
motiva a esa avecilla
para cantar.

El vendedor de cassettes,
sin saber, pone, en la calle,
una canción que me gusta.

Como garzas,
las enfermeras,
a las seis, van al seguro.

El viejo escucha
con ánimo las canciones
de su juventud.

El sol del amanecer
enredado en el guayacán
- y es medianoche.

Canta el titiribí, pasan
los carros
-sin duda va a amanecer.

Mientras hablamos
del lenguaje, a su gusto
cantan las cigarras.

Volvió a cantar
desde su sitio acostumbrado,
-el titiribí.

Un pajarillo,
no sé en cual apartamento
-canta y me alegra.

El ternerito, juguetón,
hace volar la garza
-en el potrero.

Con don Alejandro
por el callejón, a cada paso,
mariposas volanderas.

También él llama
al viento y a la luna
sus amigos.

El zancudo vuela
inmóvil
-brizna suspendida.

Un punto blanco
entre la nube de humo
-la garza.

Un pajarillo en el suelo
-inquietos
revuelan sus padres.

Todo pasa, parece
decir el ruiseñor
-canta entre las ruinas.

-¿Qué describo?
-leve balanceo de la espiga
del puntero.

El viento me ayuda
a pasar las páginas
del libro de versos.

Un saltimbanqui
dando volteretas
-hoja seca del bambú.

Diminuto insecto;
diseño increíble.

Cantan las aves
-el pechiamarillo
en el achiote.

Se acaba el papel
-el próximo poema
volará en el viento.

Rochela junto
a mi hamaca –dos ruiseñores
chacharean.

Mariposas negras...
-Ah, no; las sombras;
los colores bailan
en el aire.

El libro cerrado;
estoy atento al árbol
- escucho las aves.

Alta, entre los pájaros
-la cometa del niño,
desde la puerta del rancho.

Luz
– extraña agonía.

Mañana tan radiante
que incluso
el ciego la celebra.

No es con tinta
-el poema lo hace
el aroma de la reina.

Volaban pellares
y garcetas
por la madre vieja del río
-los figuran las palabras.

Viudas, no de negro,
-teñidas de la sangre,
de los tajos del terror.

¿A qué hora canta?
¿Por qué con tantas fuerzas?
– ese bichito.

Me sorprendo y admiro
de las palabras
que recoge la papelera.

Resplandeciente
-de pronto un nubarrón
la oscurece.

El viento del campo
dispersa
mis inquietudes.

Abandonarse
al fluir
mientras dura.

Mientras escribo
el anónimo insecto
recorre mi cuaderno.

¡Qué vuelo
sereno y hermoso tienen
los feos gallinazos.

La leve nube
pasa ligera
-sin huella.

No es mariposa
que salta de rama en rama
-leve amarillo de sol.

Sentado a la sombra,
llegan los vecinos,
los insectos, los pájaros.

Cantos de las aves,
distintos tonos de verdes
y nubes cambiantes.

El silbo del gorrión
cae perpendicular
en la ramada.

¡Qué lucha!
La de esa mariposa
contra el soplo
de las nubes.

¿Quién salta
en el establo?
¿Un gorrión? ¿Un ollero?

Sube el sol y el vaho llega
con luminosa intensidad
-más fuerte el lirio.

A quinde – el colibrí -,
parece no importarle
que estemos junto
a sus flores, en La Cocha.

Los carros pasan
con música estridente
-yo escucho al viento,
al murmullo del agua.

En el verano del valle
vuelan suaves, flotan
-copos de ceibas.

A los rayos del sol nocturno
canta un pájaro
en las alas de las sombras.

La telaraña no es
propiamente hamaca
para la mosca.

Tenue verde
de los platanillos
-lluvias de septiembre.

- ¿Qué semillas son éstas?
- De pomarroso -,
le respondo.

Un árbol
lleno de garzas
¡Dagua!

En la chilca,
cinco mirlas
- creí se habían extinguido.

La dalia morada
¡qué desangre!
- en la baranda.

En marzo
de lluvias
-florece el café.

Cigarras y olleros, pellares...
- nublados recuerdos
en el verde del paisaje.

Verano
- limpio las zanjas
que recorrerá la lluvia.

Campo silvestre
- una flor
en el baldío.

La ortotricha
y la bihai
- bellas las dos.

La aguja de un pino
traspasa
la hoja del platanillo.

Eché de menos
a la ardilla
-verla, alegre.

Sobre el caballo rosillo
-la blanca garza
en la mañana de sol.

Todo un bosque
-mas el prefiere
aquel árbol frondoso.

Vacila
entre el cartucho
y las astromelias.

Los pájaros
garrapatean en las crines
del caballo viejo.

Septiembre azul
- gualandayes
y alisos florecidos.

Del Chilcal a El Salado
por el polvoriento camino
-trotando en la yegua.

Los lirios rojos
-en septiembre
florecidos.

Redescubro la luz
sobre los árboles
- atardecer en el campo.

Rojas, azules, amarillas
- de todos los colores -,
florece silvestres.

Las hierbitas
del borde de la carretera
- florecidas.

Hermosa
- la valeriana
en la quebrada.

Miro y miro
-florece
silvestres.

Por el hermoso
camino...
- chuspas y basura.

Blancas, rojas, amarillas,
a la orilla del río
- chuspas plásticas.

En el hermoso
recodo del camino...
- chuspas entre las flores.

En la peña
crecen blancos, hermosos,
los cartuchos.

Bajo, a la altura deseada
por el ollero, el mortuño
-junto a la acequia.

Al caminar
¡qué aroma! Prado
de yerbabuena.

En la carretera
los pájarillos
se echan arena.

Junto a la puerta,
los gansos esperan
al mayordomo
- son las cinco y no llega.

Como minero
el abejorro,
saca la tierra.

Los últimos rayos
iluminan los árboles
- la tarde menos fría.

Amaina la lluvia
- en breve saldré
a dar un paseo.

Aun en la pileta
de la ciudad florece
el pasto yaraguá.

¿Cuántos perros se
habrán orinado en el viejo
tronco de ese árbol.?

Nueva lana
de ceiba para
mi almohada.

Ristra de ajos
¡Ah! Sus tonos
¡blancos, dorados, rosas!
Para la salud
y la suerte
¡que cosas!

Dos cucaracheros
saltan en el césped
-Parque de Cayzedo.

Los gansos en el campo
de golf – grandes bolas
blancas, graznando.

Del árbol
- estrellas
en el suelo.

La hoja en la rama
recibe al sol
-yo, en el balcón.

Una estrella pequeña
brilla entre el verde
de la cinta, en el balcón.

El viejo samán
-florecido.

Pasos y esperas,
personas corrientes
- ¡Ah! La ciudad.

Cada cual fluye
a su destino
como gota de aguacero.

Guayacán de oro
-¡guayacán de sol!

Esos zapatos
no están abandonados;
tras la cabina... -el mendigo.

Jugo de manzana
- a la sombra
del árbol del jardín.

El ascensor...
Alguien llega
- día de trabajo.

Aunque hace calor
llevo mi saco.

Comiendo el dulce
de mamey
me visitan las abejas.

En el salón
de reuniones
- un gato inesperado.

Las plantas
de la cárcel florecen
-alegran la prisión.

Tan de su casa
que ni siquiera
tenía las llaves.

Noche azul,
la luna, las palmeras
- centro de la ciudad.

La pólvora
que festeja el Año Nuevo
me ha despertado.

Todo un domingo
-para mi
como si fuera lunes...

A mi escritorio
llegan cenizas
- arde la loma.

El amigo viene
a proponerme registrar
el canto de las ranas.

Amanece
en el campo
- el perro, a su lado.

Con cuánto gusto
el campesino
muestra su huerta.

El niño conversa,
las aves cantan,
la mañana transcurre.

Bajo el ardiente sol
- el mayordomo y yo -,
montados a caballo.

Los vecinos,
en nuestro jardín
admiran la rostrata.

Día de ahijados
- sufre el maguey.

Quien se quiera ir
puede irse...
- yo, con los guayacanes.

La lluvia, primero
las canales, las acequias,
y por las quebradas
al río...

Aquí, adentro
-el pequeño ariete
bombeando el tiempo.

Una polilla
vuela en la sala
-se diría el cóndor
de los Andes.

He madrugado;
alta y sola, en la calle
-la luna.

Lee el periódico
-busca trabajo.

Una casualidad,
cosa de un instante
-ver abrirse la flor.

-¿Mostrar lo que escribo?
-Como las plantas
muestran el fruto.

Ver a la madre envejecer
-contemplar la puesta del
hogar, de la familia.

A este lejano paraje
llega la sirena
de una ambulancia.

Alcanzo a divisar
– vuelvo a sentir –,
potreros de la hacienda.

Boceto de poeta:
<<el titiribí sobre la rama
de la mata del chilca>>.

Primer día del año.
El mayordomo no llega
-el sol está subiendo.

A la luz de la luna
el joven campesino
peleó con la culebra.

Entre la tupida vegetación,
en mi hamaca
-leo antiguos haikus.

Fantasmas de sol
- todo crepita en la llama
que arde en esta tierra.

Poco a poco se torna gris
y se deshace...
-vive de estaciones.

Para unos monótono,
para otros animado
-croar de las ranas.

El loco detiene su carreta,
voltea, toma una revista
-y me sonrío.

En medio del río,
sobre una piedra
-el gallinazo.

El sauce se secó
-¡qué manera de decir
que ha muerto!

¿A qué fe puedo cantar,
si aunque hable
de esperanzas,
certeza es la ceniza?

Madura un racimo
de bananos
para los pájaros.

Clara luz,
clara maestra
-la naturaleza.

Pintada de amarillo
entre el verde de la rama
-la guayaba.

Apenas llega,
un paso suave
-se escucha apenas.

El pino más débil
fue, al final,
el más alto y fuerte...

Cae la sombra
en la gotera
-es medio día.

En los cañaduzales
se corta el viento.

Primero la lluvia,
luego el sol.
¡Bonito día!

Con afecto
el perro olfatea
las ropas.

Envidia al niño
que va saltando
por la carretera.

El perro
- que es muy listo –
no advierte que lo miro.

Se fue la dueña
- triste ladra la perra.

Sin mas papel
para escribir
regreso a casa.

El periódico
-hora de levantarse
y llamar a los hijos.

Más allá del oficio,
la profesión o el arte
- el día para todos...

Más allá de la edad,
más allá del dolor,
- para todos un día.

En la calle oscura
el ruido del carrito
del vendedor de dulces.

Quitó los botones
a la vieja camisa
- pueden servir.

La anciana ofrece
a su hija
prepararle un jugo.

En el piso de abajo
mi hijo y sus amigos,
comentan y ríen.

Los muchachos
terminaron de comer
-lavan los platos.

Un vaso de tilo...
- y hablan
del día de mañana...

Aprendiendo, el niño
escribe la palabra,
«Poesía».

Alegres juegan
el perro
y el mendigo.

Viene de lejos
trayendo un perol.

Bastón de caminante
y un sombrero,
fueron mis regalos.

- Buenos días
- Buenos días.
- Que le vaya bien.

Dos amigos,
dos guitarras
- en la moto.

Sin incomodarse
el perro busca
un lugar al lado mío.

Con entusiasmo
me recuerda las semillas
para la era.

En el ascensor
-una arañita y yo.

Los niños escondidos
detrás de la banca
- como gaticos.

Dos perros callejeros
por el puente peatonal
-se olfatean y siguen.

Aquí dejo esta apacheta
por un dolor que me pesa
¡De nuevo camino ligero!

Aun con tinta negra,
verso los colores
-los saco del tintero.

Al ver bien las fotos
se hizo patético
-todas encanecieron.

Cuando era pequeño,
-en los lotes de mi barrio
cantaban pajarillos.

El ramo que se ofrece
– insensible crueldad
de la ternura...

Todo animación, fiesta
-tranquilo paso lentamente
las hojas de los poemas.

Las flores artificiales
también lucen
sus delicados colores.

En la novela
sigo al personaje
¡qué cosa!

No tiene dolor
-contento el corazón
en su memoria.

Se debilita
¡Cómo quisiera
verlo mejorar!

Contemplo
una piedra
de este maestro
rumoroso
-¡Ah! El río.

El perro corre
ladrándole a tres mariposas
que lo enloquecen.

Buscar a Dios...
-fácil encontrarlo
en toda parte.

Mi caballo no corre,
-primero se detuvieron
mis recuerdos infantiles.

Al mayordomo
de la finca le digo:
«déjame tu lugar;
sé tú el abogado
que litiga».

El reclamo del vientre
me hace cerrar
el libro de mala gana.

Mi amigo, el gallero,
tiene picada la mano;
cada picotazo
lo alegra pensando
que su gallo ganará...

Sobre el escritorio,
una fotografía
que miro, silencioso.

Ha llovido toda la noche
-mi hijo y su amigo
no han dejado de charlar.

Período de feria
-prefiero refugiarme
en la montaña.

El viejo chauchau
como un peluche
-abandonado.

Los libros
-al paso de las páginas-
dicen sus cosas.

Abro a la puerta
en la noche; la perra sale
y no quiere volver.

Cada día el niño
viene a verme
y me regala un nuevo nido.

Mi perro
tan inquieto
como yo.

Un diálogo
- el basuriego
con su perro.

¿El ruido que hago
alegrará a ese pajarito
como su canto a mi?

Sin consideración
el perro me pone
sus manotas, encima.

Valmiki sucumbió
ante el bello rostro;
yo descubro
— sin velos —
el encanto
de esta mañana.

El techo pajizo
recubierto de flores
de amor ardiente.

Va feliz
con la cometa
-de periódico.

El guayacán lila,
florecido
- abril al trasluz.

Las torcazas
hacen sus nidos
en los nichos
del semáforo.

Sendero
de gozo y alegrías
- lectura de haikús.

Fresca mañana
- en el sofá
leo poemas.

Los niños juegan
con sus paraguas
- la llovizna.

Habitar el cuerpo,
la alcoba, el sueño
-la olvidadiza memoria.

Tanto callar, decir
-en el flotante madero
de la página.

Niños se creían
mayores; jóvenes hablaban
del pasado,
de las eras de la frente.

Ensayo de violín
– los azulejos
en la copa de pino.

También yo,
al amanecer, siento
deseos de cantar.

La sentí en la noche,
descorrí la cortina...
- alta, resplandeciente.

Al amanecer el niño
repartidor, en patines,
entregando los periódicos.

Anoche, indiferente
a la luna llena;
estaba contrariado
¡Qué pena!

El mendigo en el nicho
de las ruinas
como palomo eremita.

El perro callejero, mira:
no hay carros...
-atraviesa la avenida.

Sobre la avenida,
lentamente, una flor
-del guayacán lila.

Esta noche,
esta noche
-pero mañana...
¡luna llena!

Del cuaderno de notas
salían luciérnagas
-palabras fugaces...

Palabras no encuentra,
quiere describir
los sentimientos ¡Grita!

Por sacarse una espinilla
de la cara, la taxista
desatiende el semáforo.

¡Ay! Soldado.
¡ay! ¡por favor!
-no mates los días...

Un quejido
resuena en la tinaja
de la carne.

La llama que se apaga,
la vida que se va
-a la misma región.

Calló la áspera voz,
cayó la valentía -yacen
los rivales, muertos.

La niña murió
por una bala
-perdidos somos nosotros.

Una mariposilla...
-dos titiribíes se cruzan;
quieren atraparla.

Los hijos del amor,
llevados a la batalla,
mueren en el campo,
que se desangra,
se desverda
y también muere.

Con los ojos caídos
mira el cuerpo
del marido abatido
en la emboscada.

Me pregunto, ¿cómo
habrán sentido el temblor
los presos en la cárcel?

¿Qué preocupará
al titiribí
que canta a deshoras?

Tiempo personal,
social,
tiempo cósmico
-dramática oportunidad...

A esperar
tu regreso
¡Oh, luna!

No canta el titiribí
en el naranjo del patio
- ¿qué habrá sucedido?

Sentirse vacío
-recipiente
de universo.

¿Salta un sapo?
¿Un gorrión entre la hierba?
¡Ah! ¡Mis ojos!

¿Nada sucede?
¿Se han callado las aves?
-Escucho al viento.

Apretar, o aflojar
la correa
-preocupaciones.

No al final, ahora mismo,
¿qué somos sino polvo
resistiendo al cambio?

También hoy
-gotas de sangre-
a lo largo de la calle.

Diario de un pez en la arena

*Caído, enfermo en viaje,
soñando, veóme errando
por la llanura muerta.*

Kyorai

Me bajé del bus,
busqué el río
-verlo fluir.

Mi amigo pasa
el puente de guadua
sobre el arroyo,
ayudado
de una cañamenuda.

Se oscurece;
viene la lluvia
-dicha plateada.

Un viento frío
-gases de la población
vecina.

El pez en la arena
confía y sufre
con el rumor del agua.

La llovizna,
bondadosa jardinera,
riega las plantas.

El sol se esconde
-las estrellas se hunden
y flotan en el mar.

La pequeña gota
de agua –un océano
para la hormiguita.

El pato viudo,
la pata viuda...
-parpan en el estanque.

Soy friolento; aunque
esta ciudad es cálida,
me pongo chaqueta...

Paso mucho tiempo
donde viven las cosas
-en la memoria.

Alto, entre
el rodar de los carros
-canta un pajarillo.

Las campanillas
del vendedor de paletas
parecen guadillas chinas.

Zarabanda de mariposas
¡No hay danza
de colores más bonita!

A punto de decir
su secreto,
desconfió del viento.

Sin querer
también un velo
cubre las estrellas.

Recuerdan linajes
-el canto del amanecer
dice que son otros estos días.

Los suaves sonidos
de un arpa celta
calman mi ánimo.

A la madrugada
canta el gallo
-¿Cómo ir a verlo?

A las cuatro cierro
la ventana; el viento mece
la jaula de los canarios.

Recogimiento,
alma abierta
-canta la perdiz.

La arena pegada
a los ojos no impide ver
la diáfana mañana.

Prendo la luz
escribo
-pinto la voz.

Al calor de un rayo
de sol, la hortensia
se resiente.

La abundante orquídea
conserva dos flores
blancas, tres llenas de luz
-esta fresca mañana.

Dalias, rosas, margaritas,
anturios, claveles,
melenas de león,
hortensias, caléndulas
-por un camino de colores
las hormigas las llevan
a su nido, en el cementerio.

Azules o malvas
-las flores
de las papas.

Inesperadamente
llega el olor
de los cañaverales.

Recordar y recordar
-las verdes montañas
de El Salado.

Visitamos sus tumbas,
las hierbas las cubrían.
Tardamos en encontrarlas.

Descubro en las pepas
del níspero
gusto a almendras.

Después de una tarde
caliente
riega la hortensia.

Junto a las bellitas
blancas, azules, hoy...
-bellitas rojas.

Me cuenta ella,
que llevando las flores
le saltó una rana.

Noche de luna
-espero ver abrir la flor
de la pitahaya.

Fue apacible
-debí revolcarme
en la arena.

De pie, junto
al ventanal, contemplo
las montañas.

Creo que amanezco
en la cabaña
-escucho los olleros.

Iba a decir: “no estoy
enamorado”,
pero ¿cómo decirlo,
si los árboles, las flores,
la naturaleza,
el milagro de los días?

En el apartamento
han florecido anturios
y violetas y una
inesperada hortensia.

Al medio día me recosté
al tronco de un guayabo
y dormí por un instante.

Cada uno, a su modo,
lleva la variada
carga de la vida.

Dejo de escribir
y salgo a contemplar
la hortensia florecida.

Rebrota el “*corazón
herido*”^{*}
y a su lado, rojo,
el anturio florecido.

A lo lejos
diviso una rosa
-me alegra.

Al dormirse el viejo
manicero, un transeúnte
le roba 3 cucuruchos.

De nuevo encontré
mi cara
-en los demás.

Alegría de ver abierta
la puerta de aquella casa,
tanto tiempo cerrada.

Escucho una frase
amorosa, a la cabecera
de un enfermo.

Vana alegría
de una nota vieja,
olvidada de romper.

Flores y hojas, caen;
y plantas y árboles;
jardineros y agricultores.

La nostalgia
le recuerda que el día
de la madre, hay un padre...

Las hormigas dulceras
sobre el plato...
-mejor no abrir la llave.

Extraños impulsos llevan
a la gente a viajar...
-Me siento a gusto, quedar.

Con un mensajero envió
el dinero del mayordomo
-quisiera ser el otro.

Las plantas
del apartamento –no podría
cortar sus hojas.

El día de la madre
el hijo visita
a su padre...

* Planta silvestre entre los cafetales

Diríase un anciano,
y con tan vivos
deseos de viajar.

La perra
cariñosa
lame mi pie.

En el espejo
de mi madre descubro algún
rasgo,
algún gesto suyo.

Noche del búho
-a la orilla del río
de mi tristeza.

Cuidados de jardinero,
de médico...
-la salud de las plantas.

Ante la crudeza del día
-un amable saludo
al comenzar la mañana.

Fechas, flores, detalles
-siempre algún motivo
para recordar.

Siameses.
La alegría y el dolor
-Inseparables.

Me traen noticias
de mis perros
-los extraño.

Alegrías y penas...
-volteo otra hoja
del almanaque.

Bien que el viento
y el agua
esparzan y lleven
por aire y tierra
nuestras cenizas,
pero a gusto voy
a visitar las tumbas
de mis padres.

Voces de niños
-trazos de versos
en la habitación.

Con curiosidad leo
la anécdota de la caída
del caballo, de Basho.

Vaya un trago
por las ánimas, y otro
por el ánimo.

¿Cómo afecta
una lágrima el equilibrio
del corazón?

Animadas
cacarean las mujeres
del caserío.

En el templo católico
murmuro con respeto
el nombre de Amida.

El tapete
-¡tan bello!
Temo pisarlo.

La soledad
no es abandono
-las sombras
se encuentran.

Escucho el canto
de los canarios.
¡Ah! Mi dulce compañía.

Manos que a las manos
se han unido
- historia de la vida.

La buena señora,
arregla, delicada
-las margaritas.

Sobre su tumba
beso
la hierba que crece.

Con los zapatos
en las manos,
baja las gradas.

Prisionero
-como el chico
de esa jaula.

Creo en ti con la fe
elemental que da la luz
cuando inicia la mañana.

Largo camino
para encontrar el rostro
de su padre.

Lo cuentan los labios,
las palabras,
las redes de las manos.

La ve cruzar
la avenida, solo
-con sus recuerdos.

Madre de soldado,
madre de guerrillero
-esperan y lloran.

El silencio no es de cal
-distancia,
sufrimiento que acerca.

Largo día escribiendo
-contento me dispongo
a dormir a gusto.

Mi corazón
está intranquilo
- una llamada comprensiva.

La casa en ruinas
a la orilla de la carretera
entristece mis recuerdos.

Delatan ojeras,
el tufo, el corazón
estremecido.

Si se unieran las sirenas
de las ambulancias
habría un largo quejido.

En cada religión
un Dios para la permanencia
y otro para la transmutación.

Nostalgia
-así recordaré
estos días.

Cuida el deambular
-pululan
los maleantes.

Leo el diario
de un viajero, y miro
con nostalgia las montañas.

Canto, escribo
-saliendo a caminar
dejo sombra y tristeza.

Desde la ventana
trato de hallar
en la montaña
la cueva donde íbamos
a ver los murciélagos.

Las lombrices
californianas devoran
las plantas del jardín.

Guerra en todas partes
-a donde vaya el corazón
la mirada se estremece.

¡Oh! Hace tanto tiempo;
éramos muchachos
traviesos y atrevidos.

Nos deslizábamos
en las vagonetas
de la antigua
ladrillera del barrio.

Junto al nido de la perra
suben ladillas y garrapatas
-una telaraña las espera..

¡Cuántas veces
los muertos más cerca
que los vivos!

Fatigado reposo
mi cabeza
sobre el álbum
de mis mayores.

Cuando la luciérnaga
se apaga un instante
¿olvida su pena?

-¿La vida estable?
-Nunca lo ha sido;
tampoco lo será.

Paz en la antigua
iglesia misionera
-mas es otra mi fe.

Los últimos destellos
del día colorean
un retazo de nube.

En la noche de luna
una ola avanza
y me devuelve al mar.

Disfrutar
la pureza de una gota
de rocío.

Llamo a mis amigos
por si en algo puedo
ayudarlos.

Ya que sigo vivo...,
fui a orar al misterio.

Entre la casa de don Marco
y la de don Modesto,
¿cómo la quebrada?

Me acerco o me alejo
¿del mar? ¿del río?

Temo los vuelos
de gaviotas, pisadas
de pescadores.

Preso
en una charca, al borde
del acantilado.

Veo una hoja
desprenderse
de su rama.

Frescura de brisa
-creemos
que es la misma.

Parado en el muelle
frente al mar,
miro las ondas de la tarde.

Hoy he sabido
que también Takuboku
cogía piedritas en el río.

La nube, se deshacía
dejando frescas
gotas de rocío.

La arena no había estado
siempre ahí; tampoco el mar
que lo llevaba y lo traía.

Como gota de rocío
-lágrima por una cana
de mi barba.

Voces de niños,
trazos de versos
-en la soledad.

¿Qué efecto tiene
una lágrima sobre el
corazón?

De pie, en la noche
de luna, veo abrir
la flor de la pitahaya.

Atardece
-cubro con cuidado
a los canarios.

Son las doce
-aún con lluvia,
no se callan...

Riza la arena,
barre las hojas,
golpea seco.

Canta el canario
al escuchar la flauta
-yo me alegro.

Contra el vidrio,
incesante lucha por salir –la
avispa.

Llegan y salen,
pájaros y pájaros
-mis vecinos.

El suave incienso
y esta música oriental
tranquilizan mi espíritu.

Escucho al Tao
-el sonido,
el gran silencio.

Liberé a la avispa
de las transparencias
del vidrio.

Al escucharme silbar
mi madre recordaba
que su padre lo hacía.

El canario canta,
y lo acompaño...
-yo silbo.

El viento pasa,
entre los dedos,
como el agua...

El canario,
tanto tiempo callado
-hoy alegre.

No solo la pena
-también la alegría
me hace cantar.

El arpa celta
alegra el ambiente
y concede la paz.

La niña en el balcón,
con la flauta
-como una mirla.

Como takuboku,
me detengo a escuchar
el acento de la gente.

Escucho la llamada
de las campanas
-una iglesia cercana.

Cuántos como yo
¡Ay! Confían al viento
sus temores.

Extraño los arrullos
de las palomas collarejas.

¡Cuánto tiempo
sin ver espigas,
un cultivo de maíz!

Intentaron anidar
en el alfeizar
-desistieron.

Si fuese ave
me extenuaría sin rumbo,
volando en los cielos.

Cantos gregorianos
-después cada uno
a su propia soledad.

Mi hija y yo,
oyendo boleros
¡quién iba a pensarlo!

Por fin una sensación
optimista... -las gaviotas
siguen a un velero.

Música de alas
trinos, arrullos, nostalgias
del pasado.

Cuando pienso en Dios
miro con confianza la veleta
movida por el viento.

Una bandada
de chamonés me recuerda
la finca paterna.

Escucho
los canarios.
¡Ah! Mi compañía.

Maticas de quereme
en la montaña, me hacen
querer la montaña...

Me aconsejan
agua de caléndula,
colecaballo, micay,
mango, papaya...
-la verdad voy mejorando.

Aún se yergue
el largo muñón donde
se lucía el anturio.

Comparto
con unas hormiguitas
mi plato de comida.

Hormiguitas
sobre la página, pasan
sobre los versos.

El perro
de las abuelitas ya no ladra
ni echado...

¿Un escorpión?
¿Una lagartija? No sé;
tengo miedo en el jardín.

Aquel lugar
amado, hoy cruzado
por la guerra.

¡Ay! Campo
-unas cuantas materas
me dan tu compañía.

Cambié de sitio
a la matera –la planta
reverdece.

Para beber
el jugo de mango,
separo las hormiguitas.

La rosa roja
caída entre el césped.
-día de la madre...

Hormiguitas
azucareras –dulce morir
en el almíbar.

Una parvada
de perdices cruza nerviosa la
carretera
-echo de menos
estos encuentros casuales.

Blancos los cabellos,
camino sin renunciar
a la primavera que llega.

El viejo jardinero,
no distingue las flores,
confunde sus nombres
-pero cuidándolas
encuentra su dicha.

Con el verano
la hortensia
se resiente.

¿Por qué tan poca distancia
se hace infinita,
inalcanzable?

Retratos
-lo que queda de una grata
vida pasada.

Sobre la pared
marcaba los rayos del sol
-así yo te esperaba.

Reprocho a mi amigo
que no supo conservar
las bellas cosas queridas
de su anciano padre.

Describo nubes
del campo, viendo pasar
recuerdos.

Vino a darme
la vieja espada que encontró
en el arado.

Montañas del Salado
¡Cómo quisiera
estar allí!

Mi caballo trotón
-¿ya se habrá
recuperado?

Me entrego
a mis remordimientos,
y alegrías
-como cualquier insecto, o
perro rezongando.

Viene a verme
con semillas de nísperos
para mis males.

Me encuentro
con mi amigo poeta
y conversamos
como siempre.

Brindis de honor
convertidos en intrigas
y traiciones...

Recordando a mis padres
pienso en cada uno
de mis hermanos.

Tomo un antiguo
álbum de familia y paso
al mundo de los abuelos.

Algo atrae a mi hija
al apartamento...
-la violeta.

Aunque solo,
he vuelto a sentir el canto
que prodiga la vida.

De reconocernos
nos ponemos felices
y deseamos buena suerte.

Cabaña de madera
-recuerdo mis perros,
siento su ausencia.

Dejo de escribir
y salgo a contemplar
la hortensia florecida.

Hace tiempo
no charlo por charlar
con los amigos.

Ella arregla
con detalle, un florero
de margaritas.

Miro con simpatía
mi cuaderno de versos.
Juntos recorreremos
el camino
y se alegra conmigo
de amores pasados,
o me recuerda
algún detalle olvidado.

Olvido
¡paz del corazón
apenado!

Al vernos en el hospital
lloramos, sin saber
muy bien por qué.

El tiempo deshoja
las margaritas
de los días...

Las flores de totumo
-inesperadamente
me alegran.

Con el tiempo
cuántas cosas descubro
en mi; gestos, rasgos,
que veía la añorada
madre de mis días.

Una sonrisa,
en la oscuridad
-la voz del corazón.

Como adolescente
escribió un poema
en la puerta deseada.

Hoy siento
que el día es
oportunidad de ser.

Debo confesar
esta inesperada
alegría.

Algo maravilloso
ocurre entre el dolor
y la agonía.

La perrita de mis hijos
-otra hija voluntariosa
y contemplada.

Extraña simetría
-la planta de su madre,
y la de la madre mía,
al tiempo, florecieron...

Agnóstico murió
el anciano escritor,
pero su esposa
puso un Cristo
sobre su ataúd
-polvo, ceniza
en la montaña y en el río
quiero ser,
y que nadie contraríe
mi parecer...
Si hubiere una mano
amiga que, con la ayuda
del viento, las esparza.

Gozo de su voz
que a todo nombra
y da existencia.

Los recuerdos
saltan como peces
en la tierra.

Paz en el corazón
-encanto
de ese día.

El sonido
amistoso de una flauta
de bambú.

-“*Mi cielo*”...-dice
con dolor,
al lado de su lecho.

Sortija escondida
entre la hierba –disimula
los rayos del sol.

Siendo muchas
las lunas, aun el corazón
anhela contemplarla.

El, también de negro,
la sigue. La noche
los confunde y se pierden.

Las heliconias
florecen alrededor
de la cabaña,
pero ¡ay!,
al lugar amado
no he podido volver.

La tristeza
no deja disfrutar los
gozos del amor.

Rápido, se hicieron
lejanas las primeras
sensaciones del amor.

¡Que triste
vivir en un país
en guerra!

Ni de asuntos
que les atañen conversan
-así es su distancia.

La tuya es una historia
de amor –dijo mi amigo.
¡Pero cuán solo estoy!

Los vientos del alma
empujando
esta frágil almadía.

Lloro porque sí,
por lo que ha sido,
por lo que seré.

Ahitos de droga
deliran jactanciosos
de sus atrocidades.

Corrigiendo los versos
afino las penas
-un pronombre llora.

Con cuánta ilusión
quise amar; con dolor
al amor vi pasar.

Me abandono
a mis dolorosos
sentimientos.

Las penas me perdieron
-según tus cuentas,
¿cuándo sale la luna?

El beso del amor
fue largo, y largo desandar
los pasos besados.

Metido en mi tristeza
ni oía el teléfono
ni yo no contestaba.

Los pasos llevan
a esa ventana donde
trina la luz.

Se repiten
circunstancias, los versos,
-vuelve el dolor.

Después
de la explosión
miro el piso
donde cantaban los
chicaos...

No con tinta
-paso horas escribiendo
tristeza.

La tarde pasa
mientras pienso
en estas cosas.

El silencio
parece distancia
-eternidad.

Si hogar significa
hoguera... -cenizas
cuando no fuera.

Buscar el amor,
buscar la pena
¡Caray!

Una nueva senda
-el canto de las ranas
me acompaña.

Sabio aquel dicho:
*“El que canta
sus males espanta”*.

¿Cómo es posible
llegar a encontrarse
tan distantes?

La que dijera
mía, hoy es casa ajena
-quién lo creyera.

Separación,
tras otra, buscando amor
cumpló mi destino.

Mieles transformadas
en vinagre, en las odres
del alma sin calma.

Un sable antiguo
queda como testimonio
de la guerra.

Buscando
en el recuerdo quise
encontrar un amigo –todos
ausentes.

Día de la madre
-los hijos-
distantes los esposos.

Una sonrisa
me devuelve el alma
al cuerpo.

Día de mi madre,
en el cementerio
-la de mis hijos;
más distante.

Con timidez
paso por la casa
donde viviera.

Con amor besé
la tierra que los cubre
-la hierba que crece.

Habría que darle
un nombre a la tristeza;
y abrirle la puerta...

Un nombre a la alegría;
y abrirle la ventana,
para que llegue y cante.

Creía tenerla siempre
-he perdido la cuenta de las
visitas a su tumba.

Compré en la calle
el libro de poemas
de aquel,
quien como Li-Po,
se ahogó en el río.

Me cuenta
que una compañera
se ahogó en el lago.

El campesino defendía
la venta de su carga
-lo robaron a balazos.

En su agenda
decía que nos veríamos
-murió la víspera.

Extraña luz
-la página en blanco,
llama como luna.

Estoy tenso y triste
y me dice: <<*relájate...*
como muñeco de trapo>>.

Cual semilla de balso
-así nos esparcimos
los hermanos.

Crear un cuento,
sino, ¿cómo he de salir
de esta prisión?

Recojo pedazos de fe
y la luz ilumina, suave
la esperanza.

La ventana
es como un muelle
-contemplo la vida.

El espejo habla
-cada vez su voz
es distinta.

La soledad
se hace neblina
en las montañas.

Un arco iris de cal
une mi soledad
con la Vía Láctea.

Casí morí en la clínica
pero mis pasos hoy
recorren calles.

Me hago mayor
-paso mucho tiempo
en el recuerdo.

La iglesia, blanquísima,
parece el blanco silencio
de las ánimas.

Como la araña...
-con un hilo de tinta, tejo
versos para resistir.

Su corazón
era el tambor;
la vida, fiesta...

El relámpago,
lejano, anuncia la llegada
del aguacero,
al pez varado en la arena...

¿Qué me lanzó a la arena?
Temporal que a todos
nos conlleva.

En la arena el pez
evoca algas ondulantes,
ensenadas de coral.

Decir un lugar,
estar en otro
-me percató.

Nuestra costumbre
no sigue las lunas,
-yo las cuento.

A la madrugada
canta el gallo
-¿cómo escucharlo?

Con estudiantes
en el bar, cantando
viejos boleros.

Conmovido pienso
en la eterna tragedia
de este mundo.

Tomo el libro de poemas
de la Dinastía Tang
-leo en la noche.

En la rama del árbol,
secándose al sol
-traje camuflado...

Para el pago
de impuestos ¿dos mazorcas,
tres pimentones?

Su presencia
reconforta
-sala de urgencias.

Con un gesto torpe
intenta en vano mejorar
la cosa.

La vida
pasa para todos, inexorable.

Cada artista
hace sus trazos
donde puede.

La puerta que abre
puede ser trampa,
aprisionar el corazón.

Ese hombro,
esa mano...
Sueño de Jacob.

El plato pando vacío
-tenedor y un cuchillo
cruzando el centro.

Recoge la orina
para observar si el cálculo
ha salido.

Unas muchachas
pasan sonrientes
-como si nada...

Los brazos son
¿recompensa o tenaza?
-he ahí el conflicto.

La memoria
-esa otra sangre
del corazón.

Lo vi sereno,
con una buena provisión
de curtidas ilusiones.

Niños de la miseria
-semillas malogradas
en la indolencia.

Sencillas devociones
-una varita de incienso
y regar las matas.

No es pretensión
del verso, testimonio
de la ansiedad.

Ver otro país
¡pero la guerra!

Peces heridos
intentamos resguardarnos
entre corales.

Los chamos
me recuerdan
la finca paterna.

Numerosos caminos
conducen al pasado,
pasando por el presente.

Al inválido le ayudan
a pasar su carrito de dulce
-avenida congestionada.

¿Cosas estables?
-nunca lo han sido; tampoco
lo serán.

Un nido caído
en la avenida
-casita abandonada.

El labriego,
viejo y enfermo
pasa mendigando.

Instantes luminosos,
mas persistente, los opaca
la lluvia del tiempo.

Las obligaciones
y tristes sentimientos
me han tenido
en duro cautiverio,
mas hoy siento
liviano el ser
y respiro con alivio.

Al viejo vecino,
solo y sordo, le han
robado su maíz.

En soledad
no discuto, ni riño,
-cangrejo ermitaño.

De dónde venía
aquel detalle,
lo supuse y acerté;
mis pies pisaron distinto
como cuando en una trocha
sentimos
que el peligro...

¡Que triste no poder ir
al campo!
Las luchas sociales
recrudescen sus acciones.
Solo permanezco
en mi habitación
de la ciudad
pensando en las montañas
y en los amigos del pueblo.

Riesgo de desastre
¡la planta nuclear!
Busco un apartado
lugar, en mi telaraña.
Me engaña la ilusión
de una gota de rocío.

Verlo dormir, así...
-envuelto
en una ruana.

Los versos
no logran evitar,
el pago de impuestos.

<<*Humo en el rancho;
el hogar tiene comida*>>
-decían mis padres.

Sé las horas
por las medicinas
que debo tomar...

Amaba los motores,
y ya mayor, me narra
una competencia
con inusitada alegría.

Los atletas,
entrenan; yo paso
las páginas.

Reconocer los pasos
de otras vidas certeza
de los labios.

Alba de Luna

*Algunas aldeas no tienen peces,
algunas no tienen flores
mas todas ven la luna
de esta noche.*

Saikaku.

Con la lluvia
del amanecer me paso
la mano sobre el pelo.

Tras del chubasco
el gorrión salta
al cerco y canta.

Llueve
- cada quien busca
su refugio.

Caquitas de pajaritos
al borde
del estanque.

Viajan
- una velita de incienso
por su suerte.

Llueve
- feria de colores
exhiben los paraguas.

El invierno de hoy
anuncia la primavera
de mañana.

Va a llover, truena,
-sigo la amistad
con mis versos...

A donde arrojan
las flores...
llegan las abejas.

Aquella mañana
no oímos el canto
de las aves
sino el tableteo
de las ametralladoras.

La tarde venteada
avivaba la llama
de tu vestido rojo.

También
al atardecer
¡El colibrí!

Ese pajarito
con
¡tantos! Nombres

Don Alejandro
me enseña el canto
del turpial.

Óyelo cantar...
- aun con la ventana,
cerrada, se escucharía.

El cucarachero
en el espejo
se refleja y canta.

El canario
de los vecinos canta
cuando entran.

En lo alto del edificio
el halcón
pisa a la hembra.

¡Paradójico!
- Las nubes
las más constantes.

Parado en la avenida
descubriendo
la gente de mi ciudad.

Cuánta valentía
para ir al concierto
de las ranas.

El cucarachero,
canta; yo escribo
¿Esta es su casa?

El ruiseñor
también canta con ira
¡trina!

Cruzando, al vuelo
- dulces espadas...
¡Colibríes!

Cosecha
de mandarinas...,
azulejos y azomas.

Tu-tu-tu
- el cucarachero
contra el espejo.

De pico pequeño,
de pico largo,
pero siempre ¡dulce!

El ajicero
- a gusto comiéndose
las flores...

El colibrí,
una patita sobre una hoja,
mientras vuela inmóvil...

Vuela el titiribí
-queda su pecho
en el rojo coral.

Telarañas
en la puerta
del corredor.

No son truenos
- estruendo de guerra
en el Queremal.

Una abejita
se enreda
en mi barba.

La palabra compañeros
viene de compartir el pan
-ayudarse fraterno.

Al amanecer
-la roja flor
de ibisco.

La perrita
también se acerca
al tibio rayo de sol.

La palma
y el plátano, se rozan...
Los escucho en la tarde.

La flor de la traviesa,
la flor de la cosecha;
pero la flor...

¡Cuánto de flor
en el grano! ¡Cuánto
de flor en esa tasa!

Debo arriesgar
mi vida
-visitar la cabaña.

La cosecha pasa
- el cafeto espera
volver a florecer.

Hierbecillas
entre las juntas
de los ladrillos.

Qué si es chambimbe
o un limoncillo
- no sabemos. ¿Y?

El gran cedro carcomido
- gusto
de los pájaros carpinteros.

Cogen mangos, naranjas,
totumos –cosechadores
de los árboles públicos.

Las hormigas
desaparecieron
-¿Por que?

Voces y canciones
- en la cantina
de don Arístides.

El bonsái florecido,
lleno de abejas...
-en el cementerio.

Orquídea,
escondida... –flor
anónima.

Persistente
la savia vivifica
la planta.

Nuevas flores
en el tronco viejo...

Caen las limas – naranjas
- no hay niños, ni abuela
que las recojan.

Rescata
dos ranitas, en las brácteas
de las wagnerianas.

Dos, tres, florecitas
- la tuna minúscula
de Rosario Madel.

En la carretera,
pétalos sobre el carro
-mayos florecidos.

Una y otra
-lleva dos flores
la biflora.

Al asesino
le llevan flores.

Alba de oro
- el guayacán
amarillo.

Tengo la edad
de las ceibas,
de los guayacanes,
de los písamos.

No construí
en un bosque
- sembré el bosque...

Hueca mandarina
- casa
de mosquitos.

Huele a orines
- conejos.

Alboroto
- una ardilla
en calor.

No es la aurora
- flor alba de oro –
¡el guayacán!

Don Alejandro
no ha vuelto a barrer
las hojas secas.

La orquídea de febrero
floreció
en el corazón, primero.

La orquídea
- dos flores
en el mismo tallo.

En cuanto a las
pomarrosas, le gané
al murciélago.

Regando las plantas
-la blanca
biflora florecida.

Por el bosque,
cogí pomarrosas,
para ella.

El niño llora impactado
su padre
le muestra las estrellas.

Musgo – amor
a la naturaleza.

Feliz, en la carreta
- la niña
del basuriego.

La empleada,
y la perrita de mi hija,
me visitan.

Llevo a gusto
pequeños detalles a mis
amigos campesinos.

Me gustó
que me lavaras
los oídos.

Palita –como una
caspiroleta
-dulce y sencilla.

Dar la mano
a un “desechable”,
amigo.

A cada pregunta
por conocernos añadimos
un dolor más.

Lo que pertenece
al corazón tiene su lugar
aún en las cenizas.

Un adiós...
-la memoria poblada
de recuerdos.

<<A Irene y a Sacha,
que Dios los guarde>>
-dice don Alejandro.

Aquellos viejitos
de llegar a soltarse
se perderían...

Al anciano
le regalo un bastón
-de corazón.

Viendo a Nadie,
a Penélope, comprendo
su nostalgia por Petruska.

Vecinos confirman
que Wendy
espera cachorros.

Pobre caballo
- además de servir,
le rayan las espuelas.

Solidaridad
- palabra de hermoso
abrazo.

El corazón
despejado
- el cielo en calma.

Antes pegábamos
las cartas con un beso
-sabor de ausencia.

Bueno para
una velada... ¿y antes?
¿y después?

Dos corazones
- cada uno
con una pena distinta.

Penas que nos dejan
semidifuntos
-manos que resucitan.

He vuelto
a perder la cuenta
de la luna.

Con las oscuras
letras de la noche
escribo la claridad
de la mañana.

Ponen flores
donde recogieron
a sus familiares.

Prisa de río
-paciencia de luna...

El dolor de la rosa
- entre quien la da
y quien la recibe.

Esta noche
la ardilla esta jugando
bajo la luna.

Cuántas veces
recorro
el jardín, soñando.

Hasta los jarrones
vacíos
supieron esperar...

Dentro de esta
extensión infinita,
dentro del misterio,
espero una cara linda,
una sonrisa amable,
que hace posible
la alegría en el universo.

Los pajaritos
de la anciana han envejecido
en sus cuadros.

El inválido, en la plaza
- avanzaba una cuadra
en toda la mañana
¡qué impostor!

Nuevo día
y una nueva
esperanza...

Se abre la corteza
del árbol y sale
su raíz al viento.

Podría recordar
esa luna
una y mil veces mas.

De un miedo
a otro,
sin parar.

Iluminado, me llaman...
- pero soy
triste y opaco.

Me recordarán
como el que se dedicó
al haikú.

El gato duerme
en la casa
de las muñecas.

Esa cara
de niños que tienen
los viejos.

¿Caminamos?
¿cómo poetas
o como atletas?

El terremoto
relativiza nuestro apego
a las cosas.

Viendo la guerra
pienso en la vanidad
de las posesiones.

Vivir para ver
lo que parecía
imposible.

El bus de su colegio
- me acuerdo de mi hija.

Nadie aun juega
con piedras;
Penélope, aprende.

Recuerdos del camino,
de las flores, de Lolita,
de don Alejandro de Asis.

¡Feliz!
- logré desenredar
el móvil de las rosas.

Ramo de rosas
-por amor, el sacrificio
a su belleza.

Alejandro y yo
-desayunamos en la tienda
del pueblo.

Rastros de sangre
en la carretera;
más adelante, un perro...

El carnicero
se da la bendición
con el dinero
de la primera venta.

La perra cambió
de pelo y está en calor
como muchacha coqueta.

El nombre
de cada perro
-historia que contar.

En la trama
de mis versos narro
la vida cotidiana.

Una cosa es oírlo
- decían los mayores –
otra vivirlo.

Un mendigo deambula
con una rosa blanca
por las calles del centro.

La araña tejiendo,
la babosa babeando
-yo, escribiendo...

Tras la rama
floreceda del guayacán lila
- el avión fantasma.

Quiero declarar
esta inesperada
alegría de vivir.

La vida continúa
cual brotes
de una misma planta,
pero cada hoja distinta
y cada flor.

Gana en la guerra,
salario mínimo
-no alcanza para la niña...

Aprenden
a caminar –los niños
mutilados.

El horizonte alcanzado

*Blanca flor
no hay nadie como tú;
de entre una multitud te escogí.*

Bathras

Llegarme al río
-aplicarme a escucharlo
como a un maestro.

Algo de lluvia
tienen
estos versos.

Lluvias de mayo
- con junio
llega el verano.

Al junco del arrollo
le gusta oír correr
el agua de su voz.

Antes de las seis
los gansos se deslizan
al estanque.

Ruido de mar
tiene tu bolso
-rumoran tus cosas
como piedrecillas
al vaivén de las olas.

Al amanecer
la ranita aun croa
en la charca.

Espuma del mar
-Poseidón
cuenta su amor.

La simplicidad
del agua,
-la del arroz blanco.

Las loras
-flores verdes
entre nubes.

En el silencio
de la noche
-el chillido del pavo real.

El árbol al oír los versos
se florece de pájaros,
se orquesta de vientos.

El ollero hace
su nido de barro
-cantando.

Amo la música de viento
-lo que tiene
de flauta y de palabra.

Golpea el móvil
de guadua
- ¿Quién habla?

La verdad es espejo,
simetría
-verse en el otro.

El globo en el aire
-gota multicolor.

Sentado en el muro,
silencioso
-piensa el niño.

La sombra
revoloteando
en la pared.

El amanecer
ilumina los poemas
de colores.

Suspiras,
llega el día
- canta el titiribí.

¿Qué se dirán
cuando cantan
al amanecer?

En el jigua
- el silbato
de un pájaro.

La guaduilla que servía
para caminar
-hoy, móvil en el viento.

El humo de la casa
se confunde
entre la neblina.

El níspero, el avispero
- y la cometa en el cielo.

La cometa
- poemita
en el aire.

El turpial
con tu nombre
en la montaña.

Otra vez los cometeros
al frente del edificio
-llegada de agosto.

La pijamita rosada
secándose
al viento de la casa.

En la pared
-escribo los versos
del alma.

En el cuadro
permanece
la margarita blanca.

Vivimos
en el lenguaje
-elige las palabras.

La joven embarazada
piensa en voz alta
el nombre de su hijo.

Palabras
- dulce manera
de quererte.

Un rayo de junio
para clarear
la mañana.

El teléfono
resuena largo
-en el vacío.

El viento
enarenado golpea
a los ojos.

Desesperar,
creer morir
-esperar para vivir.

Como golondrina
entre las nubes
-alto vuelo.

Cálida siesta
-tarde azul.

El poema
no es queso
para la rata.

Ser como guásimo,
como matarratón
-persistir, retoñar.

No es una Perseida
- la cometa
en el higuerón.

En el azul
entra la cometa
de agosto.

Entre las galaxias
y las guerras
-florece silvestres.

La semilla, el fruto,
maduran al soplo de luz
sobre la tierra.

Antes del amanecer
una estrella en el jardín
-la luciérnaga.

Pétalos amarillos
- trocitos –
camino de hormigas.

La chuspa plástica
-como flor
en la berma.

Gotas de sol
en el sendero
- el “abrecaminos”.

Camino de hormigas
- cinta de colores.

Agradecidas
al abono
-florece las matas.

Se estremece
la flor
- el tallo también.

Pétalos de astromelias
- abono
para las violetas.

Bella imagen
-guayacanes
florece.

Micotoncita
-florece
de algodón.

La biflora
- blanca luz,
nombre de luna.

Hormiguitas
sobre mis pétalos
-dice la flor.

El balso platea
su propio entorno
para su prole.

De nuevo vuelvo
al oficio
de mi mismo.

Por el callejón de Rozo,
en el seto
- florecillas de batatilla.

En la pared
siente
la casa.

Las flores caídas
al lado del florero
-como guayacán.

La anciana
riega las matas
en el balcón -¡agosto!

Un gorgojo
sobre la pared
en que escribimos.

Florecita
de algodón, florecida
en el balcón.

El gatico
juega
por la loma.

Junto al florero,
mariposas caídas
-¡las astromelias!

El azucarero está frío;
no para proteger el azúcar
-¡Cuidar las hormigas!

La pared,
como la piel...
-siente la casa.

Granitos de arroz
- arena
de la vida.

Persistente
el pájaro carpintero
penetra el madero.

En el viejo camión
- flores rojas
de la veranera.

¿Qué fue
sino una sagrada comunión
de cuerpos
y de almas?!

Adentro,
tú,
en la alfombra
-¡Oh, Alá!

Amarillean las copas
de los chiminangos
- mañana de julio.

Sonríes
- alegría
en el universo.

¡Oh!, tú,
tejedora de la alegría,
deshacedora
del nudo de la tristeza.
¡Ah!, generosa.

El niño en su habitación,
juega con la filigrana
de sombras de la acacia.

Madre de mellizos
-de una
habla para los dos.

Cuando los olleros...
-ya habías
tomado café.

Versos
como telarañas
sobre la adormidera.

La ventana abierta
- al alba
escribiendo versos.

Viendo un grillo
dice
que tendremos suerte.

Con una cometa
- el niño anuncia
la llegada de agosto.

La pañoleta
es una flor
en su cuello.

Verse bien
- para ti...,
mi amor.

El estropajo,
el dulce cansancio
-tu regazo.

Enhorabuena
para aquel que halló
el libro perdido.

Desayuno
con el sorbete que anoche
dejaste preparado.

El amigo de mi hijo
me habla de sus cosas
-del hijo ausente.

Manos que
a mis manos ayudan
y dan paz.

Un puñado
de tierra,
es la dulzura.

Tócate; acaricia
tu casa; ¡quíete!
Eso es vida.

Bienvenida a un verso,
niñita acabada de nacer
-para ti, sandalias de
algodón.

La misma palabra
el mismo sentimiento
-dúo del afecto.

Es tan poco...
- solo ofrecerte
una tisana.

El trabajo de parto
dura
-hasta el último día.

Llueve en tu espalda
- y al calor de la tarde
se difumina el arcoíris.

La sonrisa
- esa otra misión
del corazón.

Ese abrazo
fue muy bonito,
¿no?

Después del besito
los puercoespines
curan sus heridas.

La mano llora
su rudeza
sobre el trébol.

Cariño brusco
- cogiendo la flor
lastima sus pétalos.

Algo maravilloso
ocurre
- aún en la agonía.

Cualquiera sea
el argumento
-los vástagos...

A la puesta del sol,
con sagrado respeto,
leemos el bello libro.

Dos asientos
vacíos
-se esperan.

El colibrí
con su pico largo
se consiente.

El manco,
con su mano buena, aprieta
la mía, agradecido.

Fotografía
-relámpago
de la vida.

A la construcción
-no a la demolición
de los sueños.

Como si fuera un gato
pregunto por
la señora de la uñas.

Mientras llegas pasan
carros, el floramarillo florece
-a gusto esperándote.

Duermes, escucho
tu silencio
- sueñas.

Al río dije
tu nombre
y puse
un verso
en sus aguas
para que
se lo llevara
cantando.

Día domingo
y llega ella
vestida de blanco,
por la ciclovia,
en bicicleta
-como una ilusión
con el sol
de la mañana.

Por un camino
de hormigas,
las hormigas
llegan a Dios
-por ese mismo
camino te busco
y te encuentro.

Llegar a ti,
abrazarte...
-¡Oh!,
mi horizonte alcanzado.

Contigo tengo norte
y centro;
brújula, labio y nido.

El estropajo
- dulce manera
de quererte.

La tierra
se hace amor,
en la bondad
de tus manos.

Mi mano describe
un sueño
dibujando tu nombre.

Flores, pétalos
-aromas al pasar.

Escribo poemas
en el suelo
-mis versos a tus pies.

Como el llao-llao,
al ñire
-así, dulce-dulce.

Tus caricias
me hacen manso.

Llegas,
lloviznas
-marchitaba.

Dios te hizo,
pero me dejó encargado
de darte esta caricia.

Sin ti
el día
es triste.

Tocándote
siento armonía
en el universo.

Me animo
con tu voz cuando
me nombras.

Venga tu boca;
y venga la mía.
-el beso.

¡Ah! Tu beso
dulce
- de tutifruti.

Al alba, desnudo
-escribiendo versos
en los muros.

Como palomo
llego al lugar
donde te encuentro.

Desde esta ventana
tantas veces solo
-hoy, dicha de tenerte.

Me besas en el pie...,
para que yo
de buenos pasos;
sin embargo, me pierdo:
siempre llego a ti.

Hay un ser
¡Ay!
Eres tu.

Dentro de esta
extensión infinita,
espero una sonrisa.

Sin estar, estarías
y sin ti,
estaría incompleto.

Afortunada simetría
-manos
que se aman.

Amor
-color
de mis días.

Dulces palabras
entre el gorjeo
de los pájaros.

Tu eres
mi trébol
de cuatro hojas.

Tu niña, eres,
mi margarita
que terminan en "si".

La pijamita rosada,
ahora doblada y limpia
en el closet.

Eres dulce
desde la espera.

Entre plantas, hojas
y letras
poemas, poemas, poemas.

En el bosque
-pomarrosas
para ti.

Abierta la jaula
- parece nido
y no prisión.

Mirada larga
-la luna alcanzada
por el amor.

Soy noche
esperando tu luna.

La aguja de pino
en la acacia
- como árbol de navidad.

Canta la casa
-la casa
tiene corazón.

- ¿Y ella
está en la ventana?
- La veo...,
como si estuviera.

Loco de amor
las paredes soportan
mis tatuajes.

El sol
siente el calor
de tus versos.

Escribe en la casa
-quiero tenerte
en todos los rincones.

-Azafrán, pudor, biflora,
luz de luna...
-Yuyito de albahaca,
manojito de alelí.

La viejita gusta
de alimentar
los pajaritos.

Sentado, los brazos
en las rodillas...
- llega la luz
y los primeros versos.

Este quedar
- este amoroso
despertar.

Con un ramito de alelíos
-pareces una alabanza
que misurra la acequia.

Te gustan
mis sandalias
- a mi, tus pasos.

Poema sobre poema,
roce sobre la piel
-doble caricia.

Pequeñas florecillas
-recuerdan tus detalles.

Moocotton
con falda roja
-sobre el puente.

Beso
que demuestra
la existencia.

Dos manos
unidas
cruzan el puente.

Doy las gracias
de tener
la dicha de quererte.

Un rayo de sol
da su luz,
al corazón. Llegada
renovadora;
tu presencia
-¡Ah, la vida!

Despertar juntos
-Alborada de amor.

¡Cómplices!
-comparten
un chicle mascado.

Nueva cara
- transformaciones
del amor.

Solo, paseo...
-releo los versos,
hablo contigo.

Tu ombligo
es el universo, centro
de mis versos.

El beso
de las manos
- afortunada simetría.

Pensando
en ti, escribo
haikus.

Amor
que al amor
alegra
y sobrepasa.

Creo que eres tu
-salgo corriendo,
a contestar el teléfono.

Estoy contento,
aunque estoy solo
-estoy contigo.

Seguir en las huellas
de tus manos,
los caminos de la vida.

Los días
contigo,
son más gratos.

¿Qué hace
un poeta
enamorado
sino cantar?

- ¡Te amo!
- yo también.

Sin una palabra
- mirada a mirada –
contó su amor.

Con solo
nombrarla
me hace feliz.

Un poemita
junto al interruptor:

¡Tu
eres
mi luz!

“La cruz del sur,
la estrella con que todo
marino sueña” – Mishima.
Yo con tus ojos...

Una palmada
entre dos
- manos sanadoras.

Cada uno
pone la mitad
del beso.

Tu, mi vida y tu amor;
mi amor y tu vida
- unidos los brazos,
unidas las dichas.

Guardo esta hoja
del árbol del paraíso
-herbario de versos

Alegría del encuentro
-venimos del comienzo
de los tiempos.

Al salir el sol
se arrullan los palomos
- tu y yo, también.

Dos en una
misma alegría.

Un brote
una ilusión -¿primavera
en otoño?

De ideas fijas
- vivo pensando
en ti.

Del silencio
a tu nombre
-amo la palabra;
de la distancia,
a tu cuerpo
-amo tus manos.

Los días contigo
nuevo sol
para la vida.

Acércate más,
que vengo
buscando tu calor.

Aroma la casa
- huele a ti.

Tan rico este quedar,
este despertar
-este amoroso prolongar.

La flor
dispuesta, toda
- al colibrí.

Morados
al lado izquierdo
- besos al corazón.

Si me pasas
las ciruelas, prefiero
las yemas de tus dedos.

Con un manojo de llaves
- como ladrón avezado –
busco la de tu corazón.

En su trama aprisiona
-su destino es tejer
el que a otros anuda.

Tu caricia
es
mi verdad.

Pobre ser,
soñado y dolorido,
que es el hombre
-grande ser
caído y rescatado,
por una palabra
de amor.

Al infinito,
cogidos de la mano
-dicen sus deseos.

Llego a ti
como la savia
a la flor.

Tenía el alma
inflamada
- no cabía en la piel.

Lágrima
detenida en la mirada
- lupa para fugacidades.

Hasta el agua
tiene que
decirte piropos.

Atrás la disarcia
- ahora canta
y silba para ti.

El carretillero
con el zapatico
de un bebé.

Quiero paredes
para escribirte
¡para exaltarte!

Un dulce abrazo
a la aurora
lo hace despertar.

¿Ese abrazo
es tuyo o mío?
–de los dos.

Ir al cementerio
- costumbre
de recordar el futuro.

Elegía
-condolencias
por el mundo...

Me voy, regañado,
a llorar
a mis paredes.

Mirada triste
- viuda
de la alegría.

Pierden
las referencias
-niños extraviados.

Murió Wendy
- aún la veo saltar
entre poemas.

En el beso, el cuerpo
se besa, y el alma
siente su piel.

Si faltaras,
languidecería
como planta
que se marchita.

Junto a la lata
con veneno
- caquitas de rata.

Un beso
que en el beso lleva
otro beso,
que lleva otros besos.

Besitos de ayer,
vivos hoy
-Amor ardiente.

Ser, amanecer
y hacer...
-el nudo del amor.

Amor
¡que lindo! Despertar
y abrazarnos.

Memoria
del cuerpo
-beso de la piel.

Los dos, en la camiseta
- dos caracoles
con la misma concha.

Besos y uchuvas

*Luciérnagas
-minúsculas lamparillas
de la noche.*

Basho.

Como pelícanos,
los nativos
se clavan en el mar
buscando
objetos perdidos.

El águila marina
-se aquieta, fija-
pica sobre la presa.

El prado húmedo
-por todas partes,
floreillas.

- ¿Qué quieres?
-como el jilguero, escribir,
cantar toda la vida.

Como salmón
escribo
contra la corriente.

La palmera,
las luces,
y un azul hermoso.

El viento
tumba las flores, anuncia
el aguacero.

Me despertó
el insistente canto
del cucarachero.

Al amanecer
tengo corazón
de pájaro.

Una abeja eufórica
en la pradera amorosa
de una flor.

Al atardecer
el ollero canta en la rama
junto al nido.

En la fila
de desplazados
-una guitarra.

Tras el aguacero,
un tupido tapete
de flores, en el suelo.

En la protesta
de los carretilleros
-cagan los caballos.

Cada una, una flor;
no con un pétalo,
-las hormigas...

El perrito lanetas
cruza la avenida,
entre los carros.

Inesperadamente
¡en la ciudad!
-salta la ardilla.

El pechiamarillo,
curioso, intenta recoger
el nido caído.

La abejita
haciendo colmena disfruta
su dulce amar.

Suena el móvil
-¿acaso no es ésta,
la voz de Dios?

La mendiga
sonríe, pintándose
las uñas.

Vadeando
puestos de venta
pasa el invidente.

En la ventana
recuerda a lo lejos
pasados días felices.

El casco seco
de los caballos los escucho
-triste.

En la silla, la niña
-contenta,
balancea una piernita.

En su carreta de trapos,
dos alegres negritos
y dos perritos
-uno negro y otro amarillo-,
que juegan con los niños.

Si tu boca es mi boca
¿por que preguntar
de quién es el cepillo?

Si fuera mosquito
te elegiría
¡eres dulce!

La baba de caracol

*Cuando las flores
de cerezo se abrieron trajeron
belleza, a mi corazón.*

Tatsu-Jo

En la montaña
el viento te nombra
y se hace plegaria,
gorjeo, trino.

No es la policía...
corren vendedores
- la lluvia.

Arbitrio de pescador
- la trucha
vuelve a la laguna...

Descansa la pareja
- a alguno de los dos
se le escapa un pedo.

Pasos alegres
-una mariposa
en el zapato.

El ollero
haciendo su nido
de barro –canta.

Melancólica
riela en el agua
- luna llena.

Todos los colores;
y ¡zumbidos!
-floreillas; insectos.

La tarde, cuya luz
se extingue
-una elegía...

Tu que eres luna,
¿por que rizas
mi lágrima?

Se necesita
un lingüista ¡desactivar
esa palabra!

La candileja
alumbra
sus pasos.

Dos cisnes
frente a frente –los signos
de interrogación.

Pasa una sombra
que borra
la alegría de la casa.

La poesía
sobre la poesía
-lluvia sobre la floresta.

Remojando frijoles verdes
para el almuerzo de mañana
- germinan en la olla.

Largas distancias...
-lindas florecillas
tachonan los senderos...

Lento, lento, pensativo,
el anciano jalaba
con desgano la carreta.

Me alegra
que al estornudar
me digas: ¡salud!

Al arar: la vaina
oxidada del sable
- guerra olvidada.

Plantas, animales,
personas
–todos buscando el sol.

Escribo en las paredes
de la casa
- mi cueva de Altamira.

Ser como hoja
de la misma planta
- repetirse.

Canoas en el cielo
- el tulipán africano.

Luz, y alta nieve; lupinos
blancos, malvas, rosados.
El río hace riberas amables.

Retadora avecilla
- la ratonera
defiende su nido.

La laguna, los patos,
el cauquén
- la manada de caballos.

Por el camino
de la cascada viendo
- florecillas silvestres.

A la sombra
de arbustos chaparros
hacemos la siesta.

Cambia el paisaje;
cambia el hombre
- el río fluye.

El pechiamarillo
en la rama,
- último rayo.

Fotografía
- breve instante
del sueño.

Uchuvas
-dulces trocitos
celestes.

Procesión
de flores blancas
-las hormigas.

Inquieta la pajarita
busca el pichón
-mañana de lluvia.

El árbol partido
por el rayo,
resiste y reverdece.

La semilla, el fruto,
se hinchan al soplo de Dios
sobre la tierra.

Sobre los ruidos
de la mañana
-piar de avecillas.

Como para toche...
-le recetaron papaya,
mangos, guayaba.

El perro amarillo
y el mendigo
- del mismo color.

Una mina
camuflada en un cadáver
-martirio eterno.

Ejercicio de horizontes
-en el balcón,
pastoreando la distancia.

Metate con agua,
un poema blanco
-la gardenia.

Tantos besos
como flores va abriendo
la enredadera.

El sol brilla,
la mañana deja sentir
sus efluvios e inunda
el ambiente
de dulces armonías.

A las 5 el sol cae
sobre el pecho amarillo
del bichafué.

En una alegría,
los dos caminando
en la tarde.

El niño
acaricia
el pie del abuelo.

La tierra
se hace viento
en el follaje,
y cómo canta
la tierra
en ese pájaro.
Se hace
agua y piedra
en ese río,
y amor
en la bondad
de tus manos.

Por la pólvora
la niña tiene
corazón de paloma.

Si fuera gamín
te elegiría para
robarte
un diamante
que tal vez te devolvería;
si fuera ebanista
haría tus muebles;
orfebre,
un arete;
pintor,
te pintaría;
poeta, te canto;
de astronauta
me perdería contigo
por los lados oscuros
de la luna
y luego cantarías
tu nombre
hacia la tierra.

Patagonia.
Los lupinos,
blancos, azules, malvas;
los nevados, el cielo azul;
el río Manso Superior,
descendiendo amable;
y tu y yo,
entre ñires, cipreses
y retamos; arriba
la claridad azul,
el canto de las aves.

El niño de los recicladores
en una caja de papeles
- como entre un nido.

Frutillas
al amanecer; besitos
al desayuno.

Los zapatos
desordenados, dicen
que sigues siendo niña.

Año nuevo
-la propuesta es
¡optimismo!

Por la mañana
-zumbido de moscardón-,
cuando se peina.

Te arreglas,
te pones bonita,
y sales decidida
como una abejita
vuela a su trajín.

La mendiga
negra ha encanecido
-yo también.

Resucitar;
-vivir en tu gracia,
en tu cariño.

Alguien pasa
silbando al amanecer
una vieja canción.

Juntos veíamos
la sombra del titiribí
revoloteando en la pared.

La duras manos
del mecánico
cuidan del pichón.

Piar inquieto
de las avcillas buscando
su polluelo.

De buen ánimo
el electricista
realiza su trabajo.

Eres abejita,
haciendo la colmena
-disfruto tu dulce paladar.

La maceta,
cada dulce –testimonio
fraternal.

Que sea tan dulce
el poema
-como la maceta.

Crees
que la pared
está tan sola
como tu,
sin embargo
está firme
-dispuesta
a darte apoyo

Recostados
al árbol de paraíso
- grato el bosque.

Ganas de vivir
¡silba como cucarachero!
Escribir, cantarte.

El niño ciego
acaricia las espigas
- quiere ver a Dios
con las yemas
de los dedos.

Pensando
en ti escribo
haikús.

La muchacha,
vanidosa
pisa su propio
vestido.

Longevidad y dolor
-la loca mendiga
soporta la gangrena.

El esposo aleteaba
en el funeral
como ganso viudo.

¿Qué fué, al final,
en su agonía sino
suma de dolores?

Con sus carnes
desprendiéndose,
empuñan, las armas,
- los leprosos.

Con sus manos muertas,
los leprosos
se defienden la vida.

Un convoy del ejército
-la mirada de muchachos
que van a la guerra.

La jovencita
llora sobre el ataúd
de su abuelita.

Escenas de ciudad

(Poemas luctuosos)

*Todo está por suceder
y así ha sido siempre.*

Bajtin

Manos, vidrios rotos,
desolados gritos
-deseperanzados.

Ruinas del ruido;
tiempo de lágrima
-pozo de injurias.

¡Fantástico! ¡misterioso!
Aparecen y desaparecen
seres de nube.

Una lágrima
daña la tarea que parecía
terminar la niña.

Mendigos baleados
mientras dormían.
No fue sueño.

La mariposa cayó al vino
-¿quién bebe lo amargo
de su muerte?

Todo sucede
agudo grito largo
de ambulancia.

De las entrañas
salvaron la criatura
-crece en otros brazos.

El trino de un canario
inesperadamente en el
corazón de la ciudad.

Fiesta de aniversario
¡llamas negras!

Charcas de sangre
tiñen de muerte
-los andenes.

No escuchan sus gritos
-dan alaridos, hacen señas,
deseperados.

¡Qué flores
más bellas lleva
la indigente!

En la ruina
-una maleta abandonada.

Canción triste
pena irredenta,
dolorosa.

El mendigo encanece
pidiendo limosna
“*en el nombre de Dios*”.

Mendiga famélica
- el sardinel, almohada.

Loco y mendigo
-comparten su arroz
con las torcazas.

Juguetes abandonados
-el gamín encuentra
las primeras letras.

-¿Quién llora?
-La niña del basuriego
en la carreta.

Estampa de pena
-en la calle habita
la miseria.

Recolección de basuras
-basuriegos jugando,
por los andenes.

La loquita
-un zapato de un color
y el otro de otro.

Mendiga descalza
-pies sucios y las uñas
pintadas.

La mendiga
enferma, tratando
de alcanzarme.

Desposeídos,
uno tras otros, husmean
entre desperdicios.

La loquita
pasa cantando
-va feliz.

El mendigo
y su perro, aún duermen
en la calle.

Un mendigo y su perro
-flacos, los dos.

El policía del parque
extraña a la loquita.
<<No ha venido>> -dice.

El perro lanudo
-cobija del habitante
de la calle.

El viento policía
barre las cositerías
del vendedor callejero.

Al anochecer
el carretillero pasa cantando
-tás, tás, tás...

Habla el loco...
-¿con quién? ¿acaso sus
palabras
tienen sentido?

Amorosamente,
la madre quita piojos
a su hijita.

¿Dónde las ruedas?
-gamines las impulsaban
por ahí.

Collar de chaquiras
-¿La indiecita, dónde
andaré?

En la carreta,
mustias,
las flores del velorio.

Muchachos pobres
vienen por los mangos
del barrio.

Aquel ladronzuelo,
experto en las bombillas
de las entradas.

Viento de atardecer

*El ruiseñor
canta igual por la tarde
y por la mañana.
Gekkiu*

Pasajero encuentro
-la fresca neblina
retorna a la montaña.

Almadía
-balsa de mis versos-
¿el río existe?

Aunque ha llovido
toda la noche,
mi vida amanece
inesperadamente cálida.

Llega la iguaza
-una ola brilla
y se expande.

Cae el día, tiñe la noche,
el viento frío... ¡Increíble!
Mi alma serena.

Mientras medito,
la mata
en el balcón florece.

¿Cuántos como yo,
¡ay!, confían al viento
sus secretos?

Esta neblina
que desciende
por mi tarde,
¿pasará por el Salado
hacia Tocatá
y Felidia?

Vuelo de murciélagos
y petirrojos.
En la avenida
aroman los árboles.
Tarde serena del alma.

La tarde pasa
en el silbo amistoso
de una flauta de bambú.

Somos patos salvajes
de uno en uno
dejamos la bandada.

En la memoria
de la alegría,
-¡un grito!

No lo hace brillar
la luz
-lo descubre el dolor.

La lluvia se acerca
-los gansos graznan,
cantan los pájaros.

Aroma el jazmín
-ansío
que salga la luna.

Llega la mañana
y aparentemente,
un nuevo día.

Cruza
la ciudad –lo siguen
los recuerdos.

Reconozco mi obra
-vanas alegrías
con tinta de calamar.

La linda chica
no dice nada
a los ojos tristes.

Viendo un juguete,
alegro, en algo,
mi tristeza.

Esta navidad
-en compañía
del perro y el gato.

Pongo en la ventana
un puñado de arroz
y un recipiente con agua.

En la materia
tres bellitas alegran
mi exilado corazón.

Ilusoria
es la paz
de los que se aman.

Leyendo sus cartas
me pregunto si mi voz
ya venía entre sus sílabas;
si mi nombre
y el adiós,
y también los pasos
que me siguen.

Voces
y, entre tantas,
una.

De nuevo a esperar
tu regreso
-¡Oh luna!

Oh luna
-cáliz de luz.

¿El gozo?
-relámpago
sobre los huesos.

Encontrarse solo, sufrir
-descubrir
que la soledad no existe.

Se ha ido.
Soltar las nubes,
abrir las manos...

Trigo, espliego, tomillo,
palabras que quedan
-también olivo y olvido.

En cualquier dirección
que vaya –la veleta
lleva a su recuerdo.

Separado...
-fin de semana,
largo y triste.

Tristeza
-viento
de atardecer.

Luna llena
-para mí la noche
larga y oscura.

Tal vez cuando
haya encanecido
mi alma se apacigüe.

La nostalgia
-una sombra
me acompaña.

Ni un pájaro, ni una sonrisa,
-entre el ruido
de la ciudad cruzo el día.

Un día es demasiado
para un hombre solo.

Intenso amor
gocé, ahora, soledad
y silencio.

Frágil
-rodeada
de silencio.

Sin distinguir objetos
el corazón pasa
metido en su pena.

Mi caballo fallecido,
como un pariente
-amigo que se ha ido.

Sigue, sigue
ruiseñor,
que estoy triste.

Alamar

*El duende
le enseñó a escribir
-a trenzar misterios.*

Parteso

Coro de las luces
-medusas en el mar.

Somos neblina
que llega y se va.

Niños y cometas
-de repente,
¡aguacero de agosto!

El olvido
-cicatriz
de la memoria.

Calores
y vientos de agosto
-olores de cadmia.

Las bellas
palabras de amor
-en el olvido.

Tranquilidad
de un libro –después
del tornado.

El carbonero
-cruzado
por colibríes.

En cada pájaro,
un gorrión
-un hermano.

Agosto
-cada quien
habla del calor.

La veleidosa mariposa
de la dicha
luciendo sus colores.

Voces desnudas
de flores
-vuelo de las horas.

Pasos livianos...
-ecos
donde pasó.

El libro
-una botella,
al mar de instantes.

Entre eco
y eco
-el silencio.

Roza la tierra
-la sombra transparente
de la mariposa.

En Iguazú
-arco iris
de luna.

Mi corazón
se alegra
-camino del Queremal.

Ladrón de plumas
-en la de los demás
sigue su inspiración.

Sol y viento
-caminada de agosto.

La acacia
-ramillete
de trinos.

Sobre las ruinas
de Gaza
-una cometa.

Inesperada visita
-un abejorro en el cuarto
piso del edificio.

El cielo
en espejos rotos
-los charcos.

En la noche, al amanecer,
a los pajaritos
-los escucho, los escucho.

Las violetas
-un manojo de alba
en la matera.

El vendedor de paraguas
los abre, gira y voltea
-mariposas de seda.

¿Qué atuendos
puedo llevar
en esta guerra,
si el enemigo es invisible
y tiene en sus manos
el hilo de mi vida?

¿Qué escudo opongo
que pueda cubrirme?
¿De qué lancero
me hago acompañar?

¿En cuál puesto me hago
en el carro de la guerra,
si el arquero no viene?

Solo me queda
el talismán
de los signos.

Mientras presentan
el examen
canta el ruiseñor.

-¿A que vino esta flor
al mundo?
-No sé; fue bella y pasó.

No digan que la esperanza
se fue, porque vinieron
los cambios...

Eran otros los esperados.

No digan que la esperanza
se fue; que aún es verde
sobre el tallo.

No digan que se fue,
porque aun resiste,
y vamos a verla florecer.
Porfiada abre
la semilla.

Guardo las flores
blancas de la violeta
-colección de almas.

Los animales,
incluso las piedras
-ser.

Los músicos al vaivén
del compás
como juncos en el río.

La extensión
de los pasos
-el camino;

la ilusión
que el alma ansía
-los sueños...

Lluvia
de duros sucesos
-¡Ay! Los tiempos.

El joven del mostrador,
la misma cara de su padre
-hace años, hace años...

¡Silencio!
-cae un grano
en el reloj de arena.

La flor de la violeta,
blanca y caída...
-alma cumplida.

Impedido de hacerlo,
sueña el músico
que toca el piano.

Un relincho
en la vía
-dos carretillas.

La indigente y yo,
mirando
el río crecido.

Llamo a mi hija
-lee sobre la hierba
del campo universitario.

El canto de un ave
excita al viudo periquito,
que no cesa de llamarla.

Discutiendo
se despiertan y desperezan,
los gamines.

Reguero de arena
-el tiempo agotado
de los hombres.

-¿Qué es esto, mamá?
-un espejo.
-No; una ventana.

En la ventana
del séptimo piso florecen los
pensamientos.

Hizo voto de silencio
mas, cómo no hablar
consigo mismo.

Al atardecer
una flauta entre
los árboles.

El agua, el árbol,
la nube
-el amor que pasa.

La belleza, los colores
del arco – la pena
no puede ocultarse.

Buda
¡oh! Maestro
-callo agradecido.

Signos misteriosos
de libros, guardan
emociones del alma.

Libros, voces
que dialogan
con nosotros.

Una idea fija
y lo demás...,
se hace borroso.

El deseo modifica
a las personas, al tiempo,
a los espacios...

Perfiles de montañas,
de personas,
cambiando, cambiando.

Voces extrañas,
desconocidos lenguajes,
dicen lo mismo.

¡Ese ímpetu!
-pero procesos
tienen las cosas.

Canta el cucarachero
y el titiribí; ¿les gustará,
dialogar conmigo?

Chamones, golondrinas
-el cielo
es un río de pájaros.

Soñé un poema;
al amanecer
lo había olvidado.
Todos se irán deshaciendo...

Canta el cucarachero
-paso las cuentas
de la camándula.

Se superponen nuevas
y viejas direcciones;
hay varias ciudades
en esta misma ciudad;
en sus espacios habitan,
deambulan los espíritus
y la gente encarnada
en distintas dimensiones.
No hay confusión
para quien dialoga
con las ánimas.
Vivos y difuntos
por las calles
siguen su destino.

Mimos, saltimbanquis,
malabaristas del fuego,
limpiaparabrisas...
Frutas, balones, discos;
objetos de toda índole...
-el semáforo.

Al amanecer
los pajaritos cantan
-yo medito.

El aroma de la madera
nos recuerda
la muerte del árbol.

Cantidad de llaves
que tiene el llavero
-puertas de la vida.

El carro antiguo
-revolotea
una mariposa amarilla.

El sol de los venados
sobre los vértices
de las lomas
resalta sus pliegues.
Orografía
de un abrazo.

Un rayo de luna
ilumina el cuadro
de las hortensias.

Medito. La luna
en la madrugada
proyecta mi sombra.

El ruido del agua
-lenguaje viejo
para tiempos nuevos.

Cambios de ella;
los de él;
-los del clima.

La paleta azul
de la tarde
-crepúsculo caucano.

Corren al futuro,
-yo cuido
la retaguardia.

Las alas de la mariposa
de la noche, disueltas
en polvo de estrella.

Semilla de universo
-Zeus da vida
al dolor encadenado.

Una flor de geranio
en un balcón
-la madre revivida.

Tonos,
lenguaje de colores
-el calamar...

Bajo el guayacán lila,
se cubre de flores
-el carro de bodas.

A las 9,
a los rayos del sol
-abre la verdolaga.

En la madrugada,
cascos trotones
-la carretilla.

Toca marimba
—sus pasos,
sobre las tablas.

En la charca
el ollero
salpica al ajicero.

Bajo los árboles,
cree pisar, rudo,
la paleta de las flores.

Árbol lleno de pulmones
y miles de bocas
-no paran las cigarras.

Huellas de las flores,
de pétalos al caer
-alguien los siente.

La garza y el gallinazo
-los dos
en el mismo caño.

Tono en amarillo
-escucho una flor
del guayacán caer.

En el silencio
caen
las hojas.

De dos en dos
-pasan las loras.

Junto a la bicicleta
cae, delicada
-la flor blanca.

Junto al río,
entre las hierbas
-el grillo.

Entre las ramas,
en el parque,
canta el búho.

Verde llovizna
-muda, cambia
el gualanday.

El individuo
-en el infinito
expuesto a todo.

Carreteras
del Valle del Cauca
-bellos paisajes.

Las manitas de la ardilla
-el árbol
siente cosquillas.

En la rama
juegan
-dos ardillitas.

En la ventana
el guardacaminos;
¿o es la espátula?

El cachivachero
tira su carreta, apoyado
en una muleta.

La glocinia
vino, floreció,
y murió.

Tras la noche,
con el alba, los perfiles
de las montañas.

Mi amigo me enseña
el nido del guardacaminos
a la entrada de su casa.

La lagartija rebusca.
El chofer del taxi espera
el cambio del semáforo.

Dura realidad
-sin embargo pájaros,
las flores.

Más días, menos días
-canas
en mi cuerpo.

No imaginaba
-una pomarrosa en el árbol
del parque.

Las bellas rosas
del jarrón
-en la basura.

Aguacero de verano
-y al pasar, arabescos
de hojas y colores.

Ciudad malva
-guayacanes
en agosto.

Con manos
temblorosas deshierba
las matas.

Onduladas,
las montañas
-como nubes.

El cuerpo
desencarnado
-viejo mástil caído.

Conoce el canto
de la perdiz, su reclamo
-la naturaleza.

El bullicio que ansío
es el de los gansos
-alharaca en el campo.

Lluvia malva
-flores
de gualanday.

Después de la cabalgata,
a media noche, los pasos
de un caballo rezagado.

En el tablero,
la araña atrapa la mosca
-ejemplo viviente.

Al desayuno,
fríjoles recalentados
-la cosa está bien.

Están juntos
aunque discuten
por naderías.

Tenían chaleco antibalas
pero al abrazarse
sintieron su saludo.

Rojos pétalos
en la escalera
-sangra la dicha.

Cuando respiras,
toda la casa respira
y sueña contigo.

Duerme el indigente
en el quicio
-las medias rotas.

La niña indígena
mendiga en el puente
-da pecho al bebé.

Pardas o rojizas
-las canas
de los árboles.

El abuelo, suavemente
abre la puerta
-la habitación del nieto.

Una pareja de canarios
mirándose
en el espejo del carro.

Los canarios,
narcisos; otra vez
en el espejo.

Desplazados
-caritas mugrosas
no van a la escuela.

El niño en el árbol
-a gusto
entre las ramas.

Dulces las vocales
-amargas y duras
con la ira.

Junto a la acequia
y a mi lado
-salta un ollero.

La sonrisa
del mendigo; los dientes
de su perro...

La mirada
del indigente codicia
la basura.

En la carreta
del reciclador
-flores.

A la pregonera
-cascorva- le balancea
el platón en la cabeza.

Arco iris resplandeciente
oculto por el humo
que expele la buseta.

La viejita en el dintel,
como avecilla,
como hojita de matorral.

La vieja diva,
luchando por su belleza
-una máscara.

Al orar,
las manos unidas
-una espiga.

Estatua de piedra
o de hierro
¡Ay! ¿y la sangre?

Las manos verticales
pegadas
-llama de oración.

Cargar el amor,
cargar la pena
-pesada elección.

El árbol centenario;
la noche azul
-el anciano espera.

Una mirada, un ademán
y lo demás... Después
el alero, las montañas.

La mano anciana,
afuera de la ventana,
-¿llueve?

Se lamentan
de la soledad
-yo, de éste bullicio.

Las guerras
-no solo viudas;
no solo huérfanos.

Como niños discuten
y tienen
el pelo blanco.

Al palo del ciego,
inesperadamente,
da un traspies, el peatón.

-¿Sueño?
-No; un jardín en medio
de la guerra.

En el mismo vaso
bebemos
el ensái, y yo.

Pregunta por la lavadora;
<<se le han quebrado
las uñas>> –me dice.

Hablamos del haikú
y una largartijita
cruza el salón.

Veo una hoja de violeta
involuntariamente cortada
-la siembra enseguida.

Rápido se marchitan
las rosas
compradas en la esquina.

La pluma de escribir,
¿De quetzal o del ave
del paraíso?

No me hables así,
que me desangro
en tus palabras.

¿Si nos separáramos,
¿tu qué harías? –dijo ella.
-Me iría detrás de ti –dijo él.

Medito;
abro los ojos:
¡La luna llena!

La langosta es el deseo;
el gallo pica
-el viejo sabe lo que pasa.

Palabras de amor
-las hojas
buscan el sol, el sol.

Los matan por las plumas
-los escritores
morimos por ellas.

Libros y recuerdos
-vivo
con mis muertos.

Eslabones de mi vida
que encadenan mi vivir,
- destino de morir.

Muerto el atleta,
-los antiguos trofeos
a la orilla de la pista.

La tasa de la indiecita
mendiga, vacía...
-su leche escasa.

Con resignación
el negro criba
la arena.

Revolotea,
angustiado
-el viudo periquito.

Madre contra el muro...
-el niño en la calle
pide limosna.

Cambia el lugar
de mis padres.
Más tumbas a su lado.

Contra la pared
apilan las camillas
ensangrentadas.

La niña
como virgen triste
-abandonada.

El viento mueve
las plumas
del gallinazo muerto.

Hallazgo del perro
-las cuatro extremidades
de una res.

Queridos maestros,
-en mis recuerdos
las lecciones del ayer.

Cambios y cambios
-la lluvia del tiempo
cae sobre nosotros.

Cuando lloras
no tienes las mismas orejas
ni el corazón
es el mismo.

Antes de terminar
de escribir el poema
la vida se ha borrado.

No, estos tiempos
no son como aquellos...
¿y, aquel encanto?

A la reunión que viene,
él, ya no estará...
-¿A cuál faltaremos?

Viejos escritos
en esta época
a pocos interesan.

Entran los ladrones
-no los detiene
ni la radioactividad.

Anticuario
Nadie sabe de qué tragedia
compra el mueble.

La mano
enguantada
sobre el cañón...

Al soltar
al viejo perro
-peligra el ganso.

Si ha reñido
¿cómo ha de estar
impasible?

Me contentaba
con mi callado
Ángel de la Guarda,
cuyas acciones
no valoraba
-siguiendo a Odiseo
siento cercana
la presencia de los dioses.

No es incertidumbre
-certeza
de lo impermanente.

Repite los temas,
las palabras, deja
sus huellas dactilares.

Haikuentos

*También es creíble
que sucedan cosas
contra toda verosimilitud.*

Aristóteles.

*El tesoro está ahí.
Yace cerca de tu corazón.
Nunca olvides tomarlo
a la hora exacta
que señalen las estrellas.*

Hazlo despojado de ambición.

*Porque el exceso de avaricia
convertirá en agua
el oro destinado para ti.*

H. L. Mina

El pez del acuario
vive en una
lágrima redonda.

Al hundir la carta
del restaurante en el agua
-fluye la vida marina.

Se le cayó el alma al mar;
se la tragó una gaviota
-busca en los acantilados.

Pinta la lluvia
-paraguas de colores,
la gente por la calle.

Libros
-voces de vivos
y de muertos dialogando.

El poeta Salmón
sube contra la corriente
en la lluvia y el ruido.

La muda
- su grito
en los dedos.

El que gobernó el mundo
no distingue entre guerras
y soldaditos de plomo.

No vagas en el aire
-vuelas
en la nada, mariposa.

Deja en el aire
su huella
-la mariposa.

No se mueve el colibrí
-la mata florida
soporta un vendaval.

La chica va
sobre un mapa
de sueños.

Un niño se asoma
en la esquina
con un grito en la cara.

Canta un pájaro
en medio del tiroteo.

Después de navidad
un pavo canta
como si nada.

Algún mensaje
lleva la savia
de la raíz a la flor.

El gorgojo acabó vocales,
consonantes
-se tragó el sentido.

Viendo a la araña
los ojos
quedan atrapados.

El florero no está roto
-el cristal poco
a poco se deslíe.

¡Plin! ¡Plin! ¡Plin!
Soltaban palabras, las
dejaban caer en el estanque.

Pasa el gavián,
vuelan las palomas
-la vieja trama.

Organizando palabras
el escritor compone
un gorrión y su canto.

El funcionario abre
el viejo código
-¡Cucarachas!

Con ojos asombrados
el ganso observa
sacrificar una gallina.

La placidez
del lago, quebrada
por las botas.

¿Una lágrima negra?
- No, una mosca
en el párpado.

Al posarse
el abejorro
-tumba la flor.

En el reloj
de arena
-cascadas de polvo.

Lluvia de sol
-se evapora la gente.

El viejo me cuenta
a gritos
que está sordo.

Tuvo peso, nombre
y rostro...
Memoria del llanto.

-¿Qué hace? ¿un boceto?
¿Un poema? ¿una partitura?
-persigo las nubes.

En la alfombra
se hace silencio...
-ansioso el ciego
espera las pisadas.

La pluma
-¿qué vuelo
la trae?

Irse, terminar
-disolver la sombra.

Los potros de la escultura
corren y sudan -“oyen
llegar el retrasado viento”.

El profesor que enseñaba
lo nuevo,
enseguida se hizo viejo.

Conste que observé
al tiempo
haciéndome arena.

Al agonizar salían
palabras, siluetas
-fantasmas lo habitaban.

-¿Destino, es el viento?
-Sí -responde la hoja
que cae en la arboleda.

El viento
apaga
al día.

Cabecea la cometa
- ilusión
que no quiere caerse.

Seguí el consejo
-me senté,
lejos de mí.

Un columpio
en un árbol,
se balancea solo...

Antes era retrato,
pero salió, volvió
-tiene presencia...

Alguien detrás
de mí, anda borrando
las huellas.

La máscara
pica el ojo
-yo sonrío.

Pasa por la página
haciendo rodar el aro
-con un palito lo dirige.

Vistosa mariposa
-¡Zaz!
el titiribí.

El anciano poeta,
a la sombra
lee un libro de versos.

La hoja que cae
se cansó de colgarse
y abrió la mano...

Entre el humo
pasa la garza
¡y no estornuda!

Da vuelta al reloj
de arena y los pasos
vuelven a caer.

No son las aves
-reguladores del tránsito
en las vías.

Sangre blanca
-el pintor se ha caído
del andamio.

Aquello que se oyó,
lo reconozco
-era mi grito...

Anoche vi una estrella
fugaz;
hoy murió el palomo
mensajero
-sin duda la alcanzó.

Silbato para llamar,
estaca para retener
-las ánimas.

Ladra el perro,
graznan los gansos
-¿alguien pasa?

Irse en el alma
-intimidad
con las nubes.

Me habla
-o converso
conmigo...

Cuando escribo
pienso que estoy hablando
después de muerto.

Abro la puerta, y uno
a uno entran los que fui
-como en un álbum.

“Vivid la vida”,
dijo la voz en el sueño
-en otro sueño.

Tas, tas...
-en la alta noche,
bolas de billar.

Viendo una casa abandonada
pregunté quien vivía
- «Doña soledad y Don
silencio» -dijo.

La gotera taconeaba
como mujer
-aligera y corre.

En las pesadillas
despierta uno de milagro
-son algo serio...

El ojo llora,
la mano se crispa
¡El espanto!

Colección de antigüedades
- los objetos se animan
cuando pienso en sus oficios.

La sombra
por el corredor
-no era un fantasma...

El jinete
y el caballo muerto
son un sueño.

Voltea el reloj
de arena, se hace vieja
-va y vuelve de la luna.

¡Una aparición!
-el sueño es generoso;
junto a ti me desvelo.

Volví a la infancia
y cogí moras silvestres
para ti, hermana.

No son gatos
- los niños caminan
por el tejado.

Alas de mariposas
disueltas
en polvo de estrellas.

Resbaló siete centímetros,
de principio a fin
-la torcacita
que descendió del árbol.

Los niños en el jardín
riegan flores y malezas
sin ninguna distinción.

Solos, el cubo y la pala
-la niña
juega en otro lugar.

Nueva hierba
crece
sobre el túmulo.

Los ocelos
de la mariposa,
me intimidan.

El gato trota
en el ralo césped
-jungla para el pajarito.

Pidiendo los dos
una cita para el médico
me encuentro, dos días
seguidos,
dos hermanos amigos
que hace años no veía
-un día uno,
otro día al otro.

La sacaron en talega;
después regresó, flaca...
-la gata.

La cabaña sola
-el mayordomo juega
billar en el pueblo.

La niñez,
la arcadía
-madre y vida.

Siento pena por mi amigo
viejo –quedó ciego en una
vana pelea de vecinos.

Aunque el escondite
es muy pequeño,
-la niña sonrío, segura...

No es un gato
entre las flores
-el niño escondido.

La paloma se alimenta
de las migajas
que deja el mendigo.

El niño no habla solo
a los juguetes.
Conversa con ellos.

El loco en el parque
se mira
en un pedazo de espejo.

En la fuente de la plaza,
una sardina...
-teatro callejero.

Un anciano ayuda
al sordomudo
¡Ataque de epilepsia!

Mariposa -jugando
con su amigo-,
abre y cierra las piernas.

La multitud me acompaña
-desfile
de hormigas dulceras.

Su cuerpecito
flota inerte
-sirenita olvidada.

El cayado
hace tiempo me espera
en la puerta.

La niña que debía hacer
algo contra la guerra
-llevó un granito de arena.

Tu granito de arena
-dijo el capitán-, ponlo
en la tumba del soldado.

El ruiseñor pasa
con una lombriz en el pico.
-comprendo este silencio.

Bonito día,
pero el trabajo escaso
- dice el lustrabotas.

Perrito, sigue de largo;
deja tranquilo al sapo;
todos tenemos derecho.

Ponía música
-abrazaba agradecido
el cacaotal.

Lágrimas brotan
de sus ojos ciegos
evocando un amor.

La madre débil
carga con amor
su hijo tullido.

-Te aseguro, madre
me llevaba de la mano
-¿No es una ilusión?
-No; me parezco a ella.

Vestida de blanco
-por el camino de barro-,
a la primera comunión.

En la carretera, el caracol
-mi amigo lo devuelve
al monte, como un ángel.

Un capullo
de miseria,
entre afiches.

A la flor
del cuadro llega
el colibrí.

A las cuatro
de la mañana
se inquietan
los umjuh,
que viven
en el alma,
suben a los labios....
Nada más
parecido
a un beso.

El viejo, con un marco
al cuello, saliendo
de un cuadro antiguo.

La miro y me mira;
nos miramos...
-la lagartija y yo.

La camisa nueva,
el cuello almidonado
-¡Apúrate niño!...

El contrahecho,
con sus pies deformes,
lleva el ritmo.

La ancianita
al sol de la mañana
-sus ojitos reverdecen.

Corrió la cortina
y el mundo entró,
por la ventana.

Viven en el espejo,
salen y entran
por mis ojos.

En el espejo rebelde
-el otro, dócilmente,
hace cosas extrañas.

Escuché tu primer
llanto de bebé
-dice mi hermano.

Recogiendo apachetas
en el minúsculo
jardín de arenas blancas.

El que cuidaba
la higuera, ya cayó
-los pájaros vuelan.

En mi mano
el colibrí se agita
-voluntad de vivir.

Con la pera
me salió competencia
-las hormigas.

Inesperadamente
escuché la conversación
de dos hormigas...
Curioso las sigo.

Dos veces la saqué
del agua y dos más volvió
-la mariposilla.

Viejas imágenes
en el espejo cuando
ella lo toma
para contemplarse.

En la bicicleta,
la madre y la hija
bajo una umbrella.

La anciana pasea
todo el día
en la silla mecedora.

-Entonces, ¿qué?
-Misión cumplida.
-Bueno, chao, nos vemos.

No sabe leer;
compara las fichas...
-juega dominó para
acompañar a su amiga.

Surcan tranquilas las
palomas
-el niño juega
con las plumas del gavilán.

¿Cómo habiendo
libado la abejita
en la copa de brandy
puede llegar
a su colmena?

Del taxi
-inesperadamente-
dos payasos.

El polvo de la sombra
lo barre el viento
que hace la mariposa.

La sombra
de mi amigo
se adelgaza.

La chica de la moto
para al lado del taxi
-se ríe del chiste...

Mi amigo japonés
dice que va a morir;
le pido que traduzca
mi libro primero
-se ríe hasta llorar...

La sombra se adelanta
y en la puerta me recibe
-«termine de llegar» -me
dice.

-Sombra, indícame
el camino
-Sígueme
-Conozco este bambú,
su luna...

Un indigente,
¡con finas
gafas de sol!

Mueca y linda,
la niña le dice ¡hola!
A la perra que paseo.

Allí, donde al cruzar
la puerta, el espejo
se hace sombra.

-¿Qué sabe de ella?
-Iba en un tren
que se demoraba 6 horas.

Tarde de enfermo
-toser y toser.

En un viejo cajón
- las medallas
del padre fallecido.

El blanco de la página
-venda y cura
la herida del día.

Corre tras la pompa
que se deshace
-la niña en la colina.

La conversación
con el espantapájaros
¡pura paja!

Con rezos y rituales
intenta el brujo
animar al indio.

Poeta pequeño
-vivo en un bosque
de bonsáis...

Aeropuerto
-esa cara, en esa fila,
¡ah! Mi hermana.

Fábula, trama
-suspense de la gota
antes de caer.

El mimo remeda
mis movimientos
-ese soy yo; el otro.

Dos porcelanas
conversan -cada una
con un libro...

Le digo que lleve
linterna; él sonríe...
-sabe que sale la luna.

El loco hace la hoguera
en la mitad de la calle
-gesticula y danza.

Bajo un bombillo
los recicladores
cuadran sus cuentas.

La luciérnaga
cayó sobre el muro
-colilla de cigarrillo.

El espejo mira
a la bailarina antes
de la presentación.

Apagar la vela
-besar al anciano
que se muere.

Una mano amorosa
se despide
- ¡la madre enferma!

Ando fuera de mi tumba,
escribiendo versos
¡Cosas de la vida!

Carrerillas
en la calle. ¡Niños
al colegio!

Los días esperados
ya pasaron
-dice el jubilado.

Enciendo la lámpara.
- Ah, la primera
mariposilla.

Bajé una estrella
y se convirtió
en la rosa.

Incógnita cero,
boca de túnel, viaje
-cordón umbilical.

Cuando pestaña
la noche
todo se oscurece.

Los amados retratos,
guardados –envuelvo
el tiempo que paso.

Desde el seto lo saludaba
amable, con cierta
coquetería..., ocultando
sus pies chapines.

De ramita en ramita
los palomos
construyen su nido.

Al levantarse
vio la cama de la mujer
llena de escamas
-aún mantenía su traje
del paraíso.

Así como lo deseaba
sucedió... Aparecía en el
espejo, o llegaba...

Después de salir
del cuaderno de versos
quedo tranquilo.

Palabra mágica
-te invoco y espero
que aparezcas
-¡hola!

Sobre las nubes
con un ramo de flores
-en bicicleta.

Va mirando el cielo
-el novio pedalea
en la bicicleta.

Serenos, tranquilos
-pasan amorosos
tomados de las manos.

Indicios...
-huella de labios
en el vaso.

Junto al río,
altas nubes, dulce hora
-aroma de amor.

Soy un árbol
que a veces se sienta
en la silla
a escribir versos.

Una pareja pobre
-se besa rico
en la banca del parque.

Día de la mujer
-una colegiala me regala
una rosa amarilla
en la calle y me dice:
"Feliz día del Hombre"...
Hago una venia
y le canto un verso.
Ella y sus amigas
ríen; yo sigo...

En medio del combate
nace un colombianoito
¡Ay! Nanas en la guerra.

Fuerte el aguacero
-un beso
bajo el paraguas.

Quisiera ser
el que soñara tu sueño
al despertar.

Al almuerzo
miramos
la mariposa luchar
contra el vidrio.
Abro la ventana,
y la ayudo a salir...
Antes ayudé
a un colibrí,
y a una lagartija.
También a mi
me ayudan,
del otro lado
de la carne
y de los huesos.

Desnudos en la noche
-en la motocicleta-,
pasaron raudos amantes.

Aunque espanto,
mi dicha sería verte
-hechizo de tu encanto.

En la lágrima
-barquitos de papel
y mariposas.

¡Extraño!
El polvo del camino
y no he emprendido el viaje.

Ese perro
que me gruñe,
no existe.

En las crines del caballo
mide la madre
la ausencia del hijo.

Semilla
de vida encadenada
al dolor.

La monja
tiró la pelota al río
-el niño le guarda rencor.

En el avión
con los pasajeros
-un ataúd.

Silbando,
recuerdo a mi madre...
-le gustaba.

Una maleta, sin viajero,
salió
a recorrer el mundo.

La pelota de colores
reventada, en la autopista
-dos lágrimas.

Rumbos:
abrir el closet,
encontrarlo vacío...;
puerta abierta
a los caminos.

Dispongo la mesa,
los asientos
-uno queda vacío.

No faltaron
los trinos...-hoy
la casa vacía.

Ocultaron
las cartas y extraviaron
los destinos.

El mundo es un pañuelo...
- todo el mundo
llora en él.

Siento algo en mi...
Si, una lágrima
-se desborda mi vida.

Siento algo en mi...
Si, una lágrima
-se desborda mi vida.

Toma fotografías
con trajes antiguos
-contratiempo.

-¿Quién pena
solitario en la playa?
-Bolívar... Simón Bolívar

Me he llevado
de paseo, y regresado
-el mismo tedio.

La fábula que trae
el viento, la cuenta
quedamente al oído.

Hombrecitos vivían
en las conchas de la playa
-como cangrejos ermitaños.

Yo –extraño
espejo donde cabemos todos.

Viejo obstinado
-no oye el tambor
que llama al olvido.

A las cuatro
cierro la ventana
de mi jaula.

Me vuelvo
a juntar con mi sombra
y con mi miedo.

Viejas cruces
del camino –olvido
del recuerdo.

Entre la fronda
una silueta...
se desdibuja.

Sin sombra,
sin eco, sin ombligo,
y la mirada vacía.

Genio y figura
Vuelven y comentan
de la sepultura...

Cuadro triste:
asiento desvencijado,
esquina del corredor.

Después de fallecida
la arena sigue
-tic-tac, tic-tac.

Tú y yo, con paraguas,
en una esquina cualquiera
-triste encuentro.

Triste
-abrazar
la niebla.

Volver sobre uno mismo
-encontrar
las huellas borradas.

El ataúd...
-amigos y familiares
recuerdan al difunto.

Conmovida contempla
las rosas
-el esposo fallecido.

Voces que dijeron
mi nombre
-ya no están.

Huellas en la arena
¿El viento?
¿La iguana?

Esbelto y hermoso
galopa el semental
-ignora la decisión
del mayordomo.

La carne
pegada a mis huesos
-escribiendo.

La jaula abierta
Las palomas collarejas...
-en una rama del samán.

Bella flor
-sin miedo toma el jazmín,
a hurtadillas.

Llevando helechos
parece el Hojarasquín
de la ciudad.

El cucarrón,
tranquilo en su rama,
no cambia por nada, la verde
frescura de la fronda.

Esa tortuga
lleva un libro
de concha.

Plantan árboles
en la ciudad
-soy el que retoño.

Toda la luz
cayendo perpendicular,
-las doce y sin sombra.

Va tomando azules
los paisajes, roba
estatura a los cuerpos.

Se alarga la sombra de la
hoja
que lleva la hormiga.

Una multitud
en la luna es
¡tan sospechosa!

Árbol sediento
-grito secándose.

La cabeza de un toro
de lidia
cruza la avenida.

Ventea, caen hojas,
pájaros, personas
-rebota la planta,
palpita la vida,
en el humus
de la nada.

Porque fue una bola
de fuego, hay margaritas
a las orillas del lago.

Al paso del peine,
granos de blanca arena se
desprendían
de su cabellera.

No veo el viento
-las hojas de la acacia
algo comentan.

La telaraña
no es una hamaca
para la mosca.

Aprendiendo a volar
el palomo llega
al plato del perro.

Se pinta los labios
como la drosera
-devora a sus víctimas.

Pasa el gavián;
se alarman en el corral
- conocen al personaje.

En un guacal
duermen las gallinas
-van al sacrificio.

La vendedora
del semáforo
-sin la pierna derecha.

El puente cayéndose,
dos llantas se detienen
-terremoto en Japón.

El sordomudo lava
sus heridas y su cara
en la pileta municipal.

Aparece una mariposa
-dos titiribíes se cruzan
queriendo atraparla.

Amigos de infancia
en el periódico
-obituario incesante.

Lo convencieron
que hizo,
lo que no hizo
-huyó de la vida.

Un año sin pasarle
bocado a sus hijos
-se queja
en un juzgado.

Cojea el mundo
-sin la pierna
de aquel niño.

El regreso del arca
-relación de especies
desaparecidas.

Murió antes de ver
el cuento publicado.
Historias de vida.

Tras el bombardeo,
entre escombros
-fotos de dos niños.

Brilla la tobillera
-pasa
una mujer.

Los hijos del amor, llevados
al campo de batalla,
donde mueren el amor
y el campo.

La bomba sobre el piano;
postrera nota.
-réquiem entre ruinas.

Se alarman los pájaros
-la boa
ronda el prado.

No es un ajusticiamiento
pero el día
depende de una palabra.

El colibrí disgustado
-su pico dulce,
hiriente espada.

De la bomba lacrimógena
-el violento
genio de la ira.

Al picotazo
de las palomitas
-leve, una pluma.

El gallinazo
-un cadáver hinchado
baja por el río.

Con el cuchillo corta
el cuello
-la cadena de la niña.

El fajo de billetes,
enmohecido...
-de alguna caleta...

-¿Sueña el espantapájaros?
- En la huerta combaten
verdes gusanos.

Desalojo en la invasión,
arde el cambuche
-no se seca la lágrima.

Si sale corriendo,
la muerte más rápido
lo encuentra.

Por la bota rota
camina la sangre
-se va la vida.

El mundo es así
-la araña, la red,
la mosca que lucha.

Campos
de guerra; cosecha
de huesos.

Caen las bombas,
los niños juegan
-los niños mueren.

El zapato destrozado
por la mina
-último paso.

Por la calle
solitaria ¡De repente!
Tres maleantes...

En la buseta
-huellas,
impactos de bala.

En el pomarroso
-a sables de picos
se baten los colibríes.

«¡Verdugo!»
grita el caballo a quien
lo despelleja; luego
muerde la rabia.

Vuelan rápido
-mas las piedras
de la cauchera.

Un explosivo le vuela
las manos; no alcanzan
a oírse sus gritos.

Lo vio:
- el cundumí llegó al nido
de los palomos.

La pala que entierra
da la respuesta
a la inquieta vida.

El aguacero pasa;
quedan las charcas.
La muerte pasa
-charcas de sangre.

El niño pobre
ensaya en el almacén
juguetes ajenos.

La humilde casa ardía
-impotentes miraban,
el perro corría.

¡Lo veo! ¡lo veo!
La mano del ladrón
en el bolsillo del borracho.

Pinos amenazaban
caer sobre la casa...
¡pobres pinos!

Murmullo de banderitas
- los niños despiden
al amigo asesinado.

El cadáver que me hago tiene
aún mis pelos
y mis uñas
-también un sorbo de luz.

Junto a mi padre
moribundo, mis tíos y tías
-también murieron.

Un cementerio campesino;
me detengo
-¿para qué correr?

Desenredando
la cometa el niño
se electrocuta.

Lágrimas del alma,
a la mejilla
-lecho de piedras.

Aun en esta despiadada
vida existe la memoria
-se avivan
desaparecidos...

No es una muñeca,
pero parece
-tirada en la calle.

Flores en la tapa
de la alcantarilla
-se ahogó la niña.

Parmenisco perdió
la facultad de reír
en la Cueva de Trofón
-yo aquí, yo aquí.

Cuenta que su padre
se cayó y se fracturó.
-los mayores como niños.

La mendiga recibe
- en vez de dinero –
ceniza de cigarrillo.

El parte da cuenta
de los muertos
-niños no saben contar.

El secuestrador
vende el cadáver
a la madre.

Manos se elevan
y voces de ahogados
-burbujas de espanto.

¡Piedras! ¡piedras! ¡piedras!
-¿Habría una creciente?
-Sí, de ira
en los muchachos.

Atentado al avión
-el corazón
en húmedas llamas.

Los niños
-tras el combate-
juegan con las cápsulas.

De noche, descalzo,
inesperadamente pisa
un alacrán muerto...

Al terminar
de caminar la calle
-el barrio demolido.

Las pesadas máquinas
abren la carretera
-tiembla la cabaña.

«Tímido como guatín»
-dicha de alcanzar a verlos
en la carrera de
extinciones...

Arde la tarde
-hasta dejó una gota
negra en la camisa...

No eran penas,
ni impericia,
ni mal tiempo
-el río se tragaba
a sus víctimas.

Muerte interminable
-sobre el camposanto
caen las bombas.

¡Pumm! ¡pummm!
-¿Qué sucede?
-Campo minado.

Historias de barberos
peligrosos -con el arma
en el cuello.

Con ametralladoras
de madera
juegan los niños.

Feliz con la venta
de la carga de piña
-lo asaltaron a balazos.

Destrozado por la mina
-¿El zapato?
¿El pie del niño?

Maldice el ciego
buscando el cigarrillo
en el suelo.

En la rueda del juego
de niños
¡estalla la granada!

Se escondieron
en la bóveda
-muertas del miedo.

Triste noticia...
- Me cuenta que la chucha
devoró al ganso.

El mar en la saliva
de sus olas, se traga
al desventurado boga.

En una telaraña
es difícil; sabe que ella
lo engulliría.

Vivió el imaginado
destino, ignorando
el trágico final,
común a tanta
historia verdadera.

Una mujer corre
con un niño en brazos
-sorda de explosiones.

Padres, abuelos...
-¿que es este camino
hacia la desaparición?

Demonios y fantasmas
no tienen horarios
-cumplen sus designios.

El sol caminó
solo por la calle
del ocaso.

Pedazos de poemas
- espumas del río –
syntaxis de un suicidio.

Carretera fantasmal
- casas cerradas, perros
abandonados, gallinazos.

Al final...
-el viento pasando
por el cráneo.

Mi amigo en cuidados
intensivos,
duerme y empeora.

¿Cómo puede ser
la boca de un niño,
blanco de una bala?

Brama el toro,
grita el vaquero,
sangra la ubre,
el seno...
-¡Campo minado!

Lenta, temblando,
impedida
-¡Ay! Le cuesta
mucho cargar
su propia muerte.

Llegaron, nos hicieron,
y nos dejaron hablando
del dolor.

Estábamos todos...
-incluido al que
enterrábamos.

Pasos fuertes...
Orden de captura
-sensibilidad de perdiz.

La señora se esconde
debajo de la cama,
-escucha los disparos.

Las mariposas
que se salvaron de la vela
vuelan a la llama siguiente.

Cauteloso tomo
el trapo y espero...
-pasa el zancudo.

En los epitafios
pasa la muerte
su llamada a lista.

¡Alto! ¡Alto, o disparo!
-el siguió...
Mataron al sordomudo.

De entre el humo sale
el bombero con una niñita
-otro atentado.

Ira de bestia
-busco
a un zancudo.

Noche tenebrosa
-y la luna...
¡Ojo de cíclope!

Charcas
de aguasangre
-¿En dónde?

Esos estallidos
dejaron
hablando del dolor.

-¿Qué lavan?
- Sangre en la cantina;
fue a cuchillo.

Rumor de la vida
en el cauce
de los días.

Viendo el reloj...
-el tiempo
haciéndose arena.

Mirar para adentro,
mirarse desde afuera
-la mirada va y vuelve.

-¿Cómo fue?
-Así, como te digo.
-¡No lo puedo creer!

Regreso del miedo;
un poco de calma
-¿Y si vuelve?

Se va el alma
-se detiene
el mecanismo.

Furiosa irrealidad
-el día
había muerto.

Amar, morir,
en las líneas de la mano
en las que escribo.

Con tanta grada
¿cómo sube un ciempiés
al piso diez?

Quería ser enterrado
rodeado de sus tesoros
-salió envuelto
en una chuspa.

La muerte
jugando a la lleva...
-A cualquiera le toca.

Albitama

*Cerezo de mi huerto,
aunque yo no regresare
florece tu.*

Anónimo.

Leve, el insecto
desconocido
camina sobre el agua.
La araña acuática
infla burbujas.

La infancia
emplumada cantaba
al sol de la mañana.

Tocaban dichosos,
quien lo hacía mal,
y el que lo hacía mejor
-no distingo en el canto
de los ruseñores.

Alma: llena de cuerpo;
cuerpo: lleno de alma
-pasan
por el corazón.

Llueve:
entra el coro
de ranas;
callan las aves;
las hojas
entran en una coral
de caricias
leves...
El trombón
las acompaña;
yo escribo.

Digo a mi hermana:
“Guárdame esta criaturita,
en el baúl de la abuelita”,
y el colibrí sale volando.

En la playa
del reloj de arena
un grano obstaculiza
la salida del tiempo
-todo es espera.

El alma de mis vísceras,
el alma de mis sueños,
el alma de mis versos;
regalo del alma de los días,
del alma del tiempo.

La sagrada
metamorfosis
del zancudo
-deja la lana
como tomando
los atuendos
de un faraón-
y vuela
con su zumbido
de agua del Nilo.

Invito fantasmas;
cerca de ese lado
de la línea del misterio.
Conviven
con nosotros;
oigo conversar,
y tengo presente
sus maneras.
De vez en cuando
se anuncian
-pequeño ruido
paso del viento,
burbuja, sombra.
Encontrarlos,
al pie de la montaña,
en los murmullos
de la fuente,
en la campanilla china.
También yo soy
un fantasma, tú, él,
y todas las
sombras que saltan
en las crestas
de las olas.

Amigo leo tu libro
de poemas chinos
-bálsamo
para las arideces
de este mundo.

La viuda
nos dio la más hermosa
flor de su jardín
-algo del amigo
perdura en esta casa.

La letra, la letra
que hago, me lo recuerda
todo, todo...
pero a veces, muda,
calla, se hace piedra,
silencio, olvido.

Dulce alfeñique
de mi corazón,
querida colina
maceta sabrosa,
¡maguey! ¡maguey!

-A que no me coges, padrino.
-A que te cojo, ahijado.
-Mas rápido quedas cansado.
-Que niño tan avispado.
-¡Maguey!
-¡Maguey!

Linda iglesita
de San Antonio,
colina, familia y amor,
dulce alfeñique
de la tradición

-¡Padrino!
-Ya voy.

Luego el maguey
se hace barco,
o se hace avión;
y se queda moviendo
la hélice
en el corazón,
en el corazón.

Dulce alfeñique
de la tradición.

Una sombra
entre las sombras;
atrás la luz,
entre reflejos;
las huellas
de los pasos.

Este añorar a los
amigos campesinos,
me hace buscar sus fotos
-conversar con ellos.

Corro el velo
-urapanes, eucaliptos,
la brisa mañanera.

¡Velos! Parecen
Invisibles tras los velos
de la indiferencia.

Parecen fantasmas,
asustan y a veces sus uñas
sucias se tornan garras.

Como en cuentos de terror
entran sin permiso
y se sientan en la sala.

Cogen cosas como tuyas,
se apropian de alimentos
comen con su hambre larga.

¡Velos! Existen, se parecen
y actúan como nosotros,
sin nuestro permiso.

¡Quita los velos! y vélos...
han crecido entre nosotros;
son nuestra familia.

Verlos sin los velos,
en la transparencia
que se deshace.

Lejos del campo
-diríase confinado
en la ciudad-,
busco la naturaleza
entre hierbas
en las hendiduras
de las calles,
en las materas,
en los árboles del parque.
La montaña
-regalo verde,
de neblinas y de luz.

Breve,
gota de rocío;
breve,
luz de luciérnaga;
breve,
el vuelo de la flecha;
mas breve,
el amor.

¡Ah! Qué gozo
el de aquel vagabundo,
con una roja paleta,
bajo el sol ardiente,
recostado a la sombra
del árbol,
a la orilla del río.

Luce harapos
contra el cuerpo:
alta la falda,
al muslo,
y en la oreja,
botón de rosa.

Hasta el lejano titilar
de la estrella,
la mirada abismada
la sueña
y en una lágrima
pequeña
se hace rocío.

El canto de una rana,
en invierno;
la hembra del ruiseñor,
los aguiluchos
chillan y vuelan
entre los árboles
de los parques;
los amos pasean
sus perros caseros;
una caprichosa
e inesperada llovizna
de verano
-le suceden
al que camina
su soledad
por las calles
del vecindario.

La palabra parece ruda;
el concepto bello:
el alma de mi amiga poeta
trasvasada
del cuerpo
al universo:
Meira, la dulce
amiga de palabra dulce
y dulce sentimiento;
la del refinado,
inteligente nombrar,
restituída
en versos,
hermanada en mar,
historia, lluvia, gaviotas,
y en la amistad,
de siempre.

Amo sus versos,
la transparencia
de sus rimas,
la suavidad
de su acento, el azul
que la inspiraba
y la llevó.

Música budista,
los canarios cantan
-la aseadora barre,
llevando
ritmo sonoro.

Ritornelo

Esta pena es
la alegría
que un día fuera;
ahora está afuera,
y vuelve,
como aquel día,
tristemente serena.
Esta alegría
es la pena
que un día fuera.

Todo se transforma
en la unidad
-nostalgia en poesía.

Poema
-trama de los días
y las noches;
de luces
y de sombras;
acontece
en el misterio.

-Tarde
veranosa y azul,
venteada
entre los árboles.
-La mañana
gris y lluviosa,
atristada,
nublada
de sinsabores.

Tanto cariño
hacía inimaginable
su vuelo.
Un relámpago seco,
estruendo sordo
en la tristeza.
No es que no
haya leído los signos,
es que me obstinaba
en la querer...

Sin una voz,
sin un canto
-intranquilo.
El vaivén de la puerta
tiene escamas;
los ojos
de la bisagras
se han oxidado.

Aquella flor
no florece más bella
en los ricos jardines
tampoco peor.
Florece,
donde crece,
como una vara
de incienso
al infinito.

Huellas del viento
en las dunas;
huellas del viento
rizando las olas
del mar;
huellas del mar
en la playa;
huellas del viento
en los árboles
y cultivos;
huellas de huellas
que dejan huellas;
huellas del fuego
en la tierra;
huellas en los glaciares;
las de las nubes,
las del fondo del mar.
Las del fondo de amar;
huellas fractales
-eterno pasar.

Regresan las golondrinas,
desciende la neblina,
pájaros llegan al bambú;
tiñe la noche, las montañas
pierden sus contornos.

Con las lluvias de abril,
el amor ardiente
y el mayo florido, lucen
más intensamente
y dan al paisaje colorido.

¿Recordarán las aves
a sus muertos?
¿Las piedras al fuego
de la tierra?
¿Las nubes
las montañas?

Corta caminada:
garzas blancas y morenas;
pellares, gallinazos,
periquitos;
alondra cantadora,
vuelo del titiribí;
samanes, nísperos,
matarratones, cañaduzales,
aguacates, zapotes,
y la gente en moto,
en bicicleta, relajada,
tranquila
-cálida tarde
del Valle del Cauca.

¡Ay!, asesinaron al profe,
robaron, desaparecieron,
¡Ay!
¡Ay! Descuartizaron
-vida y carne dolorida
la fiera se alimenta
de monedas.

No quiero guerras
ni disputas pero la calma de
mi retiro no ahuyenta sus
presagios.

Cada ser, un momento
distinto;
no existe el mismo
-los tiempos se encuentran.

Refieren incendios
incontrolables.
¡Ay! Morada
de tantos...,
árboles, grillos,
¡Ay! Duelen
capullos, lagartijas,
mariposas...
Pequeña lágrima
para tanta llama.

Ayer Madre
daba vida al hogar,
calor a la casa,
agua a las flores,
sabor al alimento,
aliento a los pasos,
y esperanza
al verde bambú
que crecía indicando
el porvenir.

Murieron soldados en
combate,
¿cuánto hicieron por mi?
¿Y los guerrilleros?
¿Qué es esta condición?
¿Por qué somos así?
¡Ay!, quisiera
otro mundo.

¡Qué tiempos!
-¿Tardará la paz?
¿acaso es posible?
¡Ay! Animal humano
que no cesas
de matar tu hermano.

Sucede lo verdadero
-darse cuenta donde
se queda el tiempo.

No porque tenga
muchos pies,
camina más rápido
o más seguro
-el ciempiés.

Costuras invisibles
-poetas de las guerras-,
letras perdidas.
¿Acaso las más
Enraizarán
en algún labio?

Escribir poemas,
leerlos en voz alta,
-¿hablar solo?
-No, conversar
con el mundo.

-¿Para quién
estas inocuas
reflexiones?
-un libro viejo
no es sólo papel
para el gorgojo.

No es la lluvia,
no son diamantes;
salta la luz
-¿Cuál es la basura
del día?
-Lo que desperdicia
tu propio corazón.
Maravillosa oportunidad
y espero la luna.

No digo “indígenas”;
no digo “afrodescendientes”,
tampoco digo “hispanos”;
ni digo colombianos.

Tampoco digo “argentinos”;
ni “uruguayos”;
ni digo “latinoamericanos”;

no digo gentilicios,
europeos, ni
norteamericanos;
no, porque los términos
excluyen y segregan;
digo simplemente
“humanos”.

Seguidilla del amanecer

*Linderos de alambre
cruza el viento
a invadir la pradera.*

C. Trujillo

*Alambrada, a pesar
de tus púas el rastrojo
entró en la mansión.*

Fernando López Rodríguez

Llueve,
-¿que pasa conmigo?
-Estoy feliz.

La lluvia
-un allegro
sostenido.

Solitario písamo
-la lluvia lo rodea,
lo acaricia, lo abraza.

Bueno, está la gota,
el charco... Y allá
el mar; la nube.

Cuando escucho
la lluvia, no pregunto
el lenguaje de Dios.

Ya se, ya se,
la frescura de la begonia;
esta lluvia.

Las aves le toman confianza
a la lluvia; saben
que no habrá tormenta.

La lluvia amaina
-los rayos del sol
se atreven.

Un aguacero
-¿Cual fue
la última gota?

Invoca la lluvia
-renovación, fecundación
¡La tierra!

Ellas levantan vuelo
separadas, blancas
-en el azul se encuentran.

Como no lleva
corriente, los niños
saltan la quebrada.

Disfruto la lluvia,
pero pienso en las
inundaciones
de las tierras bajas.

Pasa la brisa
bendiciendo
el maizal.

Gota de rocío
-leve, cumpliendo
su destino.

Viendo la inmensidad
del mar,
no me olvido de la gota.

Aquel aguacero
en el Caquetá
-ninguno como ese.

En la madre vieja
de algas, la garza
-esbelta, estática.

Oigo el agua
-el agua con que lavo
los trastos.

Nombres desconocidos
-en la madre vieja,
la garza y las algas.

Con traje de pescadora
-la garza
en la madre vieja.

El río lleva
la luz del sol
a su destino.

Al tiempo los lirios
del jarrón, cada uno
con una lágrima.

La tempestad
inclina las guaduas
-¿Cuál es cuál?

Grisés, azules,
tonos de verde y trazos
de colores.

Arrulla la torcaza
al primer silencio
-entra el ruiseñor.

¿De dónde
viene el aroma
de la reina?

Un grito fuerte
y extraño
-lora cautiva.

Alabanzas
entre cantos
de las aves;
muge la vaca,
graznan los gansos,
calienta el sol.

Las aves
del aire regresan
a su nido.

Aun en la lluvia,
el mas alto y vanidoso
-el pechiamarillo.

Las garzas
como llamas
de alianza.

Cesa la lluvia
-algunas aves
se envalentonan.

Suave danza
-el viento
mueve la flor.

Cesa la lluvia
-una abeja
visita una flor.

Fluir, pasar, siento,
corriente de aliento,
-silba el viento.

Aquel que canta
en la copa del arrayán
-¿qué se dice?

Día tenue,
gris de flauta,
-golondrinas.

La alondra enjaulada,
en el balcón sueña
vientos de libertad.

«Ta-ta; ta-ta...»
-creo distinguir el sonido
de la lagartija.

No estoy solo
-florece
la estrella.

Espero al titiribí,
pero canta
el cucarachero.

Cae la tarde,
el fragor de la avenida
-aleteo de paloma.

Escucho el pito
del vigilante
-canto nocturno.

Estas son letras
de la breve
canción del día.

Evanescentes
-pasan las nubes,
pasa la gente.

Canta
el titiribí –espero
la luna.

Tengo amistad
con Kami de las hojas
-espíritu protector.

Revisando cuentas,
me levanté tarde
-la luna traspuesta.

Estridencia en la avenida
-salgo al parque
para escuchar los grillos.

Abejas y colibríes compiten
en el jardín.

Ventea,
cierra la ventana
-silba el viento.

El amanecer
tranquilo –escucho
la avenida.

Cantan el petirrojo,
¿irán a ser las cinco?

Abajo los carros
-arriba juegan, planean,
las golondrinas.

El gorjeo
se acaba
-parada de buses

¿Dónde el canto
de los canarios que cuidaba
mi madre?

Asambleas de aves
repiten dos veces al día
las enseñanzas de Buda.

La débil, mariposa
-el fuerte, viento.

Cenizas y fantasmas
-voces entre libros
de biblioteca.

La palabra, la figura
-encantamientos.

Voy al diccionario
-escojo un manojito
de palabras hortalizas.

Ayer, aturdido,
no lo oía
-al petirrojo.

En la inhóspita
ciudad aun canta
el pajarillo.

Igual hacen bullicio
las abejas
en la colmena.

Aguadas
-después de los colores,
los tintes de la noche.

Atardecer vanidoso
-la noche
le da la espalda.

Ser un instante
de la tarde; quien lo siente,
lo escribe.

¿La hora eterna
en la corriente
de este río?

Libros, ecos...
Gruta; refugio
de las voces.

Era universal
su búsqueda, y no había
salido de pueblo.

Entre el platanal,
techo rojo de la casa
-humo del hogar.

Amanece
-primero los pájaros,
luego lucen las flores.

Le pido que me
avise si ve
a un gorrión.

El reloj
de la muerte, seguirá;
lo sé.

El perrito blanco,
la pata alzada
-orina a gusto.

-¿El pechirrojo,
de frente?
-No; mandarina madura.

¡Tas! Miro: rueda
por la pendiente
-la amarilla guayaba.

Al calentar
el sol
entran los grillos.

Llueve,
las hojas cantan
-se oye un trombón.

Se oyen láminas de zinc
-el campesino
protege las paceras.

Por el camino
buscando dalias
y gorriones.

El guadual
a su belleza le suma
su humildad.

Mientras llueve...
-subversión en la
cocina: huele a arroz.

Campo sembrado;
la lluvia.
-erotismo natural.

Palmeras
del horizonte; altivas
princesas.

Una vez más
soy escribano
de la naturaleza.

Suelo egoísta
-cada hueco
hace su charca.

Los jueces
están en huelga
-yo en el campo.

Callan árboles,
los habitantes del suelo
-sigue la lluvia.

Vuelve el sol,
guadales se levantan.
Cantan pellares

Pellares pelietas;
los gorriones humildes
-flores, bulliciosas.

El túmulo, las flores,
los guásimos
-el canto del ruiseñor.

Este poema,
¿traduce
o describe la flor?

Ser ingeniero
-distinguir en la noche
el ruido de los motores.

Huellas en Olduvai,
huellas en la luna
-¿dónde más?

Los rincones
de amorardiente,*
ahora tan escasos.

La pitahaya sólo florece
en la noche –dice
la campesina, maravillada.

Van a cortar el guadual,
¿cuánto gana el dueño?
¿Cuánto pierde el paisaje?

La matera era la choza,
las hojas se levantaban
-el tejado florecía malva.

Se abren las nubes,
se filtra un rayo de luz
¡Ah! Florecilla silvestre.

Las hojas secas
se arremolinan
con el viento y pasan.
-¿A dónde van? –pregunto
-tú también vendrás-
sentencian sin afán.

* Planta silvestre de los bosques de niebla.

Temporada invernal
-en la creciente van
niños y ganado.

Anturio estilizado
-barquita roja entre
olas verdes.

En el fogón
humea un leño,
-no hay un trasto.

Entre vientos y truenos
la pregonera
ofrece los aguacates.

Imagino garzas
pasando parsimoniosas
sobre guaduales.

El paraguas
quedó ahí. Al fin
salió el sol.

Orina en el baño
-se oye
hasta en la cocina.

El verde se hace
noche; la noche, ónix;
la montaña socavón.

Me dice que ya hay
mangas viches
-¡las mangas pomas!

Una siesta
a campo abierto
-¡qué inesperado!

La arañita
-ocho patitas
para arriba.

En el corredor del edificio
camino y leo
-se diría un monasterio.

Pasan las flores;
quisiera ayudarlas
a marchitarse.

Las secas vainas
de la leucaena
¡osario de semillas!

El imponente higuerón
extiende sus raíces
sobre la avenida.

Al interior
de la casa paterna
sorprendió el bambú.

Tantas veces
sembrando
-una, sembrado.

Seca en el libro
-¿quién diría que es flor
de guayacán?

Eras la primavera
-traías las flores.

Me dice, ¡ay!
-que había un pellar
muerto en la autopista.

No se mueve
ni una hoja -¿Dios?
-Mucho calor.

El brote
se ha secado, cuando
iba tan bien.

En la carretera,
prósperos gallinazos
-el perro muerto.

En un rincón
del kiosco -la antigua
jaula de kamala.

En la carretera
amables paisajes
de la vida rural.

Garzas, anturios,
estrellas, me hacen creer
en la primavera.

Aquellos atardeceres
derrotados
-luces urbanas.

Calma y brisa
-respiración
del universo.

No es una flor,
la hoja del corazón herido
-¡qué belleza!

Semilla de deseo,
árbol de vida
-fruto amargo.

El pequeño pié
recorre
grandes distancias.

Muchos presumen
de la carne; no me asombro
de su muerte.

No he hecho
esta piedra
-la admiro.

La añosa ceiba
crece
en la eternidad.

Los botones de flores
del jarrón que no abren
¡sacrificados!

Caen las flores
de astromelia
como si de ciruelos...

Avanza noviembre
y aun espero
la cosecha de mangas.

Antes, uno que otro bus
-ahora,
congestión en la vía.

Dos viejas ventanas,
bellas
-siempre cerradas.

Callada,
en la ventana
-ojos de silencio.

En el campo eran simples
las costumbres
-ahora no se salvan
de los males presentes.

Me cuenta
que una lágrima vertió
al final del libro.

El campesino
no vende las yucas
-me las regala.

Admiro al pintor,
al músico, al actor...
Yo escribo...

¡Un ron!
Los mayores decían:
<<Uno, para el frío...>>.

Almuerzo y dos perros
me velan... primero
uno; luego el otro.

Tarde azul, soleada;
almas azules, serenas.
Adiós al buen hombre.

Al caer la tierra,
lloran los ojos
-motas en el alma.

La esposa, el hijo,
las hijas; cada uno
una palabra de despedida.

-Sobre el ataúd
del capitán, ¿el arco iris?
-no; la bandera.

Ese entrar a la tierra...
La familia, la amistad,
le dan un aire de nobleza.

Balucea su testamento
-una mirada
de amor por este mundo.

Que fui niño, bien;
¿pero sentirme
en el vientre?

Tal como se viste
revisa cómo ha quedado
su haiku ¡Que vanidad!

Dar la impresión
de este mundo
-eso hace el poeta.

Viejos recuerdos;
en aquel entonces,
¡tanta vida!

Leo haikus;
me emociono
¡Esta vida!

Día festivo
aprovecha para comer
papas fritas con ajo.

Día festivo;
con calma cambia
la cuchilla de afeitar.

Cambio de sitio
las matas; como enfermero
pienso en el aire, la luz...

Espero al titiribí,
¿o ya me tomo
la medicina?

Olvidos, ceguera, sordera...;
sabias tus palabras, Buda
-difíciles los caminos.

Un zancudo
-pienso si atormentará
a mi esposa.

Solo en la tarde
-inesperadamente
llama mi hijo.

Miro al nor-orienté
y pienso en la tumba
de mis padres.

El Tao junta,
el Tao separa,
florece y pasa.

Leo versos
a la media noche
- no logro acallar
una preocupación.

Suavemente,
como gato, va
llegando la vejez.

Evoco amigos
-la memoria fiel
a sus recuerdos.

Según las habilidades,
los caminos
- me quedo en los versos.

Si hoy saliera la luna,
tendría vergüenza
-tanto hablar de mí.

Contar sílabas
y líneas –a veces
resulta innecesario.

Camino descalzo
sobre las hojas
dejando la piel.

Tarda en aparecer
-no es que quiera
hacerse rogar...

Vivir lo suficiente
para ver morir
montes, ríos.

El viejo poeta confiaba
sus versos,
a un tardío crisantemo.

Ni breve, ni larga;
tiene su duración
-la vida.

Como escribo para mi
no discrimino
los versos sencillos.

Aprecio de amigos,
-reconocimiento
de los versos.

Llueve.
Cuando el sol,
cantaban los árboles;
-ahora los habitantes
del suelo.

Gratos momentos
-los de amor
a la naturaleza.

La silla al sol,
el libro de versos
-¡que buena compañía!

Ejercitándome
para el recital, hago
muecas y carantoñas.

Frente a Buda
tomo el café
y parto al pan.

El viejo de la
vereda me saluda
con simpatía.

Por descuido
el dulce se ha avinagrado
-siento culpa.

Este día,
estos ojos
-lo que vemos.

Cenar con amigos
-alegría del camino
compartido.

Hiro está en Japón
-el gato callejero
sigue en la puerta.

Hablo con mi hermana
-me relata entusiasta
el cielo de la isla.

Se hacía responsable
de la suerte
de un hierbajo.

Escribir, sin competir,
por el gusto
de hablar y de escribir.

Mis versos expuestos,
indefensos
como una huella.

Expuesto al mundo,
ser en las cosas
-alegría de vivir.

El abogado pregunta
por un proceso...
-esposa fallecida.

Menos aprisa
las cosas parecen
correr mejor.

Por ofrenda,
serenidad; por bendición,
armonía.

Accidente
en la glorieta; el indigente
inmutable.

Hemos pasado...
-el paso a paso
que nos hizo.

Cuadro amado;
solo mirarlo lleva
-una oración.

Alimentarme
me impresiona
-el dolor que implica.

El hijo, ahora escritor,
escribe del escritor
que era su padre.

Negra que amamantó
a la blanca; blanca
de corazón mulato.

En mi memoria
me refugio,
renazco y vivo.

¿Acaso es distinto,
el dolor,
en los animales?

A aquel gitano
compré la testera,
-lucir el caballo.

Amanece
-pasa la línea
de fuego.

Después del aguacero,
el primer canto
-¡el llanto de un niño!

En cada haiku,
describe viajero
-relata el mundo.

Ocupándome de otros
menesteres, anoche,
por casualidad, ¡la luna!

Esa lima naranja,
en la ventana,
¿de quién es?

El tango a la salida,
como tantas veces,
hablando de la partida.

Como una capitana,
la esposa en la cabina,
preside el cortejo.

Busca la palabra;
desea acertar...
Dolor de nombrar.

La luz,
¡de lleno!
sobre el corazón herido.

A quien
le mandaban la revista,
ya murió.

Todo está poblado
de muerte natural...
Abundan malechores.

¿Que fue la vida?
El inventario breve
-y ¿la nostalgia?

El yo es ilusorio,
pero es, centro vital
-causa de dolor.

Subo al taxi
-no están lejanos los días
cuando montábamos
a caballo.

En la revista de épocas
pasadas, la gente ya mayor,
¡como éramos en la
juventud!

-¿Melodía?
-un recuerdo; presencia
del tiempo.

El alto pino, allí;
lo recuerdo, y el árbol
de lima-naranjas.

Estudiando el dharma
se marchitan las flores,
caen las ramas.

Su pelo blanco
se resuelve en nube,
olvidos y silencios.

Queriendo distraerse,
bebe; bebiendo discute
-¡copas amargas!

La niña enferma
quiere morir
-casi crisálida.

He estado
veleidoso con mis penas
-como si la alegría...

Fe en el Tao
-en todo
la verdad.

Rueda la moneda:
¿transmigración? ¿Karma?
-El mismo sello.

¿De verdad
soy, este algo
que piensa?

La resistencia del hombre

*Como el Llao-llao
al ñire;
así, dulce-dulce.*

Parteso.

Rodeado de volcanes
jugaba con una
lagartija –de caucho...

Arbitrio de pescador
- la trucha
vuelve a la laguna...

La laguna, los patos,
el ensáis
-manada caballos.

El perro se lanza
seguro
a cruzar el río.

Luz, y alta nieve
-lupinos blancos, malvas,
rosados; el río discurre
amable.

Cambia el paisaje;
cambia el hombre
-el río fluye.

Una gaviota
en la laguna de Los Césares
- ¿talvez algún grillo?

Floreillas silvestres,
vuelos de insectos
-en la Patagonia.

La lagartija cae
de la sábila, verde,
como una hoja.

Hojita rojiza
de ñire caída
en el bosque.

Los pensamientos
que guardamos
-aun están contigo.

A la sombra
de arbustos chaparros
hacemos la siesta.

En el sur
-florejillas tachonan
los senderos...

Los niños al soltar
su barquito de papel
le dicen ¡adios!

Dime, luna
¿por qué rizas
mi lágrima?

¿Cree que las aves
son libres?
-escucha su canto.

Versos vivos
y dolientes que aletean
en el aire.

Maiakovski es triste,
como el oka –un dolor
entre relámpagos.

Los perros
cuidan el caballo
de Coco.

Por la pólvora
-la niña tiene corazón
de paloma.

Pánico de mirar
y quedarse petrificado
-¡el precipicio!

Juega con la luz
-sigue las sombras
de la acacia.

Un cuaderno de
versos, perdido
en un aeropuerto.

Cada época
tiene su sensibilidad
-...y cada edad.

Ramillote de tonterías

*“Hay tres cosas que
me disgustan mucho:
la poesía de los poetas,
la escritura de los escritores,
y la cocina de los cocineros”.*

Texto Zen

*Indagando el misterio
me siento primitivo
¡mono perplejo!*

A.G. Mots.

Un pozo soy
-tengo el alma llena
de aguas interiores.

Llueve –el agua
encuentra su manera
de escurrirse.

-¿Cabe en una hoja,
la vida?
-incluso en un epitafio.

Ven, vamos a ver
a la quebrada fluir
por los cauces de Dios.

Vamos,
¡por Dios!
A la quebrada.

Al levantar la cortina
-izo la bandera
azul de la mañana.

Al decir “yo”
-un poco de viento
en el pronombre.

Su nombre
es inefable
pero lo dice el río.

Se mueve el móvil,
leo, cantan los grillos
-pasan los carros.

Mi viejo amigo
cabalga en la luz
-camino de misterio.

Canta un pájaro,
el niño lo busca
-leo nubes.

¡Qué tranquilo!
-inquieto
colibrí.

Huele las frutas
para recordar su país,
mi amigo japonés.

¿Las alondras
también rezongan?
-¿o sólo la alegría?

Desvelado escucho
el pito del vigilante
-canto nocturno.

Llena de flores
-quien quería
llegaba.

Sobre la superficie
del lago los pensamientos
hacen leve onda.

Nacer para perecer
pero, ¡que lindos lirios!
Y, ¡cómo aroman!

Un soplo es el instante;
carne y dolor
-viento de aliento.

El alma es una hoja
-suave, imperceptible
la desprende el viento.

Eso somos
-sombras
de un relámpago.

Dulce búsqueda
-el colibrí
tras su pareja.

Inútil cae
sobre el pavimento
la semilla.

Una sombra pesada
cae sobre la acacia
-el chamón.

Sembró una plantica
de ciruela;
crece en la puerta
-él ya la cruzó...

El cansado
paso de la gente
-los viernes.

¡Ah!
La alegría
de los árboles.

Arena universal
– el comején
deja su huella

Cementerio
campesino poblado
de libélulas.

Todo inquietud
-aparece la ardilla.

Sobre el zurco
de la frente rueda
una gota de sudor.

No encuentro
el separador de las horas
-umbral del mediodía.

El perrito blanco,
la pata alzada
-orina a gusto.

Lenta, lentamente
se despereza
el frondoso samán.

-¿Canta el pájaro?
-No; silba
el campesino.

Llueve, pero hay
una antorcha encendida
¡El tulipán!

Voy por el camino
Buscando azucenas
y gorriones.

Una tumba cerrada;
otra abierta...
-¿a quién esperará?

Una cordillera de nubes...
-no, son más fuertes las
cordilleras de la tierra.

Que aprendí a escribir,
bien, ¿pero qué
escribo de epitafio?

Gusto familiar
-el pan, el vino, el dulce,
el arroz, la sal.

Ni breve, ni larga
- la vida de la efímera
tiene su duración.

Estornuda,
-pero no sé
por qué.

Si antes no existía
-¿por qué me preocupo
de lo que seré después?

Ese silencio
elocuente, firme
-el de la piedra.

La carne
-ese doloroso material
del barro.

Una hoja
-instante
sobre el tallo.

La hoja cae
en el viento al paraíso
-al paraíso del suelo.

Un termitero
-sugiere lo que la tierra
será mañana.

Aprisa
¡como nunca!
-hormigas en el bosque.

¿A qué le temo
en el bosque? Sin duda
al mosquito que insiste.

Cuán arrogante era
Me sorprende oírlo
preguntar por el bastón...

Solo el alzheimer
le hizo olvidar
su hijita fallecida.

Mi generación
-las hojas en la rama,
se van desprendiendo.

-Atentos se abre
-¿Qué?
-los ojos, la boca,
del haikú.

Sembré palabras
en el jardín
-flores poéticas.

No encuentro
la hoja que dejé
en el cuaderno.

La mujer
-vientre del viento
de la vida.

-¿Qué ve el ojo desnudo?
-Un río de estrellas;
pelusitas en el cielo.

Kilómetros
y kilómetros y al fin
un gorrión.

En la larga cabellera,
cuenta la madre los días
de su hija secuestrada.

La viuda, serena,
siempre ha esperado
-sabe tejer.

Contar las sílabas
-los latidos, respiración
del poema.

Dicha de tener
mi libreta de versos
-Aquí estas, luz.

Dar la impresión
de este mundo
-oficio de poeta.

¿Late el poema?
-si no, ¿cómo se oyen
sus golpes de voz?

Estas son letras
de una breve canción
que tararea la dicha.

¡Atracción!
Qué manera de llamar
la gravedad.

Si fuera budista
te prometería
-“Todas las vidas...”.

¡Qué le ocurre
a este cauce!, abundante
en lágrimas!

Lucerna
del verso –poesía,
fuego del alma.

¡Ay!, mi amigo
-tengo una pena
de muchas penas.

El bonsai florecido

*En el jardín
la camelia florece
de blanco.*

Onitsura.

Pido al taxi
alargar la ruta
-llueve.

Por la canal cae
a la tina
-agua de lluvia.

Muy temprano
cruzo el paseo
-rumor de río.

Oro en la madrugada...
-la luna de miel
proyecta mi sombra.

Batir de alas;
los murciélagos
-concha del oído.

Me detengo sobre el puente
-en la rama del chiminango
canta el cucarachero.

En su silencio
se escuchan sus palabras más
queridas.

Se regocija,
mi hijo, viendo los tonos
del atardecer.

Automóviles pasan
-no impiden que escuche
al ruiseñor en la noche.

Al amanecer,
camisa sobre camisa
-leo versos.

Día de trabajo,
como otros, pero hoy
-sale la luna.

Bello el florero
-entre ellas, una más bonita
¿o es el amor?

Canta el ruiseñor
-el día tiene su esperado
comienzo musical.

Calla y reinicia
-incansable, avecilla.

Humedad, frescura
-murmullo del agua rueda
dentro del cráneo.

Escribo con agua...
-toco la marimba fluida
de las letras.

Hoja, ¿de qué árbol?
-desprendida de mi diario...

En el vaso
con agua –los arreboles
de la tarde.

La hoja está llena
de versos –por hoy
tengo bastante.

Escribe versos
el que canta en las noches.

Inquietud de sabernos...
¡Perplejidad!
Nostalgia de un instante.

¡Chobo! ¡Chobo! ¡Chobo!
-llamaban su alma
gritando en el pozo.

La anciana con el espejo
mira de reajo
a los transeúntes.

Mil bellos paisajes
prohibidos
-¡enfrentamientos!

En cualquier lugar,
la amistad del libro, las
hojas del cuaderno.

Como torrente,
pasa rápido la vida
¡precipitada!

La vida
-un soplo, un instante
de viento.

Pinto esta rosa,
este tallo, esta espina
¡Ah!, el aroma...

Pinto la reina, blanca,
leve amarillo, y espero
las diez de la mañana...

Callan los borrachos,
cantan aves y cigarras
-primer día del año.

Con metáfora,
o sin ella, el poeta
dice sus cosas.

Los canarios cantan
sin licor
-hacen su fiesta.

Nada original
tienen las nubes
-lo tienen todo.

Una rama,
el vuelo de un pájaro
-la azulosa inmensidad.

Después de años
en la carretera
-¡la golondrina!

Sobre los vértices de las
lomas, cintas amarillas
resaltando sus pliegues.

¡Ah! flores, árboles,
las montañas y ríos
-pasear caminos.

Prodigiosa
la mata silvestre
-una y otra flor...

¡Tempestad!
-el campesino piensa
en las flores del café.

En la alta montaña,
entre jiguas y mameyes
-la flor del arrayán.

El arroz blanco,
más blando
-otra variedad.

No consiento
en matar una mosca,
sin embargo, a veces...

Hierbabuena, tomillo,
romero, hierbas de la huerta,
de la cocina.

A gusto
lavo los platos
de la comida.

En la avenida
-playa de la ciudad-
ruidos de ruedas.

¡Quisiera verlas!
-florechillas de las montañas.

Como tronco
de árbol
-el amigo muerto.

Con la noche
llegan las golondrinas
a los aleros.

El mundo es inmenso,
pero estas violetas aquí...
-blancas, moradas.

Solo tomé un poco
de naturaleza, de sílabas;
las ordené, las desordené.

En la mañana fría
-acobardada,
bajo los portales...

La cigarra
en el cemento; la recojo
y la llevo a la matera...

Ríos de lluvia
cruzan la carretera
-habla la naturaleza.

Corren desbocados
hacia el futuro,
-el cuida la retaguardia.

Pierde la vista,
pero su cara se ilumina
recitando sus versos.

En la flor marchita
cuenta la oportunidad
concedida.

A la florecilla
no le importa la altura
de la cascada.

En la sala arde
la lámpara votiva.
-una ilusión.

Estoy feliz
-tomé la foto
al gorrión.

Bajo e inseguro
-primer vuelo
de la torcacita.

«Ungüento de caracoles»
-el vendedor
sonríe orgulloso.

Silencios
y, alegrías
¡Días lejanos!

Espigas de puntero
se florece la cabellera
de la loma.

El pastillero, el vaso
con agua, el cuaderno
-en el nochero.

Provenir, porvenir;
¿dónde se acomoda
el saltimbanqui?

-¿Un poema?
-Una hoja más que carga esta
hormiga.

El cucarachero
no deja de visitarme
por estos días.

Llega el año nuevo.
-miles de brotes
y de hojas caídas.

La abuela
les habla y riega
a las plantas.

Salgo contento,
y una pareja de jilgueros
aumenta mi dicha.

El fogón,
el calor, los alimentos
el afecto.

Lámpara nueva
de madera y papel de arroz
-mi lámpara japonesa.

Al encender la luz
-la cotidiana amistad
de los objetos.

Pasan y pasan
enfermos y enfermos
-cafetería de hospital.

Me cuido de enemigos;
me cubro...
-¡qué mosquitos!

Mi condiscípulo
me regala un bebedero
para los colibríes.

Son las siete
-los vecinos aplauden
al comenzar el día.

Esta ranita
pía,
como gorrión.

El día está gris
-mi ser claro y alegre.

Indiferente al olvido
-florece la violeta.

El de los chamos
parece tosco
-pero es un beso.

Viéndote, luna
me acuerdo que existo
-reencuentro.

«Si coges luciérnagas
para mi,
te presto la bicicleta»
-dice la niña.

Todas las flores
hacen la hermosura
del florero.

Preguntar el nombre
de las plantas,
haciendo amistad.

Casa de la viejita
-guardería de perros
vagabundos.

Una nueva flor,
en la matera, como si
la primavera.

Entre el botón
y la flor marchita
¡una vida!

Buscar un jardín
en medio
de la guerra.

Páginas de mis cuadernos,
sonad como guitarras,
maracas, o violines, ¡sonad!

El ojo verde,
desesperanzado
-la tuerta.

Entre las hojas caídas,
cascaritas de huevo
-¿habrá sobrevivido?

Cantos de guerra
-el tuyo es el mismo,
¡ruiseñor!

En invierno
descendemos de la colina
-con el amigo, en el ataúd.

Amigos envejecidos,
amigos idos
-el tiempo no pasa
desapercibido.

De entierro en entierro
-como antes
de fiesta en fiesta.

Rompo viejos
memoriales; ramas secas
del árbol judicial.

Escribo poemas
para reciclar hojas viejas,
nuevas penas.

Seres queridos;
tan aquí
y tan ausentes.

Las rosas del florero
-ofrendas
al viejo cuadro familiar.

Enterrando a su padre,
me dice:
-«lo quería mucho».

Extraño las cigarras.
-por ahora solo escucho
las de la niñez.

Ha de tener frío
el ruiseñor,
que no canta.

El haiku, rápido
y eficaz
-la fotografía.

Amigos y parientes,
queridos, todos aquí
-en los recuerdos.

Tumba del amigo
-en cada visita, libélulas
en la colina.

Poemas y flores
sobre el adiós
de madera.

Destino fatal
y aun amo este mundo
¿Cómo no hacerlo?

Aplauden
antes de salir.
Tienen fuerza

La larga cabellera,
de la secuestrada
-más larga su pena.

Cambian las cosas,
sin embargo
-¡la casa natal!

En la secretaría del tribunal,
el viejo reloj...
-Estos son otros tiempos.

Este ollero,
que canta en enero,
esta perdido...

La adormidera
en la mañana, despierta;
al atardecer, duerme.

Como ollero
equivocado canté
una ilusión.

Las horas del futuro,
-la memoria recuerda
que pasaron entre sueños.

Madre me enseñó
la orquídea, su perfume
delicadeza del amor.

Las campanadas
del reloj caen como gotas
en el eterno vacío.

Sin poesía
-sin alas-, se nos crecería
la bestia.

Desposeerse
-tener la fluidez
del río...

Con alegría, con ganas
bate las alas,
se alza a los sueños.

-¿Cantaba el cucarachero
antes de despertarme?
-No sé; pero lo escucho.

Llega al pezón,
bebe la vida; entonces
cantará mañana.

Estamos lejos
del simio; somos más
perversos y dañinos.

Parece la primavera
-las flores
del cementerio.

Triste el canto
del pavo en vísperas
de navidad.

Aunque tu dolor
no tenga fin, que tu ira pase
con el día.

Deponer las armas;
no hacer daño a nadie...
-¡hace falta la utopía!

Esto de ser...
brote, rama y árbol,
entre verdes y cenizas.

La vida es algo más
que una ilusión
-confía como la espiga.

A las cuatro escucho
al cucarachero.
-acostumbrado encuentro.

Ni frío, ni caliente,
toma aquel hombre
su desayuno.

Desconozco
el mar de las estrellas
-orilla del cosmos.

Hay algo inútil
en la pena; algo de lluvia
sobre indolente roca.

Antes me preguntaba
a dónde iría;
¿acaso habré llegado?

Quiero anotar
una pena convertida
en alegría.

Millones de astros,
de seres
-cada cual su prisa.

Enunciación...
El viento que pasa,
sopla su nombre.

¡Ay! Presente
de mi pasado;
¡Ay! Presente
de mi futuro
-¡huidizo y díscolo.

La superficie
es la piel
de la tierra.

Siguió la dirección
del viento en el velero
de los días.

Huellas perdurables
de las mariposas
en el aire.

Fragilidad de pompa
-fugaz instante
en el asombro.

No se nada
-tan sólo, alma
extraño palpitar.

Con o sin nosotros,
es el mundo del dolor
-y del asombro.

¡Ay! Limitación
de la mente; humillación
de la soberbia.

Tiempo
de burbuja
-corto vuelo.

Alelúes del barranco

*¡Cómo decir, en la
dichosa algarabía,
esta voz es mía!*

Parteso

No son lágrimas
en la casa
-la neblina pasa.

Recuerdo que llama
-en la quebrada,
canta la rana.

Escuchar en la noche
el croar de las ranas,
las querellas, sus asuntos.

¡Ay!, de mi
-en el hombro me canta
el titiribí.

Al silbo,
me siento feliz
-canta la perdiz

Del negro, del azul oscuro,
nacen los grises
-tenue amanecer del día...

En la verde
inmensidad, al grillo,
alguien lo escucha.

Se insinúa el blanco,
entre las nubes
-pronto entrará la luz.

La luz, el día.
Todo puede suceder
-cantan las aves.

Alegría, dolor,
barro estremecido
-temblor del alma.

Alto, en el cielo,
un trazo azul y blanco
abre la mañana.

Cantan chicharras
-bajo el mango estudio
el Eutidemo.

Luz ajena, cielo
indiferente...
Cascada del tiempo.

Asterión, el minotauro
aprendió a hablar
-narró su dolor...

El viejo mayordomo
punteaba, en la bandola,
“La pluma del pavo real”.

Esos instantes
que nos reencontramos
inesperadamente.

Baba de caracol,
tinta de calamar,
olor de la madera
-tienen mis poemas.

Las letras del verso,
puertas del paisaje,
oídos para el agua.

Escribir el verso,
en el aire, en la luz,
en el viento.

La noche envuelve
-la lámpara ilumina
el blanco papel.

Ver amanecer,
teñir la noche
-seguir el paso...

Olvido bueno,
sanar; olvido malo...,
olvidar y errar.

Millones de personas
-un pájaro en la rama.

¡Pomarrosa!
-vuelva la orquídea
y vuelva la rosa.

¡Huuy! ¡huuy!
-fogón de leña
y abajo el cuy.

Los alelíes florecidos
el camino generoso
-calma el paisaje.

El campo huele
ya, a mandúl
y a yaraguá.

¿Quién me llama?
-el zapote
o la guama...

Placer de caminar;
de caminar y caminar;
de caminar y caminar.

La luz domina,
emerge la ciudad
-la lucha.

Las hojas de bambú
como una mano,
hacen señas extrañas.

La avenida
-la iguana, pisada.

Los chalchaleros,
los pajarillos...,
luego las charatas.

Se conmueve
de los cambios en su vereda,
¡qué decir de esta ciudad!

En la noche, estrellas,
luciérnagas, y niños
de miradas inquietas.

SEGUIDILLA
MEMORIOSA I

Guayaba otra vez
-que vuelva
la niñez.

Azucena
-que vuelva
la gente buena.

Estrella del Caquetá
-Madre
ven para acá.

Que yo sepa ,
no hay nada mejor
-desayuno con arepa.

Azafrán, azafrán
-quiero montar
en el alazán.

-¿Chiquito
y con sombrero?
¡El Duende!
-¿A cuál cojo primero?

No hay ninguno
valiente, cuando sale
la Madremonte.

Vale poco,
correr mucho... -cuando
aparece el Coco.

Alegría no hallo,
sino
monto a caballo.

Rodeo
en el corral
¡Dicha total!

-¿Dónde? ¿Dónde?
-Allí...
-¡que no salga el Duende!

Con cuánto amor,
me pongo su ruana
¡abrazo del padre!

Amanecer:
dureza y amabilidad
del horizonte.

Las rosas que venden
no tienen espinas
¡rosas embusteras!

Primero, amores,
-después, dolores...

Aunque poblada de bandidos
-existe la flor, y el trigo
cumple su destino.

La chica en sandalia,
un día de lluvia.
La moto va rápida.

Alma mía,
regocijada, intranquila
-mortero de la vida.

Accidentes, enfermedades
y tristezas –como a todos-,
pero héme aquí, otro día.

Quería ser paisaje;
hoy, recinto, casa, balcón;
tener patio y calor.

Prefiguraba paraísos
-de regreso,
busca lo que amaba.

Deseos de correr
gritar, llorar, volver...
-¡Adolorido corazón!

Lo que puede
una palmera
al atardecer.

A hojita de limón
-sabe
mi corazón.

A hojita de naranja
-tus labios
cuando te alcanza.

Yuyito de alelí
-niña,
eres para mi.

Habrás
de quererme
con un poquito
de quererme.

En la colina, cuando suba,
¿adivina?
Besitos de uchuva.

Ramo de rosas amarillas
apasionadas
-blancas al rojo del amor.

Unas cuantas matas
en pequeñas materas
¡Nostalgia del campo!

Pocas las plantas
de mis materas pero
florecen, florecen.

Antes la quebrada era
agua sagrada, ahora
escurre desechos.

Aquellos versos
-la pátima del tiempo
los cubre de olvido.

Antes, viento, río;
hoy roca vieja
-vista de ventana.

La bella
estación
-la memoria.

El río del tiempo,
las horas del agua
por las nubes.

Una melodía china,
versos de Bai-juyi,
la ventana azul y noche.

Imagino las historias
que mi amigo contaría
volviendo del mas allá.

En la noche capitalista,
escasean las lunas,
el rocío, la tranquilidad.

El río de las letras

*Ciruelo de la orilla,
¿el agua se lleva de veras
tus flores reflejadas?*

Anónimo

Aroma,
insiste la orquídea
-la reina.

Tras la ventana,
salta, vuela, revuela
-el ruiseñor.

El poeta vibra
-instrumento tocado
por su tiempo.

Semilla, brotes,
hojas verdes, hojas secas
-tronco viejo...

Como pájaro amanece
alabando a Dios,
en sus canciones.

La luna, el jazmín...
¡Ah! La noche
-jazmin de luna.

Juventud, hojas secas
-raras veces estamos
en nuestro tiempo.

El viento
dice sus cosas.

Marinero
del tiempo sin ancla
y sin retorno.

Memoria del alma
-dolorido y recuperado
tambor de los negros.

No habrá tiempo
-la vida acosa,
reciamente.

Mi nombre:
eco que se extingue
-pero aun me llaman.

No habrá versos
ni poetas
-nada nos salva.

Una flor cortada
en el camino..
-¿Quién la mató?

Viejas canciones
-constancia de la vida.

¿Qué sacará
ese perro ladrándole
a la loma?

El viento las traía
y yo las guardaba
-las hojas secas.

Apoyo en el camino,
fuerza solidaria
-pie de amigo.

Aquí, en el campo,
algo me habla
en esta calma.

El libro nos eleva,
con las hojas abiertas.

Yo diría, yo diré,
yo he dicho...
-¿A quién importa?

Amor, juventud, belleza
-hojas
que lleva el viento.

Mañana sencilla,
transparente
-ruidos laboriosos.

Gente, lugares,
calles queridas
-a veces la ciudad.

Sencilla flor
-te recojo y te canto.

Universo triste,
coloreado por minúsculas
vanidades.

La fortuna, la fama
vano afán llevamos
-vamos a desencarnar.

Tu futura muerte
segura, no empaña
tu gesto..

Dura
desenvainada
mirada.

Sentencia
que enciende mi mano
–habremos de consumirnos.

Carcoma.
¡Al tiempo le ha entrado
la carcoma!

Victoria de la orquídea

*Echó retoños
la maleza apilada
para la quema.*

Boncho.

De lejos olfateé
la humedad del monte
-tablas de naranjuelo.

La lluvia
no cuenta las sílabas
al caer.

Son las cinco,
en el paseo
-las golondrinas.

Tras la noche,
al alba –perfiles
de las montañas.

¿Qué lava
sale
en está lágrima?

Aplausos
-rumor del río
que pasa.

No es el mismo...
pero canta
-el cucarachero.

No importa
qué vistosa
-muere la tarde.

La barquichuela
ha llegado
al fruto de luz.

Fuerte calor
-cambian
los hábitos.

Cielo de pizarra
-nubes hacen y deshacen
sus dibujos.

Pensamientos
en el libro de versos
de mi padre.

Mar azul
-blancas conchas
en el cielo.

Contar las sílabas
-los latidos
de la emoción.

Allí, la paloma,
allí, el halcón
-cada cual su canto.

Esta luz,
pero esta luz...
¡El ocaso!

Arde la tarde
-el recuerdo
es azul.

-¿Cuál olor?
-El del mango,
el de la reina.

Los pétalos
suspendidos en la luz,
-pentagrama de colores.

-¿Qué es esto, hermana?
-Un espejo.
-No; una ventana.

En cualquier rama
el canto
-el cucarachero.

¡Ese ímpetu!
-pero procesos
tienen las cosas.

Al atardecer
-con su flauta
en la universidad.

Blancas violetas
-un manojo de alba
en la matera.

La acacia
-ramillete
de trinos.

En la madrugada
medito. La luna
proyecta mi sombra.

¡Oh! Espíritus,
que estos versos
os resulten gratos
-vientos cantados.

Al orar, las manos
unidas, verticales
-un tallo, una espiga.

El viento,
las hojas
-el estremecimiento.

Con la brisa
cae una hoja, otra,
y otra, aprisa.

El ocaso,
el árbol,
el infinito.

El anciano juega
-cree
que tiene siete.

Los sonidos,
canta el alma, cuenta
los latidos.

No importa
el instrumento –canta
el sentimiento.

¿De la ciudad? ¿Del campo?
Deseo un óleo del silencio;
no la oscuridad, ni el vacío.

En la pared
no hay una chequera
-una margarita.

No solo horizonte
para la vista
-el del oído.

Cada uno lo hace
-cada quien
tiene su manera.

La soledad,
el día en fuga... -belleza de
la tarde.

La ciudad inundada
-los niños juegan
en los charcos.

La indiecita
se hace un baño
para la buena suerte.

Una gorra,
un cayado,
una mochila.

Caras pintadas,
máscaras, acróbatas,
bailarines -¡que calle!

Danzas, cantos
y bullerengues –sepelio
en San Basilio.

Préstale sangre
a la tela
-¡Ánimala!

La viuda, serena
-nos ofrece una hermosa
flor de su jardín.

¡Cómo decir <<mía>>,
si las golondrinas
son viajeras.

-¿Que hace? ¿un dibujo,
un poema, una partitura?
-Sigo las nubes.

Desistí de los limones
del árbol de la avenida
-verdes de fábula.

Van en grupo
pero este chamón
-aplastado en la vía.

Cuántas sorpresas
nos encontramos
en los bolsillos.

Inolvidable
olor a majada –el corral
por la mañana.

Contemplo las hormigas
-suben diminutas
de la pepa del mango.

El sol arde afuera,
pero ese hablar,
quema adentro.

Llover, regar, orinar
-la planta
lo agradece todo.

Preparo desayuno,
la ciudad se anima
-canta el titiribí.

Atiendo al mundo:
ella me llama,
la gardenia también...

Hablan de la muerte
-no de la del ganado,
las aves, ni las plantas.

Aguacero, y al pasar
-arabescos
de hojas y colores.

Guayacán amarillo
-escucho
una flor al caer.

Las ramas floridas
ondean –banderas,
deshaciéndose...

Verde y amarilla,
la acacia toma el relevo
-en septiembre.

Bajo los árboles
cree pisar, rudo,
la paleta de las flores.

Las hormigas
y yo
-el mismo gusto.

La hoja de la violeta
en la matera
¡Maravilla del brote!

Las manos altas,
embombadas
-un capullo.

Ella insiste:
la comida caliente
-fuego de hogar.

Se decide, se atreve
-la anciana
baja del sardinel.

No los vi;
-le hablaba de los juguetes
que quería.

-¿A qué tiempo
pertenece esa risa?
-¡Acaso importa!

Al desayuno,
fríjoles recalentados
-la cosa está bien.

Cada pájaro
-en cada gorrión
un hermano.

En la oscuridad
cascos trotones
-la carretilla.

Onduladas
-las montañas-,
como nubes.

La guerra
-cosecha de huesos
y desgracias.

-Stchiist, stchiist, stchiist
-Salud, salud, salud
-Gracias.

Temprano,
al rayo del sol, abre
la verdolaga.

En el silencio
se levantan las hojas
-vuelven al tallo.

Distinto el saludo
para la amiga
-tiene la aorta obstruida.

Verde llovizna
-muda, cambia
el gualanday.

Amo mis difuntos,
ansío verlos
-estar juntos.

Un cálido abrazo
al tronco
-afecto natural.

Las manos unidas
tan solo en las muñecas
-la flor abre vanidosa.

Pero..., nada de eso
es comparable
a la vida misma.

La viejita en el dintel
-avecilla,
hojita de matorral.

Las manos rozando
pulgares y meñiques
-abiertas al mundo.

En los brazos,
en el vientre,
en el corazón.

Manos tocándose
los pulgares y los índices
-desprendiéndose.

Las manos entrecruzando
dedos, juntando palmas
-todo se articula y encadena.

Pasan los años;
recuerdo a mi padre
-los días vuelven.

Murió el amigo;
abrazó al cuerpo
-larga despedida.

-Tose y tose.
-Mañana, ¿qué?
-Tose, y tose.

El cuerpo
desencarnado,
-viejo mástil caído.

Mi madre lloró;
yo, también
-nos despedíamos.

¿Qué cambia cuando
sabes que escribes
tus últimos versos?

Yo soy nadie...
Sólo pago impuestos,
y estoy triste...

Un anciano lleva
flores
a una tumba.

El silencio
en la tumba, recuerda
sus consejos.

No, estos tiempos
no son como aquellos...
¿y, aquel encanto?

Tarde azul

*Luciérnaga en vuelo
¡Mira! –iba a decir, pero
estoy solo.*

Taibi.

En la tarde gris, un rayo
ilumina el barrio
que crece en la montaña.

Pasada la resaca
de otros días,
me embriago de rocío.

¡Cómo mama la niña!
La madre
convertida en fuente.

En la lucha...
atenta la araña,
espera al grillo.

Ceremonia
de un caracol
al beber.

Los dos profesores
callan
-escuchan el arroyo.

El cauce seco,
no olvida su río
-espera el invierno.

Como muchachos
las hormigas beben
agachadas en el charco.

La lluvia
toca su arpa
de agua.

En el agua, en el polvo,
en las flores, en el insecto
-lluvia sobre el platanal.

En clase de filosofía
canta el ollero,
canta el ollero.

No vuela el ave
-apenas
una pluma..., sola.

Rogaba no discutir
cuando apenas los pájaros
comenzaban a cantar.

Dejo el libro de versos
-escucho al madrugador
cucarachero.

Canta temprano,
y al atardecer, lo imagino
en la rama.

Los lotes olían
a campo y cantaban
-la ciudad devora.

La voz que me habita,
a veces débil, se deshace
en su silencio.

En clase, el profesor
-en la copa de los árboles,
las loras.

De pico certero
vuela, caza,
y regresa ligero.

Lenguajero
-en el árbol vecino canta
el cucarachero...

Los titiribíes
salen, vuelan y revuelan
-no se dejan.

Aun con su instinto,
los chamonés regresan
a distintas horas.

Somos tejedores
-como las aves.

Escucho la canción
italiana, bebo un sorbo
de café por el maestro.

Al fondo de la orquesta
-por la ventana,
emula el pechoamarillo.

Atentos ciegos
-ven la novela
en la radio.

¡Que desaire!
-pero la ilusión
persiste.

Canarios ciegos
como los hombres
-tocan la flauta.

Caen papasbomba
-los olleros
callan asustados.

Dos colores fundidos
en uno –no vuelas mariposa
verde.

¡Mahler! Para entender
las emociones superiores
hay que oírte.

Ese movimiento
de la orquesta
recuerda las olas.

Una soprano eleva
un canto
por el bosque.

Vanidosa
la avispa
bate sus alas.

Desprevenida
vuela la abeja a la flor
carnívora.

¡Ah!, hermana
-coger moras silvestres
por el campo.

Nombran árboles,
frutas, estos lugares
-mi piel siente su tierra.

La tierra,
la bella tierra
-¡se derrumba!

Esos alisos, juntos
los plantamos
-¿estarán florecidos?

Día soleado
-las sembradoras curvan
sus espaldas.

Levedad
del ala del insecto
en el bosque.

Sensibilidad
de la flor que lame
la abeja ¡cosquillas!

Acrobacia
del grillo entre
las ramas.

La hormiga
y la mariquita
disputan la rama.

Parlanchinas
-encuentro de abejas.

Curioso el inventario
de lo que llevan
a casa las hormigas.

Con delicadeza
teje su sudario
-gusano de seda.

Sisifo, el cucarrón
estercólero, rueda
que rueda, la bola.

Inmisericorde
el faisán se traga
las hormigas.

En el hormiguero
-el pequeño ruidito
de un grano de polvo.

En cada extremidad
el ciempies
siente la tierra.

Como toros
-los escarabajos
se enfrentan.

El grillo dobla
el delicado palito
que trepa.

A la luz de la luna
el cien palos
-un bongosero.

Cada insecto
-su atuendo diferente.

Querida madre,
lucho la alegría -acudo
a tus principios.

Los gusanos
-en la fila india.

Fatigados
de luchar los escarabajos
se alejan.

El paisaje marino
que amaba mi madre
-ahora, ella es el paisaje.

Aquel viejo
-no necesita reclamo
sino ternura...

No toco piano
pero llevo su ritmo
en el corazón.

Me cuentan que sacan
la viejita al patio
y se le iluminan los ojos.

Algo perdido
y deseado; la orquídea
en la montaña.

Después de la pesadilla,
tu a mi lado..
¡Cuánto te quiero!

Mi vida se resume
en te querer,
estudiar y trabajar.

Enviudando
de mi amor me vivo
muriendo por ti.

Hoy, a esta hora
¡tantas despedidas!

No importa la edad,
la latitud
¡Cuánta tristeza!

Millones de seres
humanos entre el amor
y la nostalgia.

Encuentros,
despedidas
¡como olas!

Llegar, partir...
Aviones, barcos, trenes,
-¡lágrimas!

Cajas fuertes
-mejor un corazón
y una sonrisa.

Tantas mesas solas,
tantos hombres solos
¡cuánta búsqueda!

Paro respiratorio
-se apagan los instantes,
las preocupaciones.

Poda aquí, y allí,
la muerte; brota y rebrota
-la humanidad.

Cuando interpretan
a Mahler
-habla la tierra.

Bóvedas
del cementerio –colmena de
las ánimas.

La muerte;
entenderla
-seguir con ella...

Nos lamentamos...
-tampoco yo, hallo
“la ventaja de estar vivo”*

Amigos muertos,
en los cuatro
puntos cardinales...

Cae el pelo, y poco
a poco, comienza
a lucir la calavera...

Los sepultureros
se afanan... -abundancia de
difuntos.

Despertar en la neblina,
correr los velos de la
mañana, pero la guerra...

El río se llevó los colores,
la tarde se hizo azul
-¡llegó la noche!

El sol del otoño
se bendice
-pasó el verano..

Difícil curar
la tierra del hombre
engargenada...

Entre las matas
del campo;
otro arbusto..., y yo.

* Eduardo Cote Lamus.

No alcanzo a árbol;
apenas arbusto;
pequeña hierba.

-El dinero no es todo.
-¿Por qué dice eso?

Me construí,
me inventé,
-estoy conmigo.

Dispensable
-hoy me encuentro
reunido en mi.

Una golondrina
lleva hilos blancos de la
cabellera de mi madre.

El poema –esa especie
de pozo
donde guardamos de todo...

Eternidad
-dormir en una gota
de olvido.

Desbocados
los caballos de la gloria
al corral del vacío.

Sus composiciones
-solitaria
las sembró en el campo.

Huellas en el árbol
de la memoria
que envuelve la neblina.

Los poemas se toman
el papel
–florecen los renglones.

Dadora de vida,
nutricia y generosa
-la madre tierra.

Verde en las
manos, el café y la lluvia
-paisaje de letras.

El jardín
era el jardín,
-no la metáfora.

Sus collares aun
tintinean; sus flores
lucen.

El misterio
esta en el vacío
de las palabras.

La oficina de mi padre
olía a libro, a biblioteca
-donde viven las ideas..

Las hojas del anturio
hacia la luz
-la familia asoleándose.

El tsunami del tiempo
-en las playas, objetos
rezagados, y el olvido.

Cultivar la violeta,
la ternura
-luces de la tarde.

Entre ventana y ventana
el mundo es infinito
-basta con la tarde bella.

En la materia de tréboles,
pervive la suerte
-cultivo la esperanza.

En la anciana,
en su memoria
-nido de poemas.

Para vivir
me hermano a la montaña,
y a las nubes.

No pregunto
por mi destino
-me le entrego.

Poemario:
testimonio de resistencia
-en poesía.

Callo palabras
apagando incendios.

Salir de la juventud;
aprender esta otra
manera de habitarse.

Ser mayor,
apagar el grito,
encender la calma.

El amigo cayó en coma
-comienzo del largo
sueño invernal.

Corría;
ahora regreso, jubilado
del trabajo.

Diré, con el vikingo,
conozco el raro albur...
-soy Javier Tafur...

Las últimas
hojas de la rama
-no del árbol.

No se le puede poner
ciencia, al amor;
pero no falte reflexión.

Separo los versos
con colores
-al final ¡un arco iris!

Sin poder beber...
-lo predijo Kurosawa
¡Contaminación!

El policía expulsa
de la fuente al indigente
sediento.

¡Increíble!
Que llegue una bala
y te acabe, así...

Cabello de mujer
-infinitas y bellas maneras
de peinarse.

El hombre
es un animal triste
-cosas que pasan.

No son ajenas, al dolor
ni al gozo -¡esa
hormiguita con su carga!

¿Primeros cuidados,
ordenaron los pasos,
orientaron el camino?

Miradas verdes
-sonrisas tímidas
que no maduraron.

En las voces,
una sola, palabra
-el ser humano...

De los cuidados,
límites del lenguaje
-la cultura...

Opciones y caminos...
-seguimos
siendo nómadas.

Montar a caballo,
en bicicleta, en jet...
-gusto de andar a pie.

La grave noticia
del día de hoy
oculta a la de ayer.

Mas que esperar,
pistea, angustiada
-¡alma atormentada!

A la naturaleza
no se le reclama
-se le aprende...

Pienso, anhelo
-alegría de respirar.

Asientos vacíos
en la avenida
-protesta de estudiantes.

¡Oh!
Multiplicidad
de la vida.

Bombas, ¡de colores!...
-los estudiantes festejan
la protesta.

Cuántas veces
busqué a Dios
-aun, por los parques...

A la pequeñísima
migaja, llega la minúscula
hormiguita.

Al levantar
la visera, la chica
de la moto, sonrío.

Una pareja en una moto
-ella lleva un ramo
de cartuchos y de estrellas.

Al escarabajo muerto,
lo dejo entre las plantas
florecidas de maní.

Breve salida al paisaje
y te sientes libre, como
si estuvieras secuestrado.

Una puerta se abre,
otra se cierra –sístole
y diástole del mundo.

La fuga del péndulo

*También esta mañana
después de la tormenta,
son rojos los pimientos.*

Busson.

Luz de agua
-la lágrima.

En cada burbuja
el pez
narra su historia.

En el vuelo...
Aba, ba, ba, ba...
-balbuceos.

Ahora estos
versos
tienen la palabra.

Por el jardín,
¡tín!, salta, vuela,
revuela –el ruiseñor.

Vibran las cuerdas
del alma –la época
toca con aspereza.

Alma de corcho
-flotando
en el infinito.

El viento susurra
-voz natural.

Noche estrellada
-la veleta
pierde el rumbo.

La cadmia
perfuma la cálida
tarde caleña.

No habrá cómo
hacer las cosas
-el tiempo acosa.

Aquellos que a mi llamada
respondían
-no contestan.

No es el día, ni la noche
-reloj vacío,
sin lunas y sin sol.

En el concierto
-cada rana
canta distinto.

Recuperada la luz
-al reloj
vuelve la sombra.

¡A gritos!
Persiguen otra voz
que se escapa.

De tu verdad y la mía,
la piedra calla...
-el río dice la suya.

Sentimientos,
alma de la música
-tono de los versos.

Un violín en el parque
da una nota azul,
que se desvanece.

Bombos y platillos
en el semáforo
-¿qué me preocupaba?

Deprecar al infinito
-todos los pueblos
hablan a sus dioses.

Sentir su impulso
buscando la luz
-corazón bambú.

La soprano
alarga, acorta, juega,
gorgea.

Las gaviotas
-el mismo canto
en cada puerto.

Esa nota
no es un recuerdo
-una ventana.

Poemas, trazos,
huellas de luz, sombras,
ecos, leves cometas.

Pequeños versos
-granos de trigo deja
en el camino.

Esa hoja, ese texto
-ese papel blanco
convertido en nube.

-¿Y ese ruidito?
¿El despertador?
-No, el ruiseñor.

Notas y colores,
historias y leyendas,
recuerdos y canciones.

Devuelvo la pluma al aire
¿Vuela
sin recuerdos, o tal vez?

Vuelan las golondrinas
-a la ramada
la derribó un mortero.

-«Por no hacerle caso
a mis hijos» –se lamenta
-y debería dar ejemplo.

Unas palabras,
entran y otras salen
-del hormiguero.

La mirada, nerviosa
-busco
la corzuela.

Oh, cielos,
alegoría de la ilusión
-¡La fe!

Si el jilguero canta
esta mañana
-también quiero cantar.

Gente, lugares,
calles queridas
-a veces la ciudad...

Esa raíz del helecho
lucha
silenciosa, silenciosa.

El cambio de posición
de un grano de arena,
modifica el paisaje.

La mirada, quieta
-busco
el nido del hornero.

En la crecida del río
el viejo corta el cerco
-el ganado trepa al filo...

De nuevo convertido
en rastreador
-huella de venado...

La rama seca
-el camino
del rayo a la tierra.

El hilo de la vida
corre al delta
hasta agotarse.

Amigos
-hojas que
se fueron.

Pequeña hoja caída
-sigue conmovido
mi corazón de madera.

Indican el camino
del hogar
-el amor, el alimento,
el diario trasegar.

Resiste la piel
-dolorido tambor
de los huesos.

Universo personal,
tristemente iluminado
-minúsculas vanidades.

«Por ellas me va bien»
dice el lustrabotas
-alaba Las Ánimas.

No quiero la guerra
pero la calma de mi retiro
no ahuyenta presagios.

Creía era un simple día...
-¿Con tanto sol y tanta luz?
-¡Ah!, maravillosa vida.

Voces de ausente...
Alguien habla
en esta casa.

Quedemos en caminar
-en cambiar
por paisajes los enojos.

En la vecindad
alguien se acerca
y celebra la vida.

El niño de la moto,
con su casco...
-carita de astronauta.

De tranquilidades
residuales...
-pero no inútil.

Prestidigitador,
mago de los sonidos
-manos del director.

La mano sobre el pecho
-pequeña
manito en el corazón.

Padre e hijo juegan
con el balón, esperando
el bus del colegio.

La saludaba,
al ir al trabajo
-murió ayer.

Sentado en el muro
el indigente, relajado
toma su desayuno.

El ambiente abrasa
-el japonés, sonriente
viene a saludarnos.

El miedo y la ansiedad,
se agotan –vuelvo
a una extraña paz.

Cada lado distinto;
por eso vale...
-el billete, la pareja.

Ni «*vida eterna*»,
ni «*resurrección*».
-tampoco «*muerte*»;
-¿otra palabra?

-<<¡*Que pareja tan
agradable!*>>
-dice el niño.
Va con su padre,
en bicicleta.

Hojas muertas
-del periódico
en las que revivo.

Tan contento
-creía poder componer
una canción.

Inquieta ciudad,
llena de vida
-mundos posibles.

Ya no es el niño
de ayer; ahora mira
lascivo a la mujer.

La futura muerte,
segura
no empaña el gesto..

Viejas canciones.
Constancia de la vida.
Respiran los años.

La perra, ve la maleta,
y se mete,
bajo la cama. Aúlla.

No son duras manos
-pero en ellas
agoniza la paloma.

Quería competir
-nafragó frente a la costa,
a orillas del deseo.

Fotografía de cadáver
-mueca, inútil
vacío de la historia.

Dicen que la muerte
no existe
-¿transformaciones?

La fosa común
-llena de imágenes
comunes.

La ventana
del recuerdo, generosa,
siempre se abre.

Viejos libros, fotos
y maletas
-un viento seco.

El sol radiante
-la pena interior
todo lo oscurece.

Aquellos días,
aquellos juegos
-estos huesos...

Nota de obituario.
Mi generación
comienza a partir,
-¿O ya me he ido?

¿Quién se preocupa
por la agonía de la flor?

Media noche...
Pasa un hombre;
luego otro; otro.
Vestidos de negro;
solos; solitarios.

Alabao negro
diciendo adiós
-al sufrimiento.

¿Cuánto tengo de muerto?
Llevo mi cadáver conmigo
y en este día me ilumino.

También yo...
¿Ya me fui? ¿Lo que viene
ya pasó?

La senda en un bosque de bonsais

*Tarde lánguida
si algo miran los recuerdos.
Épocas lejanas.*

Busson.

Soy lluvia
-me siento caer
sobre la hierba.

Como agua
sigo la gravedad
-escurro.

Vida caprichosa
como el curso
de los ríos.

Sostén para escribir
poemas
-tabla de salvación.

El verso
-savia que da hojas
al lápiz que lo escribe.

Una en el cielo,
y otra en el agua
-¿La misma luna?

Todo vuelo es corto
-águila rápido termina.

Pasa el avión ultrasónico
-lentamente
escribo el verso.

Ah, la perplejidad
del viajero
-¿A dónde ir?

Innumerables labios
-una y múltiple
la voz de la poesía.

Arar
la página
-escribirla.

Al escritorio
en el que escribo, también
lo hicieron las palabras.

De azul hindú
sombrea la tuerta
-ambos párpados.

Mañana de año nuevo,
-la misma luz
para la que no estaré.

La libélula
entra al cuadro
-vuela en el paisaje.

Por casualidad
lo supe y me avergüenza
-noche de luna llena.

Lo que una vez fue
siempre rodará
en el cosmos.

Como lápiz
-me acabaré
escribiendo.

-¡Ssschiist!
-¿Quién estornuda?
-La perra.

Tiempos difíciles
pero los arrendajos
hacen sus nidos.

La lagartija
suavemente
lame la flor.

El habitante de la calle
-de caneca en caneca
espera algún hallazgo.

¿Qué es esta carne?
¿qué son estos huesos?
-¡curiosos materiales!

Fosa común, números
conocidos
-para desconocidos.

Esta madrugada mas
cerca de mis padres,
los amigos, del más allá.

Imponente óleo
del histórico general
-su rostro, triste.

-¿Qué será de mis versos?
-Volarán cual livianas
semillas de balso.

Ese rostro
de mujer que lleva
el arroyo...

Bien, Tao,
acepto la lección
-el vacío, sereno.

La flecha sigue disparada

*Por mí,
aun no enciendas la lámpara.
Este ocaso de primavera.*

Gyoday.

Dos loras,
la lluvia,
y yo.

Llueve
y en el tango,
llueve.

Si fuera esa mata,
¡cuánto,
me habría mojado!

Las tejas cumplen
-el agua descende,
entre rojos canales.

Truena y se oyen tangos,
la lora canta
-siento el aguacero...

Llueve, llueve y llueve;
pero, ¿dónde
estará el ruiseñor?

Con cada relámpago
arrecia
el aguacero.

Una lluvia triste
cae hace días en la peña
de la vuelta.

El saltarroyos
-su dicha son los charcos
de la lluvia.

Luces en el cielo
-la ciudad de Dios.

Noche
-inmensa telaraña
de rocío.

Buenos Aires-Bogotá,
sala cinco -de nuevo
el acento regional.

Inti
-un rayito de sol,
besa a mi hermana.

De aquello que preexistía
en mi
-si al menos un indicio.

Leve,
en el aire trabaja
la araña.

La entendida lora,
re/ pi / te
el sonido del agua.

Lluvia, inesperada
-excusa
para escribir.

Entre la cascada
su voz se escucha
con bella claridad...

Es más verde la lora,
que la mata
-canta tímida la flor.

Una luz tenue
al fondo de la tarde
-tenue de verde.

Tarde bruja
que todo lo encanta;
-el verde más yo.

Estoy aquí,
feliz, entre la lluvia
y la música.

Aranceles de la lengua
-el costo de pasar
la idea a la palabra.

Al atardecer,
entre colores desvanecidos,
medito.

Ayer bella y cautivante;
hoy silenciosa y enjuta
-el indetenible mañana.

Se quejan de la penumbra
del atardecer
-amo cuando tiñe la noche.

Esta noche,
esta lluvia,
esta calma.

La ansiedad lo pierde
-la calma restituye
el alma del paisaje.

¿Describir, narrar,
argumentar?
-tan solo escribir;
¡decir y cantar!

Delta del saber
-al fin se amplía
nuestra ignorancia.

Ese violín
parece un azulejo
cantando.

Luz tropical
del mediodía
-valle radiante.

¿Mi ambición?
-la quietud,
de esta mañana.

Se dice..., y si...
-algo trae
el río del habla.

Todo es dúctil,
el mármol, la madera,
palabra, viento, arcilla.

Las banderas
-flores
de la memoria.

Burbujas de la ola
-nos deshacemos
en la arena.

Piano a cuatro manos
-en el detalle,
¿se rozan los meñiques?

Recuerdos
-estrellas
fugaces...

En la esquina
del tiempo
escribo estas letras.

Garza silenciosa,
vuelo sin ruido, blanco
pedazo de nube.

Si fuera astronauta
llevaría mi pluma
y mi cuaderno.

Aún es luna llena;
alcancé a llegar
-¿Dónde estaba?

Cucarrón
-ronca palabra
poblada de voces.

Tras la lluvia
los estudiantes saltan
una charca con cuidado.

Puso una piedra
-ahora la pisan,
y pasan sonrientes.

Recibí sus manuscritos
-sus trazos de luz,
la letra cantada.

Muere
-se aferra a un vuelo
de palabras.

Luz entre la palma
de la mano
y las teclas del piano.

Valores inestables,
tiempos cambiantes;
ideas movedizas...

¡Ay! Certeza del mundo
-una pena creer
en lo que se dice...

Si, yo sé
que creo -y creo
que no se...

Se tocan las luces
del cielo
con las de la tierra.

Tan pesado,
el sapo
-salta como conejo.

El sapo
frente a la vidriera
-¡qué festín!

En el corredor
oscuro...
-miedo a las víboras...

Azulinas, agapantos,
hortensias, jacarandas
-sinfonía en azul.

El coro matinal
-chalchaleros, pajarillos,
luego las charatas.

Catacumbas silvestres
-los armadillos
en sus escondrijos.

Enfermo y desahuciado
-ayer vinculado a las cuentas
de este mundo.

Conocer el potrillo
para poner
a caminar su nombre.

Montar a caballo,
caminar, trotar, correr
¡alegrías recuperadas!

El pescador madruga
a conversar
con los caballos.

Leo y leo, en la noche...
Me levanto y veo,
dos garzas florecidas.

Verde, y rojo, y azul
y amarillo
-las alas de la lora.

Bello patio
de la casona
-donde llueve.

No hay recipiente
que guarde la lluvia
-dones excesivos...

El tímido verde
tiembla
-viento y lluvia.

Pueden haber tragedias,
pero no hay culpa,
en este aguacero.

Concurrida avenida,
congestión, trancones
-¡tas! ¡tas!, dos bicicletas.

Campus universitario
lluvias, notas, silbos
-olor de mangos maduros.

Veo claro:
la tierra no es paisaje
sino accidente.

Alelúes de los barrancos
-yuyitos silvestres
que admiraron mis ojos.

Mientras el inundado
se queja, florece
el buchón de agua.

El árbol seco
aun conserva
sus hojas verdes.

Un corazón en la ventana
sueña hacerse mariposa
-el anturio rosado.

Como muchachos
en el parque, viendo,
ardillas,
iguanas y palomas.

Solitario,
como rinoceronte
-aquel árbol en el erial.

Al pie del tronco
-como hoja
de palma caída.

No importan arrendamientos,
ni el ruido de la avenida
-nido del pájaro carpintero.

Concurrida avenida,
y sin embargo
un taconeo en el andén.

Cuando dos discuten,
lo hacen
dos ejércitos.

Un grano de arena
puede cambiar
la posición en la tierra...

Vestigio
de una taza
-bello camino rural.

Perro callejero
-valiente habitante
de la calle.

Una mata de tréboles
de cuatro hojas
-campo de fortuna.

La última capa
de la cebolla
-¿la luz? ¿el vacío?

En el pasto verde
crecen lenguas
rojas, anhelantes...

Cafetería
-una madre joven
con su niño, ciego.

El titiribí canta
al amanecer, al atardecer
-lo imagino en la rama.

Soplo la cata
golpeada –vuelve a revivir,
entre mis manos...

Una gran telaraña,
compartida por numerosas
arañas acuciosas.

Juego y alegría
-compartir la torta
de la madre querida.

Maia
-la maternal-
nieta mimosa.

Sobrinitas
-cada una
una llamita...

El hambre
prefigura
el desayuno.

¡Que grato!
Al amanecer, hermano,
nuestro saludo.

Con nosotros
dialogan todas las voces
que nos pueblan.

No dos personas
-es la humanidad
la que se abraza.

Verde, verde
-roja pepita-
para el azulejo.

Ta, ta, ta, ta, ta
ta, ta, ta...
-el cie go
tan tea el ca mi no.

Los monstruos
de la tierra
-vicios del hombre.

Al regresar al país natal,
extraña el sabor
de la comida de la niñez.

Mayores que yo, mueren...
Y menores, también;
y a mi lado..., y yo qué...

Cuando llega silba
-en casa comentan
“llegó cuquito”.

Todo lo devoramos
-vivimos el festín
de las langostas.

Suceso inesperado
-la vejez,
hoja en la corriente.

Alzheimer
-ahora la muñeca
es la madre.

El yogurt,
los trocitos de papaya
-el cuenco japonés.

Ver a mi madre
Joven –alegría
del recuerdo.

Sueños de mendigo
-gustos de rey...

También en Argentina,
la sencillez del chingolo
-mi querido gorrión.

Me regaló su reloj
con el canto de las aves
-su tiempo había pasado.

Recordar a Buda,
en el suave vaivén
de las espigas.

El cuaderno
-¿aljibe,
pozo o espejo?

En la oficina
de mi padre, en la mía, -olor
a monte...,
del bosque de los libros.

Chilliditos en un rincón
del parqueadero
-el nido de la perra.

En los escombros
el padre busca al hijo
-el perro lo acompaña.

La lagartija se renueva
-mi esperanza
ahora canta y salta.

Los locos, en la fuente,
disfrutan
de un día caliente.

Envejecen
la abuela, la cortina
y la ventana.

Pétalos como gotas
-pequeños ruidos
rojos sobre la mesa...

Una rosa del ataúd
de mi amigo
-florece el recuerdo.

Dos negras se miran
y abren en la sonrisa
la mañana del día.

-¿Qué son mis versos?
-Miradas, paisajes;
puntos de vista...

Esa máscara
se traslada
pegada a un pito.

Laboriosa cosiendo
telas, hilos e hilos
-ahora, tosiendo.

Sale debajo
del puente, vestido
de lino blanco
-el reciclador.

El viejo músico
interpreta con amor
la primavera.

La segunda vez
¿quién iba a pensar
que era la primera?

Final de la tarde
-en la copa,
inesperado Armagnac.

La seriedad
-pero el detalle,
romántico.

De rodillas ante la rosa,
le dice: «*Tu, reina*
de esta vida dolorosa».

La rosa llora:
tres pétalos caen...
Siente y se deshace.

Lágrimas de colores...
-la rosa fluye
en cada pétalo.

Diálogo de la almas

-Amor –le dijo.
-Amor –le contestó.
El mismo corazón.

La luz de una
estrella riela
en una lágrima.

Expulsan gamines
-mañana volverán
rencorosos y armados.

El que busca,
encuentra; allí está...
-la avecilla.

Como en «Anarcos»
-el drogadicto buscando
entre los desperdicios.

Mi amigo,
solitario, llora la muerte
de su perro.

En la ausencia
se secó el bonsái.

Esa carretilla
llega rezagada
al siglo XXI.

¿De qué le sirven
tantos miedos
si no sabe dónde ir?

Valiente, ante los
despojos del amor
que le dejó la muerte.

Las que amaban
las violetas, y las violetas,
ya no están.

Leve herida,
profundo miedo
-fragilidad de la vida.

El cadáver
de un mono –yo también
lo lamento.

La espadaña, la campana,
la corniza -una lagartija entre
las ruinas.

Caja de escribanía

*“La vida es un misterio profundo,
que vedado al hombre está;
en la sucesión del mundo,
unos vienen y otros van;
los que viene se van,
y los que se van no vuelven”.*

Dicho campesino.

*“Paso y me quedo,
como el universo”.*

F. Pessoa.

*Bajo el guayacán
flores amarillas
¿dónde su sombra?*

Álvaro Lopera Dagua

Cuánto me gustaría
estar caminando
entre el monte,
con ese olor
a tierra húmeda
y encontrar
-al paso-
una sencilla
y escondida flor.

Aquella
quebrada...
En aquel tiempo
-el cielo
en la tierra.

Unos tragos de ron;
unos boleros; el bongó;
hago mi fiesta.

Una velita de incienso
al Buda de Kamakura;
medito mientras cae
la arena en el reloj
y transcurre la mañana.

Quisiera ir a la cabaña
donde vivía mi amigo,
donde disfrutábamos
de la paz y la neblina,
pero ya murió
-lo encuentro
en el recuerdo
y vuelvo a visitarlo.

En las palabras
de los antiguos maestros
encuentro paz;
-rayos de luz
que iluminan
el camino interior.

Los obreros intervienen
la avenida;
también hay poesía
en sus taladros
-¿por qué todo
ha de ser calma
entre los versos?

Leo y escribo poemas
mientras llega la hora
de ir a dictar clase.
El salón queda
junto al bambú
-de la ventana
veo un lago.

La mañana esta bella
y yo tranquilo, en calma;
pero me pregunto
por los que hoy sufren.

Sábado ¡Ah!
las papas fritas
a la francesa,
con vinagre
y hierbecillas
de la huerta,
y ese toquecito de ajo.

¿Cómo olvidar, amigo,
aquel día caluroso
que amarramos los caballos
en los guayabos
e hicimos la siesta
en la grata sombra
que proyectaban.

Mucho ha cambiado
la casa, en cuyo antejardín
florecían las gardenias.

Generosa la estrella
del Caquetá, por estos días
florece y florece.

Este grupo de estudiantes
es silencioso, no perturba
el paisaje, y es más fácil
hablar de la poesía de la
China.

Lo que he aprendido
en los maestros orientales,
ya me lo habían enseñado
mis amigos campesinos.

¿Habrá otra vida?
No sé si volveré
a ver mis tres amigos,
pero su recuerdo
me acompaña;
vienen conmigo
-conversamos.

El caballo se para,
permanece ranchado,
el amo tira del cabestro,
el caballo levanta
la cabeza;
el amo se enfurece.
Me pregunto por los
derechos
del caballo
en esta pelea de dos almas...

Amé siendo mayor...
Me pregunto por el
misterioso
vuelo de las aves.
¡Una golondrina!

Me basta con mirar
el instrumento para escuchar
sus melodías.

Envuelto en la bomba
lacrimógena, el estudiante
tiene sueños de libertad.

-¿De dónde ese sollozo?
-de la esposa que ve
a su marido detenido.

-¿Qué son estas letras?
-notas
de su estadía.

Soy el papel,
tengo estas letras;
soy estas letras
en este papel...
Soy las letras
y el papel,
y esta extraña realidad
que escribe
mientras se deshace.

Al sonreír
se notaba que nada
comprendía.

Flor marchita
-exhausta, ha cumplido
su destino.

El halcón vuela...
da una vuelta, creyéndose
el rey, bajo el sol.

Días lejanos
en los que me reencuentro
con la dicha.

París en los setenta,
era París;
una sensibilidad.

La fidelidad
-de la sombra

Determinaciones sociales
-me siento insecto; leve
cosa que vuela.

Dos palmas secas,
el local abandonado
como dos momias.

El papel es mi buena
ventura; tabla de salvación
-mi jardín, mi cielo.

Si al menos tuviera
la luna; pero apenas son
las diez de la mañana.

Pensaba que el amor
se encontraba; luego supe
que se hace.

Ignorante soy,
y sin embargo escribo,
para todos.

A una mata de trébol
de cuatro hojas, pregunto
por mi suerte.

A tan altos...
edificios... llega...
el halcón...

Hoy podría ir,
mas mi corazón
no me seguiría.

El día es amplio...
quisiera decir algo
que no logro expresar.

Pienso en mis padres,
en los amigos idos,
-¡Ah! recordarlos.

Tranquila mañana,
y ánimo intranquilo
-¿por qué no digo:
intranquila mañana,
si la mañana
y yo somos lo mismo?

Silencio de asueto
-mi corazón ruidoso,
está incómodo...

Caminar tranquilo
en el escondido camino
de la amada montaña.

Encontrándote,
suerte, sufro -tal vez
tu digas lo mismo.

Lo que me enseña
aquella viejecita...
-verla envejecer.

Veía envejecer
-ahora soy yo, quien
me descubro viejo.

Junto al bambú
estudio a Lao-tsé;
canta el ollero,
el cucarachero
-suavemente ventea.

Festín, tras el festín
-el mendigo da cuenta
de las sobras.

-Estás bonito;
ve a mirarte al espejo
-bastan tus ojos.

Conocer el arte
de vencer a la muerte
-sabernos muertos
de antemano.

Fugaz
-el instante
de los siglos.

Alma
y mirada al mismo
tiempo.

Jovita
-interpretar
su propio sueño.

Poemas, granos
de arena;
voces, sílabas...
-el mundo
se rehace
en las palabras...

Mundo de arena
-granitos de voz,
hilo de fonemas.

Languidece
-rama
que se marchita.

El agricultor
mira el cielo, se preocupa
-continuará lloviendo.

El taxista acongojado
baja el espejo
-que no lo vean llorar.

Levanto la mirada
-mi alma se confunde
en la inmensidad.

Endulza el café
con un besito
de colibrí.

Calles hostiles,
y en el descuidado
jardín una flor.

Inesperadamente
¡campanas
de la catedral!

Pisoteado por los carros
-el halcón que airoso
chillaba
en el aire.

Dame la mitad
del beso...
yo pongo la otra.

Creo que Dios
es el universo,
y que hasta
al menor detalle
humano, participa
de su existencia.

Creo en la esencia
sagrada del universo,
mas dudo de que tenga
voluntad y juzgue.
Un misterio indescifrable
subyace en todo
-en el cambio incesante.

Como langostas
devoramos ¡Ay!
el paisaje.

Permanencia fractal
-ser de lo que ha sido
ecos, sombras,
ancestros, amigos
que se han ido,
olores de orquídeas,
gardenias, reinas y jacintos.

Parece primavera
-los cementerios
florecidos.

Nostalgia rural
-tras la vidriera mirando
la montaña gris.

Aun en la ciudad
sigo la puesta del sol
-espero el amanecer.

La imaginación,
no me excita;
el recuerdo,
no me entristece.
Sosegado
miro los contornos
del paisaje.

La poesía me calma,
ella abre las puertas...
-me expresa.

Allá, en ese paisaje
de la montaña,
acostado sobre el yaraguá,
en el potrero,
veo las nubes pasar
en el cielo
del verano azul.

Huelo la montaña,
escucho el suave fluir
de la quebrada.

Con la música,
si sereno, más sereno;
con la música,
si alegre, más alegre;
con la música
si triste, menos triste.

Fresca mañana.
Los árboles frondosos
destacan en el suave
ámbito del valle;
los contemplo hermanado,
los beso, los abrazo.

Cae el sol
agobiando las matas;
las miro solidario...
Cuando el agobiante
trasponga la montaña,
las visitaré
con la regadera.

Un nido colgante
en la rama de un árbol
a la entrada
del restaurante
-verlo me reconforta
y alegre,
me devuelve
a mis curiosidades
de muchacho.

Unas preocupaciones
sobre otras,
afanes tras afanes.
Me detengo a escuchar
los ladridos de un perro
en el vecindario
y el piar
de algunos pajarillos.

Golpeo en el plato
para que se escapen
las hormiguitas.

Al lavar la losa
noto mi anillo
de matrimonio.

Ese perro al ladrar,
moquea y lloriquea.

Masticando
esta manga envidio
los rumiantes.

Multitudinario
concierto -prefiero la música
de cámara.

Allá, un millón
de espectadores; aquí,
el gorrión y yo.

Alguien parte;
alguien permanece
-los dos, partidos.

Quedamos en
la playa como troncos viejos
que deja el mar

Autores predilectos
de mi generación
bodega de librería.

Queridos cuentos
tradicionales –hoy la
juventud
los desconoce.

Viejos textos
griegos y latinos, vigentes
como ayer.

Vino y agua,
ofrecían alimentos
-tocaban instrumentos.

Aire y viento
-fluye el fuego, las cenizas
en el agua.

El fuego del ego
que lleva
mi nombre.

Tán-tán; tán-tán
-el niño indígena
alienta a su hermanito.

Cada uno, una canción;
cada uno, a su ritmo
-lleva sus pasos.

DECISIONES
Construye una profesión,
para ganarse la vida;
construye un amor,
para tener un hogar;
construye un hogar
para tener un lugar
en el universo;
de pronto se da la vuelta
y todo se cae.

Tengo ojos
de gorrión;
tengo plumas,
salto, canto,
y entro
a la cocina.

La memoria,
saquito de recuerdos
-algunos al azar.

La anciana
-recuerdos y ocurrencias-
sin parar.

Al ancianito
lo cargan
como a un niño.

La sombra se levanta,
queda el vacío,
la silueta, el hueco.

Lo que me enseña
aquella viejecita...,
que conocí de niño.

Cantas, saltas,
-ollero, sobre la rama
musgosa.

La abuela
poeta, lee; su nieta
balbucea.

Línea férrea...
¿Avanzar?
¿retroceder?

Allí, en esa página
del libro
se encontraban.

Anillo al dedo,
buscaba en la chuspa,
el indigente.

Florero
-detallada muerte
de las rosas.

Como canguro,
pero la pesada carga,
en la espalda.

Destino
¡Oh! Laberinto
trenzado

A las rosas
por los difuntos
-doy de beber.

-¿Dónde aroma la tierra?
-En las Orquídeas del Valle;
en el pecho de las novias.

Las olas suaves, ondulantes;
el viento escaso, leve;
la tierra sostenida,
en su viaje a los confines.

La niña con palitos
lleva el ritmo, ama,
aprende el universo.

No son las palabras,
son sus tonos
-música que emociona.

Temblor del alma

*Apenas tengo
esta tranquilidad;
esta frescura.*

Issa.

La temblorosa gota
se evaporó
-la rama se seca.

Este aguacero
-no sabe lo que hace,
pero tiene sentido...

Temprano me devuelve
el paraguas
-¡qué aguacero!

La gota cae,
el mundo se la bebe
-¡Cosmos apetente!

Dejemos a las ranas
los temas
de sus charcas.

Una vez conocido
siempre vuelve
el rumor del mar.

Que pena
este manantial
-una cloaca...

El agua que corre
escucha su propio curso
-habla consigo.

Evaporación;
reducción de la gota
-misterio del agua.

Esa resonancia
de vientre
que tiene el mar.

La hormiga murió
ahogada -la charca,
mar profundo.

Flauta de millo
-el artista callejero
seduce jubilados.

Descubro su luz,
levanto la mirada
-ahí está.

Avenida del río
-de nuevo el canto
de las aves.

-Buena, mala suerte,
¿qué son?
-balanceos del Tao.

Temblor del alma
-la gota en la rama
va a desprenderse.

Ese colibrí
con el aroma
de la orquídea.

Aunque es
tan importante...
-¡el mundo sigue!

Aquí, ahora,
en este mundo, juego
con las letras.

No solo pasos
-este camino lo hace
la memoria.

Nada especial
-la palabra dice las
cosas del momento.

La lagartija
canta aquí,
canta allá.

En casa del maestro
se habla cosechando.

Granos de maíz
de múltiples colores
-huellas del arcoíris.

Día de cometas
agosto saluda
al Big-bang.

El tenor canta
en el baño
-gusta lo que hace.

Sangro en el tobillo,
con la mano escribo
-curo la herida.

Gualanday, hoy no
recuerdes la brevedad
de la vida.

Mi oído «obediente»
atiende la orden
que trae la lluvia.

El haijin operado
-¿qué versos escribirá hoy?

En la corta noche
cuento
mis respiraciones.

Aunque convaleciente
el día no es lento
-leo, escribo, medito.

Va a teñir el día
-lo espero.

El espantapájaros
es de paja
-pero le tienen miedo...

Mi exlibris, un guadual;
mi devoción, la luna
-el mandúl, el yaraguá.

No ha aparecido
pero se insinúa –la blanca
belleza del cymbidium.

Nos tropezamos
-antagonistas
de nosotros mismos.

El canto de titiribí
adelgaza
el atardecer.

Esta es la vieja
y nueva ciudad
-¡ámbito de luz!

Un poco de calma
-azul de oriente,
¡cielo estrellado!

Intranquila niega
una palabra de barriada
-temas sociales.

Un aforismo
vuela luminoso
-destella.

En aquel parque,
el viento
-remolino del cosmos.

Cara a cara
-el niño mira,
el gato encara.

Todo entra al verso
-incluso la nada...
como caja vacía.

Coincidimos
en el parque buscando
la mañana.

Para comer las pepas
crujientes, se aparta,
sin embargo ¡crack!
-fue un diente...

Sólo un momento
-el paréntesis
de la vida.

En nombre de Dios
cuantas cosas
inaceptables hacen.

Más allá
de las nubes
-naves misteriosas.

Alto, fijo,
pica en diagonal
-el halcón.

El ruido no la tapa
pero distrae
-luna imposible.

Atiendo
al ollero,
al cucarachero.

Al abrir la jaula,
vuela la alondra
-lo que harás, avecilla...

Componiendo poemas,
paso el día
-nuevos brotes del bambú.

Tiñe la noche,
no enciendo la luz
-se oculta la montaña.

Cuando canta el titiribí
amanece, atardece
-registra el movimiento.

Cagajones en las calles
-perduran
antiguas dominaciones.

¿De cuál fuente
vienen estos versos;
los que escribo?

Murmullo
de llantas rondando
-media noche.

No sólo el calor,
no sólo el azul,
ni las cometas.

Como por un milagro
retoña el *bonsai*
-reverdece el verso.

Cuadros de las paredes
-cada uno un pasaje,
una puerta, una ventana.

Gacela, o liebre,
o niña...
-la vida que corre.

Cuelga la carretera
en la montaña -lucen
la recorren.

Ver caer las hojas
desnuda lección
de la ceiba.

Incluso al quirófano
voy con el libro
del haiku japonés.

Verde-amarillo
-montaña al amanecer,
luz del verano.

Dharma...
-sensible acudo
al haiku.

Este libro que leo
más que libro
-ofrenda del verso.

El bello paisaje
primero grabado
por el corazón.

No me esmero
en las acuarelas
-las dejo al atardecer.

Ese ramo
de lirios
-una victoria.

Unas veces la luna;
otras, el medio día
-esta tarde, la neblina.

Montaña querida,
te robaron la figura...
-marco de tus paisajes.

En el separador
vuelan las mariposas
-pétalos de orquídeas.

Se quien llega
y pasa –esta frescura
dice quien es.

Todo cambiaba
con las flores
-cada sábado las traía.

No hay otoño
pero las hojas caen
con su breve vuelo.

En verano el río seco,
el puente olvidado
-se arremolinan nubes.

Cada uno
tuvo
sus bellos sueños.

Al final ni abogado,
ni escritor
-simple pasajero.

Me dicen que vino
Dios, y yo estaba
escribiendo versos...

La tarde no muere,
pero ella y yo,
ofrendamos este día.

Cuando llegamos
a ser «hojas de otoño»
-el viento se hace patético.

«Un puente entre sueños»
-anuda su juventud
a la vejez.

Impresiones
-imposible dejar
de escribir ésto.

¿Para qué decir,
«el fugaz sueño»,
si la espera?

La palabra corre
como gacela
de agua.

Imposible describir
el último rayo de sol
lloviendo en la montaña.

Aun con la vista
adolorida no dejo de leer
versos japoneses.

Estacatos matinales
-cantos de los sicalis.

Al relámpago
no veo nada
-sólo el destello...

Cuando callo
escucho la voz
de los siglos.

Nubes como olas,
encrespan la hierba
de la montaña.

Si el cauce es
el tiempo –soy yo
quien debo fluir.

Cielo azul –este valle
parece
el fondo del mar...

Rumor de objetos
-en el fondo
de un bolso de mujer.

Testigo de valores
ante un tribunal
percedero.

La golondrina
arriesga una pirueta
en el precipicio.

El camino que hago,
el que camino sigo
-huellas entre huellas.

Del vestido rosa
al negro
-de los entierros.

Con la lluvia y el sol,
en la rama, el verde
-la esperanza.

Por cada hoja
el árbol
mira el bosque.

-¿La hoja que cae
dice adiós a la rama?
-hay despedida.

-¿Cuál es la cifra,
la clave del enigma?
-¿Las uvas verdes?

¡Cómo te excitas!
Margarita de los campos,
¡cómo suspiras!

La reina
guarda su secreto,
-su aroma lo revela.

No es que juzgue
-como el oráculo,
la flor decide.

El filósofo, el poeta,
entre las sombras buscan
-incesante deseo.

Voluntad de la planta,
melancolía del poeta
-canto del ave.

Abrir, lucir;
alegría de la flor
-marchitarse, morir.

Mañana mundialista
-yo a mi cosas,
como de costumbre.

A la hora del recital
el carillón de la Ermita
cuenta las horas.

Péndulo vital
-permanente desear-
vacío espantoso.

Por un momento,
los trazos en el lienzo
-¡Ah! Efímera alegría.

El viejo goza
alimentando abejas
-aquieta su alma.

Como Pitágoras
enumera las velas
-encendidas, apagadas.

Palabra no me abandones
-si no me redimes
al menos
acompañame.

Qué terrible verdad
-el funambulista caerá;
y los mangos
del malabarista.

Somos una muerte
que vive
reproduciéndose.

Digo quebrada
y corre el agua, vuelan
las mariposas.

Ha olvidado
y sabe que mañana
será el olvido.

Entiendo el idioma
en el que cantan
pájaros sus cuitas.

Después del recital
no estoy vacío
-tengo más versos.

El haiku llegó así
-hoja de bambú
traída por el viento.

Transcurso del día,
de los días, sin embargo,
y sin embargo.

El viento sopla el micrófono
en el recital
-dice sus cosas.

No soy dulce
pero he liberado
varios colibríes.

Según el aroma
del café adivino el punto
del detalle.

Me dispongo a la
contemplación
-escucho la hierba.

Tan del árbol
-el niño
y su columpio.

El joven samán
extendía sus ramas para
aprender los versos.

Sobre el grano
de arena, en el gran río
del universo.

Las fotografías
-diálogo
con el lugar.

Gota de arena
cae en la playa
del tiempo.

Desde la ventana
veo caer las hojas
-salón de clases.

Alegría
-un rayo de sol
en las violetas.

No es de cristal
pero siente que se le quebró
-el alma.

Páginas en blanco,
inmaculada, blanca nube
-sueños y pesadillas.

Matar el tiempo,
atávico reflejo
-¿fin del zancudo?

Primeros en el campus
-olleros y cucaracheros;
los obreros y yo...

Para el sencillo
arroz blanco
-mil recetas.

Antes en la cabaña,
ahora la gran urbe
-¿entender de naturaleza!

Leo el *Cántaro Vacío*
-sus letras
calman mi sed.

Paisaje en la ventana,
la ventana en el paisaje
-revuela la mirada.

La orquídea reina
es bella -coinciden
el ojo y la nariz.

En el jardín,
la blanca reina
-aroma el mundo.

Los guayacanes
-es decir, fiesta azul,
amarillo, o lila...

El cucarachero,
no es el de siempre
-es éste, aquí.

El convaleciente
mira pasar
carros y carros.

Llega, toca
a la puerta
-¿abre o no abre?

Amplia es la plaza
-generoso el regreso
de las frutas.

No estoy solo
-florecen el anturio,
las cecilitas.

Unas en la selva,
otras en los ríos
-éstas en mi casa.

Cuánta lucha
en el jardín –de Darwin.

El paisaje
-oasis
para el parapléjico.

No es cuestión de carrera
para el caracol
-tampoco para el águila.

El viejo caballo
echado, mira y mira
-los verdes prados.

Luces titilantes
en la montaña
-barrio de invasión.

Buena sombra,
pero la del samán,
¡qué fresca!

Pasan los años
y aun veo aquellas
casas campesinas.

El nuevo boulevard
devuelve el río
a los ciudadanos.

Espero que crezcan
-los bambúes
sembrados a la orilla.

La pierna levantada
tras la operación
-postura de perro.

Al atardecer
regresan los chamos
-otra noche.

Los sábados
hace su florero –a la manera
campesina.

Antes recatadas
-ahora con las fuerzas
de la naturaleza.

Se emociona
como un tronco
al rayo del sol.

Ocho agujeros en la tibia
-llevo conmigo
mi propia flauta futura.

Al pasear por las calles
mira temerosa
cada perro que pasa.

Los gladiolos
-erguidos, elegantes
afirman su belleza.

¿Los pinos? ¿los lirios?
¿los guadales?
-lluvias de mayo.

Cuento una flor, y dos
-la rama en la ventana,
madre de las flores.

Las hormigas
llevaban granos de arroz
a los indígenas...

La bandada,
el rebaño, la horda
-¿También el gajo?

En el árbol seco,
el nido con polluelos
-nueva vida.

Blanca, sueña;
malva, también; la violeta,
en el jardín.

Hasta a las ardillas
le ganaba saltando
entre las ramas.

Trueque con el cielo
-el campo ofrece espigas
por la lluvia.

El precio es
el que es –la tierra
es insobornable.

Madera de cedro,
pino, guásimo o nogal
-aroman los ataúdes...

No es de papel
-la ciudad y la gente
viven en un mapa.

Dobla la espiga,
la pisa y picotea
-el canario silvestre.

Del blanco alto paisaje,
de las cumbres nevadas
-hoy las grises piedras.

Desnudez
mas profunda, dejar ver
el deseo.

Al ver mis zapatillas
del quirófano, el portero
se apresura a abrirme.

Beso terminal,
beso de gratitud...
-beso final.

Honores y salarios,
vacantes...
-yo, como si nada.

Después de la cirugía,
unos pasos...
-la vuelta al mundo...

Sangre rezuma
en la venda; alegría
en el corazón.

Color rosa en botón
y abierta en el talle
-negro en el duelo.

Flor de pétalos
transparentes
-la libélula.

No ignoro el drama,
los diez mil peligros
-pero estoy en paz.

En el quirófano
el anesthesiólogo
-la foto de su nietecita.

Sí, ánimo al médico
-a las diestras
manos que me operan...

Pasados casi cuarenta
años..., mi pierna
desea salir a caminar.

Lo que ocurre
a la gratitud
-ofrenda floral.

Protegido por médicos
pienso en los
heridos de las guerras.

Vengo del quirófano
-la lluvia me impulsa
a la fraternidad.

Pasa el senador,
unos se acercan,
otros se apartan...

Tarde sale la operaria
-una panelita de coco
a su hijita, lleva.

-¿Dónde ubico
a quien debo agradecer?
-la mirada sigue la nube.

Donde sea
ella siempre tiene
su humor.

Tomo sopa
-rico acompañarla
con un trozo de pan.

Matas que fueron
de mi madre
me acompañan.

Verano de cenizas
-busco frescura
aun dentro de la casa.

Amor, tristeza
-luz y neblina
en el corazón.

Como cualquier día
despido al amigo
pero se qué puede ser...

Deja sus cenizas
al sencillo lugar
donde amó la vida.

¿Aventarlas?
¿soplarlas, guardarlas?
-las cenizas.

Vivas y poemas,
las manos levantadas
-abrazo de amigo.

Aunque vengo
de la clínica
-salgo a la luna.

Antes del quirófano
le pido a ella
el libro de haikus.

Como Arima...
-hacia el quirófano
escribo versos.

El pichoncito
se me escapa
-¿podrá del gato?

Antes del quirófano
ella con blusa durazno
y collar de colores
-¿callo el beso?

Menguante o nueva,
es difícil...
-pero es la luna.

Ecos de fiesta,
siluetas en penumbra
-beso de medianoche.

Aunque la entrega
sea total
la vida es relativa.

No soy japonés,
pero amo contemplar
la luna.

El haiku me dispone
a contemplar
y sentir al Universo.

En vez de piropos
le salían flores
-abejas pecoreras.

Dulce poesía
-sencilla flor en los
cuadernos.

Llueve, llueve.
Hace frío...
La lluvia golpea
en la ventana
-a tu lado
¡calor humano!

-¿Cuál realidad?
-veladuras, ilusión
certeza imposible.

Rielan estrellas
en el aljibe
de la memoria.

Verme en esa foto,
joven... ¡Qué distancia
entre mi mismo!

Junto al cadáver
-historia de males
y tiempos pasados.

Libro de medicina
-lista de los nombres
de las ausencias.

Mi ojo izquierdo
se resiente
de las amadas lecturas.

Aunque estemos
a gusto, este mundo
es doloroso.

No estuve
a la cabecera de su lecho,
pero acompañé
sus últimos pasos.

Éramos jóvenes
entre incisos y proverbios
-otros códigos, otras leyes.

Obituario
-espejo de caras
conocidas.

Reaparece
mi infancia con la lluvia
-nostalgia.

Tienda de libros
antiguos: tres libros;
tres amigos –desaparecidos.

Me corta el pelo
-me cuida
como a un muchacho.

Prolifera la especie
-según los ríos
<<pronóstico reservado>>.

Hoja de bambú

*Sentados, bajo la sombra
que los bambúes
proyectan sobre el tablero,
dos monjes de la colina
juegan a las damas.
No se les puede ver
a través de la espesura,
pero de vez en cuando
se escucha el ruido
de una pieza jugada.*

Po Chü-I

Alguien recogió
ese cuento que el río
dejó en la arena.

Estoy tranquilo
-haber encontrado lugar
para el buchón.

Gran imaginación
la de Basho
-ver un pez llorando.

Amaina la lluvia;
gotas en el ventanal
-truenos lejanos.

Con su pico
-clarinete –canta
a Mozart.

Llueve y llueve,
-dulce memoria
de este verso.

-Lleve paraguas
-No es necesario, esta
lluviecita espanta flojos...

Prisioneros del mar
-varios barcos atrapados
en el ártico.

Entre el invierno,
un veranillo
-de nuevo, las lluvias.

Lluvias «atípicas»...
-qué denominaciones
tienen los meteorólogos.

Como «hoja de bambú»,
me reconozco
-como si saliera del agua.

El pescador, ensucia
el agua; quien medita
espera que aclare.

Olor de chiminangos
tras el aguacero
-crece el río.

El rocío regresa
cada mañana
-como lágrimas.

Las nubes
-sus raíces en los pies del
agua.

Alguien se atrevió
a llamar al mundo
«gota de rocío»,
¡qué exageración!

El río esta crecido
mas no creo que sea
caprichoso.

No es decorativo
-el arte apoyo
creativo.

Llegó el nuevo año
y con el nuevos versos
-brotan temas y motivos.

Sobre la nueva
calma, poco a poco
los laboriosos ruidos.

No es un rinoceronte,
gusta de la tranquilidad,
lectura de los libros.

Signos y palabras
-hablan de las cosas
¡Descifrar el aire!

Camino verseando, narrando
el paso de la luz
descalzo.

Sus enseñanzas,
las encuentro en un libro
de versos antiguos.

Graffitis abren puertas
en los muros
-¡filosofías de la calle!

¿Hacia qué lado
se inclinaran las ramas
del árbol de mi tumba?

Cuando lavo la vajilla
me siento budista...
-al escribir también.

Como viajero
descubro los detalles,
¿no es lo mismo?

Caparazones
de cigarras, los almanaques
del año viejo.

No soy nube,
pero alto recorro los
campos amados.

Si es fugaz
la vida, también
las penas.

Goteo permanente
en el silencio de la noche
-escucho.

Comienzan canarios,
se acerca el alba
-hora de cantar...

Leo a gusto versos antiguos
con la amistad
de la lámpara.

Una ola de neblina
cae sobre la montaña
-¡quisiera sentirla allí!

Antistrofa

Desde esas mismas lomas,
en la niñez, veía llover
sobre la ciudad
y el polvo ascendía.

Contempla y admira
las bellas orquídeas,
pero ofrece ramas
de pino, peremnes...

Efímeras vidas
ilustres, anónimas,
entre la vanidad
y el heroísmo.
La necesaria
aceptación.

No quebrada, ni arroyo
-<<rabión>>, precipitado
fluir de los días.

Una rosa, azul;
la luna, azul; la penumbra
azul y la rosa.

Una sombra
pregunta una dirección
entre las estrellas.

Una mariposa
en la pita
de la cometa.

Fe de fanáticos,
sin embargo; y sin embargo,
la duda...

Le pregunto por la foto
en dónde se divisa el mar
-Desde El pico –me dice.

¿Por qué regresas, abeja, a tu
colmena?
¿nunca has viajado?

El carnaval de Pasto
-encanto de máscaras,
carretas y danzantes.

Kasina* del gorrión:
en el patio en tierra
¡ya está! Salió volando.

Nada especial;
la tasa vacía –compartir
el silencio.

Tal vez en alguna antología,
sección...
<<otros poetas>>.

Encontrarme conmigo,
salir a describir
el mundo sencillo.

Aun siendo trópico
se perciben los cambios
¡vueltas del globo!

Saberse efímero
a tu salud este sorbo
de alegría.

Dos copas vacías;
solo las llena el tiempo
que lento transcurre.

No es la fama
-que el poema exprese
el sentimiento.

Hija: la golondrina
del dibujo estaba viva;
inesperadamente voló.

Los aseadores
me despiertan a medianoche
-tomo la pluma, escribo.

Música oriental
para calmar el ánimo
-ofrendas e incienso.

* Concentración en un objeto visible.

Entre las diez mil
cosas, estas letras tienen
su puesto natural.

El paisaje vive
en el poema –la poesía
albergue del poeta.

Espíritus del bosque,
¡acójame;
denme su aliento!

Toda una época pasó,
certeza del mañana
-no hay para que llorar.

Cuánta calma
-lectura de sutras.
¡la montaña!

La flor marchita,
la que se abre
-es la misma.

El milagro cotidiano
se desvanece. -¿La puerta no
volverá a abrir?

Dolor sin nombre
nos mueve a la tristeza
-pasea solitario.

Qué tensión entre el inciso
y el haiku –como decía
Modesto: «convivir
con el verano y la lluvia».

Bueno tu existes,
pero que hubiera otros
como tu –me dice.

Sangría de letras
drena los sentimientos
empezados.

Al menos la poesía
no me deja, y acopia
mis miradas.

Inventario
-que nunca te falte
tu ración de poesía.

Mi amigo y yo,
sin un trago recordamos
-hablamos de la vida.

Al atardecer escribe
-crepusculario de arboles
que termina en sombra.

En la vereda
me detengo a contemplar
una florecilla.

Va y vuelve
-esa chica de blanco
se deshace en niebla.

Se admira
de los juegos de sombras
de la luna.

Es sencillo...
-en la dieta vital
incluyo el verso.

Placer de abrir
el libro, acariciar
las hojas al pasarlas.

Biombo antiguo
bello a pesar de los siglos
-esmerado artista.

¡La luz!,
las aves la presienten
y cantan.

El péndulo
en la ventana anuncia
el final del cuento.

Los músicos
intercambian impresiones
-la última nota.

-¿Quién te da,
quién te quita?
-El tiempo...

Curiosa escritura
-el rastro
de las hojas secas.

Sutra del viento
quieto
-placida tormenta.

Ya que no puedo
«transportar agua y sacar
leña», miro la montaña.

La golondrina se fue,
el grillo cantó; el sol salió
-todo está en orden.

Reloj sin minuterero,
ni esfera, garganta que
despierta el día.

¡Anturio! Que fuerza
tienen las pequeñas flores
de este mundo.

Árbol amarillo,
guayacán de la suerte
-verlo florecer.

Lozana ayer,
la estrella del Caquetá, hoy
ya marchita.

La lámpara encendida,
la cortina levantada
-ruido de la lluvia.

Tienen dinero,
propiedades, influencias...
-yo, estas poesías.

En el corredor
tomaba la flor de azahar
-¿y aquel naranjo?

En ese rojo de la flor
está presente el primer
fuego de la tierra.

Tras el crepúsculo
calla la orquesta
-duermen los ollereros.

En la mañana
de oriente a occidente;
en la tarde al contrario
-el viento por las ventanas.

No está inmóvil
la planta, tiene vida
interior ¡florece!

Llueve. La ventana
de la vecina abierta
-¿Dónde estará?

Ilusorio es el mundo;
el ego más..., Pensando
en esto invoco a Buda.

Respira la hierba,
salta el grillo
-llovizna lejana.

Planta de la suerte...,
-difícil multiplicar el trébol
de cuatro hojas.

En la habitación
-solos la lagartija
y yo.

El cazo y colador;
cada uno distinto
-útiles los dos.

¿Cómo acumula
el bien, la flor,
para ser feliz?

Limpio la matera
-que el corazón herido
pueda rebrotar.

La vecina de visita
-principia por curiosear
las matas.

Un arbusto malva
como el de mi casa natal
cuyo nombre ignoro.

De esa casa
asciende humo hogareño
-incienso para mis padres.

Una mujer silenciosa
hace años se asoma
en la misma ventana.

No cela el heliotropo
la permanencia aparente
del abeto.

«El más allá...»
-sugerentes palabras
para localizar
el misterio.

No es que me queje...;
tampoco me rebelo al Tao
-difícil caminar en el vacío...

Crecen las uñas
de los muertos y abren
los capullos de las flores.

Con una estera vagué
sobre la muralla
-antigua fortificación.

Hoja de bambú
-verde o dorada-, siempre
lanceolada.

El hombre, naturaleza;
pero, vaya ¡qué avispero
es la sociedad!

La cucaracha
en el umbral -¿entraba
o salía?

El paisaje natal,
y el paisaje interior
-funden sus elementos.

Mas que bellas
-las flores, hermanas
del destino.

La laguna crece
y decrece con el invierno
-la montaña permanece

Mejor la apartada senda, que
el mundanal ruido
-aunque pase por desabrido.

Una noche más
obreros «ruidosamente»
en la estación.

Antigua casa,
verla construir
-saberla derruida.

La montaña;
resplandece la neblina
-yo suspiro.

Subir al pico
-abajo avanzaba
un progreso de miedo.

Los bejuqueros,
-artistas del mimbre
en la urdimbre vegetal.

Encerrado en mi habitación
parezco la pepa de un fruto
-¿semilla de qué?

Lejos de recetas
-sólo un magro comer,
moderado vivir.

Ese camino,
¿va o vuelve?
¿sube o baja?

No hay cuatro reinos,
ni tres, en la naturaleza
-somos lo mismo.

Un grano en la nariz
-lo demás, a ese nada
le importa.

Dice «paz»
-el viento agita
los ramajes...

Patio de ropas
-sotanas, sostenes,
velos, velos, velos.

¡Pummmm!
-una biblioteca
entre las ruinas.

Aquella vuelta
de la carretera un mirador
-tan de todos.

Árboles viejos,
árboles jóvenes
-las semillas.

Primeras lecturas
-confusión en un campo
cargado de frutos.

Día a día
el camino se hace,
la hierba crece.

Si nos alegran
las flores, igual debemos
aceptar las penas...

Desde esa misma
época cuando llueve,
saco mi pañuelo,
evito las partículas.

Medianoche: un viejo
arde en llamas mientras
acunan un bebé.

Si no es a tu amigo,
¿a quién apostrofás? ¿Al
enemigo? –y se reía.

La pareja hace
cuentas de lo que cuesta
una separación.

Que su sonrisa
perdure, y la alegría
tenga tranquilidad.

-¿Qué es lo más
grande ahora?
-este grano de arroz.

Después del bullicio
de diciembre
–la resaca de enero.

Cuántas cosas
han vivido los ancianos
–respetuoso me inclino.

Cielos, mares, caminos
-se que voz pasando
por este mismo sendero.

Era amable,
hacía bromas, gustaba
de la soledad.

El carretillero entregó
el caballo al municipio
-el perro se quedó con él.

CANCIÓN DE ENERO

Llueve esta mañana;
ha llovido durante
la noche;
hay hojas y humedad
en el camino,
otras veces seco
y polvoriento
o venteado.

El camino siempre
el mismo y siempre distinto;
distintas las hojas,
el polvo, el agua,
el caminante.

Une y separa;
las aves cantan
o se duelen; las nubes
también viajan...
¿Hacia dónde?
¿Y qué dicen grillos,
ranas y cigarras?

El caballo murió
en el potrero,
pero el cayado
rebrotó en el viaje.
¿El camino aleja o acerca?
Esta es la pregunta
que se hace
una hoja de bambú.

Encuentro en el jardín
plantas aromáticas
-felicidad.

Con este desgarrón,
después de las festividades
inicia el año.

Observo y admiro
a mis amigos de El Salado
-en paz en sus oficios.

En las noches
de sueño intermitente
-la radio me acompaña.

Regando las matas
cuido de mi
-me apaciguo.

Me escuchan pacientes,
como soportando
que pase la lluvia.

Vidas del gato
no son siempre cronológicas
-A veces simultáneas...

Al conversar
en una rama
alejo mis penas.

Flor del amor,
flor del olvido,
flor de la esperanza
-Nombres de flores
pasajeras.

Estoy solo. Estaba solo.
Tuve el relámpago
de una sonrisa,
la breve dulzura
de algunos
detalles que alegraron
mi vida.

-¿Defraudado del adiós?
-No, atento al cambio;
hoy así, ¿mañana?

Amistad universal
-libre elección
de los espíritus.

Este mundo
es complicado, pero
el agua corre.

Buda, te veo
con mis propios ojos
-rosa trémula.

No tengo finca
pero una blanca flor
alegra mis sentimientos.

Abre la puerta el viento
-y entre el frío y el deseo-,
espero la rosa.

-¿gozo o dolor?
La moneda gira
y como ruleta
otorga y cambia
la suerte.

Cantar la naturaleza,
joven o mayor
-con el mismo corazón.

Se me confunden
las viejas y las nuevas
arrugas de las manos.

Cerebro, permites
ver a mi madre cuidando las
matas del jardín.

Ama las de ocobo
como los japoneses
las del ciruelo.

Me ofrecen un cui,
que rica es su carne asada
-quiero y no quiero...

Distintos platos
de navidad ¡Alegría
de compartir!

Una rosaleda
-el viejo, como atleta;
yo, como poeta.

Habilito un frutero
de cristal -laguna
para el buchón.

Buscando paz
-antología del haiku japonés
poesía zen.

Recinto sagrado
-remanso de la rápida
corriente de los días.

Si nuestra casa
sólo tuviera un cuarto, no
dormiríamos separados.

En la tienda
de la esquina cuetes,
voces ebrias.

Esta vida;
vida ésta, ¿qué sería
sin el haiku?

Vencido por el sueño
me duermo, y la pluma
mancha la sábana.

Estos haikus
-hierbas y florecillas
del sendero.

De niño
¡que amistad,
con perros y caballos!

El hermano escribe
conmovido, recordando
la querida madre.

Descreo del valor
de mis versos,
pero no dejo
de envanecerme
de algunos
que resisten al viento...

Ansioso
-me calmo leyendo
haikus.

Pasó diciembre,
como una «vacaloca»,
quemando personas...

Preferencias
-iré a buscar aquel paraje
perdido.

Cada año.
Necios simbolismos
que maltratan.

Hace años uno rondaba
la casa de su amor; a un silbo
la ventana se abría.

Lo que ha manchado
la camisa no es el vino...
-alegría derramada.

Al terminar los poemas
de Bai Juyi, lo efímero
ha dejado su melancolía.

Si contento,
la luna en la noche,
brilla más.

Estoy solo;
levanto la flor
-acompañado.

En las despedidas
siempre escuchar
la voz de las flores.

Alegres
brindamos por la vida
que pasa.

El amor anuda
y suelta los lazos
-los brazos.

Aunque todo
sea pasajero, suspiro
por alguien.

No quiero pensar
si me piensa o no
-contemplo nubes.

Como el anillo, circular...,
-las cosas parecer volver
a principiar.

Un tesoro
-aun con voluntad, nadie lo
guarda definitivamente.

Este amor, siendo
duradero..., apenas si tuve
tiempo de tenerlo.

Es vital
-entre verso y verso
respiro...

Más fuerte
el tejido de la araña
que las promesas de seda.

Lírica
-dialogo entre el poeta
y el mundo.

¿Como el astrónomo
tendré la suerte de descubrir
una nueva estrella?

Flores y frutos,
según los tiempos,
según las personas.

Voy y vengo
dentro del apartamento
-hago camino.

Pasadas las festividades,
quedan destrozos
-paso de vendaval.

El primer día
del año, tiene ¡tanto!
Del anterior.

Las hojas del almanaque
aun no se desprenden
del viejo tronco.

Haber envejecido
-miro la estrella, y no se,
pero me conformo.

Sin montaña
por la que pasear
recuerdo caminos.

No es propiamente
por el año que pasa
que me entristezco.

¿Qué reloj de arena
se vació en la playa
de mis años?

Imposible ocultarse;
ni aun en el capullo
-el tiempo llega.

Oportunidad perdida
-el balance llega tarde;
siempre es así.

¿Quién lo creyera?
a veces el gris
es grata compañía.

Pasó un año
y no he ido a visitar
la tumba del amigo.

Entre fluidos, savia
y corrientes, llega y pasa –la
hiedra.

Con la caída
de la mustia flor
terminan sus dolores.

Luz de la juventud,
bullicio juvenil
-en la distancia.

Ni ruiseñor
ni grillo –me zumban
los oídos.

Primer día del año;
como el anterior
también es triste.
La pena, ¿se alarga,
o se acorta?

En otra habitación,
ensaya el adiós
-agonizo.

Al frente del crematorio,
en el camposanto
-tumbas de mis padres.

El adiós es
como una ejecución
-sin embargo la vida.

Cosas y detalles
que se irían contigo,
si te fueras... ¡Ay!

¡Ah! mi riqueza
era caminar contigo,
desprevenido.

Anoche también
faltó su almohada...

El día claro,
soleado; yo triste, pensativo.

Con esta edad
en aquellos tiempos
ya habría muerto.

A la que ayudó
en casa y a criar los hijos
-hoy la despedimos.

La que hoy partió
también a mi me ayudó
de buen agrado.

Zarpó la negra Francisca
¡tantos platos, tanta limpieza,
tanta ayuda!

Al recordar su rutina
y sus oficios
la veo agradecido.

Le conocí cuando su hija
era niña y hoy ella
la despedía con su nieta.

Su imagen apacible
en la barca
del viaje sin regreso.

Sin decir el motivo
toma una foto a la calle
donde la nana lo ayudó.

Ni aún para la piedra
el tiempo pasa en vano
¿para qué ilusionarse?

Como Arima
cuelgo mis ofrendas
sagradas.

Me dice mi hermana
«voy a cumplir ochenta
años»; pero ... ¿y a qué
horas?

Aunque el mundo
es baladí
hay que luchar todos
los días, cada día...

A la boca del crematorio,
rodeada de hermanos
de su fe, la despedían
-cantos y súplicas.

Antistrofa
De los que llevaban leña,
garrafones de leche, cargas,
o jinetes, largas jornadas.

Los cambios, muchos
-¡sufre quien ama
el campo!

Tiempos idos
-pasaron los sigos añorando.

Cada primero
un calendario nuevo
empuja al viejo.

En las colecciones
de poemas japoneses
-postales de mi hermano.

Cuadros y separadores
con las flores caídas
-reencarnación.

Murió la que cuidaba
el jardín ¿cómo las cuidará
su hija?

Un chamón
junto a sus tumbas
¡qué coincidencia!

Hay alarma
en la cocina
¡cortocircuito!

Enfermó la nana...
-en una tarde de sol
la despedimos.

Un perro se echa
al lado de su amigo muerto.
Es la noticia.

Fue una cana;
ahora la cabeza toda
-y más...

Lluvia de silencio
-los rostros
grises.

Rana tronchada,
-la despedida marchita
pequeñas hojas.

Si las preocupaciones
cayeran
como hojas, como pétalos,
¡qué ramo seco tendría!

Primer día del año
-tristezas e inquietudes
pasaron a este.

Una pareja
de enamorados
¡que nostalgia!

Ponderan el vacío
-pero cómo duele
no estar con ella.

Arrunchados,
gozando del amor
-recuerdo triste.

El lecho, vacío;
el hogar, sin leños...
-ideas los separan.

Veo el vino, me detengo
-la tristeza no es buena
compañía.

Pasan las fotos
del álbum –en el fondo
oscuras luces...

La lámpara,
los cuadros, un retrato
de infancia.

Terruños
que ama la gente
-aquí, allá.

Cada sábado
un ramo de flores
-así era ella.

Escribo versos
por no llorar... -¡lágrimas de
tintas!

Quejas de amor
repiten las mismas penas.

El último viaje
-quedan en la orilla,
trazos de cielo.

¡Ah!
¿Ah?
¡Ay!

El cuadro bello;
el recuerdo, también
-mi madre y el cuadro.

Arrunchados en la noche
ardorosa estrella.

Dama con el vestido
ajado –marchita la blanca
flor de la pitahaya.

Siente la caricia
-sombra de un deseo.

Entre la basura
estallan los sueños
-una granada.

Tifón en Filipinas
-Tsunami de desperdicios
y desgracias.

Mataron a tu hermano,
¿no te queda claro?
Esta es una guerra.

Los verdes paisajes
transformados en barrios
de penas y violencia.

Después de la pólvora
el silencio
es un eco triste.

Se azota la puerta
-violencia del viento
en las palabras.

-¿No me vio por aquí?
-sí.
-Me ando buscando...

El ciervo blanco

*Despertarse vivo en este mundo
¡que felicidad!
La lluvia de invierno.*

Shooha.

Suelo egoísta
—cada hueco
hace su charca.

-¿Rayo de luz?
-El sol cumple su destino;
el agua lo lleva.

Hermoso pasado...
-el paso a paso
que me hizo.

El guayacán florecido parece
reflejarse
¡tantas flores han caído!

Con una flauta
y un cuaderno buscaba
mi destino...

La Señal

La difícil
materialización
de los espíritus,
pero, ¿esta trenza
que aparece
en los pliegues
del aire?

Aitana

*Dulces juegos,
dulce abrigo, retozos
-oseznos en la nieve.*

Nuevas vidas:
tengo nieta; también
periquitos...

Les dibujaba
relojes en las muñecas;
le pintaba pequitas,
en la cara;
los cargaba en hombros;
jugaba, los asustaba,
corría con ellos.

Ilusionado escribe
en el grafiti,
el nombre de su hijita.

Mi hijo me anuncia
que la nieta que viene
escribirá en las paredes.

El que perseguía
mariposas,
espera su hijo.

Llevar la nieta
en el cochecito
-inesperada escena.

Baluceo de la niña
-feliz culminación
del abrazo nupcial.

Ensayo sus brazos;
los pone así, y así;
los cambia, busca delicados,
seguros contornos,
y tiernos...
para su bebe.

Con jugo de uva
celebramos la llegada
de la nieta.

Baluceos de la niña
-los del abuelo
hallando la alegría.

El libro, niña,
es mariposa de alas
transparentes y vuelo
de muchas páginas
que se abren
y cierran al pasar.

Alegría de ver
esas manitos, esos ojitos
junto a su muñeca de trapo.

A La Abuela Cecilia

Una mano amorosa
apunta para el recuerdo
fechas queridas.

Compartiendo
las gracias de una sonrisa
que ilumina la vida.

El sol de la mañana
se quedó en el blusón
naranja
de la ñaña...

Fuerte temblor
-mi hijo me cuenta
cómo cargó a la bebé.

Lloraba por su leche,
pero ya conquistó
la cama de sus padres.

Mi nietecita
es dulce, la persiguen
las hormigas.

Duerme la niña
su sueño de ángel
-¡Ah! Mis mejores deseos.

Madre orgullosa
-la sonrisa del hijo
narra su entusiasmo.

En la sonrisa
de la bebé –divina suavidad
de la esperanza.

Triste, muy triste,
y de pronto
-el milagro de Aitana.

La sonrisa
de la nena, dulce
-¡capullo de ternura!

Con gorgoritos
la nietecita entra
al diálogo.

La sonrisa
de la nena, dulce
-¡capullo de ternura!

Entre la veranera
florecida, mi nietecita
otra florecita.

Madre orgullosa
-la sonrisa del hijo
narra su entusiasmo.

Linda mañana
-sonríe con gracia,
la niña Aitana.

Le digo: <castor>
-primer dientecito
de mi nieta.

Nada se iguala
al abracito de Aitana
-abracito koala.

-¿Aitana?
-también Irene; las dos
me dieron quereme.

Mi nietecita
como un koala, abrazada
en mi pecho.

Rescoldo en el río

*Que al final
haya un camino que es
obligado a seguir
ya lo había oído decir,
pero lo que no pensaba era
que para hoy o mañana fuera.*

Ariwara No Narihira

Esperada brisa
-fluir
de la vida.

Si tuve algo...,
diría...-lo soñé...

Se fue la que
me decía
dulces palabras.

La rayuela
tiene un cielo
-ésta, una pena.

El gorrión
en la rama anhela
-apela a su canto.

Como minero
busco el oro
de las letras.

Entre la bandada
-dos patos se dicen
sus cosas.

Algarabía
de gavilanes sobre los
penachos de marzo.

La trajo la vida;
la vida se la llevó
-la vida que fluye.

El perro entra
al campus universitario
-un cínico en clase.

Tiene mi ojo
en la palma de la mano
-lloro.

¡Ah!
¡Cuando caminaba
con ella!

Ahora comprendo
por qué los ríos cantan
-la música es inagotable.

Último humo
de la cremación
-...y las cenizas.

Lo abres, el libro...
y vuelas con el ave
de los sueños.

El titiribí
en el nido, pía junto
a sus polluelos.

Algo de araña
debo tener -es mucho
lo que espero.

El anciano
presume del cariño
de su perro.

EL CANTO DE LAS HORAS

A Carmencita

Hablar con el río;
escribir en el pizarrón
de nubes;
hacer señas
para que se expresen
las células; silbar,
para que el tejido
espiritual
sea como el pecho
de la avecilla,
que se revienta
en trinos,
queriendo oír su queja,
cantar lo que le queda
de esperanza,
de luz en la tarde.

Venadita fugitiva,
mientras mas te amaba
más huías.

Silvestre como codorniz
-solo se encuentra a gusto
en su propio matorral.

Escucho al ollero
-de nuevo dialogo
con la naturaleza.

NO SÉ DESVERSAR

Vuelve el dolor,
mas no reniegues
de los queridos versos
cantados;
aunque me den la espalda,
no sé desversar,
ni reversar;
sigo los signos amados,
buscando la luz,
sin tener a la amada noche
que nos unió,
con su derroche
de estrellas
y cosas buenas,
que nunca voy a olvidar.

Cositas bonitas
se dicen, cuando escriben,
noticas.

La pulga en el oído,
-un beso detrás de la oreja,
que pica y pica.

A esa alondra
me gustaría cerrarle
el pico con un beso.

“Abrazo,
de corazón abierto”
–delicada
intervención sentimental.

Algo nos tocó
del pasado encanto
de la vida rural.

Tres ranas
juegan en la reja
de la abuela.

Releo los versos
que mi madre anotara
en su última libreta.

Fotos, objetos, tejidos,
escritos
con los cuales tengo la
fortuna
de evocar a mi madre
fallecida.

Cuentan lunas,
estaciones, años, hasta
que dejan de contar.

Bateando busca
en el río de la vida
pepitas de amor.

Un palomo se disponía...,
otro se la quita
-¡Naturaleza!

Un destello
de luciérnaga
-para ver el mundo.

Dos luciérnagas
alumbran un instante
de felicidad.

-¿Coger la luna?
-Hay diferentes lunas,
y distintas manos.

La puerta de casa
como aeropuerto
-¡triste despedida!

Este vacío
-la huella de que te has ido.

Penas, lágrimas,
-instantes
¡gotas del tiempo!

¡Tantas despedidas!
¿para qué forzar el retorno?
-Duela el duelo...

Están tristes
mis manos solas
-la ausencia.

La gardenia
-ya nadie la roba.

El pájaro, la rama,
la caquita...
-¡la planta que nace!

Hombre y ollero,
vasijas de barro
-Madre tierra.

Olleros,
cucaracheros –fresco
y grato amanecer.

El ollero
espanta a la ardilla
lejos de su nido.

Pliegues blancos
cubren la violeta
que se abre al deseo.

Paisaje de mi ventana,
retazo de universo
-generoso ocaso.

Se fue la energía
¡qué atardecer!
¡grata penumbra!

El viejo árbol,
solo en el recodo
-espera al viento.

Si el río crece, subo;
cuando baja regreso
a la orilla.

¿Y tus labios
acaso, no son el rumbo?
Dije, diría... Acaso.

Sombra de luna

*Cruza los cielos,
clara y serena
-la luna sola.*

Seisensui.

Revive el buchón
en su nuevo recipiente
-dos hojas nuevas.

El río no tiene
voluntad, sigue otras
leyes.

Visito los amigos
-también voy a ver
el arroyo que pasa.

Ha llovido
esta mañana, y en la
mirada también.

Al despertarme
cantaban los pájaros
-encanto rural.

Campanas de iglesia
dan las nueve de la mañana
-su dejo obstinado.

Anhelo colmado
-en el camino la chilca...
¡Ah! su aroma...

Pido me diga
cuándo aroman
los mandules.

En el camino
se detiene para oler
la mata de chilca.

Si fuera ave,
¿cómo escribiría las penas?
¡cantaría!

Tres guayacanes
-tres soles coloreando
la verde montaña.

De pronto escucho
el canto de los canarios
que tenía mi madre.

De la montaña
al valle, de pronto
¡la neblina!

El ruiseñor
-hace días
no lo escucho.

El adiós,
como el viento
-hojas secas.

Ya un mes
del nuevo año
-corre el viento.

No reprocho al aire
por las aves viajeras...
-también trae sus cantos.

Cantan pajarillos
-los llamo mis amigos,
aunque no me conocen.

Ofrecía al visitante
senderos que conocía, la
luna,
el canto de los grillos.

Escenas amorosas
no turban mis deseos
-a gusto las contemplo.

Con distinta forma,
uso el viejo sombrero de
fieltro,
de mi padre.

Los nuevos brotes
del buchón me llenan
de alegría.

Atiendo
la enseñanza sutil
de las violetas.

Una varita de incienso,
para Buda,
para mis padres.

Tomo la bufanda
que me hiciera mi madre
-sus manos la tejieron.

<<Hacer el bien,
acumular el bien>>
-ese es el mensaje.

El viejo sonriendo
me dice: <<y mi hermana
es todavía mayor que yo>>.

El viudo le dice
al separado: <<...pero
la vida sigue>>.

Me recuerdo niño...,
el lápiz, la hoja, y estos
mismos temas.

Echando de menos
a los viejos amigos
viajo a su vereda.

No hay jardín
más bello que el jardín
de los recuerdos.

Los amigos de la vereda
cada uno comenta
de su distinta enfermedad.

Con versos antiguos
destierro
las preocupaciones y
comprendo
el fluir de los días.

Recuerdo de amigos
me torna sentimental
-visito sus tumbas.

Verlo de pie, apoyado
en su azadón –reconstruyo
aquella escena.

Me esmero en el estudio;
lo poco que sé podría ser
útil,
pero no me envanece.

Sentí el impulso
-visitar viejos amigos
de aquel pueblo.

Amo la soledad;
no me quejo que a otros
no le guste.

Después de años,
recorro el mismo camino
que lleva a la cabaña.

Me retienen los versos
aplazo y aplazo la redacción
de memoriales.

Por el corredor
del edificio
recitando poemas.

Amo la verdad;
me preguntan por ti
e invento una disculpa...

Cuando bien puedo,
elijo la calma -releo
poemas chinos.

Me ayudaba...
-ahora me ayudan,
por ella...

En la pared, todavía
el soneto que le escribí
enamorado.

Mi alegría
en algún lugar... -si llegase,
me contentaría.

Junto a ella
aprendí a peinar
mis canas.

Cuán distinto
sería que llegaras
y abrazarnos.

Cómo alegre
-ver besarse
esa pareja.

Aquellas flores,
eran una ofrenda al amor;
pero y pero...

-¿De qué me quejaba?
¡Llegó una fotografía
de mi pequeña nieta!

Si no escribiera...
-como mudo movería
mis manos.

Niña del cuarto creciente;
bella de luna llena; de
encanto
menguante; evanescente.

Corazón en paz,
y para más,
contemplo la luna.

Los nudos
se han aflojado -¿los lazos
continúan?

Mi espíritu estaba afligido
pero la lectura de los sutras
alivió mis aflicciones.

No se ve claramente
el adiós. Sorprenden
las despedidas.

Días tristes
-¿serán mejores
mañana?

Solo, en paz,
-el apartamento,
un monasterio.

Cómo pétalo
se desprendió
este amor.

Aunque se haya ido
este amor tuvo su flor
y su contento.

Llegan gestos,
-ecos de las voces
de la que amé.

No hablamos
una palabra; cada uno
en su habitación.

Me han dejado;
leo poesía, escribo
-me apacigua.

Entre la resignación
y la pena
-la montaña nublada.

-¿Con quién compartir
esta melancolía?
-¡Ay, poesía!

El mañana
como el horizonte,
quedaron atrás.

Atención y serenidad
-pero no, difuso,
en la tristeza.

¿Dónde está?
¿Dónde esta?
El amor que tenía.

La pena de amor
¡que koan tan difícil
de descifrar!

Sufriendo estaba
pero este libro de versos
¡este libro!

Sentirse solo
-aun los maestros
se han lamentado.

Un vendaval
de palabras barrió
el amor.

Era la riqueza
de esta casa;
ahora esta vacía.

Por esta soledad
pasa el tiempo
lentamente.

No es un viejo ayer,
si hace tan solo
unos pocos días...

Ya lo sé...
-preguntas que no tienen
respuestas.

Sorpresas del lenguaje
que el corazón
se esfuerza por escardar.

El recuerdo
de sus cuidados
me entristece.

Se ha ido;
luego se llevará
muebles y enseres
-se acentuará
su ausencia.

Me esfuerzo
en el desapego,
pero sufro.

No tengo de qué
jactarme; no soy
fuerte. Llora.

Tengo qué agradecer;
no sólo el reclamo
y la pena.

Me siento al borde
de la cama, como en una
roca
-vagan mis pensamientos.

Quería olvidar
pero en el libro que leo
-su dedicatoria.

Otra que me deja;
me especializo en versos
de despedida...

También
yo siento su tristeza;
la hago mía.

Preguntaron por mi esposa
-no tuve el valor de decir
que estábamos separados.

A la manera antigua
calmo mi corazón
-contemplo el paisaje.

Llueve una noche
gris. El corazón sabe
que será larga.

Me pregunto
por tu soledad
¡Oh, luna llena!

La huerta que cultivé
tan importante
como campus universitario.

Soy tronco; las manos,
ramas; las hojas, versos
que viven brotando.

El samán que planté,
grueso, frondoso, parece
antiguo
-lo tuve en mis manos.

Pasó la cosecha
de las mangas pomas
-sin probar ninguna...

Ir al campo, visitar
al amigo, ver las matas
de su fallecida esposa.

El viejo borra letras
-deshace el camino
recorrido.

Cosas esenciales
no tienen prisa; otras
tampoco
-el leñador tiene su paso.

Ordeno los poemas
en surcos, como semillas
en la huerta.

En su erguida
sobriedad el pino
resulta estimulante.

Mi amigo en su banco
de carpintero, hace
una cosa y la otra.

Miré y miré
barrancos, buscando
los amados alelíos.

Encarnación, la mendiga,
acudía a la puerta de la casa
-cuando era niño...

Con los años
el bonsai
reverdeció.

El florero
que acostumbraba lucir
-vacío.

Todos los tiempos
han sido peligrosos,
-éste nos tocó.

-¿Esta luz?
-¡La luna!
-sombra de luna.

A media noche
escucho una lagartija
-los dos despiertos.

Visitar la tumba
del amigo, en el cementerio
campesino.

Folios antiguos
-datos de antepasados
de la región.

Niños campesinos
dudaban de mi sencillez
-<<su padre es rico>>
-decían...

Taodi es el nombre
-también podría llamarle
río, viento, sendero, flor.

Versos de amigos
fallecidos, ¿qué fueron sino
murmurios del camino?

Máscaras en el taller
del artista: una parpadea,
otra sonrío -silencio.

Aunque los viejos
amigos han partido
escucho sus voces.

No soy joven;
esta certeza
me previene.

Versos de joven,
de adulto, de mayor
-todas las estaciones.

Las tres mujeres de la foto,
ya pasaron... Mi abuela,
mi madre y mi tía.

Hasta Ryokan
lloraba por la irrealidad
de todo.

Se pregunta
inquieto, si razón
o pretexto...

Cuida el recuerdo
-me muestra la tumba
de su llorada esposa.

En las lápidas
aun mis poemas
de despedida.

¡Oh! Juventud
-todo tan distinto
cuando pasas.

Estiraba la mano
-quería un puñado
de luz de luna.

Por instrumento
toca sus cuerdas
interiores.

Duerme la niña
su sueño de ángel
-¡Ah! Mis mejores deseos.

Anudando caminos

*La pena y el placer alternan,
cual miramos suceder,
el invierno y el verano.*

Sabas Tafur Herrera.

Digo quebrada
y corre el agua, vuelan
las mariposas.

Reaparece
mi infancia con la lluvia
-nostalgia.

El agua habla
cosas eternas, al pasar.

A cielo abierto
la mañana resplandece
-en una florecilla.

En el parque
-canta el corazón
de un gorrión.

El colibrí
se embriaga anticipando
el néctar de la flor.

Canto de las aves,
alegría de vivir, al amanecer
-sonrisa del día.

El mundo cambia
de signos, de señas
-transitamos perdidos.

El eco del canto
del jilguero se va
deshaciendo
en silencio.

La ruiñeñora
chacharea -estudiantes
en el campus.

En la mañana
en la rama del mango
-coral de cucaracheros.

El río de la vida
la trajo, y se la llevó
-sigue fluyendo.

La flecha sigue
disparada; la vida
que somos.

Entre palabra
y palabra –las flores
del silencio.

Una garza azul
de ojos rojos
graznando su pena.

La música
de la poesía ¡breve
y suave brisa!

Respirar, escribir,
describir, respirar, narrar,
escribir, respirar.

El cuello, la oreja,
tobillos, pies...-sugere
rompecabezas.

Travesía
de la vida
-estrella fugaz.

Rápido o despacio
-la travesía
es la misma.

Que seré polvo,
ya lo sé; por ahora
escribo.

¡Qué rápido llega
-luz del entendimiento-,
al ocaso!

Pasan las letras
y los versos, de pronto
uno se queda...

Mirada
desnuda, deja ver
-el deseo.

Entiendo el idioma
en que pasan hablando
las golondrinas.

Qué liebre
es el tiempo, ¡corre rápido
y sin retorno!

El templo:
por la mañana la luz,
por la tarde la sombra.

En el recital
el viento con micrófono,
dice sus cosas.

Sugere
labios,
-la jardinera sonríe.

Siento tus palabras,
camino contigo, hermano
-oigo tu comprensión.

Luz, compartir
con pupilas abiertas,
la llamada de la vida.

-En esa maleta, ¿qué lleva?
-montones
de paciencia.

Un gatico travieso
se solaza dando volteretas
-diez de la mañana.

Cada uno con su
andadura, hasta llegar
a la sepultura.

Casas que me abrigaron
caparazón de mi piel.

Aunque mi canto
suene triste –la mano
canta una alegría.

No tengo verdad
me atengo a las florecillas
silvestres.

Mundo doloroso
-el corazón herido
retoña y se eleva.

Solo, en la cárcel,
con las alas de un niño,
volaba en sus cuentos.

No es un espía
-pero observa los pasos
de la lagartija.

Doña Silvia habla
con los pajaritos, les da
algo más que migajas.

Letras de amanecer
drenando la pena,
en la habitación.

-Se robó el florero
-¿y las flores?
-sonrisas y alegrías.

Verde y rojo
-contrasta el dolor
con la esperanza.

Salgo a verla;
ya llega, y sí,
me sonrío.

Voy al supermercado
-placer de ver frutas,
hortalizas y verduras.

Linda la hortelana
con su cosecha de sonrisas
y manojos de cilantros.

-<<yo te haré
una seña
cuando esté
en el otro lado>> -me dijo.

La mandarina
y yo... y debo
comérmela.

Pegado al suelo
de mi ciudad natal
como un árbol.

Cuánta paz
-siento la savia
de mis compañeras.

Canicas de cristal
-infancia de alegrías
y colores.

De pronto, conocer
en el corral la vaca, el
ternero,
caballos y vaqueros.

Mis amados perros
en el álbum familiar
-aúllo por ellos.

Flor de granadilla
-por años viva
en mi memoria.

El columpio
-péndulo de la alegría.

Vigila el jardín
-las flores me las llevo
en los ojos.

El lechero
huele a caballo,
huele a ternero.

En la tienda
del barrio, una cerveza
-junto a un samán.

Tu y yo cogíamos
piedritas en el río
-al fondo la cascada.

Quisiera un lucero
en la tarde
de mi vida.

Dulce mensaje
-hoja de bambú traída
por el viento.

Según el aroma
del café adivino el punto
-del detalle.

Esa cara me recuerda
a mi amigo –justo hoy
día de su aniversario.

Transcurso del día,
de los días, y sin embargo,
y sin embargo.

Un río de arena
cae en el reloj, fluye
se agota.

Me hago mayor
-para caminar unto
un ungüento a mis rodillas.

Han pasado muchos días
-me pregunto por aquel
sordomudo del parque.

Tomar la arena,
lanzarla al aire
-a manos llenas.

-Las chicas
¿cuántas eran?
-la foto se borró.

¿Será aquel poemario
que trajo la chica
sonriente
para alegrar mi tristeza?

El anciano,
llama a las chicas,
golondrinas.

El anciano habla
¡que recuento
de alegrías y de penas!

Dos viejos,
uno creyente, otro escéptico
-amigos, los dos.

Todo disfraz
se requiere de un alma
que lo anime.

Seguidilla de recuerdos
-aguaceros, lluvias,
lloviznas,
en la neblina del tiempo.

Pitahayas y batatillas.
blancas flores de la noche
-de la luna amiga.

Amanece
en la ciudad;
buena noche
a pesar de las penas...
Quiero saludarte, vida,
cuando al fondo
canta el ruiseñor.

Leves, huellas
-promesas de amor.

Toco las cuerdas
bucales, ¿quién tañe
las de mi corazón?

Antes, tragando agua,
ahora, sobre la corriente
yendo con la vida.

Hablando de agua
dulce, la mejor viene
con el beso.

Haber paseado
por ese bosque -el viento
recitaba poemas.

Ruidos en el bambú;
no son aves que llegan
en la tarde
-¡dos enamorados!

Bosque, florecitas violetas
-azul de los deseos.

Pliegues de rosa
-sílabas en el poema,
del corazón.

Dulcemente su sonrisa
entra en la mañana
-ilumina el día.

-¿Y los jóvenes poetas
de barba y pelo negro?
-ya no están.

Llámame, te pido,
flor de primavera
-háblame al oído.

¿Quién abre la camisa,
y quita los botones
del ojal?

Al menos la poesía
no me deja; no le preocupa
el ocaso.

Con cuanto cuidado
el colibrí elige
esa flor.

Del campo violeta
-¿quién te quiere tanto,
que eres indiscreta?

Tú, orilla de mi piel,
que evitas la deriva
y mi naufragio.

El mundo un balcón,
un atril, estilógrafo, verso
-la poesía, el universo.

Después del recital
no estoy vacío
-tengo más versos.

El haiku me dispone
a contemplar y sentir
al Universo.

El poema
fruto de la noche
y el silencio.

La claridad;
el alto azul
-es el poema.

A un lado y otro
del horizonte, la luna
escucha
sus confidencias.

El verso, la vida
-en la flor malva, un detalle
de luna.

Emocionado
-en la mirada se refleja
la luna llena.

Supliqué y perdí
el amoroso reclamo
-silbo y silbo.

Mi casa...-como nido
caído del árbol.

Decides irte
-veo la amada quebrada
fluir y correr.

No solo el ombligo
-numerosas cicatrices
de la vida.

Sabe que ha olvidado
y que mañana será
el olvido.

Primer día del año,
la que amaba me dejó
-el mundo es todo nuevo.

Nuevas líneas
en la palma
de la mano.

Hay flores de las
que no quiero acordarme
-son mi tristeza.

Certeza del desamor
-ahora el vacío
es su verdad.

Duras penas
-cauce de los días.

Penas de amor,
antes cantos dichosos
-canta en la rama.

Una tormenta
de arena, en la lágrima
pendiente.

Pisa pesado
el pájaro agorero
esta página.

El árbol no está,
mi padre tampoco
-la casa no existe.

Anudo la cinta
de los recuerdos.

Provocadora
-la flor cósmica se abre
a la caricia del sol.

Flores, detalles...
-rosas amarillas como
rayos de sol.

No es sólo la flor
-la planta entera
se afianza y eleva.

El mango del hacha
ayuda a tumbar
la arboleda
-el hombre al hombre.

Sequías, inundaciones
y las constantes
improvisaciones.

De pronto el verde
se hace azul y malva
-el gualanday.

Boñiga y cagajón
-el corral huele a majada,
en la infancia rural.

A un lado y otro
de la cerca, crece
la misma hierba.

En la tumba milenaria
dos osamentas sentadas
-piernas entrecruzadas.

El viento golpea
la ventana, como el mar
contra el acantilado.

La planta del pie
no dejó su última huella
¡retumba la explosión!

Tras el vendaval
en el suelo del parque
-un nidito.

Prolifera la especie,
según observan ríos
-pronóstico reservado.

No se escucha más
el tás-tás, en la cantina
-don Aristides ya murió.

Ante el misterio,
inútil el conocimiento
-límites del hombre.

¿El silencio de Dios
o la ruidosa pregunta
de los hombres?

Ilusiones de juventud
-espejismos; ¿con cuáles
ahora me engaño?

Ni la orilla,
ni el río, ni el que los ve,
son los mismos.

Leo haikus
-repaso la filosofía
de las hojas.

¡Ay! Palabra,
¿qué vienes a decirme,
y de qué mundo?

La llaman
la región del misterio...
-¿de qué lado?

-¿Qué intercambiamos
la vía láctea y yo?
-una mirada al infinito

Se, amigo querido,
que te has manifestado
desde la región del misterio.

Puerta cambray

Apología del adiós

Suave llovizna
-entre velos el grato
y hermoso paisaje.

Con un beso
de agua, el trébol
vuelve, se levanta.

Las aguas
del mismo río siempre
viajan juntas.

Fuente sonora...,
día frío de invierno
-los peces tiemblan.

Cantaba y cantaba
y no mentía –sentía
el ollero que llovía.

El cucarrón entra
al salón de clases
-lo paso al jardín.

Agosto, flores
de guayacanes juegan
entre los vientos.

Amanece y gritan
jubilosos aguiluchos
en el parque.

Universidad,
escuela de música
-ensayan los olleros.

*Si abres la puerta
y te vas, mi dicha
entrará contigo
-quien busca su destino
merece encontrarlo.*

Parteso

*Sol en lo alto
Todo es luz
y color franco
y feliz convive
su hablar con la floresta.
No ha brisado
y las hojas quietadas
gravitan el olvido
y en el agua
ahora
se reflejan tus recuerdos.*

Cambray.

Salir corriendo
de tristeza, ¡detenerse!
-cantan los olleros.

Describo la rosa
-una abejita se posa
en el verso.

Cantemos trinos
para que los pájaros sepan
que aprendimos la lección.

Perro querido
-viene, me huele y se echa
a mi lado.

Fruta picada
por pájaros, prefería
mi linda madre.

Atraviesa la avenida
mirándose en el espejo
-¿coquetería?

Tu existes
-quisiera en el mundo,
otros como tu.

Como el campesino
miro al cielo y se los versos
que van a salir.

Casas viejas
cual casitas de pesebre
-casitas de diciembre.

En mi closet,
falditas de bebé
-soy abuelo.

¡Anhelante! ¡Anhelante!
-otro besito para seguir
adelante.

El día aquel,
cuando se vieron la primera
vez
-venimos de esa mirada.

Olvido que te quiero;
me gustas –y debo empezar
a enamorarte.

Nada puede salvarnos,
pero sin duda, compartir
esto,
contigo, me hace feliz.

Mis versos son
embusteros, pero ¿podrías
creerme que te quiero?

Cosas que quedaron
por ahí, y al encontrarlas
me han dolido.

Y el día llegó,
no me necesitabas
-así que te fuiste.

Que me querrías
toda la vida; pero mira,
como sangra esta herida.

-Algo de lo que tu haces,
hago yo.
-Los papeles son los mismos
-A cada uno el escenario
y su tragedia.

-¿Cómo describirla?
-como una ilusión, un sueño,
o una despedida.

Yo cuidé tu rodilla;
cuando mejoraste saliste
a caminar, sin regresar.

La mesa era un altar,
yo oficiaba el rito del pan
-me descubrí solo.

Más bella que un hada,
dulce y bondadosa,
pero al fin...
-ilusión del corazón.

Senda de poeta...
-no es así, pero siento haber
caminado solo.

Cuando no te pedí,
te tuve;
cuando te rogué,
te fuiste
¡Desencuentro!

Fuertes bombardeos
-me duelen tus cuadernos
¡herido poeta!

Secreto de mujer
-al que guardas, súmale
mi ausencia.

Ser... siempre vacío
-llenándose
de universo.

Llegar a ser...;
siendo, dejar de ser,
habiendo sido;
el trigo al aire
se marchita
-seco.

En el camino
las hormigas y yo
-mismo destino.

Diminuto trébol
de cuatro hojas
-dicha grande.

Ese suave temblor
en la azucena
-pende el rocío.

Bellísimos haikus,
hermosas acuarelas
-cantan los grillos.

En el afán de la ciudad
dos viejos frente al tablero
-cada uno espera su turno.

Grandes monolitos,
pero tú, pequeña planta
-eres llena de gracia.

Capullo en el suelo;
una rosa sin abrir...
-detalle perdido.

Por la mañana
niños y adultos duermen
en los buses.

La hoja seca,
la flor marchita, bellas
¡prueba irrefutable!

No paseo solo;
dando la vuelta al parque
converso conmigo.

HASTA EL ADIOS

A Marco Fidel Chaves

Brota la rama
con dolor y alegría
hacia la luz;

trae consigo
la cicatriz de la semilla;
vive para la vida.

El azul prodiga
a su ilusión, viento,
lluvia que refresca.

El brote crece,
rinde, da su fruto,
vive la muerte...

Siente dureza
en el suelo y en el tiempo,
en lo que pasa.

La rama recuerda
los verdes comienzos
-no es la misma.

Una mano amiga
riega hojas y raíces;
de nuevo espera,

vive el cambio,
rudo ataque de arena,
y se resigna...

Aquello que fue,
no volverá a ser,
pero confía.

La rama capitula,
sube de su savia
hasta el adiós.

Pasamos
-por donde pasó
la vida.

Al parpadear
cambia el mundo
-horizonte fugitivo.

¿Qué celebran las campanas?
¿El nacimiento
o la muerte del héroe?

La pluma como
el arado va y viene
haciendo surco.

La difícil
materialización de los
espíritus
-canción de mayo.

Escribamos versos
para que los pasos
demoren su salida.

Una misma voz
relata la historia del hombre
desde el comienzo.

Palabra de autor...
-carne y destino
del personaje.

Nacer
ya-ser...
yacer.

El oráculo
son las nubes: me responde
que vas con ellas.

Siluetas ordenan
tu sed, invisibles titiriteros
te quieren dominar.

Tanta vida en
cada letra, madura
tus canciones.

Con paciencia,
en la ventana, espera
que salte el gato.

Siempre viva

(Los versos de Sora)

Siempre viva
¡Ah! resistente florecilla
en el camino de los días.

Siguiendo a Basho, te digo:
<<imposible volver a verte
sin que fuera tocada mi
alma>>.

Primeros versos
y los recientes
-¡la misma canción!

Te respiro
-estás en mis
pulmones.

Vives en mi
respiración
-soplo del alma.

Por tu sangre
voy y por
tus ojos veo...

En el atardecer azul
-te marco,
para contemplarte.

Mis manos te recorren
-deseos alfareros de
ternuras.

Tocar tus senos,
puerta del mundo
-tu me abres.

...aunque uno
tenga que retoñar
de sus muñones.

¡Lindo saludarnos
-¡se despierta el día!

Hoy es trece
de amor
-trece de dicha.

COPLAS DE LA SIEMPRE VIVA

1
Matica de siempreviva,
que vives en mi corazón,
te riego con una lágrima
de alegría para que se
cumpla
mi más bella ilusión.

2
Matica de siempreviva
que floreces en el camino,
no te quedes ahí,...
vénte conmigo,
que quiero vivir juntico.

3
Matica de siempreviva,
que coloreas el día
y alegras el campo,
dime si lo sabes,
¿por qué te quiero tanto?

4
Matica de siempreviva
que bailas coplas con el
viento,
dime ¿qué tiene tu corazón
de algodón, que tan suave lo
siento?

5
Matica de siempreviva,
que escuchas al ruiseñor,
dime, sé que lo sabes,
¿por qué sus endechas
cantan su amor?

Una pulgada cuadrada,
tiene mi corazón
-¿quisieras habitarlo?

Un nuevo año
-alternarán en el calendario
flores y colores.

Dicha de enero
-el camino y el amor
en el mismo sendero.

Te ofrezco este ramo fugaz
de mis instantes
-espero que lo tomes.

La flor de la batatilla
-breve su blancura
a la luna y las estrellas.

Liberamos
una torcacita por la ventana
-orilla del universo.

Para el fin de año
una nueva flor
en la mata de hortensia.

En la espera
-una línea de luz,
bajo la puerta.

Los poemas que guardaste
se animan con la lectura
-brisa de sus hojas.

Le di las llaves
de la casa, pero es ella
la que abre el corazón.

Poco a poco
la luz va pintando
flores en el día.

Sora -compañero
de Basho, ahora viaja
con <<siempre viva>>.

En el parque
canta la chicharra
-arde enero.

Si oyes un silbo...
-soy yo que estoy
en tu balcón.

Dos cucaracheros
hablan de la luna al
amanecer,
en la rama del día.

Eres la "Siempre viva"
-flor de amor que das
color a la vida.

Si lo oyes
más cerca, es que volé
a la cocina.

<<Todo lo oigo
porque estoy dentro de ti>>
-me dices.

Tu foto, en el nochero
-le doy besos y besos,
como pájaro carpintero.

Nuestro labio
más largo, beso de canción
y gaviotas.

Con delantal
aromas a huerta y alimento,
a fruta roja, enamorada.

¡Oh! Amada
-dulce nudo,
dulce nido.

A su visita... -cebollitas
ahumadas, boquerones,
corazones de alcachofa.

Al llamarme
Sora, restituiste mi alma
de poeta.

Bogotá, la luna y tu;
Cali, la luna y yo
-bajo su amparo, los dos.

Sencillo y bello
caminar juntos al atardecer
en el parque.

En tus manos
de enredadera, las mías
quieren quedarse.

Allí te llego
-colibrí de la mañana,
dándote besos.

Alzo la copa contigo.
La luna me dicta versos
¡Ah! plenilunio.

Al alba de luna
la piel siente la caricia
de un rayo de alegría.

El crucero rural
en el sendero de la vida
-cada paso una decisión.

Rocío en el mangón
-la rosada mimosa
con rubores de niña.

La hortensia
floreció voy y vuelvo
contemplando la flor.

No solo refresca
la brisa, silba y narra
historias de los campos.

Extraño el rostro
de aquel que pasó
-hoy soy otro...

Soy el espermatozoide
que siguió la corriente
-navego la vida.

Parece algo común,
pero la familia reunida
-¡bella pintura!

La luna
me dicta versos
-noche azul.

La casa no es vacío,
es esperanza –espera
llenarse de ti.

Hogar, cocina y mesa
-la palabra viene
de la espiga,
del fuego del amor.

Sin perro y sin cabaña
pero como si los tuviera
-en mi perviven.

Blancos nevados
-hoy de cuello negro,
vestidos de cenizas.

Sí, el amor
te hace llorar de alegría
-¡Ah! la vida.

Tiples y bandola;
los amigos campesinos
-los viejos temas.

En la puerta de la iglesia
el viejo músico recibe
su ración de notas.

Pactos y cábalas
-la pareja confía su amor
a su destino.

Las retroescabadoras
socaban las cañadas
-mueren los espíritus.

Besos para la sed
-mi boca sedienta pide
tu agua bendita.

TRÍPTICO

1
Si el avión
se retrasa, mi corazón
se acelera.

2
En tu hoja al cuello
se insinúa todo el árbol
de la dicha.

3
Amo tus senos
donde la dicha se hace
doblemente redonda.

Paloma mía,
vienes volando, te espero
-en tu palomar.

EN LA PALMA DE LA MANO

1
La pulga
salta a la oreja
- ella se deja.

2
Luego salta
a la boca
- el la provoca.

3
Un beso
en la nariz
- ¡respiración feliz!

El nido aroma
-memoria de nudos
de ternura.

En el ombligo,
-tierrita del jardín
de las caricias.

Un beso
en la cocorota
- rebota, rebota.

La yema del dedo
por la cejita, a gusto
-despacita, despacita.

Besitos
en los ojos
- curan enojos.

Besitos
en los párpados
- volver a cerrarlos.

Salir a caminar
- besar el pie
que ha de llegar.

Respiración
en la vela - nave
que vuela.

En la palma
adivinar la suerte
¡Poder quererte!

En su muñeca
una pulsera...¡Ay, Dios!,
que me quiera.

Lucero de la tarde,
de la madrugada
-dulce jornada.

Cosquillas
en las manos
-¡apura, que vamos!

El gorrión canta
¡qué hallazgo en la montaña!
-canta en mi rama.

El gorrión sencillo
su piar alegra el alma
¡dulce duendecillo!

¿Por qué hoy
palidecen las astromelias
y están tristes?

Déjame rozar
tus alas, mariposa
-¡déjame alcanzar
tus sueños,vagarosa!

Canto, ruiseñora,
para encontrar tu amor
desde la aurora.

Bello día
-te ofrezco
mi melodía.

Silencio de luna,
en la rama, hoy canta
el que te ama.

Dame un pico
ruiseñora
-¡uy! que rico.

Cantar y cantar
-versos recitar
para llamarte.

Esta mañana
te canto y silbo -me siento
contento y te escribo.

Siempre viva
-me tienes el alma
cautiva.

¡Ay! madre,
se que fui inventado
por una mirada.

¡Tanta dicha!
viene de la ausencia,
no del olvido.

Nada nos pertenece,
todo fluye,
pero estás tan cierta,
¡Ay! amor,
que me duele la alegría.

Mi cuaderno
es un telar, cruzado
de pasos y de sueños,
de nubes y de hilos,
de tintas y grafismos.

No solo mar
para llegar a tu playa;
no solo ola, no solo arena,
superficie, piel y borde;
algo más que mar,
mucho más que playa,
y que ola,
cruzar la arena,
la piel, la orilla,
seguir a tus adentros,
a la dulce intimidad.

Una lágrima sobre la ceniza
nos adhiere
a la concha de la tierra.

¡Ay! No me dejas
entrar; ¡Ay!
me voy desde ti
hasta mi pena.

Tu apartamento
es un florero
-tu eres la flor.

Tu presencia
declara el día, la felicidad
-la dicha.

Esperando el día,
y vi llegar la mañana
-tu nombre traía.

La mañana derrama
su luz sobre las cosas
-¡Ah!, rosa tu mejilla.

Al espacio en que estas
me extendiendo, así te busco
-tanto quiero encontrarte.

En la tupida vegetación
una hermosa flor,
que no cogí
y que sin embargo
te ofrezco.

Te construyen mis ojos,
me dan tus contornos
y me siento pleno;
si te alejas, tu figura
se deshace,
y vuelvo a la nada;
solo me rehace tu recuerdo.

Pensándote he escuchado
el canto del gorrión
-¡estas en el paisaje!

En la memoria
me asomo y te descubro
entre reflejos tenues;
te pinta de móviles celajes
e imprecisas claridades.

Si estas en silencio,
canta mi alegría, si me
hablas hacemos coro.

Un beso
revolotea en tu sonrisa
-tus labios, tentación de
cielo.

Poemita verde y juguetón
-la ranita de las manos
de la niña...

¡Ay! algo que pasa
va soltando
las manos que se aman.

El día, los cuerpos
-la luz define los perfiles
de la sombra.

En la fotografía,
una rosa y un capullo
-tú y la niña.

Dalias, cielo azul,
tenue rosa, suave malva
-la tarde en tus ojos.

Temblando la tierra
mi corazón se entristecía
-¡Ay! cariño.

Casi yacemos
entre escombros, renacimos
-seguía tu sonrisa.

Quiero en tus paisajes
interiores una parcela
de esperanza.

Cuando
me hablas de ti, te habito
-nunca termines.

No soy vuelo de gaviota,
ni mar, pero viajo contigo
todas las distancias.

Lenguaje táctil
-el hablador saludo
de las manos.

Después de las plumillas,
algunas goticas permanecían
en el corazón. No estabas...

Rueda mi carro
por las calles; mis
pensamientos
como golondrinas.

Pueblo el espacio
de ti –fertilidad
de los sueños.

Dos briznas
¡Ay! no las disperse
el viento.

En la hora trece
pensándote, y la noche
dejándome quererte.

En alguna rama
del bosque canta el ruiseñor
de mi alegría.

1
-¿Todavía eres poeta?
¿Hay algún verso
nuevo en el cuaderno?

Cultivando el cariño
-si te miro te cuido;
si te cuido me quieres.

2
-Se me habla la vida,
se me cantan las manos,
se me versa el cuaderno.

Cada lágrima llevaba
tu figura, pelo corto,
vestido verde..

La fuente todavía canta
al otro lado de la calle
-también canto a tus oídos.

<<Para ti son
mis versos y mi amor,
y todo entero el corazón>>.
Sora.